

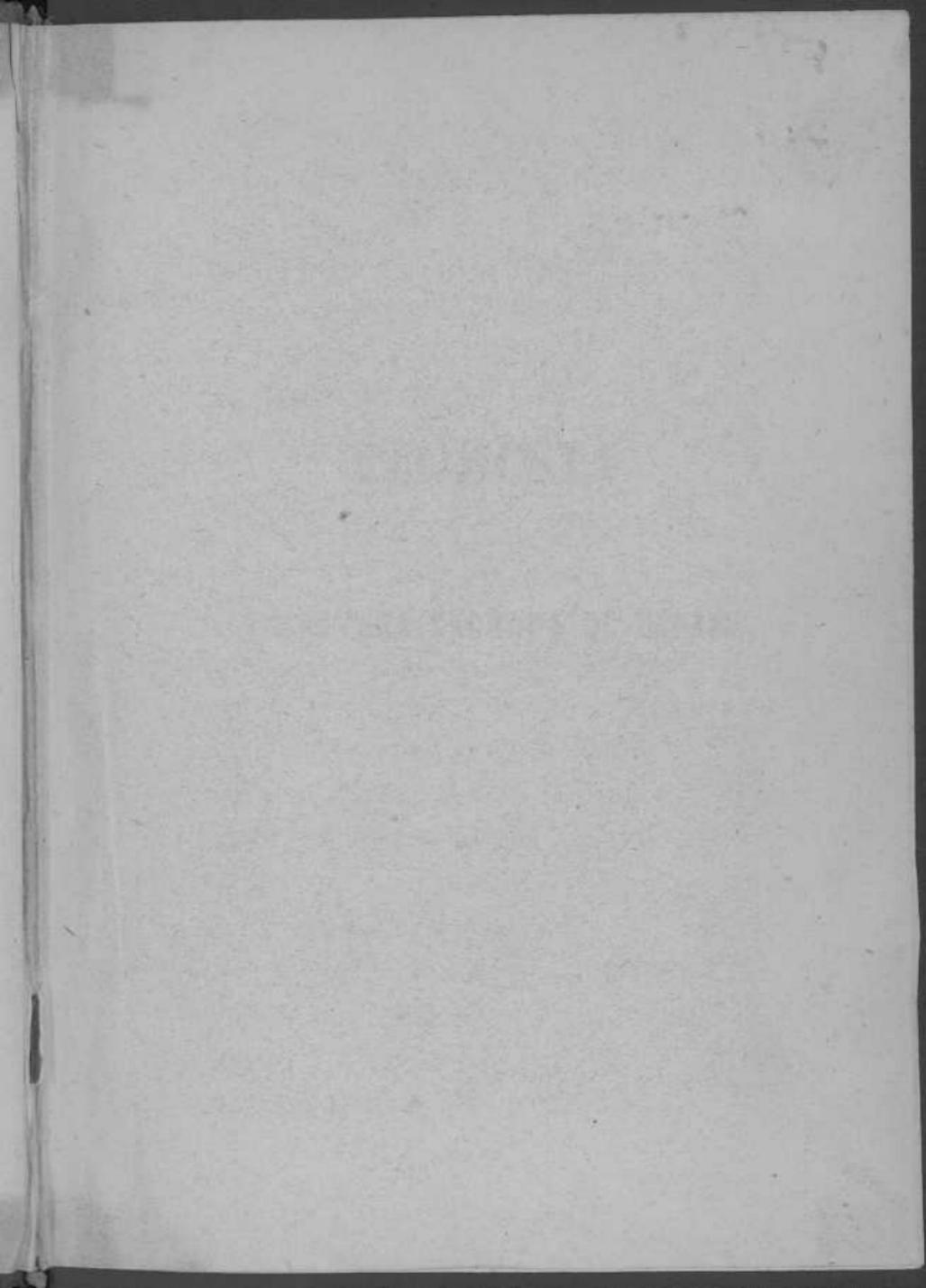
26

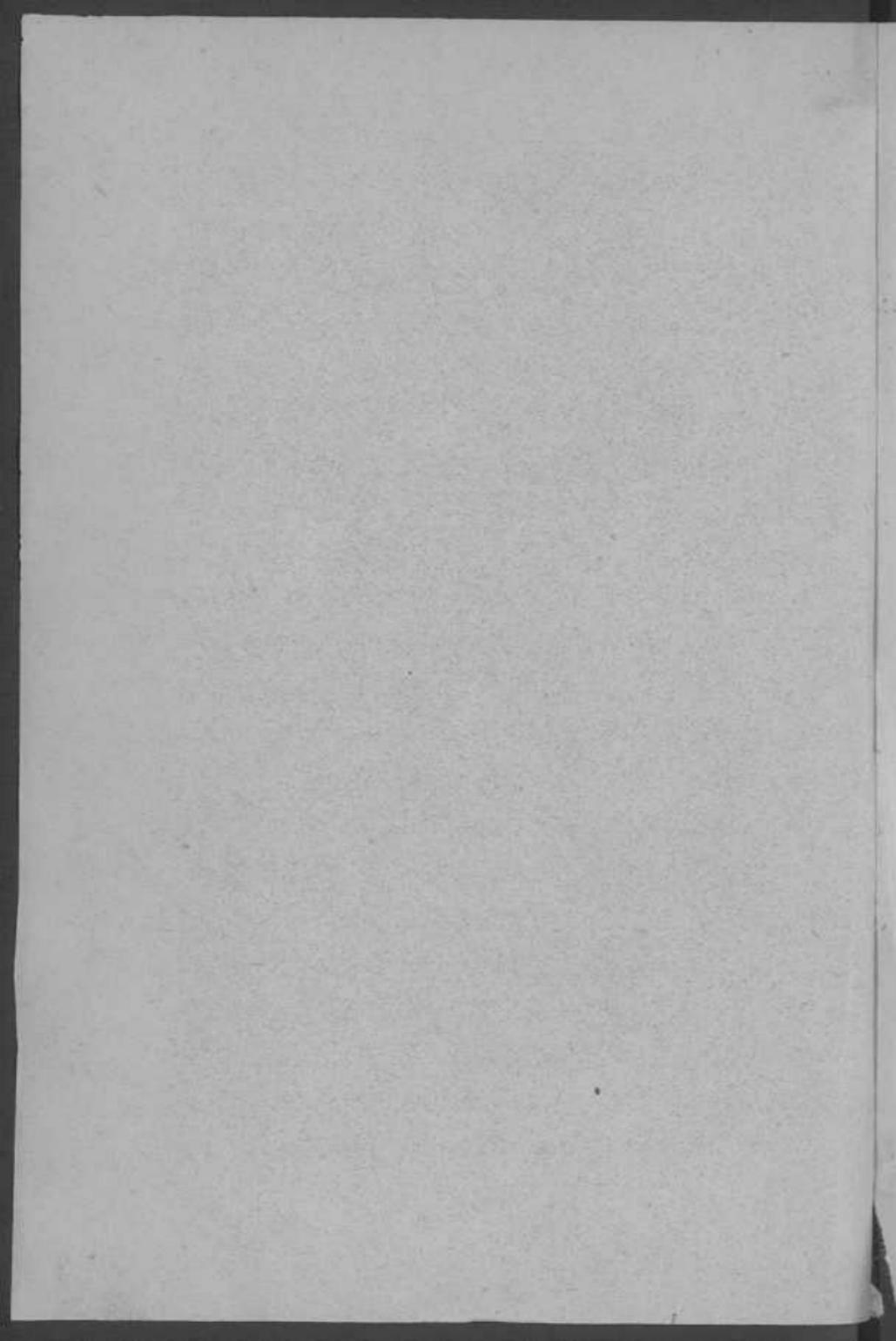
15826
~~115~~

20

70

1000





FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

72
FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA,

ó

COLECCION DE PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

DE NUESTROS AUTORES DE MAYOR MÉRITO,

POR

D. RAMON TAVARÉS Y LOZANO.

TOMO I.

Con licencia de la autoridad eclesiástica.



MADRID.—1863.

IMP. DE TEJADO, EDITOR, Á CARGO DE R. LUDENA,
calle de Silva, núm. 12, cuarto bajo.

LITERATURA SAECULA GIBBERNA

LIBER DE REBUS

...

LIBER DE REBUS

...

LIBER DE REBUS

...

...

...

...

...

...

PRÓLOGO.

Casi desde mi niñez han sido las sabrosas lecturas de buenos libros el encanto de mi vida, y en medio de los afanes y sinsabores de los destinos, que he desempeñado en la judicatura, he hallado para mi alma un consuelo y deleite que vanamente hubiera buscado fuera de ellos. Pero esa íntima satisfacción no tanto proviene del estudio, ó de la instrucción que este proporciona, cuanto de la índole de obras selectas de litera-

tura religiosa á que por fortuna siempre me he dedicado, porque solo las de esta clase, privilegiada, contienen verdades que no dejan vacío alguno en el entendimiento, al mismo tiempo que son para el corazon un bálsamo que cura todas sus dolencias. Así es una deuda de agradecimiento la que ahora pago á los autores que mas han contribuido á hacerme grata la existencia, pues aunque vivimos en un valle de lágrimas, con sus máximas y enseñanzas consoladoras se repara menos en las espinas del mundo y se goza mas de las dulzuras de nuestra divina religion. Muchas veces he envidiado las dotes, de que el Altísimo los habia enriquecido, y sin atreverme á codiciar para mí la gloria de que gozan, por lo menos he hecho en cierto modo patrimonio mio lo que en ellos mas me agradaba con la costumbre, en mí muy antigua, de copiar aquellos trozos mas

sobresalientes por el resplandor de sus verdades, ó por su elocuencia, ó por la utilidad de su doctrina, ó por las amenas galas y pompa del estilo.

Hallándome con tan rico tesoro, para no ser egoista y servir con él á mi patria, cuya gloria es, solo me faltaba la quietud de la vida privada, que me proporcionase tiempo y holgura para coordinar mis numerosísimos apuntes, y leer algunas otras obras antiguas y modernas entresacando de ellas lo que á mi juicio fuese mas digno de figurar en mi preciosa coleccion. Y la Providencia quiso que se cumpliesen mis deseos de vivir solo entre libros, de los cuales decia justamente Ciceron: *Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant.* Yo veo comprobada en mí esta verdad: mientras mas entro en años, mas sólido y agradable alimento para el espíritu hallo en el inmenso campo de nuestra li-

teratura sagrada. Estoy persuadido de que esta no ha menester del tributo de mis alabanzas, pues la fama y la gloria de nuestros insignes autores ascéticos del siglo décimosexto se dilataron por todo el orbe, y aun hoy se reconoce universalmente su indudable mérito, al cual hacen justicia todas las naciones cultas. Pero es necesario que en cuanto nos sea posible conservemos y aumentemos esa honra de nuestra patria, mostrando al mundo que no se ha interrumpido la áurea cadena de elocuentes escritores en prosa y verso, que tanto lustre dan á España con los hermosos frutos de su preclaro ingenio. Y me parece que no es ilusion el imaginarme que en cuantos pechos arda viva la llama del amor patrio hallará mi empresa una propicia y benévola acogida. Pero de todos modos tengo por suficiente galardón de mis humildes tareas el gusto de proporcionar á

la juventud estudiosa ejemplos que imitar, doctrinas puras con que enriquecer su mente, y bellezas literarias en que recrearse con inocente entusiasmo.

Para lograrlo me ha sido preciso vencer no pocas dificultades. Y como nadie me ganará en franqueza, confieso que deseoso de hacer una obra digna de la posteridad, habia al principio dado á mi plan mayores dimensiones, proponiéndome abrazar la literatura sagrada y la profana, ó que versa sobre materias ajenas al inmediato dominio de la religion. Pero al cabo de algun tiempo me convencí de que semejante empresa era superior á las fuerzas de un solo hombre; y así desistiendo de ella, me limité á lo que particularmente me halagaba y creía yo mas importante dar á conocer á los jóvenes, á los cuales profeso un especial afecto, y para quienes singularmente he compuesto esta *Floresta de*

pensamientos escogidos, aunque podrá ser utilísima á todas las personas que no posean una numerosa biblioteca, ó no estén muy versadas en el conocimiento de los libros, ó no tengan sobrado tiempo para buscar en ellos las especies ó ideas que quieran recordar. Con este fin pues de que cualquier lector al momento encontrase en mi obra la materia que deseara, he preferido el orden alfabético para la colocacion de los pensamientos, que hago exponer á cada autor con sus propias palabras y su firma al pié de su respectivo artículo.

De tal manera ofrezco las muestras del estilo y la fisonomía particular de cada escritor, de suerte que mi juicio acerca de su mérito á nadie engañe, como sucede muchas veces cuando bajo su palabra algunos críticos nos hacen creer lo que no vemos, y lo que algo dista de la verdad. Aquí no hay eso, porque yo

callo para que hable el criterio de mis lectores.

No todos los gustos son iguales, y por lo mismo, acaso mas de una vez desearán algunos encontrar con mas frecuencia los autores de su predileccion. Pero esto únicamente lo obtendrian siempre siendo ellos mismos los autores de la colleccion; y aun entonces, como á mí me ha acontecido, se verian restringidos en la satisfaccion de su propio gusto por consideraciones muy atendibles, que estrechan y limitan el círculo de accion. Así, por ejemplo, el debido respeto á la propiedad literaria me ha hecho sobremanera parco en tomar composiciones de nuestros contemporáneos, y especialmente de autores vivos, si se exceptúan unos pocos; entre los cuales debo mencionar á mi amigo el Sr. D. Juan Manuel de Berriozabal, Marqués de Casajara, con cuyo beneplácito he contado

para coger en sus obras lo que me pareciese conveniente. No me he atrevido á solicitar igual gracia de otras personas respetables, á quienes no tenia el honor de conocer personalmente. Sin embargo, en cuanto lo permitia el género de sus escritos, he hecho lo que estaba á mi alcance por contribuir á que su nombre y sus obras lleguen á noticia de los venideros. Y de intento he dicho el *género de sus escritos*, porque he creído que no debian entrar en esta coleccion mas que los pensamientos contenidos en libros, que son los que forman la subsistente riqueza literaria de una nacion, y quedando fuera por esta regla todos los impresos de pocas páginas, ora fuesen sermones sueltos, folletos, ó revistas periódicas, á cuyo exámen, por otra parte, siendo tantas las publicadas, acaso no hubiera bastado una dilatada série de años.

Aunque mi *Floresta* es de literatura sagrada, me ha parecido que no debia contener muestras de todas las producciones del púlpito, pues esto habria absorbido una muy considerable parte de sus páginas, y casi hubiera estado demás aun para los ministros del santuario, porque saben estos mejor que yo cuáles son en nuestra patria los mas distinguidos oradores sagrados. Sin embargo, como tambien entre los seculares ilustrados los hay que se saborean con este sublime género de elocuencia, he puesto varios pasajes tomados en especial de la coleccion de panegíricos originales, publicada por el editor Palacios, tanto para que esta obra sea mas conocida, como por el alto aprecio que hago de los del P. Fr. Vicente Hernandez contenidos en ella. Igual mencion honorífica he juzgado que merecian los panegíricos de Santos españoles que dió á luz el se-

ñor D. Juan Troncoso, porque engrandece con calor las verdaderas glorias de nuestra nacion, la cual en siglos pasados produjo tan admirable multitud de mártires y confesores esclarecidos.

Réstame decir dos palabras á los muy apasionados de nuestros antiguos autores clásicos del siglo décimosexto. Yo tambien los admiro y los amo. Mi grande aficion á leer y estudiar continuamente las inmortales obras del Ven. Luis de Granada ha sido en mí una herencia de familia, y no habrá de extrañarse que este eminente escritor me haya dado un casi excesivo número de pensamientos, y que él fuese la primera fuente cuyos raudales me apropiase. Despues de tan insigne varon, el que mas hacia á mi propósito era el gran maestro de la virtud el Venerable P. Alonso Rodriguez de la Compañía de Jesús, cuya incomparable obra *Ejercicios de perfeccion cristiana*,

está traducida en todos los principales idiomas de Europa. Su copiosa y escogida doctrina habia de formar en cierto modo el núcleo del tratado de virtudes cristianas, que es uno de los tesoros encerrados en mi *Floresta*. Como esta habia de tener sus límites, ocupado un gran espacio por las dos mencionadas lumbreras de la vida espiritual, me quedaba menos campo para los demás. No obstante, he dado lugar no solo á Rivadeneira, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Luis de la Puente, Luis de Leon, Nieremberg, Malon de Chaide y otros muchos antiguos, sino hasta al mismo Mariana he obligado á concurrir á esta asamblea de autores españoles de sacra literatura.

Como ya se deja conocer, no han de hallarse en ella Cervantes, Hurtado de Mendoza, Moncada, Quevedo y otros antiguos y modernos que no se dedicaron á escribir sobre argumentos sagrados,

pues pertenecen, digámoslo así, á otro reino, no entrando en el mio sino los que han tratado algun punto de religion ó moral. Aun entre estos últimos, teniendo mi obra por objeto el ofrecer al público una galería de cuadros de bellezas literarias, no debian ser comprendidos los escritores, cuyo estilo no resplandeciese por alguna de las dotes que constituyen la belleza literaria, y por eso he tenido que abstenerme de dar entrada á muchos autores, que aunque doctos y de pura doctrina, no escribian con la hermosura ó pulcritud que esta mi obra requería. Por último, no me ha sido posible tomar tanto como yo hubiera deseado de aquellos libros que han llegado á mis manos cuando ya mi trabajo iba bastante adelantado, por no caber en los límites en que la prudencia me aconsejaba encerrarlo.

No me lisonjeo de haber acertado

siempre, y mucho menos de haber hecho un trabajo que nada deje que desear. La materia era vastísima, ni en pocos tomos podia caber. Acaso no haya tenido yo todas las noticias de libros necesarias para presentar pasajes de todos los mas dignos de perpétua memoria. Así de ningun modo pretendo que el no hallarse muestras de una obra en mi *Floresta*, se crea que es indicio de que la he juzgado indigna de recomendacion y aplauso: nada mas distante de mi ánimo que suponerme tal idea, pues declaro que se me atribuiria injustamente. Á nadie quiero agraviar ni siquiera con mi silencio.

Si necesitase de mas disculpa, diria que lo mismo sucede á las demás colecciones de este género nacionales y extranjeras, en las cuales no seria difícil probar que algo falta de lo mejor de su respectiva nacion: me bastará indicar

por vía de ejemplo que en el *Teatro crítico de la elocuencia* de D. Antonio Capmani no se hallan los nombres de Rivadeneira, Alonso Rodriguez, Andrade, Nieremberg y otros esclarecidos escritores de la época comprendida en aquella coleccion. Finalmente, la mia se distingue de las demás de su clase en la ventaja de ofrecer á los lectores una especie de curso de casi todo lo mas importante en materia de religion y moral, y dispuesto y ordenado de tal manera que acto continuo se halle lo que se desee repasar, aprender, ó ver tratado con elegancia y belleza, y no solo por un autor, sino á veces por varios de los mas sobresalientes ingenios.

Las composiciones poéticas, que de cuando en cuando amenizan mas esta obra, no debian echarse de menos en ella, pues la poesia es uno de los mas bellos ramos de la literatura, y para su

eleccion no me he fiado de mi propio juicio, sino que he consultado con persona mas versada en su estudio. Sin embargo, por razones que seria prolijo enumerar, he sido bastante parco en la insercion de poesías, sin desconocer el mérito de las que no ha sido fácil ó prudente incluir en mi *Floresta*, para la cual reclamo benigna y bondadosa indulgencia, atendida la rectitud y pureza de mi propósito, que ha sido el hacer algo que redundase en honra de mi patria y en provecho y servicio de la juventud.

FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

A

ABADÍA DE LEINSTER EN IRLANDA.—Mientras que recorría el palacio de Leinster, uno de los mas suntuosos de Irlanda, la famosa Abadía de Leinster ni un instante se apartaba de mi imaginacion: esos prados, esos bosques, ese mismo suelo donde ahora se eleva un régio edificio, fueron morada de humildes religiosos. El esplendor mundano nada tenia entonces que presentar allí capaz de excitar la admiracion de los hombres; pero la fé y la religion ¡cuántos objetos ostentaban infinitamente mas bellos

y magníficos! Los pobres que desnudos y hambrientos dirigen ahora sus pasos vacilantes por los caminos, inspirando compasion en unos y horror en otros, protegidos entonces por los monjes, venian al toque de campana y en tropel á unir sus cánticos con los del coro para bendecir al Dios del cielo, que á la sombra del monasterio les concedia abundancia y felicidad. En aquellos murallones antiguos, que se divisan á distancia del palacio, me parecia encontrar los restos del templo de la Abadía. Quizá me equivocaba... Pero ¡cuánto embriagan el alma las ilusiones que la transportan á tiempos mas felices del pasado! Me parecia ver á los monjes de Leinster; me parecia oir su salmódia encantadora... mas era todo ilusion, era fantasía: el grave canto del coro monacal dejó de oirse hace tres siglos, y los monjes mismos desaparecieron como los últimos crepúsculos que se esconden, cuando pasa el dia, en el espesor de las nubes que anuncian la próxima tempestad.—*El catolicismo en presencia de sus disidentes.*—José Ignacio Víctor Eyzaguirre.

ABECEDARIO EN LOOR DE LA VIRGEN
NUESTRA SEÑORA.

Sagrada Madre de Dios,
Tesoro de sus grandezas,
Que para decir las todas
Es corta y ruda mi lengua.

Hoy en tu loor repito
Este A. B. C, niña bella,
Que en el libro de tus gracias
Mi devoción deletrea.

La A. dice que eres alba,
Ave que á Dios vida presta,
Angel de guarda de Dios,
Antorcha, y luz de la Iglesia.

La B. bienaventurada,
Bonanza de la tormenta,
Bendita entre las mujeres,
Bien, que el bien de Dios encierra.

La C. cedro incorruptible,
Castillo nuevo, y defensa,
Congregación de virtudes,
Columna que á Dios sustenta.

La D. te llama divina,
Día en que no hubo tinieblas,
Digna de ser de Dios madre,
Dulzura, que á Dios deleita.

La E. ser de Dios esposa,
Escogida en luz suprema,
Emperatriz de los cielos,
Espejo sin mancha ó quiebra.

La F. fecunda en gracia,
Flor ni marchita, ni seca,
Fruto de Dios deseado,
Fuente de amor y clemencia.

La G. dice, que eres gracia,
Guarda de los hijos de Eva,
Guía de los pecadores,
Gloria de la vida eterna.

La H. que eres hermosa,
Hija de quien Dios se precia,
Hierusalén celestial,
Honra del cielo y la tierra.

La I. te pronuncia intacta,
Inmenso mar de pureza,
Inmaculada ab eterno,
Ilustre en las tres potencias.

La L. dice , que eres luz ,
Lirio entre espinas acerbas ,
Luna del sol de justicia ,
Libro de la vida eterna .

La M. dice , que eres mar ,
Margarita , que Dios precia ,
Mina de precio infinito ,
Madre suya , y madre nuestra .

La N. dice que eres norte ,
Nieve cándida en pureza ,
Nube , que á Dios hizo lluvia ,
Nave que le trujo á tierra .

La O. que eres oro puro ,
Oliva fecunda y fresca ,
Obra del brazo divino ,
Olio , que alumbra su Iglesia .

La P. dice , que eres palma ,
Pura mas que las estrellas ,
Puerto , que es de Dios descanso ,
Primor de naturaleza .

La Q. te llama quilate
Del oro de la inocencia ,
Quinta esencia de virtudes ,
Quietud , que á Dios le recrea .

La R. dice , que eres rosa ,
Reina de cielos y tierra ,
Recogimiento de Dios ,
Resplandor de su potencia ,

La S. dice , que eres santa ,
Sol singular en belleza ,
Sal que á Dios regala el gusto ,
Salud de vidas enfermas .

La T. tesoro de Dios ,
Tálamo de su grandeza ,
Trono de su majestad ,
Todo el bien , que en él se encierra .

La V. que eres virtuosa ,
Única sola en belleza ,
Virgen en el cuerpo y alma ,
Vida , que nos dió la eterna .

La Z. Zelosa de Dios ,
Zenit de mejor esfera ,
Zona en que el sol de justicia
Giró su luz á la tierra .

Mas son tus gracias , mas faltan
Caractéres para ellas ,
Que para tus perfecciones
Son pocas todas las letras .

Y así tus virtudes todas
Sola tú podrás saberlas,
Como quien sabe de Dios
Las grandezas mas secretas.

Perdona mi atrevimiento
En querer yo tratar de ellas
Con estilo tan humilde,
Con tan ruda y tosea lengua.

Flores del Desierto.—Fray Paulino de la Estrella.

ABSOLUCION.—Con la de los pecados recibimos el espíritu de Dios.—*Evangelio en triunfo.—Pablo de Olavide.*

ABUNDANCIA DE RIQUEZAS.—Dios de avarientos en quien viven fiados.—*Recuerdos para la vida cristiana.—El Incógnito.*

ACCIONES.—Todas deben contribuir á nuestra santificacion.—*Evangelio en triunfo.—Pablo de Olavide.*

ACLAMACION UNIVERSAL DE MARÍA.—Se han dicho cosas tan grandes y gloriosas de esta Virgen Madre, que con solo indicarlás se convencen los fieles de la necesidad de honrarla,

bendecirla y obsequiarla. En sus elogios va envuelta nuestra felicidad; á su grandeza ha vinculado Dios la de todas sus criaturas; de sus gracias se derivan cuantas hay en los ciudadanos del cielo y en los moradores de la tierra; en ella son benditas todas las gentes del universo, y sin sus benéficas influencias todo es horror, todo confusion y todo infierno. Si consultamos los libros santos, en ellos vemos á María haciendo las delicias del celestial Esposo, ejerciendo los oficios de verdadera Madre de Jesús, y siendo la administradora de su sangre preciosísima en favor de los hijos de los hombres. Si acudimos á los Santos Padres, ellos nos dicen; que nada hace Dios sin su Santísima Madre, que es la escala por donde Dios bajó á la tierra y los hombres suben al cielo, y que en la meditacion de sus virtudes *el flaco cobra aliento, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia y el perfecto gloria perdurable*, como lo demuestra San Anselmo. Los Concilios, y Jesús en medio de ellos, los Sumos Pontífices inspirados por el

cielo, las congregaciones religiosas, las universidades, los grandes y poderosos de la tierra, las gentes todas que tienen ideas de piedad se unen á la Iglesia santa para saludarla *llena de gracia*; para decir que ella adornada de todas las virtudes es el arca de la gloria espiritual, la urna de oro que contiene el celestial maná, el océano inmenso de gracias destinado á surtir de ellas á cuantos las necesitan, y el cielo en donde se halla el que no cabe en los espacios criados. Todos los cristianos la llaman *hermoso paraíso de castidad* en que plantado el árbol de la vida produce abundantes frutos de salud, del que naciendo la fuente del Evangelio se distribuyen copiosísimos rios de misericordia que llevan el consuelo y la alegría á las almas de todos los creyentes. La llaman *medianera entre Dios y los hombres*, teniéndola por el faro de la luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo, por el tesoro de la vida, por la raíz de todos los bienes, por el pozo de agua viva, por la zarza encendida con el fuego espiritual que nunca se consume y por el monte de donde se

desprende la piedra angular sobre que está fundado el magnífico templo de la gloria. Ella es, según los oráculos sagrados, el florido tálamo en que Jesucristo se desposó con la naturaleza humana, y de aquí el tenerla por la escogida entre millares antes de nacer, por la deseada y anunciada por los patriarcas y profetas, por la esperanza de los elegidos, por la Reina del mundo, por el tabernáculo de Dios, por la estrella del mar borrascoso de nuestra peregrinación, por la causa de las felicidades y por la puerta de los cielos. Es además la *Auxiliadora de los cristianos y el Refugio de los pecadores*, en quien se aseguran todos los bienes y con quien se ahuyentan todos los males. Es nuestra Madre piadosísima, mucho más interesada en nuestra salvación que nosotros mismos, y muy torpes, muy ciegos y estúpidos son los que no conozcan la necesidad que tenemos todos de invocarla en nuestras necesidades, de honrarla, de bendecirla y obsequiarla con himnos y cánticos sagrados, con una devoción habitual y perpétua que nos ponga en el catálogo de sus queridos hijos protegidos

por su diestra.—*Flores de Mayo.*—Fr. Atilano Melguizo.

ACTO DE AMOR DIVINO.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor! muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido:
Muéveme ver tu cuerpo tan herido:
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme al fin tu amor, y en tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperára,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

San Francisco Javier.

ACTOS VIRTUOSOS.—Vuelos del alma para la bienaventuranza.—*El Incógnito.*

ADORNO DE ALMA SANTA.—Buena conciencia, sana doctrina, obras virtuosas.—*El Incógnito.*

AFLICCIONES.—Esta era la poderosa reflexion con que consolaba el Padre San Gerónimo á la ilustre *Furia*, matrona romana, en la muerte de *Probo* su marido. Confórmate, la dice, con la voluntad de aquel Señor que ostenta contigo sus misericordias al paso que te aflige: que prepara magníficos dones para enriquecer á los que sufren con humilde y obediente silencio las aflicciones; gran necesidad seria no aprovechar una ocasion tan oportuna para merecer los dones del Señor: *Arripe occasionem, et fac de necessitate virtutem*; convincente argumento á la verdad, de la locura de los hombres que pierden con su impaciencia y repugnancia el mérito de sus aflicciones. ¿Piensas, ó hombre, dice San Juan Crisóstomo, cómo has de huir las adversidades? Pues reflexiona que has de padecer contra tu voluntad ó con ella; *Cogita, quod sive velis, sive nolis illam patieris*: tú has de padecer, y por mas que emplees todos tus esfuerzos para arrojar de ti la calamidad, ella te seguirá á todas partes, y al fin te oprimirá y reprimirá tu orgullo. ¿Mas qué notable diferencia entre los que la reciben con amor, y

los que la repugnan con obstinada impaciencia? Estos hacen mas desapiadados sus dolores, obligando á su alma á tomar parte en ellos: aquellos no solo los dulcifican, sino que á la vista de los grandes bienes que en ellos se les prometen, se animan, se consuelan, se ensalzan sobre todo lo terreno, y desprecian las amarguras mas repugnantes á la vida. Aquellos sufren mas en la violencia que en los trabajos mismos: estos, haciéndolos voluntarios por la aceptacion humilde de su voluntad, no sufren en los trabajos mismos. Aquellos finalmente, nada merecen en un trabajo que ni consintió, ni aceptó jamás la voluntad: estos merecen altos premios en todas las aflicciones que ellos no buscaron; pero que aceptando, amaron é hicieron voluntarias.—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

AGRADECIMIENTO Á LA BONDAD DIVINA.—¡Oh Señor mio y bien mio, por mil partes mio! ¿qué digo? infinitamente mio; porque si fuera posible, que por infinitos modos te comunicáras á la poquedad de esta criatura, y en cada modo

infinitamente así lo hicieras; porque todo lo que veo en tí, Señor, es infinita bondad, infinito amor, infinita misericordia, que cada día inventa nuevas trazas para más me honrar, más me mejorar y llevarme á tí. No sé yo qué es esto, Señor, que viéndote siempre largo en el dar, y que á mí me alargas y ensanchas para que pueda recibir, siempre me veo corta y apocada para el agradecer.

¿Qué hiciera yo para ser inventora de otras tantas trazas para agradecer, como tú, Dios mío, tienes para me hacer bien? Mucho siento, Señor, que bajando de esos cielos caudalosos ríos de misericordia, se viertan sobre mi cabeza y en mi alma, buscando aberturas por donde se entrar, y se empapar en los senos y vacíos de la misma alma como si fuera esponja, no puedan volver agua arriba, para que con ellos, como con hacienda propia, ya que no la tengo mía, pudiera yo decir, ya te vuelvo en agradecimiento, y por gracia, lo que me distes, Señor; recíbelo que tuyo es, y tu bondad por solo tu querer lo hizo mío. Pobre soy yo y triste gusanillo. ¡Ojalá, Señor mío,

me dieras tú que como otro gusano de seda me deshiciera é hilara mis entrañas tan delgadas, que con ellas tejiera un vestido muy grande de infinitas alabanzas que te diera!

¡Oh Señor, y qué envidia tengo á todas las angélicas criaturas é irracionales; porque las unas sin cesar te alaban, y las otras porque sin contradiccion de sí propias te bendicen! ¿Qué hiciera yo, Dios mio, para tener un continuo querer sin género de repugnancia, ni cosa que en mí estorbára ni detuviera todo lo que en mí hay, para que se vertiera y derriera en mí? ¡Oh Señor, y qué envidia hé á los inciensos y holocaustos, cuando veo que se deshacen en tu servicio! Gran cosa fuera si yo fuera una criatura tan espiritual, que nada en mí hubiera que no estuviera en tí. ¡Oh cuerpo! ¡y qué basta criatura qué eres! qué baja te quedas, y cómo no eres de calidad que en tí se pueda Dios humanar; pero si tú dieses en la cuenta, puédeste endiosar; pero ha de ser, como decimos, hace el incienso que se quema, se abrasa y hace una barita de humo: *ex aromatibus mirrhæ, et thuris*: procura, espíritu,

alentarte y por todas partes dar buen olor de tí, que por ese camino aunque eres tierra, se puede en tí coger fruto de provecho y primicias de alabanzas para Dios, y hacerte cielo.

Trazas y modos busco, Dios mio, para te engrandecer por las singulares mercedes y beneficios, que de tí recibo, y no hallo por la cortedad de mi saber y poder; y cuando supiera entregar todo lo que puedo, no puedo nada, porque nada valgo; ¿qué ha de añadir una gotilla de agua á la mar? nada; pues menos añade todo mi sér á tu bondad y grandeza; y no digo yo el mio, sino el sér y poder de todas las criaturas juntas; porque todas ellas son como si no fuesen, y tú, Señor, eres un Dios inmenso, que todo lo llenas y de nada tienes necesidad; pues las criaturas en tu comparacion son nada, y tú eres Dios lleno, infinito é inmenso.—*Obras del Beato Juan Bautista de la Concepcion.*

AGUA.—Su hermosura y fertilidad publican la gloria de Dios.—*Obras del Ven. Fr. Luis de Granada.*

LAS AGUAS.

Magnífico, gran Dios, y bondadoso,
Te muestras en la rica muchedumbre
De las aguas que corren por la tierra.
¡Oh cuán bello al torrente estrepitoso
Ver despeñarse de enriscada cumbre
Cual si volára férvido á la guerra,
Bullir formando borrascosa espuma
Y llevar piedras como leve pluma!

¡Oh cuán bello al arroyo bonancible
Ver deslizarse con murmullo blando
Lamiendo plantas, árboles y flores,
Y con su curso plácido, apacible,
Los ojos y el oído deleitando!

¡Oh cuán bello del sol los resplandores
Ver pintarse con vívido reflejo
Del agua cristalina en el espejo!

¡Oh cuánta majestad y poderío
Por hondo lecho, rápido corriendo
Con alto orgullo bramador despliega
El formidable, caudaloso río!
¡Ay si con lluvias en furor creciendo

Á desbordarse impetuoso llega!
Cual bravo toro la barrera salta,
El campo, el pueblo y la ciudad asalta.

En la inar se me pierde el pensamiento;
Mis atónitos ojos por el orbe
Con mudo asombro giro, y por do quiera
Inmensidad de acuático elemento
Veo al mundo envolver; mi mente absorbe
Grandeza, cuyo fin jamás se viera,
Que el mar siempre principia, nunca acaba,
Y en él tu inmensidad, Señor, se alaba.

¿Quién sino tú crear pudo al gigante,
Cuyas ondas abarcan toda tierra?
¿En su profundo reino borraseoso
Su prepotente furia rebramante
Quién sino tú reprime? ¿quién encierra
Su anhelo de conquista proceloso
En frágil muro al hórrido guerrero,
Que sin cesar sus lindes bate fiero?

Tú solamente, ó Dios, que al agua pura
Das infinitas pródigo virtudes:
Por tí de mil y mil enfermedades
El agua fria en Alemania cura;
Con ella innumerables multitudes

De vivientes sus cien necesidades
Continuamente satisfacen, beben,
Y la salud y vida al agua deben.

¡Ay si faltára el agua! ¿qué sería?

Por ella el campo dá copiosos frutos,
Por ella reverdecen bosques, prados,
Y come el labrador, y si hay sequía
Y los ojos del cielo están enjutos,
Los ojos de los pobres colorados
Están de llorar tanto por la falta
Del agua, cuya ausencia sobresalta.

Nuestra madre la Iglesia se interpone
Tu piedad implorando dolorosa
Con públicas, solemnes rogativas
Y santas procesiones que dispone
Para aplacar tu indignacion celosa,
Y tú mostrando entrañas compasivas
De tu querida esposa por el ruego
La vivifica lluvia envias luego.

Y renace en los pechos la alegría,
Y en los campos la risa y la frescura,
La esperanza, la vida y la cosecha,
Y el árbol que en tristeza se moria,
De verde pompa linda vestidura

Placentero recobra, y aprovecha
Al pez, al ave, al hombre y su ganado
El agua que del cielo le has enviado.

Yo tambien, ó mi Dios, agradecido
Te estoy porque con agua bienhechora
Has benigno aliviado mis dolores,
Y en placidez fresquísima extinguido
Mi devorante sed abrasadora,
Templando mis volcánicos ardores,
Y veces mil el delicioso baño
Fué lenitivo á mi doliente daño.

Ni olvidará un instante mi memoria
Cuanto debo á las aguas del bautismo,
Que lavaron mi mancha primitiva
Y de hijo tuyo diéronme la gloria
Cuando naciera esclavo del abismo.
Y este insigne favor mientras yo viva
Bendeciré, ensalzando la excelencia
Del agua que me dió santa inocencia!

Poesías sagradas.—*Juan Manuel de Berriozabal.*

AISLAMIENTO ESPIRITUAL.—El ánima sola, y
sin maestro espiritual que la encamine, es

como la brasa apartada de otras, que se consume luego y no levanta nuevas llamas.—*San Juan de la Cruz.*

ALABANZA.—La que alcanzan los hombres por ser siervos de Dios, es verdadera y firme; la que alcanzan por ser ricos y poderosos, es vana.—*El Incógnito.*

ALABANZAS.—El verdadero humilde las teme de los hombres, porque las mira como ladrones de la humildad.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

ALABANZAS DE JESUCRISTO.—Honra de toda la Santísima Trinidad.—*El Incógnito.*

ALABANZAS DE MARÍA.

Sois palma excelsa, ó Virgen, triunfadora
Del árbol del error: sois verde oliva
Que en lo supremo de las aguas mora,
Verde á pesar de su diluvio y viva:
Sois vid que el golpe de la hoz ignora,
Ciprés que exento de la muerte esquiva
Anuncia muerte con funesta guerra
Al que esperaba derribarle en tierra.

Sois lirio asido á la pungente y dura
Rama de espinas y jamás violado :
Rosa, cuya beldad intacta y pura
No marchitó la noche y viento helado.
¡O sin igual purísima criatura!
Que preservada del comun pecado,
Sois en desprecio suyo victoriosa
Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosa.

Sois plátano de ramas tan copioso
Al fértil riego de perpétua fuente
Que nunca el hielo su verdor frondoso
Ha penetrado ni el agosto ardiente :
Mirra escogida, bálsamo oloroso,
Cuya interna virtud perpétuamente
Os reservó incorrupta y sin ofensa
Contra el contagio de la culpa inmensa.

Sois el cinamo de fragante y fina
Especie, oculto en aspereza tanta
Que ni guadaña al tronco se avecina,
Ni falta un ramo de la fértil planta.
¡O en los humanos excepcion divina
Y del Criador imágen sacrosanta!
Por mil blasones dignamente os llamo
Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.

Sois torre ebúrnea, altísima y fundada
Para asilo feliz del bando amigo,
Pues su notoria inmunidad sagrada
Fué siempre incontrastable al enemigo:
Ciudad, en cuya cerca levantada
No abrió el contrario entrada ni postigo:
Escala del empíreo, inaccesible
Al pié atrevido de la bestia horrible.

Puerta que aun antes que su autor la abriera
Ya estaba al adversario defendida:
Fuente que al áspid y culebra fiera
Dios negó de sus ondas la bebida.
¡ Ó en soberanas honras la primera
Sin sombra de pecado concebida!
Bien sois con semejanza preeminente
Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.

Sois encendido sol y tan fogoso
Que no permite congelar nublado,
Ni el factor de las sombras espantoso
Ha visto el globo de su luz turbado:
Sois lucero del alba luminoso,
Que en los solares rayos inflamado
Huye el eclipse lóbrego, funesto,
Cercano siempre al sol y nunca opuesto.

Norte, que de las ondas se retira
Sin ver jamás en ellas triste ocaso:
Luna, que al sol supremo siempre mira,
Ni el mundo estorba de su vista el paso.
¡Ó singularidad que al cielo admira!
Rindo á tan pura luz mi ingenio escaso,
Pues no se incluye en alabanza alguna
Vuestro sol y lucero, norte y luna.

Juan de Jáuregui.

ALEGRÍA.—*Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete* (Fil. IV. 4.) Gozaos siempre en el Señor, otra vez os vuelvo á decir, que os goceis y regocijeis, dice el Apóstol San Pablo. Lo mismo nos repite muchas veces en los Salmos el Profeta David; *Lætamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde. Exultent, et lætentur in te omnes, qui quæerunt te. Jubilate Deo omnis terra; servite Domino in lætitia. Introite in conspectu ejus, in exultatione. Lætetur cor quæerentium Dominum.* (Pss. XXXI. 14: LXIX. 5: XCIX. 1: CIV. 5:) Y en otros muchos lugares nos exhorta á menudo á que sirvamos á Dios con alegría. Y con esto

saludó el Angel á Tobías: *Gaudium tibi sit semper* (Tob. V. 11). Dios te dé siempre mucho gozo y alegría. Solia decir San Francisco: al demonio y á sus miembros pertenece estar tristes; mas á nosotros, alegrarnos siempre en el Señor: *Vox exultationis, et salutis in tabernaculis justorum*. (Ps. CXVII 15). En las moradas de los justos siempre se ha de oír voz de alegría y de salud. Hanos traído el Señor á su casa y escogido entre millares, ¿cómo hemos de andar tristes? Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la Sagrada Escritura; y el ver por otra parte los daños grandes que se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que viendo el provecho nos esforcemos mas á ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazon. Y sea la primera; porque asi lo quiere el Señor: *Non ex tristitia, aut ex necessitate, hilarem enim datorem diligit Deus*, dice San Pablo (2. Cor. IX. 7). Quiere Dios un dador alegre, conforme á lo que él dijo por el

sábido: *In omni dato hilarem fac cultum tuum* (Eccli. XXXV. 11). Así como acá en el mundo vemos, que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegría; y cuando ve que andan encapotados, y le sirven con ceño y con tristeza no le es agradable su servicio, antes le enfada; así Dios nuestro Señor gusta que le sirvamos con mucha voluntad y alegría, no con ceño ni tristeza. Nota la Sagrada Escritura (1. Paral. XXIX. 9. et 17). que ofreció el pueblo de Israel mucho oro, plata y piedras preciosas para el edificio del templo, con grande voluntad y alegría: *Cum ingenti gaudio*. Y el Rey David dió gracias á Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones con tan grande gozo. Eso es lo que estima mucho Dios; no estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se ofrece. Aun acá solemos decir: «la voluntad con que lo hace vale mas que todo;» y aquello estimamos en mucho, aunque el servicio haya sido pequeño. Y por el contrario, por grande que sea, si no fué hecho con voluntad y alegría, no lo estimamos ni agradecemos, antes nos descontenta. Dicen muy bien, que es

como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga, que lo hace todo desabrido.

La segunda razon es, que redundá en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, porque de esa manera muestra uno que hace aquello de buena gana, y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven á Dios con tristeza, parece que dan á entender que hacen mucho, y que andan reventando con la carga, y que apenas la pueden ya llevar por ser grande y pesada; y eso desagradada y dá en rostro. Y así, una de las causas por que San Francisco no quería ver en el rostro de sus frailes tristeza, era porque dá á entender que hay pesadumbre en la voluntad, y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esos otros, segun van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen, para lo que desean y querrian hacer; como decia San Bernardo: *Opus meum vix unius est horæ, et si plus, præ amore non sentio.* (Bern. serm. 14. super. cant). Señor, lo que yo hago por vos, apenas es trabajo de una hora; si mas es, con el amor no lo siento. Esto dá mucho con-

tento al Señor. Y así dice él en el evangelio: *Tu autem cum jejunas unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans* (Matt. VI. 17. et 18). Cuando ayunareis, ungid la cabeza y lavaos el rostro. Quiere decir, poneos de fiesta y andad alegres, que parezca que no ayunáis ni haceis nada: *Nolite fieri sicut hypocritæ tristes*. No andeis tristes como los hipócritas, que quieren dar á entender á todos que ayunan, y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aquí, que hay algunos que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste. Y engañanse, dice San Leon Papa: *Religiosorum modestia non sit mæsta, sed sancta* (Leo Papa serm. 4. Quadr.) La modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa. Ha de traer siempre el religioso una modestia alegre, y una alegría modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande ornato del religioso.

Lo tercero, no solamente redundá esto en mucha honra de Dios, sino tambien en provecho y edificacion de los prójimos, y en abono

de la virtud; porque los que de esta manera sirven á Dios, persuaden mucho á los hombres con su ejemplo, que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan.—*Ejercicios de perfeccion y virtud cristiana.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

ALEGRÍA ESPIRITUAL.—Alarga la vida, alienta el corazon, dá fuerzas, resiste á las tentaciones, confunde al diablo, causa olvido de los males y aborrecimiento de culpas.—*El Incógnito.*

ALEGRÍA Y ESPERANZA.—Con la alegría de la buena conciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el Apóstol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* (Rom. XII, 12): aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia; pues tan grande ayudador y galardonador de nuestros trabajos nos dice ella que tenemos en Dios. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana: estas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios; y este es el comun

puerto y remedio de todas las miserias de esta vida.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

ALEGRÍA Y TRISTEZA.—Si el origen de todos los consuelos y satisfacciones del cuerpo es su salud y robustez, ¿cuál podrá ser el de los espirituales del amigo de Dios, sino la salud é inocencia de su alma? El sábio (Eccli. XXX, 16.) dijo: *Non est census super censum salutis corporis.* No hay fondo de tanta estima y provecho como la salud del cuerpo. Con ella todo es dulce, todo sabroso, todo bueno: sin ella todo es desabrido y doloroso. ¿Qué aprovechan las delicias y riquezas del mundo todo al que yace rendido al rigor de una calentura que le acaba? ¿Pero con qué contento come el fatigado y robusto labrador un pedazo de pan duro y desabrido? Él percibe en este bocado todas las delicias de los manjares delicados. Un jarro de agua fria es mas dulce á su paladar que el almibar mas confeccionado. Pues aplicad esta idea de los felices efectos de la salud del cuerpo á la del alma: *Salus animæ in sanctitate justitiæ, melior est omni auro et argento.* (Eccli. XXX, 15). La salud del alma, fruto de la san-

tividad y la justicia, es mas preciosa que todo el oro y plata del universo. Cuando el alma está sana, y tiene dentro de sí al autor de la santidad, todo le es de provecho y gusto, aunque sea el hambre, la sed, los azotes, el cuchillo y la muerte: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (Rom. VIII, 28). El pecador siempre está triste, el justo siempre alegre. La tristeza es en el uno el origen de todos los males, y el gozo en el otro de los bienes: *Tristitiam non des animæ tuæ... Jucunditas cordis, hæc est vita hominis, et thesaurus sine defectio- ne sanctitatis... Spiritus tristis exsiccat ossa.* (Eccli. XXX, 22, 23). No hay efecto horrible que no produzca en el corazon humano la tristeza, ni bien que no se deba á la alegría. «La tristeza, dice San Juan Crisóstomo, es uno »de los mas pesados tormentos de las almas, »es un dolor que excede todas las ponderacio- »nes de la elocuencia. Semejante á un gusano »roedor y pestífero, no solamente despedaza »la carne, sino tambien el espíritu. Es una po- »lilla de los huesos y del alma: es un perpétuo »verdugo que quebranta las fuerzas del ánimo;

»es una eterna noche, una tempestad continúa, una calentura oculta y abrasadora.» Me parece, continúa el Santo, que es un mal mas terrible que la muerte. Un Elías huye (III. Reg. XIX. 4) de la muerte á que le habia condenado la impía Jezabél. No es extraño que huya un varon tan esforzado: porque la muerte es uno de los males mas horrendos de la naturaleza. Pero este mismo varon santo, oprimido de una profunda tristeza, pide á Dios que le dé la muerte: *Obsecro, Domine, tolle animam meam*. Parecele mayor el horror de la tristeza que el de la misma muerte, pues la busca para su alivio. Pero al contrario, ninguna cosa mas deliciosa que la alegría: *Non est oblectamentum super cordis gaudium*. Nada son sin ella todos los bienes; con ella todo se posee.—*Discursos predicables*.—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza*.

ALIENTO PARA EL JUSTO ATRIBULADO.—Estaba el pueblo hebreo afligidísimo en tiempo del rey Acab (III. Reg. XVII. 1. et Eccli. XLVIII. 5). por falta de agua, que Elías habia cerrado el cielo, y detenido las nubes para que no llovie-

se, por los grandes pecados é idolatrías que entre aquella gente habia: y despues cuando ya se llegó el tiempo que Dios los quiso socorrer, dice Elías (Ib. XVIII. 43 et 44) á su criado, que se asome á ver el cielo si tiene nubes: no las vió por seis veces que salió; á la sétima, dice, que vió hácia la mar una nubecilla como una huella de un hombre: veamos, Señor, qué misterio tiene el querer llover y enviar agua y dar principio á tanto bien con una nube que tiene figura y tamaño tan pequeño, que es como una huella de un hombre. ¿Saben que es? decirnos, que con pocas cosas se dá Dios por obligado para acudir al remedio de nuestras necesidades y aflicciones. Aquella nube significaba aquellos pasos que por la obediencia daba el criado de Elías cuando salia á mirar el cielo, ó podria ser los que hubiese dado algun alma devota en tiempo de tanta tribulacion, y con esos pasos y las lágrimas que habia derramado habia amagado aquella nube que subida al cielo la desplegó Dios, y fecundó de tal manera, que regó la tierra de Israel, y le dió lo que tenia necesidad. Seas

tú, Dios mio, mil veces bendito, de que poco te das por obligado; con solo un cabello que se le cayó á tu esposa del trenzado y con un mirar de ojos, te diste por herido en el corazon para salir como otro ciervo á buscar las fuentes de las aguas que el justo derrama en la tribulacion. ¿Quién con esto no vive muy consolado en medio de sus ahogos y congojas, pensando que no ha de ser desamparado de la mano de Dios?

Y si con todo eso se desconsolase por ver que en él no ha habido, ni hay cosa que obligue á Dios para que de su poderosa mano reciba consuelo, considere que tenemos un Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos é injustos; y que para todos tiene dia, y amanece para los buenos y malos, y no hay corazon tan duro sobre quien no llueva para lo ablandar. Tambien digo, que como la sabiduría de Dios es infinita, y todo lo tiene delante de sus ojos, lo pasado, presente y porvenir; si en mí nada hay que á su Majestad obligue de lo ya pasado ó de la vida presente, podrá ser que antemano

se quiera Dios dar por obligado de lo que yo no sé, y su Majestad ve que en lo porvenir con su gracia y favor yo obrare; y que para esa buena obra saque mi vida del peligro presente, y la ponga en el seguro que aguarda. Concluyo, Señor mio, que yo no hallo por qué ó por dónde un alma haya de desconfiar de vos, que sois infinita bondad y misericordia. Esta es tan fecunda y abundante de suyo, que no ha menester para producir y criar mil mundos mas de querer. Porque cuando los hombres de su parte pongan todo cuanto quisieren y tuvieren, todo es nada delante de los ojos de Dios, para moverle á cosas tan grandes como cada dia hace por los hombres. ¿Quién, Dios mio, te pudo obligar á que nos diceses tu Hijo puesto en una cruz y en tiempo que el mundo estaba tan perdido? Solo tu caridad y bondad. Así lo dice San Pablo (Efes. II. 4 et 5), *propter nimiam charitatem... Cùm essemus mortui peccatis, convivicavit nos in filio suo*. De nuestra parte no habia sino pecados y muerte; pero de parte de Dios habia una sobrada caridad, un amor infinito, que no

tenia necesidad de que entrase en medio de una plaza y campo de afrentas é injurias el Hijo de Dios, y que allí fuese maltratado y herido con tantos agujones y clavos. No tuvo este amor necesidad de fuego de acá abajo para que se vertiese sobre los hombres. En el pecho del Padre hervia y bullia por salir á hacer estas empresas : era este amor un mar grande no sujeto á leyes, ni estrechado con límites y términos, porque fuera de toda ley allá dentro de Dios buscó razones á escondidas que nosotros no alcanzamos, que le movieron á arrojarse á este mundo y llenarlo de misericordia y amor de Dios; de suerte que no hay rinconcito por escondido que esté, donde con sus rayos no entre á derretir y ablandar el corazon mas empedernido de todos los hombres. Pues si este amor sabe tan bien rondar las calles y buscar gente perdida á quien aprisionar y encarcelar, como lo hizo con la Magdalena, la Samaritana, San Pablo y el Ladron puesto en un palo, ¿por qué tengo yo de desconfiar? ¿No ha de encontrar conmigo? ¿Cuando mi ventura, desgracia ó envidia de los hombres me

escondiesen y empozasen en una sima y caverna de miserias y aflicciones? En un pozo estaba José para en él acabar con sus sueños y revelaciones; pero como no está Dios sujeto á las leyes ordinarias, si entre sus hermanos no hay sino quien le aborrezca y quiera quitar la vida, bien sabe Dios hacerse arriero, sonar campanillas, no para ahorcar al justo, sino para librarlo de la horca, sacarlo del pozo y engañar á sus hermanos con que se contenten con venderlo y hacerlo siervo y esclavo, que es el oficio mas opuesto y contrario que se podia imaginar á los sueños que habia tenido de que habia de ser señor, y le habian de servir y adorar sus padres y hermanos; y aun no se contentó con esto el demonio, para tenerlo seguro no saliera con los intentos de Dios, que en una cárcel lo metió, encarceló, apriisionó y dejó bien olvidado por mucho tiempo. Mirad, por caridad, qué camino ese de ser rey y señor, de mandar el mundo y que lo adoren sus hermanos fraticidas, y venteros de la sangre del justo. Con todo eso no hubo cárceles tan secretas y escondidas para

Dios, que lo pudiera olvidar, ni servidumbre tan opuesta y baja, que no fuese poderoso para la trocar en libertad y señorío; pues vemos que cuando las cárceles están mas cerradas, y los hombres mas olvidados y dormidos, arroja Dios una piedra en el sueño de Faraon, que despierte la ventisca sepultada de José y la saque á plaza. ¿Qué digo? los manojos de espigas, que tantos años antes habia mostrado Dios á José, que venian á adorar su manogito y manípulo, esos se tenia Dios guardados para con ellos propios, ó de ellos sacar ciertas espigas que en sueños mostrasen á Faraon, y él se viese necesitado de la interpretacion y conocimiento del misterio que allí estaba encerrado, y buscando quien lo interpretase, dieron con José, que como ya para él era viejo, interpretacion de manojos de espigas, dió la que convenia para que viniesen sus hermanos á reverenciar y adorar á quien tanto bien hacia al mundo proveyéndole de sustento. ¡Oh Dios Eterno! y cómo nadie está de tí tan lejos que tu bondad y misericordia no le alcance! y cómo no se te van por piés los pecadores, que

tan veloces los tienen para correr por el camino de la maldad! ¿Por qué se habia de ir de la vista de tus ojos como niño afligido, vendido y encarcelado, por qué se te ha de trasponer un hombre perseguido, trabajado ó penado de los hombres y sin parte para que haga las de esta tal persona? Las prendas que tú tienes en él puestas, te llaman y piden que no desprecies ni deseches las obras de tus manos.

¡Oh qué gran cosa es aguardar á Dios y esperarlo! que no hay punto crudo que para su Majestad no sea muy sazonado. Y si en este estado le parece á un alma que no reza, que no tiene espíritu ni vida; no le dé pena, que no ha menester ella saber todos los modos que tiene Dios de darla, y los caminos por donde guia, vivifica y levanta un espíritu. Bueno fuera que el grano de trigo, cuando el labrador lo arroja en la tierra, y lo deja allí sepultado, viendo que en uno ni en dos meses nace, que dijera que se queria salir de allí, que no queria aguardar mas, que ya estaba podrido, pisado de las bestias y sin virtud; si eso hiciera solo se quedára por querer salir

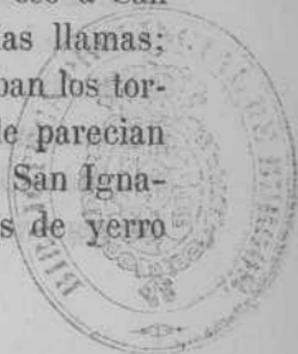
antes de tiempo á gozar del sol y luz del cielo; no hay sino decirle: paciencia, señor grano de trigo, que él no entiende los secretos de la naturaleza; aguarde un poco, que no lo tiene olvidado, sino que no se ha llegado el tiempo en que saldrá verde y florido acá fuera, y dará fruto centésimo; que eso se debe á quien muere, y dá su vida, sujeto al querer y mandado del labrador. Paciencia, mis carísimos hermanos, en las ocasiones que se nos ofreciesen vernos sepultados, enterrados, podridos, pisados; no queramos antes de tiempo sacar la cabeza, que ya Dios tiene determinado cuándo lo verde de nuestras esperanzas saldrá acá fuera. Y quien tuvo paciencia en cosa tan grave como era dar la vida por la obediencia, consejos y mandamientos de Dios, aguarde fruto centésimo; y entienda que en ese abatimiento coje carrera para mas alejarse del mundo, y acercarse á Dios por gracia, y despues por gloria.—*Obras del beato Juan Bautista de la Concepcion.*

ALIENTO PARA SERVIR Á DIOS.—Corre, pues, alma mia, arrebatada siquiera del ejemplo

de tantos como van desalados á alistarse en las banderas de Cristo, y debajo de la sombra de su purísima Madre. Mira tantos valerosísimos Mártires, que con su propia sangre te dejaron señalado el camino. Mira tantos Confesores y Patriarcas santísimos, que te exhortan con sus virtudes, y te ofrecen sus reglas para llevarte á Cristo. Mira tantas inmaculadas Vírgenes, que van en seguimiento del Cordero sin mancha por la imitación de su pureza. Todos estos van delante; ¿cómo te acobardas de seguirlos? Todos dan su nombre en la milicia de Cristo, todos escogen la bandera de su Cruz, llevando parte de sus dulcísimos trabajos. ¿Pues qué es lo que me detiene para que no los imite? ¿Acaso mi nobleza, mis riquezas, mis comodidades? ¡Oh cuántos miro que dejaron sus reales familias, arrojando sus coronas con todos sus tesoros y delicias á los piés de Jesucristo! ¿Cómo, pues, me detienen á mí cosas tan pequeñas que acaso no pasan de esperanzas, y esas tan dudosas, tan inconsistentes, tan vanas, y en fin, poco duraderas? ¿Acaso me acobarda mi delicadeza y debilidad,

pintándome imposible la milicia de Cristo? ¡Oh pusilanimidad no menos falsa que injuriosa á la gracia divina! Si yo hubiera de seguir á Cristo y pelear en su milicia con solas mis fuerzas, entonces sí que seria prudente mi temor; pero estribando todo mi poder en la divina gracia y en los auxilios de su omnipotencia, ¿cómo puedo excusarme con mi debilidad? ¿Por ventura no eran aun mas delicados que yo muchos hombres regalados del siglo, muchas tiernas doncellas, muchos inocentes niños, y con todo eso, porque siguieron la voz de Dios y se arrojaron en los brazos de su divina gracia, se hicieron fuertes y robustos para tolerar las penitencias, los ayunos, las vigiliass, la soledad, la desnudez y todas las demás austeridades que antes les parecian imposibles? Pues si estos eran de mi propia naturaleza; si el Señor que me llama me ofrece tambien la misma gracia, ¿porqué no podré yo lo que tantos pudieron? ¿Porqué no toleraré lo que tantos toleraron? ¿Porqué no perseveraré en esta milicia de mi capitan Jesús, como tantos perseveraron hasta conquistar en su com-

pañía el reino de los cielos? Aliéntese, pues, el desmayo de mi corazon, al escuchar aquellas dulcísimas palabras del Salvador: Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, que yo os recrearé. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera. ¡Oh suavísimo Rey, y capitán mio! ¿quién dejará de seguiros al escuchar estas palabras mas dulces que la miel? Si corre por vuestra cuenta el alivio de los que trabajan y pelean en vuestra milicia; si haceis yugo de vuestra Cruz, para arrimar el hombro, y aliviarnos esta dulce carga; si quereis limpiar con vuestra propia mano el sudor de nuestros fatigados rostros; ¿qué mucho se hagan fáciles las fatigas, gustosas las mortificaciones, y ligero el peso de vuestra Cruz? Por eso á San Lorenzo le parecian marea dulce las llamas; por eso á Santa Inés no le espantaban los tormentos; por eso á San Bernardo le parecian delicias las austeridades; por eso á San Ignacio le parecian blandas las cadenas de yerro



con que se heria, dulces las lágrimas que deramaba, y agradables las persecuciones y afrentas que padecia. ¡Oh Señor! pues me llamas á que siga como estos Santos vuestra bandera, dadme tambien resolucion para abrazarme con estas armas de vuestra milicia, y para que experimente con vuestra gracia el mismo aliento que ellos experimentaron, y logre la misma perseverancia y suavidad con que os sirvieron.—*Ejercicios de San Ignacio.*
—*P. Francisco de Salazar.*

ALMA.—Imágen de Dios, de quien recibió la luz natural en su creacion, y la sobrenatural por dádiva graciosa.—*El Incógnito.*

ALMA.—La hermosura de un alma santificada y puesta en gracia de Dios es tan grande, que oscurece con su resplandor toda la claridad y hermosura de las estrellas.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

ALMA.—Ha de ser para con Dios devota, confiada, humilde, despreciadora de consuelos terrenos, ocupada en su servicio, considerando los beneficios divinos, entretenida en los bienes espirituales, alegre en todos sucesos, y

mas en los adversos, deseosa de juntarse eternamente con Dios y predicadora de las perfecciones divinas.—*El Incógnito.*

ALMA DEL JUSTO.—À ella viene Dios cual rocío, sin que se sienta, mas con gran utilidad y provecho.—*El Incógnito.*

ALMA CRISTIANA.—Templo vivo del Espíritu Santo.—*P. Tomás de Villacastin.*

ALMA CRISTIANA.—Altar consagrado á Dios, en el cual se deben ofrecer sacrificios.—*El Incógnito.*

ALMA EN GRACIA.—Vistosa, agradable á Dios, estimada de los ángeles, y temida de los demonios.—*El Incógnito.*

ALMA EN GRACIA.—Viene á esta dichosa alma toda la Trinidad beatísima, y sentando en ella su trono la hace digna habitacion de sí misma, y vaso lleno de las gracias y misericordias del cielo. El corazon del justo, en quien reside el Señor, es una tierra regada con la inagotable fuente de tantas riquezas y dulzuras, que exceden la comprehension del mismo que ha sido objeto de tan misericordiosa eleccion. Su entendimiento está lleno de luces, su voluntad

abrasada en amor, sus pasiones solo tienen vigor para servir á Dios, y estar negadas á la concupiscencia de los bienes y delicias de la tierra: finalmente, su alma percibe mil deliciosos gustos y placeres celestiales, que no pueden explicarse, ni concibe el que dichosamente no los haya experimentado.—*Discursos predicables.*—*Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

ALMA JUSTA.—Superior á las adversidades y á los regalos, pues ni con tiranías desfallece, ni con regalos se ablanda.—*El Incógnito.*

ALMA JUSTA.—Cielo en que Dios mora.—*El Incógnito.*

ALMA JUSTA Y PECADORA.—De cualquier modo que se mire el pecador es un objeto de lástima y una imágen horrorosa á los ojos del Señor. El hombre en estado de gracia y de santidad es un espejo claro en que se dejan ver los rasgos de las perfecciones divinas, y no se hallará pincel tan delicado que nos pueda dibujar perfectamente su excelente retrato. Prevenido de dulzuras, lleno de bendiciones, colmado de dones celestiales, es con propiedad el huerto cerrado de los Cantares, á donde no llegan los

vientos de la vanidad, ni los aires infectos y corrompidos del siglo, y el paraíso de las delicias que un querubin con espada en mano ha tomado á su custodia para negar la entrada á cualquier afeccion terrena que quiera penetrar allí; es la morada del Espíritu Santo, en donde este espíritu de amor descansa como en su trono; y en fin un alma adornada con la estola ó vestidura nupcial de la gracia, es una esposa amable que se une al Cordero con fuertes lazos de casto amor, y con quien la sabiduría encarnada ha protestado mil veces que tiene sus delicias y complacencias. Pero lo mismo es hacerse prevaricadora, lo mismo es perder la rectitud del espíritu, lo mismo es dejarse arrastrar del vil consentimiento al pecado, que perder al punto todos los bienes con que estaba enriquecida, toda la belleza que la hermoseaba, toda la luz que la esclarecía, y quedar reducida á un estado de miseria. Á las riquezas sucede una pobreza extremada, á la hermosura una fealdad horrorosa, á las luces unas profundas tinieblas, y la que era tan amable á los ojos del Esposo celestial, perdió el favor y

la gracia: adúltera y prostituta, llevada de otros amores indignos no merece ya las atentas y dulces miradas del Esposo, sino que la abandona con despego, la arroja de casa como una despreciada Agar, y en esta separacion ó divorcio espiritual consiste su infelicidad y su desdicha. ¡Ojalá que el hombre conociese los grandes males en que se precipita por seguir unos bienes frívolos, y las calamidades y desventuras á que le empeña el pecado! Pero esta es la fatal constitucion del pecador que no conoce su miseria sobre ser tan miserable, porque el desórden mismo á que se entregó voluntariamente, es un cuchillo cruel que le hace la herida y una venda fatal que se la encubre. — *Coleccion de Panegiricos originales.* — Fr. Vicente Hernandez.

ALMA PECADORA. — Mantenimiento de la antigua serpiente. — *El Incógnito.*

ALMA PENITENTE. — Por la contricion se limpia de culpas, por la confesion se lava, y por la satisfaccion se perfecciona. — *El Incógnito.*

ALMA RACIONAL. — Imágen viva de Dios.... en gracia esposa de Cristo; templo vivo de Dios.

Su mantenimiento es la palabra de Dios y la consideracion de las cosas divinas.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

ALMA RACIONAL.—Es el mas conveniente espejo para ver á Dios, si está pura y limpia. Suelta de la prision de la carne vuela luego á su Criador conforme á la dignidad de su naturaleza.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

ALMA TEMEROSA DE DIOS.—Depósito de las riquezas del cielo.—*El Incógnito.*

ALMA VIRTUOSA.—Habitacion alegre de Dios.—*El Incógnito.*

ALMAS.—Necesitan un alimento, y este alimento no es otra cosa que Dios, sin el cual las almas no pueden vivir. Dios alimenta al alma por medio de su palabra, la mantiene en la vida por su gracia, la conforta con su presencia, y así la prepara para la vida inmortal, en donde las almas hallarán en la posesion de Dios una hartura completa de todos sus deseos.—*José Antonio Ortiz Urruela.*

ALMAS DEL PURGATORIO (LAS).—La infalible Iglesia, cuyos hijos somos por dicha nuestra, nos enseña como artículo de fé, una verdad

augusta íntimamente enlazada con el gobierno de la divina Providencia en este mundo y con los atributos adorables de la justicia y de la misericordia del Supremo Juez de vivos y finados. Debemos á nuestra sábia madre la Iglesia católica la mas explícita confirmacion de la tradicional idea de la existencia del purgatorio, majestuosa basílica de expiacion poblada de innumerables séres invisibles y hecha solo para séres invisibles, que son las almas de los que muriendo en gracia, aun tenian algo que purgar para subir al cielo limpios de toda mancha y sin deber nada á la justicia del Eterno. Aunque las almas cuando son moradoras de este mundo son tambien invisibles á fuer de espíritus, que no pueden palpase, sin embargo aqui animan un cuerpo visible y en cierto modo parece que se pintan en el brillo y vivacidad de los ojos y que se muestran en las mismas palabras, con que mútuamente se comunican sus invisibles pensamientos; pero no así cuando se despiden de la tierra, abandonando sus cuerpos y pasando á formar parte de la asamblea de los espíritus penados. En ella no hay cuerpos,

ni los habrá: la componen únicamente espíritus, y esta es una sublimidad del purgatorio.

Mas no se parece á los congresos de la tierra el de aquellas almas, que por las virtudes de que se adornaron ó por su regenerador arrepentimiento tienen belleza de futuras reinas del cielo. Y si es incomparable la hermosura de una sola alma que se halla en estado de gracia, ¿cuánta no será la de esa muchedumbre santa de almas merecedoras de la gloria eterna? Allí todas sus ocupaciones son bellas, santas y sublimes, y unas mismas en todas ellas. Aman á Dios, porque están en gracia, y es propio de las almas que están en gracia el amar á su celestial Esposo, por cuya union suspiran: allí nada les impide amarle, habiendo dejado al borde del sepulcro todos los objetos que las distraian de su amor. Se acabó el tiempo de la prueba, para la cual permitia Dios el influjo de la concupiscencia, prescindiendo ahora de que el origen de esta fué la culpa de Adán; y no existen ya las ocasiones excitadoras de la malévola concupiscencia, y cesó la guerra interior que aquí experimenta el hom-

bre entre su inclinacion al bien y su inclinacion al mal, habiendo triunfado aquella al concluirse la época de las batallas y de los merecimientos.

Solo les queda el anhelo de la felicidad, anhelo inherente á la humana naturaleza, pero depurado de la escoria de este mundo, pues rasgados ya los velos, que á sus ojos encubrian la belleza del Sumo Bien, y disipadas todas las marañas que anublaban su razon, se les revela la verdad de que es Dios el sumo bien y la suma ventura á que aspiran, y así se lanzan á él con el impetu mas vehemente. Pero ¡ay! aun no ha llegado la hora de gozarle y de unirse á él en su gloria. Entretanto tienen la dicha de amarle perfectamente, porque ya calló para siempre su rastrera concupiscencia, y todas sus fuerzas y todo su tiempo está allí consagrado á su amor. Allí no se comercia, no se visita, no se pasea, no se piensa en lucros y granjerías, no se duerme, ni se cena, ni hay labores de manos. El único afan es compensar amando á Dios el tiempo perdido en las vagatelas de esta vida transito-

ria. Trasladémonos con el pensamiento á los antiguos monasterios de la Nitria y de la Tebaida, poblados en siglos que ya pasaron, de penitentes solitarios, que solo atendian á contemplar orando y cantando las alabanzas del Hacedor y ejercitándose en todo género de virtudes, y hallaremos una débil imágen de los continuos y fervorosos ejercicios en que únicamente se ocupan las virtuosísimas moradoras del purgatorio.

Oran incesantemente, y oran por nosotros, porque en esto ejercitan la virtud de la caridad, la cual con respecto á nosotros no les es dable practicar de otra manera. Siendo su vida, como no puede menos de serlo porque están confirmadas en gracia, un continuo ejercicio de todas las virtudes, y hallándose imposibilitadas para dar limosnas materiales, para asistir á los enfermos en el lecho del dolor y para otras muchas expansiones de la caridad cristiana, reducen al acto de orar por nosotros los diversos impulsos de obras misericordiosas, que esta virtud les inspira. Así su oracion es vehementísima, porque para ella

concentran todas sus fuerzas; y es muy grande la intensidad de los actos de sus virtudes, tratando ellas de compensar y reparar, como ya he indicado, el tiempo que perdieron sobre la tierra. Y no obsta el agudo dolor de los suplicios para que oren y oren por nosotros, pues en medio de los suyos oraban los mártires y hablaban con asombrosa serenidad y admirable elocuencia, y el mismo Jesucristo, soberano modelo de las almas que padecen en gracia, oró en la cruz clamando en favor de sus verdugos y de todos los hombres: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Lo que en medio de intensos dolores quita el sosiego para orar y raciocinar, no es precisamente el dolor mismo, sino el entorpecimiento que este produce en los sentidos ú órganos, que están en íntima comunicacion con el cerebro, afectado por ellos con gran viveza, y donde principalmente, segun Descartes, ejerce el alma sus funciones. Ahora bien, los espíritus del purgatorio, que no teniendo cuerpo carecen por consiguiente de la accion de los sentidos, no participan del entorpecimiento,

que por comunicacion de enfermedad entre el alma y el cuerpo experimentarían si estuviesen en este mundo; y así en medio de sus llamas disfrutaban de dulce tranquilidad para consagrarse á la oracion y á todos los afectos y ejercicios de virtudes, que dicen relacion con ella.

Entre las sombras del purgatorio, todo es orden, paz, armonía, amor purísimo, mútua compasion y padecimientos sufridos con alegre y sublime resignacion. Santa Catalina de Génova dice que, excepto la de los bienaventurados en el cielo, ninguna otra alegría es superior á la que gozan en el purgatorio en medio de sus tormentos las almas de los justos. En todo esto, ¿quién no admira una belleza de un orden muy sublime? Cuando vemos alguna vez en las vidas de los héroes, y especialmente en las de los mártires del cristianismo, esta clase de fenómenos en almas grandes, que en situaciones extraordinarias se sobreponen á la vehemencia de sus dolores y obran como si no los tuvieran, cierto que experimentamos una sensacion de asombro y que no podemos menos de

admirarlas y entusiasmarnos por ellas y proclamar su grandeza y sobrehumano heroísmo. Pero en el purgatorio no es una sola el alma, que nos ofrece este espectáculo maravilloso; son todas. Y no por breve tiempo, sino continuamente en la prolongada duracion de sus tormentos.

En aquella mansion de virtudes, donde están nuestros amigos, parientes y bienhechores, y donde jamás se extingue la hermosa llama de la caridad, siempre está vivo para con nosotros su santo fuego, y por lo mismo siempre se clama en favor nuestro al Dios de las misericordias. Y aquí se ve que ha obrado el Señor con una especie de justicia conmutativa al establecer entre aquellas almas pacientes y las de los cristianos, que disfrutamos de las riquezas de la Iglesia, el mismo orden de providencia, que tiene establecido en este mundo entre los menesterosos y los ricos, á cuyo cargo ha dejado el mantenimiento de aquellos, es decir, la liberacion de los trabajos anejos á la pobreza. Como la caridad es la esencia de su divina religion, ha querido darle

un inmenso teatro, donde desplegar en magnífico vuelo sus alas de fuego por los cielos, en los cuales resplandece su divinidad, por el abismo abrasador, en el cual están penando las almas de los justos, y por los ámbitos de la tierra, en que sufren hambre y dolores los pobres desvalidos. La reina de las virtudes debía tener un reino dilatadísimo, no limitado por las esferas de los astros, ni por los horizontes, ni por los sombríos muros de los sepulcros. Siendo purísima llama de amor divino, no siempre había de necesitar del oro material para ejercer su bienhechor imperio, y como que había de participar de las maravillosas facultades de su principio, que es Dios, para labrar la agena dicha sin el concurso de la materia. Así en nuestras oraciones y especialmente en el inefable sacrificio de nuestros altares tiene la caridad un tesoro para llevar consuelo y redención á las almas amigas, que cautivas en el purgatorio son por el conjunto de sus virtudes, por las relaciones que con ellas tenemos, por sus terribles padecimientos, y por su situación patética el magnífico, tierno, lúgubre y encan-

tador espectáculo que mas allá de este mundo nos ofrecen unos séres invisibles, dignísimos de nuestros mas ardientes afectos de amor y compasion.—*Los séres invisibles.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

ALTEZA DE MARÍA.

Celebre tu belleza el sexto dia,
Eva gentil, tu siglo á tí y á Sara,
Rebeca hermosa, y tu divina cara,
Linda Raquel, la siempre fértil Lia.

Oiga el bermejo mar tu voz, María,
Triunfe Jael del bárbaro Sisára,
Espiga, ó Ruth, y de Israel la vara
Rije, Débora ilustre en profecia.

Admita Dios tus oraciones, Ana,
Libra á Betulia, gran Judit sublime;
Honra á Joaquin, castísima Susana;

Tu pueblo, Ester, de la opresion redime,
Que no podrá llegar estampa humana
Donde, Vírgen, tu pie su huella imprime.

Lope de Vega.

ALTIVEZ HUMANA.—Dios la derriba.—*El Incógnito*.

AMBICION.—Es una causa fecunda de agitaciones, de choques, de trastornos y desgracias entre los hombres.—*Rosario meditado*.—*José Antonio Ortiz Urruela*.

AMENAZAS DIVINAS.—Espanto de los mas audaces tiranos.—*El Incógnito*.

AMONESTACIÓN.—Es fructuosa, si por ella se instruye el ignorante, si con blandura se corrigiere el defectuoso, si con piedad se diere consuelo al afligido.—*El Incógnito*.

AMOR.—Amarnos mutuamente es el carácter de los cristianos.—*Evangelio en triunfo*.—*Pablo Olavide*.

AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO.—Alas con que el alma vuela al cielo.—*El Incógnito*.

AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO.—Fuego que derriete el corazon del justo.—*El Incógnito*.

AMOR DESORDENADO Y TEMOR SIN MEDIDA.—Principios de todos los males que en el mundo se hacen: por estas dos puertas entra el demonio.—*El Incógnito*.

AMOR DIVINO (EXCELENCIA DEL).—La caridad

con que nos amaste, elementísimo Señor, es una virtud, que respecto de las otras virtudes, se ha como el oro en comparacion de los otros metales. Porque así como el oro excede á cualquiera otro metal en valor, estima y hermosura, así excede la caridad en perfeccion y excelencia á las demás virtudes, las cuales sino están engastadas en caridad, tienen poco ó ningun valor. Declara muy bien esto tu Santo Apóstol, diciendo: Si hablase con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviese caridad, soy como metal que suena (I. Cor. XIII. 1.). No tienen ningun valor las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de ninguna otra, antes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida á la fè, con la esperanza seguramente confía, con la paciencia sufre, con la fortaleza vence, con la misericordia se compadece, con la mansedumbre calla, con la liberalidad reparte, y finalmente, á todas las virtudes ejercita: porque como dice el Santo Apóstol, es paciente, benigna, no tiene emulacion, no hace mal, no se ensoberbece, no busca sus cosas,

no se burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad; antes se alegra con el bien: todo sufre, todo cree, todo espera, y todo lo sustenta. Todos estos son propios efectos de otras virtudes, las cuales tienen por aneja la caridad, como la experiencia nos lo demuestra. En el amor natural y también en el mundano, cuando un amigo quiere mucho á otro, luego se cree de él y le confía cuanto tiene, y le dá lo que tiene, y le perdona cualquier enojo ó agravio que haya recibido. No tiene envidia del bien que otro le hace, trabaja por contentarle, no le hace ninguna injuria, sufre por el amado grandes trabajos, acomete cualquier peligro, y es mayor la pena y dolor que produce en él la compasión de la pasión ajena que la misma pasión. Y así si aquella persona de cuyo amor es cautivo, tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza: si tiene falta de salud, él está mas enfermo: si está pobre, él no está rico: si le vé en adversidades, él se tiene por atribulado. Pues si esto hace el amor mundano en el sugeto donde está, ¿cuánto mas al propio obrará esto el amor

divino, si está dispuesto el sugeto por la gracia preveniente, y el término es el Sumo Bien, que es Dios, de donde mana toda perfeccion? ¡Ó fuerza grande y excesivo poder, y vigor grande de este santo amor! ¿Qué cosa hay que aunque parezca imposible, no puedas, y qué cosa tan árdua, que no acometas, qué cosa tan fuerte que no venzas? (Cant. VIII. 6.) ¡Ó poderosísimo amor, que eres mas fuerte que la muerte, y tanto mas fuerte que todas las cosas fuertes, cuánto mas poderoso que todas las cosas poderosas! Cuánto mas suave y blando que ninguna cosa del mundo. ¡Ó admirable fuerza de amor, que no con hierro, ni con armas, ni con mano armada, sino con una suave dulcedumbre, ó con una dulce suavidad tienes las cosas debajo de tu imperio, y por admirable manera constriñes al mundo á tu servicio, y sobre todas las cosas tienes tributo! Bien sabemos, Señor, cuán opulenta, abastecida y rica es tu casa, y cuán llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros. No hay mayor tesoro que tu santo amor, ni hay cosa mas pre-

ciosa, ni mas espléndida, ni mas de desear. Y pues esto es así, la mayor merced y beneficio que puedes hacer á un hombre, es darle este tu santo amor. Pida quien quisiera á tí, mi Dios, el don de sabiduría, pida el don de profecía, pida humildad y castidad, y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí sino tu divino amor, porque quien este tiene, todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear, y el mayor don que se puede dar. Y la razon es, porque cualquier don que se me conceda, y cualquier beneficio que se me otorgue, no lo tengo en nada, si me niegas tu amor divino, con el cual te debo poseer; porque el amor tiene tal poder, que hace que tú, Señor, seas mio, y mi posesion, y mi heredad; y quien tuviese todo lo que pueda tener, sino tiene amor de Dios, no tiene fruicion de Dios. La fruicion divina y tu santo amor están tan hermanados, que no puede haber fruicion donde no hay amor. ¿Luego qué aprovecha poseer todo lo que se posee, sino poseemos á tí, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de mas valor que á tí mismo, tampoco puedes

dar otra cosa mas preciosa que á tu amor, pues con él nos das á tí mismo en posesion. Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío, que la vista y amor, que tienen de tí los santos, las dividas de manera que uno te vea y no te ame, y otro te ame y no te vea, y tenga conocimiento de tí; porque si no te conociese no te podria amar. Manifiesto está que en tal caso como este, que ninguno de estos seria bienaventurado, porque el que vé tu divina Majestad, no goza del Sumo Bien que vé, porque no ama; y el que te ama y no te vé, no puede sosegar, ni descansar, hasta que vea distintamente lo que ama, y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo; y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y vision todo junto; pero si á mi me dieses á escoger, yo antes escogeria amarte sin verte, que verte sin amarte. Porque no amándote no puedo poseerte eternamente, ni tener tu amistad; y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo, y agradar á tu divina Majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡Ó Sumo Bien, ó bon-

dad infinita ! Dame tu santo amor, y haz de mi lo que quisieres. No hayas, pues, temor, ánima mia, por ser de fuego este carro de Elías (IV. Reg. II.), que es el amor santo, y encendido, que arrebatá las almas, y las lleva al cielo, pues los niños de Babilonia no le temieron; mas antes entraron en este fuego osadamente, y quemadas las ataduras, andaban libres, cantando y alabando en todas las criaturas á Dios (Dan. III). No quema, sino dá luz este fuego del santo amor. Ó diremos que quema, y no quema, porque quemando las ataduras, quita los lazos, consume las tribulaciones y quita las cadenas de culpa. Mas no quema, ni aun los cabellos de la cabeza á los niños, que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesús: de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás. Tal es el poder y fuerza del divino fuego de amor, que purificando la sensualidad, la espiritualiza y levanta á gozarse en ti, Señor, juntamente con el espíritu, segun aquello que dijo tu santo Profeta: Mi corazon y mi

carne se gozarán en Dios vivo (Ps. LXXXIII. 3.). Cosa grande es haber subido la carne á tan alto grado espiritual, y estar tan sujeta al espíritu, que se goce á una con el alma en Dios; mas todo lo puede la gran fuerza del amor, el cual antes de la resurreccion, á donde será el entero dominio del espíritu á la carne, comienza el amor santo á dar un gusto de aquel deseado dia, haciendo paces por algun tiempo entre estos dos enemigos, espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.—*Meditaciones devotissimas del amor de Dios.*—Fr. Diego de Estella.

AMOR IMPURO.—¡Vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enagenamiento del hombre, embriaguez de los sábios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos y comun pestilencia del género humano!—*Obras del Ven. Fr. Luis de Granada.*

AMOR PERFECTO DE DIOS.—Es fuego que arde en el alma suavemente, endiosándola á medida de su fuerza.—*San Juan de la Cruz.*

ÁNGEL.—Hubo para este un momento pavoroso, solemnisimo, en que le fué dado escoger entre el bien y el mal; en aquel instante tremendo las falanges angélicas se dividieron entre sí: de ellas unas se inclinaron ante el acatamiento divino, otras se alzaron en tumulto y se declararon rebeldes. A esta resolución suprema é instantánea siguió un fallo instantáneo y supremo: los ángeles rebeldes fueron condenados, y los leales fueron confirmados en gracia.—*Juan Donoso Cortés.*

ÁNGELES (1).—Estos son los centinelas que velan siempre sobre los muros de esa vuestra Jerusalen pacífica; son los montes que la cercan, los guardas que nos defienden, los ciudadanos de esa bienaventurada ciudad, nuestra madre, que Vos enviais para bien de aquellos que han de ser herederos de vuestra gloria, y alcanzar el premio de la salud eterna: estos son los que nos aman como á compañeros de su gloria, los que á todas horas y en todos los lugares nos amonestan, esfuerzan, proveen y

(1) El autor habla con Dios.

socorren en todas nuestras necesidades; los que discurren y son medianeros entre Vos y nosotros, ofreciéndoos nuestros suspiros, lágrimas y oraciones y alcanzándonos vuestra gracia y bendicion. Nos ayudan cuando trabajamos, nos guardan cuando descansamos, nos animan cuando peleamos, nos coronan cuando vencemos, se compadecen cuando padecemos por Vos, y se alegran cuando nosotros nos gozamos en Vos. Grande es su cuidado para con nosotros, grande el afecto de su caridad, y todo esto por honraros á Vos y por la estima que tienen de aquella inestimable caridad con que nos amásteis. Porque ellos aman á los que Vos amais, y guardan á los que Vos guardais, y desamparan á los que Vos desamparais; huélganse de nuestro bien, entristécense de nuestro mal, pésales cuando pecamos, regocijense cuando hacemos penitencia y volvemos á Vos.—*Manual de oraciones.*—P. Pedro de Rivadeneira.

ÁNGELES EN LOS TEMPLOS.—Exclamó Jacob en su misteriosa vision: *O quam terribilis est locus iste!* ¡Oh qué terrible es este lugar!

Como si dijera: ¡qué fuerte, qué formidable, qué digno de respeto! La vista de los escuadrones que subían y bajaban por la escala, dió motivo á esta exclamacion, y esta misma razon debe hacernos respetables, dice San Juan Crisóstomo, y temibles los templos, que están llenos de espíritus celestiales. « Yo rodearé mi casa de mis soldados, dijo el Señor » (Zac. IX. 8). pondré mis ejércitos en torno y » defensa de ella: irán y vendrán cuanto con- » venga para bien y provecho de mi pueblo: » *Circumdabo domum meam ex his qui militant mihi: euntes et revertentes, et non transibit super eos ultra exactor, quia nunc vidi in oculis meis.* Dice que cercará su casa de estos soldados, cuyo valor y fortaleza podrá inferirse del que manifestó uno sólo quitando la vida en una noche á ciento ochenta y cinco mil hombres, sin la menor fatiga ni cansancio. Justo es, dice San Cirilo Alejandrino, que donde está Dios resida la corte de sus inmediatos ministros y criados. Por eso cuando eligió para su morada el arca misteriosa, mandó á Moisés que pintase en las cortinas que la cubrían

muchos serafines. Suben y bajan estos celestiales espíritus para llevar al cielo los votos de los fieles y traer en su favor las misericordias del Señor. No van las abejas, dice San Juan Crisóstomo, mas codiciosas de labrar el panal de miel en la colmena, que los ángeles para labrarlo en nuestra alma. Van y vienen aquellas ingeniosasavecillas del romero á la alge-drea, y de aquí á la colmena para enriquecerla con el jugo y sustancia de las flores. Así aquellas abejas celestiales suben á coger en el cielo el suave rocío de la gracia y dones divinos, y bajan á enriquecer con él nuestros corazones. Presentan allí nuestras oraciones (Apoc. VIII. 3), gemidos, ayunos y limosnas, y traen el perdón de los pecados, gracia, consuelo, paciencia, inspiraciones y favores. ¡Oh si los viésemos! Yo, dice el profeta Zacarías, los he visto ahora mismo con mis ojos: *Nunc vidi oculis meis.*

De San Juan Crisóstomo refiere San Nilo su discípulo, que muchas veces le hizo Dios la merced de abrir sus ojos para que viese todo el templo lleno de sus ángeles: y singular-

mente en la celebracion del santo sacrificio de la Misa los veia en torno del altar con ropas blancas como la nieve, que con profundo respeto adoraban al Señor y rogaban por los hombres. Por esta razon, dice el mismo Padre, mandó el Apóstol á las mujeres que cubriesen sus cabezas en el templo (I. Cor. XI. 10) en señal de respeto: *Propter angelos*. De ordinario, dice Santo Tomás, están en los templos en gran número, pero singularmente cuando se celebran los divinos oficios y misterios. De aquí lo dispuso en la liturgia sagrada que el Sacerdote, despues de nombrados los ángeles, dominaciones, potestades, virtudes y serafines, añade: *Cum, quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus etc.* Este es el cántico de alabanza que oyó Isaias (VI. 5) á los espíritus celestiales; y supone la Iglesia que en el tiempo en que se celebra el misterio soberano de la Misa, cantan estas mismas alabanzas del Señor, y piden que uniéndose nuestras voces á las suyas, vayan á una hasta el trono del Altísimo. David decia (Ps. CXXXVII. 1) que se ponía

á orar en presencia de los ángeles: *In conspectu angelorum psallam tibi*. Nosotros oramos tambien con tan dulce compañía cuando dirigimos al cielo nuestros votos desde el templo. «Considera, dice San Juan Crisóstomo, cuáles son tus compañeros en los cánticos de alabanza que ofreces al Señor. Te bastará para adquirir el mayor grado de atencion el considerar que vestido y envuelto en carne has logrado celebrar el nombre de tu Dios con las virtudes celestiales.»

De aquí entenderás, dice el mismo Padre, cuál debe ser tu respeto y veneracion en el templo. San Pablo (I. Tim. II. 8) dijo, que estuviésemos de pié y con las manos levantadas: *volo viros orare in omni loco, levantes puras manus*; para declararnos cuán levantados hemos de tener nuestros pensamientos de la tierra, cuán despiertos y fervorosos para Dios. ¡Oh si el Señor abriese nuestros ojos como abrió los de Giezi para que viese los ejércitos de ángeles que en carros (IV. Reg. VI. 17) de fuego acompañaban y defendian á Eliseo su maestro! ¡cuánto seria nuestro temor, cuánta

nuestra reverencia y nuestra confianza en las misericordias del Señor! El ministro del altar nos exhorta á que levantemos el corazón á Dios: *Sursum corda*; y nosotros respondemos que ya le tenemos en el Señor. ¿Qué escándalo será para los espíritus celestiales el ver nuestro corazón puesto en el interés, en el placer y en la vanidad, al mismo tiempo que nuestros cuerpos están en el templo? «Se sacrifica por ti el Cordero inmaculado, salen rios de fuego espiritual de la sagrada mesa, asisten los serafines, cubriendo su rostro con seis alas; interceden por ti con el sacerdote las virtudes incorpóreas, y tú no te llenarás de un santo temor, reverencia y confusion?» El Padre San Ambrosio aconseja esta consideracion de la presencia de los santos ángeles, para estar en el templo con el respeto, devocion y debida compostura, y para evitar en él la mas ligera ofensa del Señor. «Si es un poderoso freno para contener á un hombre en los límites de la razon y de la modestia, la presencia de sus vecinos y mucho mas la de sus jueces ó de su rey, cuánto debe serlo la de los princi-

»pes celestiales que le están mirando y la del
 »mismo Jesucristo, rey y señor de los cielos y
 »de la tierra, que tienen puestos en él sus
 »ojos? Sino osariamos faltar á las leyes de la
 »decencia y veneracion en presencia de los
 »principes del siglo, ¿por qué las violaremos en
 »la presencia de Dios y de su corte celestial?»
 La descompostura que sería leve fuera del
 templo, se ha de tener por muy grave dentro
 de él: á la manera que dijo el Padre San Ber-
 nardo escribiendo al Papa Eugenio, que las
 palabras de burla en boca del seglar son bur-
 las, pero en boca del Sacerdote son blasfemias:
Inter seculares nugæ, nugæ sunt; in ore sacer-
dotis blasphemix. — *Discursos predicables.* —
Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

ANTICRISTO. — «Este *inícuo*, á quien llama el
 Apóstol (II. Tesal. II. 3.) *hombre de pecado*,
 porque estará identificado con él, *é hijo de*
perdicion, porque no solo se perderá él, sino
 que arrastrará á infinitos á perderse con él,
 trabajará con diabólico empeño por desterrar
 el nombre de Dios, pues no le permitirá mas
 entre los gentiles, mahometanos y judíos que

entre los cristianos; y esto para ponerse en su lugar, pues se presentará en el templo para hacerse reconocer como el único Dios que el universo deberá adorar. Que de todos los hombres, solo los católicos romanos despreciarán su impía pretension, manteniéndose fieles á despecho de su ira, y de la jamás vista crueldad con que se ensañará contra ellos. Los demás, todos le reconocerán como Dios, siendo los *filósofos* los que mas se distinguirán por su devocion al Dios nuevo, y esto porque habiendo *despreciado la hermosura de la verdad* (son palabras del Apóstol) merecerán no solo ser juguete de toda clase de *errores* y mentiras, sino poner además el colmo á su ignorancia, adorando prosternados al hombre mas perverso que jamás sustentara la tierra. Este hombre, añade San Pablo, hará mil cosas que parecerán prodigios *in signis mendacibus*, esto es, puras embustérias, pero que él mismo y los suyos procurarán hacer creer que son verdaderos prodigios. Digo *y los suyos*, porque el demonio hará por medio de otros muchos, los mismos

falsos milagros que hará por el Anticristo, procurando confirmar con ellos los otros no menos falsos de sus principales.» Es la hora en que, según nos previene el Salvador, aparecerán *muchos Cristos y profetas falsos, los cuales harán cosas tan sorprendentes, que aun los mismos escogidos serían inducidos á error, si esto fuera posible* (Matth. XXIV, 24). Con cuyas palabras confirma las que tenía dichas muchos siglos antes por su profeta Daniel: *y vendrá un tiempo que no conocieron los siglos hasta entonces* (XII. 4).

Á manera, pues, de habilísimo prestigiador, hará lo que nunca se vió ni oyó, incluso lo que leemos en el *Exodo* (VII. 11.) de los magos de Faraon, los cuales convirtieron sus varas en serpientes, el agua en sangre, y en ranas las gotas de agua: es decir, que *per arcana quedam, et incantationes Ægyptiacas*, ó sea por pacto con el diablo, hicieron algunas cosas parecidas á las verdaderas que hiciera Moisés. Sirvanos empero de consuelo, dice San Gerónimo, que así como la serpiente en que Moisés convirtió su vara devoró á las de los

magos, así toda aquella tramoya de falsos milagros desaparecerá como el humo ante la doctrina de Cristo, predicada y confirmada con los verdaderos milagros que harán sus ministros, y principalmente *Eltas y Enoc*, reservados para acudir en aquel tiempo en auxilio de los católicos romanos, cuya fé, combatida no menos con esto que con los lazos que les tenderán la lisonja, la seducción, el fraude, y por último los tormentos, tendrá necesidad grande de un auxilio tan extraordinario como este.

—Sin embargo, no todo será embeleco, porque si el fuego que hará bajar del cielo (Apoc. XIII. 15.) es fuego que quema, será necesario convenir en que esto al menos no es un juego de prestigiador.

—El fuego que hará bajar del cielo no será en efecto cosa de juego, pues será tan verdadero como el que ya hizo bajar Satanás para afligir á Job (I. 16.); pero el producirle en la atmósfera, y hacerle descender á la tierra no constituirá un milagro verdadero; porque ni será sobre las fuerzas de la naturaleza, ni hecho en confirmacion de la verdad, dos circunstancias

sin las cuales no hay milagro. El demonio es gran matemático, astrólogo, físico, naturalista, geólogo, etc., etc., pues aunque perdió por su soberbia la amistad de Dios, como sabe usted, quedaronle intactos los dones propios de la naturaleza angélica en que fué eriado. Conoce, pues, con perfeccion las leyes y fuerzas de la naturaleza, y mediante la temible libertad que entonces tendrá (*cuya venida, dice San Pablo, es con todo género de seducción en daño de los que perecerán, y en castigo de haber abandonado la verdad con la que se habrían salvado*) (II. Tesal. H. 40.) las manejará y combinará de manera, que para hacer pasar á su amigo el Anticristo por Dios verdadero, hará pasar por verdaderos milagros los resultados de puras combinaciones naturales. Á esta clase pertenecerán las maravillas mayores que hará, y que sorprenderán aun á los hombres mas sábios. Hoy no seria difícil persuadir al vulgo ignorante de que el *telégrafo eléctrico* es un verdadero milagro; entonces, y respecto á lo sorprendente de los fenómenos, todos, excepto los *escogidos*, serán vulgo ignorante. Por manera

que alucinados los pueblos y las naciones, los arrastrará en pos de sí, según vió el *Eclesiastés*: *Vidi cunctos viventes, qui ambulat sub sole, cum adolescente secundo* (IV. 15). Esto es, con el Anticristo, dice Santo Tomás (pág. 74). Y mejor como dice San Juan: *Y sedujo á los habitantes de la tierra* (á los hombres terrenos) *á consecuencia de los prodigios que se le permitió hacer* (Apoc. XIII, 14). Los católicos, empero, serán preservados de la seducción. El instinto mismo de su fé los hará mirar con desprecio las maniobras de iniquidad que deslumbrando á los demás, los obcecación y perderán.

Será fruto de comercio ilícito entre dos israelitas de la tribu de Dan, según leemos en el *Cap. XLIX*, v. 17 del *Génesis*: pues aunque en sentido literal se hable allí, dicen *Alapide y Martini* en la exposición de este lugar, de la conversión de *Saulo*, en el alegórico se entiende del Anticristo. Es posible que uno de sus padres sea de la tribu de Judá, en cuyo caso le costará menos hacer creer á los judíos que es el Mesías que esperan.

Su patria será *Babilonia*. Así lo siente San

Gerónimo, siguiendo el parecer de los escritores eclesiásticos que le precedieron, y con ellos los posteriores. Y en efecto, dice el sábio escritor *Gotti* (*tract. XV, dub. 3, paragr 2*), «allí donde *Nembrod*, primer tirano que privó á los hombres de su libertad y primer impío que los apartó de Dios, edificó una ciudad cuyo nombre (*Babel*) es símbolo de soberbia y de profunda corrupcion, allí deberá nacer el último de los tiranos y de los impíos,» el compendio de los tiranos y de los impíos que le precedieron: el Antieristo: pues aunque las guerras y el tiempo hayan hecho desaparecer la ciudad, nada han podido hacer contra el suelo. Á menos, empero, que la palabra *Babilonia* haya de tomarse en sentido metafórico, como acontece con frecuencia en las Escrituras Sagradas, y entonces, así podrá nacer en *Lóndres* como en *New-York*, *Paris* ó cualquiera otro de los grandes focos de corrupcion, que tanto abunda hoy donde abunda la llamada *civilizacion*. Al cabo hay en ellas mas juicios que en los campos de la ciudad de *Nembrod*, y el trato con *civilizados* le proporciona-

ria mas recursos para ser eminente en maldad, que los que encontraria entre las hordas semi-salvajes que frecuentan las ruinas de Babilonia.

—¿Será grande su poder?

—Cuanto supone el poder sobre la tierra, porque toda le estará sujeta.

—¿Cómo puede ser esto, á menos que todos los soberanos del mundo se concierten para ponerse á sus órdenes?

—El miedo en unos y las simpatias en otros harán este milagro sin necesidad de prévio concierto. Vea Vd. cómo. Se apoderará de un trono por medio de intrigas, dice terminantemente nuestro profeta Daniel (XI, 21). Este atentado provocará la justa indignacion de otros reyes, quienes le acometerán para destronarle; pero lejos de conseguirlo serán vencidos, y tres de ellos derribados de sus tronos, *et tres reges humiliabit* (Dan. VII, 24,) y con esto se le sujetarán todos los demás, reconociendo su trono por la superioridad de su fuerza y política. *Et tres reges humiliabit, cæteri ei consentient.*

—¿Pero tan fácil es, aun por intrigas, apoderarse de un reino?

—Esta dificultad es de poca importancia para quien conozca un poco la historia, y de menos para los que vivimos en el siglo XIX; una ojeada sobre los grandes trastornos en él ocurridos, le ofrecerá á Vd. ejemplos á escoger.

—¿Será, pues, un revolucionario?

—Será el jefe de todos ellos, á cuya *honrosa dignidad* ascenderá por la superioridad de sus talentos en la materia. Por ellos se dará á conocer; y la revolucion entonces, dice el conde de *Maistre* como vimos antes (Conf. V, n. 15), *volará á sus brazos para desposarse con él.*

Al principio de su reinado se mostrará, dice *Alapide* (in. 2 ad. Thessal.), muy humano, benigno y aun piadoso, y sobre todo muy celeso de la ley mosaica, para captarse la voluntad de los judíos, quienes segun el Evangelio (Joan. V, 45), serán los primeros y mas decididos partidarios suyos. *Vine*, decia Jesucristo á sus padres, *vine en nombre de mi Padre y no me recibisteis: ya vendrá otro diciendo ser Yo, y le recibireis.* Los judíos creerán

ser el Mesías que esperan, y sus inmensas riquezas serán el tesoro con cuyo auxilio verificará grandes empresas, y entre ellas, y tal vez la mas grandiosa, la reedificación del antiguo templo de Jerusalem, donde entre el incienso y el humo de los sacrificios de la ley, pronunciará la horrible blasfemia: *¡Soy Dios, y no hay mas Dios que yo! Ita ut in templo Dei sedeat ostendens se tanquam sit Deus* (II. ad Thessal. II. 4).

—Falta que los demás le tengan por tal.

—No todos creerán que lo es; pero todos, excepto los católicos romanos, ó sea *el pueblo de Santos*, como los llama Daniel (VII. 27), y cualesquiera otros á quienes Dios ilumine y sostenga con su gracia, le reconocerán exteriormente, ofreciéndole en su persona ó imágenes los homenajes debidos solamente á Dios. Y digo *todos los hombres*, porque la grandeza de su imperio comprenderá no solo los reinos que componian el antiguo Imperio Romano, sino tambien los reinos y países civilizados ó por civilizar, que entonces no conocidos lo son ya en nuestro tiempo, y tanto que se hallan

en relaciones con los Soberanos entre quienes vemos repartido el antiguo imperio de los Césares. Todos, pues, á excepcion de los dichos, y en una hora dada, obedecerán el decreto en que mande ser reconocido como Dios; pues llegado el caso, en una hora hará conocer en toda la tierra su voluntad de hierro, como previó y anunció el sábio Sr. Cortés al reflexionar sobre las consecuencias de la instantánea comunicacion del telégrafo, y el furor además que empuja á los nuevos constructores de *Babel*, á hacer que desaparezcan las distancias que por mar y tierra han separado á los hombres hasta aquí. En una hora, repito, será conocida su voluntad en todos los *reinos, y pueblos, y tribus, y gentes*, porque á todos se extenderá su dominio, como está escrito en Daniel (VII. 14.) y en el Apocalipsis (XIII. 7); así para que se le crea Dios, como para exterminar á los cristianos, á fin de que con ellos desaparezca el nombre de Dios, y sobre todo el de Jesús, á quien desde sus primeros años profesará un ódio propio solo del demonio.

—Sin embargo, atendida la infinidad de

puntos en que sus órdenes habrán de ser ejecutadas, me parece que sus designios quedarán en gran parte defraudados, porque no en todos encontrará hombres dispuestos á secundar los planes inhumanos, que su infernal malicia concebirá.

—Dejando á un lado que la Iglesia al fin se salvará por los cuidados de la Providencia (Apoc. 12, 14), si la duda de Vd. se refiere á los medios materiales puede Vd. deponerla desde luego, porque además de los hombres de guerra que supone imperio tan grande, contará con un ejército de doscientos millones de soldados de caballería, que animados de su espíritu, y diseminados por el imperio, le ofrecerán toda la comodidad posible para llevar á efecto sus disposiciones.

—¡Doscientos millones de soldados de á caballo!... ¿Los hay por ventura en toda la tierra?

—Puede ser que no los haya, y aun yo me inclino á ello; mas no por esto será menos cierto que los tendrá á sus órdenes el Anticristo, pues los vió San Juan (Apoc. IX. 16). Empero no hemos de tomar esto tan literalmente

como sueña, dice el Ven. Holzhuser; pues si sería un error creer que haya caballos como los que allí se describen, no sería menos respecto al número. Así, pues, ha de tomarse esto en sentido metafórico, porque si no hay en la tierra doscientos millones de caballos, y menos doscientos millones de hombres aptos para montarlos, habrá en aquella época (y tal vez hoy mismo, si bien se cuenta) doscientos millones de personas de ambos sexos, que no curándose, aun conociendo á Cristo, sino de la vida presente y de los medios de pasarla holgada, son, por su aversion á la cruz de Cristo, partidarios de su enemigo. ¿Le parece si es dable un ejército de doscientos millones de soldados de esta clase? Mas claro, ¿le parece á Vd., si es dable este número de mundanos?

—¡Oh, ciertamente que sí! Y digo mas: que para que este ejército, de inofensivo, digámoslo así, se convierta en perseguidor, bastará, ó que se le advierta la necesidad de mudar de vida, ó que sea excitado contra quien la reprobaba.

—Muy bien; pregunto mas: ¿Es dable tam-

bien que un espíritu malo se apodere de cada uno de ellos, y así le domine y dirija como el jinete domina y dirige el caballo que monta, al cual hace avanzar ó retroceder, y cargar de esta manera ó de la otra segun convenga á sus fines, hasta que llegue la hora de una embestida general?

—No hay duda.

—Tiene Vd., pues, bajo la imágen de un ejército de caballería, la idea mas cabal que pueda darse del bando del Anticristo, y de lo que de él puede prometerse para secundar sus designios.

—Lo entiendo bien, pero no así cómo podrá ser manejado un ejército tan numeroso, y sobre esto, diseminado entre todas las gentes.

—Esta dificultad la ha resuelto la comunicacion telegráfica, ó cualquiera otra mas espedita todavía, que hasta entonces pudiera inventarse, y que tal vez invente el génio grandemente superior del Anticristo. No habrá un solo punto de la tierra donde no se sienta su accion, y donde no se sienta instantáneamente. *Concertáronse*, dice David (Ps. II. 2),

los reyes y principes de la tierra contra el Señor y contra su Cristo; y esta profecía, que en mayor ó menor escala viene cumpliéndose desde el principio, se consumará entonces, pero de un modo tan sorprendente, cual puede inferirse de la simultaneidad con que en toda la tierra será ejecutada. ¿Pero logrará su intento?... Desde ahora podemos, y podrian ver igualmente los insensatos dispuestos á ayudarle, el fruto que cogarán de su ódio contra Cristo, á quien perseguirán en su Iglesia; pero el Señor, continúa David, el que habita en los cielos, se burlará de ellos, y los escarnecerá, y les hablará en su ira, y en su furor los desconcertará (Ps. II. 4, 5).—Daniel, ó sea la proximidad del fin del siglo y principio del reino universal de Jesucristo.—Antonio Sanz y Sanz.

APARICION DE JESÚS RESUCITADO Á LAS SANTAS MUJERES.—Aunque parece cosa extraña que apareciese el Señor á las mujeres primero que á los hombres, y entre ellos á sus apóstoles y discípulos; obró con singular acuerdo de su adorable sabiduría y providencia. Es verdad que por la fragilidad del sexo y su natural incons-

tancia, no son estimadas á propósito para dar firme testimonio de la verdad; y los mismos apóstoles cuando oyeron de boca de las mujeres santas que había resucitado su Maestro, tuvieron sus palabras por un desvarío y no las creyeron (Luc. XXIV, 41); pero, como dice San Gerónimo, cuando los hombres han faltado á Dios, se ha valido de las mujeres para ostentar la fuerza de su poderoso brazo, y avergonzar á los hombres tímidos y afeminados. Así cuando el capitán (Jueces IV) Barac se retiró acobardado á vista de sus enemigos, suscitó la famosa Débora á quien hizo profeta y juez de su pueblo. Así cuando faltaron hombres que hablasen en defensa de la honra de su Dios, suscitó la profetisa (IV. Reyes XXII.) Holda, y la llenó de su espíritu. Cuando en Betulia se desconcertaron los juicios de los sacerdotes y desmayaron sus defensores, suscitó una Judit, á cuyo valor debió el pueblo su remedio, y confundió con la fuerza de su brazo la soberbia de los asirios. Así, pues, cuando los que habían sido elegidos para testigos de sus misterios y fundamentos de su Iglesia, habían huido llenos

de cobardía y vergonzoso temor; suscita el Señor mujeres animosas que sin temer el furor de los judíos, atropellando sus amenazas, y confundiendo con su valor la cobardía de aquellos que debían ser varones esforzados, vengan á ungir su cuerpo, y en premio de esta generosa fidelidad, las hace participantes del gozo de su resurrección antes que á todos los discípulos. Así distribuye los dones de su gracia, y no atiende á la distinción del sexo ó condición, sino al celo y verdadera caridad que anima las obras de sus siervos: *In Christo Jesu neque est masculus neque fœmina.* (Gal. III, 28.)—*Discursos predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

APARICION DE LA IRA DE DIOS.—Es imponente y majestuosa la ira del Todopoderoso, cuando cerca de las fronteras de Canaán, habiendo caído de ánimo el inconstante pueblo con la narración de los cobardes exploradores, y estando ya para lanzar una lluvia de piedras á sus fieles caudillos, que con valiente energía le animaban, apareció gloriosa y formidable en la eminencia del Tabernáculo, y dirigiéndose á

las rebeldes turbas, pronunció repetidas veces esta sentencia de muerte: «Vuestros cadáveres »yacerán en esta soledad. Vuestros hijos los verán consumirse en el desierto.» ¿Quién pronuncia la aterradora sentencia? Un Dios omnipotente. ¿Quién la escucha? Toda una generación condenada á muerte. ¿Quién mas? Los hijos, á quienes igualmente se condena á ir errantes cuarenta años por desiertos peligrosos, y á ver podrirse en aquellas horrendas soledades los huesos de sus padres. ¿De dónde sale el tonante acento de la divina Justicia? Del Tabernáculo, en que airada se ha aparecido la gloria del Señor. *Apparuit gloria Domini super tectum fæderis.* (Núm. 10.) ¿Dónde resuena? En un desierto espantoso. ¿Qué le sigue? Duelo profundísimo y universal, espresado con mil raudales de lágrimas inconsolables. — *Bellezas de la Biblia.* — *Juan Manuel de Berriozabal.*

APOCALIPSIS. — Abreviado mapa de los acacimientos futuros en la larga série de los siglos. — *Coleccion de panegiricos originales.* — *Fr. Vicente Hernandez.*

APÓSTOLES. — Labios de Jesucristo, en los

cuales puso Dios su doctrina para bien del mundo.—*El Incógnito.*

APÓSTOLES.—Corrieron con milagrosa ligereza á manera de nubes, y regaron y fecundaron la tierra.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

APÓSTOLES Y PREDICADORES EVANGÉLICOS.—Nubes hermosas cargadas de agua del cielo.—*El Incógnito.*

APROVECHAMIENTO.—El de la vida espiritual consiste en la mortificacion y victoria de las pasiones.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

APROVECHAMIENTO.—Es hijo de la perseverancia.—*Ven. Granada.*

APROVECHAMIENTO.—El espiritual no se ha de medir por los gustos, sino por el ejercicio de las virtudes.—*Ven. Granada.*

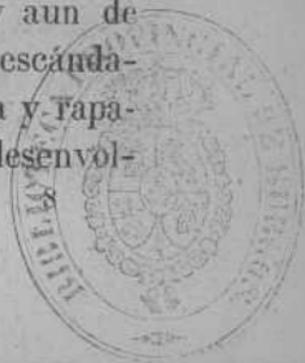
ARGUMENTOS DE TODOS LOS CAPÍTULOS DE LAS PROFECÍAS DE ISAÍAS, Ó SEA BREVE RESÚMEN DE SU CONTENIDO.

Del cap. I. Reprende el Profeta en nombre de Dios á su pueblo por su ingratitud, rebeldía y obstinacion. Le anuncia terribles castigos, declarándole que no son ya agradables á Dios sus sacrificios por falta de fé y de cari-

dad: pues sin limpieza de alma y obediencia á sus mandamientos ningun culto le es grato. Le ofrece el perdon, con abundancia de bienes, si se enmienda, y sino, la venganza. Despues de la cual le profetiza que purificada su escoria con el fuego, y restablecida Jerusalem en su primitiva justicia, volverá á su antiguo lustre y esplendor.

Del cap. II. Anuncia en este capítulo Isaias el establecimiento de la Iglesia en Jerusalem: la entrada en ella de los gentiles: la autoridad y crédito de su divino fundador: la reprobacion de la Sinagoga, y sus causas: y el juicio final.

Del cap. III. Anuncia aquí el Profeta los males que amenazan al pueblo, á saber: absoluta carencia de jefes militares, de jueces, de profetas y de sábios, que lo defiendan, administren y enseñen: el gobierno en manos de gente jóven y afeminada, sin encontrarse quien quiera encargarse de él; ódios y rencillas, confusion y desórden, falta de pan y aun de agua: y todo esto por los pecados y escándalos del pueblo, por la crueldad, codicia y rapacidad de sus gobernantes, y por la desenvol-



tura, profanidad é inmodestia de las mujeres, cuya liviandad, y el peculiar castigo de ella, describe con proligidad y viveza.

Del cap. IV. Sobre los castigos anunciados á las mujeres profanas en el capítulo anterior, les añade en este por última amenaza, que muertos los hombres en la guerra, no encontrarán con quien casarse. Y luego, bajo la oscura sombra de la purificacion del pueblo en la cautividad, y de los restos que de ella se salvarian, envuelve un clarísimo anuncio del establecimiento y santificacion de la Iglesia.

Del cap. V. Bajo la metáfora de una viña estéril, que no corresponde á los desvelos y gastos del dueño, introduce el profeta á Dios quejándose de la mala correspondencia de su pueblo á los beneficios que le ha hecho, y amenazando abandonarlo. Reprende la insaciable ambicion de los ricos por ensanchar los límites de sus posesiones, la glotonería, la embriaguez, la disipacion en que vivian: causas todas de las desgracias de aquel pueblo, y de que el Señor lo abandonase, y sustituyese en su lugar otro que le sea mas fiel. Y añade,

que la irrisión y desprecio de la divina palabra, las falsas ideas del bien y del mal, la presunción de los sábios, la venalidad de los jueces, harán al fin que irritado el Señor traiga de lejos sobre Jerusalem, despues de muchos y muy graves castigos, un ejército feroz é irresistible, que de todo punto la arruine y destruya.

Del cap. VI. Refiere Isaías una vision, en que se le descubrió la gloria del Señor, y se le impuso el cargo de anunciar su divina palabra, purificándole con fuego sus lábios; pero manifestándole la indocilidad de su pueblo, y que en castigo de ella seria destruido, salvándose empero las reliquias que el Señor reservaria para ejercer su misericordia sobre ellas.

Del cap. VII. Turbada la córte y reino de Judá con la inminente irrupcion de los ejércitos de Siria y de Israel unidos, se presenta de órden de Dios Isaías al rey Achaz, y le asegura no tiene que temer, ofreciéndole afianzar la seguridad que se daba, con cualquiera señal extraordinaria que pidiese en tierra ó en cielo. Achaz, so color de no tentar á Dios, se

excusa de pedirla : y entonces Isaias, reprendiendo su ingratitud y falsa piedad, le dá por señal que una Virgen concebirá y parirá un hijo ; consignando desde entonces con esta admirable profecía la nueva alianza que celebraria Dios con los hombres. Y en seguida profetiza la total ruina de los dos reinos de Siria y de Israel : y al de Judá predice que será destruido tambien por los asirios, en cuyo auxilio para aquel peligro habia confiado mas que en el de Dios.

Del cap. VIII. Ratifica y confirma Dios á Isaias la próxima ruina antes anunciada de los reinos de Israel y Siria ; el castigo del de Judá y la misericordia que aun se le reservaba ; la total derrota de los asirios despues de sus triunfos ; y últimamente condena la supersticion é impiedad de los que en el tiempo de la tribulacion consultan á los falsos oráculos, en vez de consultar al Señor, y les declara el castigo que les espera.

Del cap. IX. Ratificando el Profeta la infalible ruina de Israel y de Siria, dice que la de Israel empezará por las tierras de Zabulon

y Nephtali, situadas en la Galilea llamada de los Gentiles, que daban fácil entrada á los asirios para la Palestina; pero consuela á aquellas dos tribus, con que ellas tambien serán las primeras que recibirán la luz del Evangelio. Con este motivo hace un clarísimo anuncio del nacimiento del Mesías, y de la grandeza, extension, firmeza y perpetuidad de su imperio; y en estas dos cosas emplea los siete primeros versículos. Desde el 8.º hasta el fin de este capítulo, y aun hasta el 4.º del siguiente, vuelve á tomar el hilo de la ruina de Israel, representando con viveza sus vicios, y los males que le han acarreado, hasta haber hecho implacable la ira del Señor.

Del cap. X. Repreñion y castigo de los asirios, y especialmente de su rey Sennacherib, porque siendo un mero instrumento de que Dios se servia para corregir á su pueblo, se jactaba de su fuerza y valor como de un poder invencible que por sí él tuviese. Por lo cual, despues que Dios se haya servido de él y de su ejército como ministros de su ira para ejecutar sus altos designios, volverá sobre él

y sobre sus tropas, para examinar su conducta, y confundir su presuncion, y abatir su altivez. De aquí toma ocasion el Profeta para anunciar que el pueblo se convertirá al fin á su Dios, y los restos de él se salvarán. Con lo cual consuela á los piadosos, y los alienta para que no teman tanto á los asirios, ni se aflijan por lo que con ellos padecen, sabiendo el fin tan distinto que á unos y otros espera.

Del cap. XI. Descrita con la viveza que hemos visto en el capítulo antecedente la inestabilidad del poder del rey de Asiria, de que tanto él se jactaba, y que tan fácilmente fué destruido y aniquilado por Dios en una noche: y habiendo alentado con esto al pueblo á desechár el temor que le infundia aquel fiero conquistador, ahora para mayor seguridad y consuelo le anuncia aquí Isaías al mismo pueblo la grandeza y firmeza del imperio de un futuro Mesías, que habia de nacer de la familia de Jessé, padre de David, y las altas virtudes de que habia de estar adornado. Y al fin le vuelve á renovar la firme esperanza de que tendría término feliz y glorioso su duro cautiverio,

anunciándole bajo de esta figura la redencion del género humano.

Del cap. XII. Habiendo anunciado Isaías ai pueblo en el capítulo antecedente á este la libertad de su cautiverio en Babilonia, comparándolo con la servidumbre de Egipto; le anuncia ahora, que así como entonces, despues de haber pasado el mar rojo, cantaron los israelitas su célebre cántico, tambien pasado el Eufrates, cantarán los que vuelvan de Babilonia este himno gratulatorio. En el cual celebra Isaías en nombre de aquel pueblo los favores recibidos de Dios, figura de los que habia de hacer á la Iglesia cristiana, exhortándola bajo de estas sombras á alabar con alegría y gratitud al Señor.

Del cap. XIII. Anuncia en este capítulo el Profeta la ruina total de Babilonia y de su imperio por los medos y persas, traídos allí por Dios para su castigo. Describe con singular viveza la fuerza y poder de aquel ejército, la ferocidad implacable de sus tropas, el terror de los babilonios, la espantosa despoblacion de aquella numerosa ciudad, y la destruccion de

sus soberbios edificios. Entre cuyos restos y escombros dice no quedaria mas que una soledad horrorosa, habitada de fieras y animales dañinos, y de espectros y fantasmas horribles, con que ni aun los pastores se atreverian á poner allí sus majadas. Y si bien es verdad que todo esto se verificó en Babilonia; es tanta la vehemencia del Profeta al describir la tribulacion y conflicto de aquel inmenso pueblo, y tales las alteraciones y movimientos que para entonces anuncia del cielo y de la tierra; que parece bien claro que de la contemplacion de la futura ruina y castigo de Babilonia por medio de los medos y persas, volaba su grande é iluminado espíritu á la de la ruina y castigo del universo en el último dia: al modo que nuestro Señor Jesucristo nos dió las señas de aquel dia terrible, anunciando la ruina y castigo de Jerusalem por medio de los romanos (Matt. cap. 24: Lue. cap. 21).

Del cap. XIV. Consuela Isaías á su pueblo con la esperanza de recobrar y poseer en paz su pais, despues de haber estado cautivo en Babilonia. Conforme á lo anunciado en el ca-

pítulo anterior sobre la ruina de aquel imperio; lo cual despues repite y confirma; le dicta una cancion para que se la cante al rey de Babilonia. Esta cancion es una amarga pero justísima invectiva contra la intolerable crueldad y soberbia de aquel tirano, que despues de abatida y humillada en la tierra, seria castigada como merecia en el infierno. Últimamente anuncia la destruccion de los filisteos, enemigos tambien del pueblo de Dios.

Del cap. XV. Despues de haber anunciado en los dos capítulos que preceden la destruccion de los babilonios y de los filisteos, anuncia en este, y aun compadece y deplora la de los moabitas, confinantes tambien y enemigos como ellos del pueblo de Israel. Se observa en esta breve y bellísima composicion, aquel aire triste y lamentable, aquel tono elegiaco que domina en los trenaos de Jeremías: con el cual concuerda Isaías, y alguna vez con las mismas palabras, en este vaticinio.

Del cap. XVI. Continúa hablando como en el capítulo anterior del castigo de Moab, y exhortando á la enmienda á los moabitas: y con

este motivo intercala vaticinios muy claros de la venida del Mesías, que habia de traer origen de aquel pueblo, y anuncia su grande autoridad, su misericordia y su justicia.

Del cap. XVII. Anuncia el Profeta en este capítulo la ruina y desolacion de Damasco, capital de la Siria, por haber prestado su auxilio á las diez tribus contra Judá. Anuncia tambien el castigo de las diez tribus, y la conversion de algunos israelitas despues de castigados. Y últimamente anuncia la reunion de muchas tropas contra Jerusalem, que de la noche á la mañana serán disipadas como el polvo.

Del cap. XVIII. Amenaza el Profeta con terrible castigo á una nacion orgullosa y soberbia, que parece ser el Egipto ó la Etiopía, presumidas de su propia fuerza una y otra, y ambas solicitadas como auxiliares por el reino de Judá en ocasiones de peligro: cuyo auxilio, por no haber contado con el de Dios, le fué siempre inútil. Algunos expositores españoles ilustres del siglo XVI, lo explicaron de la India oriental, recien descubierta cuando escribieron.

Del cap. XIX. Lamentable estado del

Egipto, cuando el ejército de los asirios, dirigido por Dios para su castigo, entre por sus tierras llevándolo todo á sangre y fuego. Discordia civil y guerra cruel entre los mismos egipcios: carestía universal y falta de ocupacion para las clases laboriosas: debilidad, confusion y falta de recto consejo en el gobierno; y servidumbre penosa bajo la dominacion de un rey duro y poderoso que los sujetará. Hasta que finalmente, aplacado Dios, ilumine aquella nacion ciega, que reconocerá su poder infinito, le dará culto, y le erigirá altares: y reconciliada con los asirios y con los judíos tambien, habrá entre los tres pueblos por especial bendicion del Señor, paz y sociedad amigable y sincera.

Del cap. XX. La rendicion y cautividad de Egipto y Etiopía por el rey de Asiria; contra el cual habian pedido auxilio á aquellos dos reinos los judíos: anunciada por el Profeta de un modo singular por orden de Dios, para que el pueblo viese en quién habia puesto su confianza en aquel peligro.

Del cap. XXI. Repite el anuncio, ya antes hecho dos veces, de la toma de Babilonia por

los medos y persas. Deplora muy patéticamente los males de aquella gran ciudad en su lamentable caída. Anuncia despues á los idúmeos que tambien serán destruidos. Y últimamente dirige su voz á los árabes y en especial á los cedarenos, que por no haber tratado con humanidad al pueblo de Dios fugitivo de sus contrarios, tendria la misma suerte. Así consuela indirectamente el santo Profeta á su pueblo de la tristeza que le causaria la cautividad, y lo confirma en la esperanza de verse al fin libre de ella.

Del cap. XXII. La toma y ruina de Jerusalem por los caldeos, anunciada á los judios por el Profeta, y deplorada con lamentable estilo, reprendiéndoles con este motivo su negligencia en implorar el auxilio de Dios, en medio de la diligencia que pondrian en buscar medios de defensa: y su abandono á los placeres de la mesa, cuando Dios los llamaba á la penitencia y al llanto. Anúnciale tambien á Sobna, Prepósito del templo, la decadencia de aquella dignidad, y la trasmigracion y el destierro en castigo de su soberbia y presuncion.

Del cap. XXIII. La ruina de Tiro por los asirios, su cautividad por setenta años, su libertad, pasado este tiempo, y su restitucion á la antigua opulencia y prosperidad, con mejor uso que el que habia antes hecho de sus grandes riquezas.

Del cap. XXIV. Despues de haber anunciado el santo Profeta los castigos decretados por Dios á los reinos de Judá y de Israel, á los filisteos, moabitas, árabes, egipcios, babilonios y demás naciones comprendidas en los anteriores capítulos, y últimamente á la opulenta y soberbia Tiro, emporio universal del mundo, extiende ahora su anuncio á las demás naciones. Pero describe su devastacion y ruina con colores tan expresivos y tan fuertes, que aunque parezcan retratar las irrupciones de los asirios, y los estragos que causaron en ellas, se vé sin embargo desde luego el vuelo que de aquí toma su elevado espíritu á la contemplacion del juicio universal: y este al fin se descubre ser su principal objeto, aunque encubierto al principio bajo de sombras y figuras.

Del cap. XXV. Consumada la ruina y de-

solacion del mundo por el fuego, y decidida la suerte de los justos y de los pecadores por el juicio universal, que anunció Isaías en el capítulo anterior; pone ahora en boca de los justos una fervorosa accion de gracias al Señor, por el glorioso triunfo que han obtenido mediante sus auxilios, y por la eterna felicidad que gozan; mientras los pecadores quedan sujetos á un eterno suplicio: uno y otro expresado por figuras alegóricas, en las cuales puede entenderse tambien representado el triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga, en virtud de la muerte y resurreccion de su divino fundador Jesucristo.

Del cap. XXVI. Viendo Isaías en espíritu al pueblo israelítico libre de la cautividad, aruinada Babilonia; y destruido el imperio de los asirios: y viendo en esto figurada la Iglesia libre de la cautividad del pecado, vencida para siempre la muerte, y convertido el antiguo llanto en gozo eterno por la resurreccion gloriosa de nuestro Salvador; lleno de tan nobles ideas, prorrumpe en este alegre cántico. El cual bien meditado, excitará en nuestros ánimos el

deseo y alentará la dulce esperanza de una resurreccion feliz, para vivir eternamente en la patria celestial con Cristo. Pues procediendo de una en otra por estas ideas el Profeta, al fin concluye haciendo un clarísimo anuncio de la resurreccion universal, y de la consiguiente venida del supremo Juez, para los buenos tan feliz y agradable, como infeliz y horrorosa para los malos.

Del cap. XXVII. Triunfo del Señor sobre Leviatan. Amor del Señor á su antiguo pueblo á pesar de la ingratitud con que le corresponde. Su justa pero paternal correccion para reducirlo á la enmienda, y enmendado, restituirlo al fin á su gracia. La union de aquel pueblo á la Iglesia, y su descanso eterno, despues del juicio universal, en la celestial Jerusalem.

Del cap. XXVIII. Á las diez tribus de Israel anuncia el justo castigo que les espera por su soberbia y sus desórdenes, y por la mofa que hacian de las amonestaciones y avisos de los Profetas. Á las dos tribus del reino de Judá, libres por entonces de aquel castigo, por no

haber correspondido como debian á esta gracia, y haberse entregado á los mismos excesos, anuncia que serán tambien castigadas. En medio de esto hace una insigne profecía de Jesucristo, que vendrá á ser la piedra angular del edificio de su Iglesia. Y concluye comparando la economía de Dios en los castigos, con la del labrador, así en la siembra como en la trilla de sus mieses, mas ó menos fuerte segun la calidad de los granos, y nunca tanto que los destruya y haga polvo.

Del cap. XXIX. Anuncia el Profeta á Jerusalem su última desolacion por los romanos, el abatimiento y afliccion de los ciudadanos en su defensa, y las terribles señales que precederán en el cielo al triunfo del ejército vencedor compuesto de diversas naciones: en cuyas manos sin embargo, se desvanecerán como un sueño los frutos de tan grande victoria. Reprende al pueblo su hipocresía, amenazándole con la ceguedad en que Dios le dejará caer en castigo de su obstinacion y falsedad: y por consecuencia de su merecida reprobacion y abandono, le anuncia la ereccion de un nuevo pueblo com-

puesto de verdaderos y fieles hijos de Abraham, que le sustituya, honre al Señor, y le dé gloria y culto en espíritu y en verdad: al cual finalmente se unirá él, convertido y desengañado de su error.

Del cap. XXX. Reprende en este capítulo el Profeta á su pueblo, anunciándole grandes males, por haber desconfiado del auxilio de Dios, y confiado en el de los egipcios. Le amenaza con su total exterminio y dispersion por el disgusto con que oían la voz de los verdaderos profetas, negándose á seguir el camino recto que le mostraban. Pero les asegura, que al fin enmendados y pidiendo perdon á Dios, lo obtendrían: y restituidos á su patria, se verían otra vez favorecidos y colmados de bienes. Y de aquí elevándose á la consideracion del juicio final, concluye con una vivísima descripcion de la felicidad y contento de los justos en aquel dia, el castigo eterno de los malos, y la gloria que de uno y otro resultará al Señor.

Del cap. XXXI. Nuevas reprensiones y amenazas al pueblo por su emigracion á Egipto, y por la confianza puesta en su proteccion.

Tiernos y paternales cuidados del Señor sobre Jerusalen: exhortacion á la penitencia, y anuncio de la caída del poder de Asiria.

Del cap. XXXII. Bajo la metáfora del reinado del piadoso rey Ezechías, de la cautividad del pueblo, de su libertad y felicidad posterior, y del castigo de Babilonia, anuncia el Profeta la venida del Mesías, su reinado justo y pacífico, los admirables efectos de su doctrina, y el castigo de los hipócritas y malvados.

Del cap. XXXIII. Jerusalen preservada por Dios de la inminente ruina en que ya se veía por el ejército de los asirios que la cercaba; destruccion de este ejército y castigo de Sennacherib. De aquí toma ocasion el Profeta para ponderar las gravísimas penas que esperan á los malos, el premio de los buenos, y la total seguridad en que por la proteccion del Señor se veria al fin Jerusalen, que á ella la haria inexpugnable, y débiles á sus enemigos.

Del cap. XXXIV. Terrible castigo de desolacion universal decretado por Dios contra los habitantes de toda la tierra, que han provocado su indignacion: declarado en particular con-

tra los idúmeos, en los cuales, como descendientes de Esaú, y enemigos implacables del pueblo escogido, están figurados todos los malos.

Del cap. XXXV. Considerando el Profeta á su pueblo como si ya estuviera cautivo en Babilonia, le alienta con la esperanza cierta de su futura libertad. Pero bajo de esta figura, anunciándole la vuelta de la cautividad, y la felicidad de que gozará en Jerusalem, le hace un anuncio muy claro y terminante de la venida del Redentor, la propagacion de su doctrina, y la concurrencia y reunion del pueblo de la gentilidad en la mística Sion, que es la Iglesia.

Del cap. XXXVI. Rabsaces, general del ejército de Sennacherib, llega á la vista de Jerusalem, y le intima su rendicion al rey de Asiria; despedidos con desprecio y grandes amenazas, y horribles blasfemias contra Dios, los parlamentarios que le envió el rey Ezechías.

Del cap. XXXVII. Afliccion de Ezechías al oír las amenazas y blasfemias de Rabsaces, contra las cuales le asegura Isaías en nombre del Señor que nada tiene que temer. Nuevas

amenazas y blasfemias de Sennacherib, y nuevas seguridades del Señor á Ezechias por su Profeta. Repentina y total destruccion del ejército asirio por medio de un ángel, y fin desastroso del blasfemo Sennacherib, con que quedó del todo libre y segura Jerusalem de aquel peligro.

Del cap. XXXVIII. Enfermedad mortal del rey Ezechias, su pronto restablecimiento de ella con quince años mas de vida, anunciado por el Profeta, asegurado con un milagro, y celebrado despues en un hermoso cántico por aquel piadoso monarca.

Del cap. XXXIX. Reconviene al rey Ezechias el Profeta por haber hecho alarde de sus riquezas y tesoros, mostrándolas á los embajadores que habia recibido del rey de Babilonia; y en castigo de su vanidad y ligereza le anuncia que á Babilonia irian á parar muy presto todas las alhajas y oro y plata de que tanta ostentacion hacia; y sus descendientes irian allí á servir de eunucos en palacio.

Del cap. XL. Bajo el velo de la libertad del pueblo y su vuelta de Babilonia (pero velo muy

trasparente y claro) anuncia el Profeta la vuelta y restitución del género humano, de la esclavitud en que lo tenía el demonio, á la libertad del Evangelio por la gracia y poder de nuestro redentor Jesucristo. Para hacer mas creíble este anuncio, lo confirma con el poder y la sabiduría inmensa de Dios, para quien nada hay imposible, y con su constante bondad y beneficencia siempre propensa á nuestro bien. Y concluye reprendiendo la voluntaria ceguera del hombre, cuando no le conoce y adora como á su Criador, confundiéndolo con las vanas y falsas deidades que adoran los idólatras, y privándose así de los auxilios que de su bondad deben esperar los que en él confían.

Del cap. XLI. La idolatría y sus falsos dioses provocados á juicio por el Dios verdadero, y convencidos de su vanidad y nadería despreciable. Con lo cual, y bajo la figura de la vocación de Abraham y del establecimiento de su descendencia en la tierra prometida, se anuncia á las naciones la venida del Mesías y la fundación de su Iglesia, ofreciendo á esta su perpétua asistencia y la completa victoria contra sus enemigos.

Del cap. XLII. Señas y calidades amables del Mesías. Grandeza del poder y misericordia del Señor, y alabanzas que se le deben, y resonarán por toda la tierra. Su tolerancia con los hombres, larga verdaderamente y admirable, pero no sin término cuando se abusa de ella. Ingratitud y dureza del pueblo de Israel, que mal escarmentado aun despues de castigos durísimos, no cede de su obstinacion y rebeldía.

Del cap. XLIII. Bajo los nombres de Jacob é Israel, y bajo la sombra de los cautivos que volverian de Babilonia, dirige el Profeta la voz de Dios al nuevo pueblo que despues se habia de formar, que es la Iglesia. Á esta ofrece su constante asistencia, con la cual no tiene que temer las persecuciones y trabajos, figurados en el agua y el fuego. Para asegurar mas la certeza de lo que dice, hace una breve reseña de los anuncios antes verificados, y de las maravillas hechas por el Señor en favor del antiguo pueblo: el cual despues de convencido de que debe darles asenso, es reprendido y desechado por su ingratitud é hipocresía.

Del cap. XLIV. Anuncio de la formacion

de un nuevo pueblo, dirigido por el Profeta en nombre de Dios al antiguo Israel, y en este especialmente á los verdaderos hijos de la fé de Abraham, y á los que con ellos habian de componer el Israel espiritual, que es la Iglesia, exhortándolos á que confiados en el verdadero Dios, único Criador y Señor de todo, nada teman, y desprecien los ídolos y la insensata estupidez de sus adoradores.

Del cap. XLV. Anuncia Isaías la libertad del pueblo por Ciro, anunciando al mismo tiempo, y principalmente bajo esta figura, la libertad del género humano por nuestro adorable Redentor. Confirma y ratifica la certeza de este vaticinio con la autoridad del Dios de Israel que así lo ha ofrecido, y es el verdadero y único Dios: y esto lo prueba con evidetisimas razones, que tambien convencen la vanidad é insubsistencia de los falsos dioses. Y asegurando de este modo al pueblo hebreo en la esperanza de verse libre del cautiverio de Babilonia, asegura mucho mas á todos los hombres en la de salir de la servidumbre del pecado.

Del cap. XLVI. Anuncia el Profeta la ruina

de los ídolos y el silencio de los falsos oráculos que empezaria por la entrada de Ciro en Babilonia, cuyos dioses caerian en manos de los persas y medos, y se consumaria en la venida de Jesucristo al mundo. Con este motivo introduce al Señor quejoso de su pueblo por haberse dado á la idolatría, exhortándolo á que se vuelva á su verdadero y único Dios, que siempre lo ha protegido y guiado con tierno amor, y siempre está dispuesto á salvarlo. Y concluye ratificando la promesa de nuestra redencion.

Del cap. XLVII. Anuncia el Profeta á Babilonia su humillacion y ruina en castigo de la soberbia y vana confianza con que habia presumido eternizar su imperio; la crueldad con que habia tratado al pueblo de Dios en su cautividad; y la supersticion con que autorizaba la falsa sabiduria de sus mágicos, encantadores y astrólogos: todo bajo la figura de una jóven princesa, que de su alto estado de prosperidad y opulencia se veria reducida al mas humilde abatimiento.

Del cap. XLVIII. Hipocresía, ingratitude y

dureza de los judíos. Vaticinios de lo futuro cumplidos, hechos por el Señor y no por los ídolos. Perdon y llamamiento del pueblo sin mérito suyo. Pruebas de la verdad de Dios, á quien nada se oculta, Redentor y Gobernador de su pueblo: y quejas de la inobservancia de la ley, que observada, le habria hecho feliz. En todo lo cual se vé, como entre sombras, anunciada la redencion del género humano, representado en aquel pueblo.

Del cap. XLIX. Revestido desde el principio nuestro Profeta de la persona de Cristo, anuncia el misterio de nuestra redencion, no ya solo á israelitas y judíos, sino á todos los habitantes de la tierra. Y no como otras veces bajo la sombra de la libertad del cautiverio, sino casi abiertamente sin emblemas ni enigmas revela la eleccion hecha por el Padre en el Hijo para esta grande empresa, su feliz éxito, la vocacion de los gentiles, y la fundacion y engrandecimiento de la Iglesia.

Del cap. L. Bajo la metáfora de dos esposos convence Cristo á la Sinagoga, de que si se vé separada del suyo, no es porque este la

haya repudiado, sino porque ella voluntariamente lo ha dejado. Le arguye con su obstinacion en no corresponder á la amorosa solicitud con que ha procurado recogerla, y la ha llamado sin hallar nadie que le responda. Dice las afrentas y baldones á que por salvarla se expondria: y siendo por su dureza todo en vano, le anuncia un fin triste y doloroso.

Del cap. LI. Consuela el Señor á su pueblo expatriado y cautivo, con la esperanza de ver á Jerusalem restablecida y mejorada por medio de un Salvador justo y poderoso, con el cual no tendrá que temer á la soberbia é impiedad de sus enemigos: y le asegura que estos beberán el cáliz de amargura, con que él mismo se ha tantas veces embriagado. Esto es lo que aparece; pero bajó el símbolo de la Jerusalem terrena y del pueblo cautivo se anuncia la venida de un Salvador divino, que saque á los hombres de la esclavitud del pecado, y los conduzca libres á la Jerusalem celestial. Mas como á esta patria no pueden llegar sino los ciudadanos escogidos de la mística Jerusalem, que es la Iglesia militante en la tierra; en

aquel anuncio está contenida esta también, como que su fundación había de ser la grande obra del prometido Salvador.

Del cap. LII. Bajo la figura de la cautividad del pueblo en Babilonia, su libertad y su vuelta á Jerusalem, se anuncia al género humano con bastante claridad la venida de Jesucristo, á redimirlo de la esclavitud del demonio.

Del cap. LIII. Ilustre y clarísimo vaticinio de nuestra redención. En él se anuncia el Redentor, desconocido y despreciado por los mismos á quienes venia á redimir, con cuyos pecados se cargaría él solo, y libre y voluntariamente padecería y moriría por ellos, obteniendo al fin una recompensa tan abundante y tan gloriosa, como merecía su generoso sacrificio.

Del cap. LIV. Bajo la metáfora de una esposa abandonada, sola y estéril, habla el Profeta á la gentilidad, y la exhorta á que se regocije, y celebre la prodigiosa fecundidad de que será dotada, y la multitud de hijos de que se verá rodeada. Y lo que con este símbolo anuncia es la fundación y propagación de la

Iglesia Evangélica, que formada en su principio del corto resto de judíos que creyeron; y de los gentiles de todas las naciones que abrazaron la fé, habia de crecer y multiplicarse sin limites por todo el universo á pesar de sus poderosos enemigos, siempre asistida y protegida por el constante amor de su esposo.

Del cap. LV. Bajo la figura de la vuelta de la cautividad, segun parece, y de la prosperidad de que gozará entonces el pueblo, anuncia aquí el Profeta la venida del Redentor, la fundacion de la Iglesia cristiana, y la multitud de gentiles que correrán á incorporarse en ella. Con este motivo exhorta á todos á que se aprovechen de los ricos y gratuitos dones que se les han de presentar; y les asegura la verdad y la virtud infalible de la palabra del Señor, que nunca será proferida en vano.

Del cap. LVI. Exhortacion al pueblo de Israel para que se prepare con buenas obras al reinado de salud y de justicia, que ya se acerca. Vaticinio de la formacion de un nuevo pueblo, de cuya comunión religiosa no seria excluido el extranjero ni el eunuco, y cada uno

sería estimado por sus obras. Severa reprehension y amenaza á los maestros de Israel por su des-templanza, codicia y abandono.

Del cap. LVII. Hermoso contraste entre la muerte pacífica del justo, arrebatado por el Señor para darle el premio debido á sus virtudes, y la vida inquieta y agitada del malo, escarnecedor de toda justicia, encenagado en los vicios, obcecado en la idolatría, olvidado de Dios y endurecido en el pecado. Diferencia del uno al otro en vida y en muerte. Misericordia del Señor, aunque esté enojado, para el que arrepentido la busca; y seyeridad con el impío, que siempre inquieto y fluctuante entre sus errores y extravíos, no sosiega, ni jamás encuentra la paz. En el malo, bajo la metáfora de una mujer adúltera y prostituida del todo, está representada la nacion hebrea, que muchas veces hizo traicion á Dios, y se prostituyó á la abominable idolatría: y en el justo parece á muchos Padres estar representado Jesucristo, cabeza de todos los justos, cuya muerte vió aquella insensata nacion con la mayor indiferencia. Y en todo ello está como entre som-

bras envuelto el vaticinio de nuestra redencion.

Del cap. LVIII. Hipocresia de los hebreos, que con solo el ayuno y la penitencia corporal, sin mortificacion interior y sin obras de piedad y justicia, querian ser acreedores á los bienes que ofrecia el Señor á los que observasen su santa ley. Verdadera idea del ayuno agradable á Dios, y bendiciones que consiguió trae: todo lo cual manda el Señor á su Profeta que lo declare públicamente al pueblo, con severidad, con entereza, sin contemplacion ni temor, ofreciéndole, si se enmendare, grandes bienes de que gozaria volviendo de Babilonia libre de su esclavitud á Jerusalem. Pero en estos bienes se figuraban y anunciaban los que gozaria el nuevo pueblo redimido de la esclavitud del demonio en la mística Jerusalem, que es la Iglesia.

Del cap. LIX. Clamor de los justos del antiguo Testamento, quejándose de que la venida del Redentor se retarda por los pecados de su pueblo, y especialmente por la injusticia y corrupcion de los jueces y de los que entre sí li-

tigan. Anuncio del deseado Mesías, del amor con que salvará á sus amigos y de la gloria con que triunfante de sus enemigos establecerá y propagará su Iglesia, de la cual nunca faltará el Espíritu Santo que la guie y proteja.

Del cap. LX. Exhorta el Profeta á Jerusalem á que llena de gozo se prepare á recibir la luz que amanecerá sobre ella, mientras la tierra toda está cubierta de tinieblas: y le anuncia la multitud de gentes que se le reunirán para gozar de aquella luz; y las riquezas, honor, alegría y felicidad que consigo le traerán. Es una clara é ilustre profecía del nacimiento y manifestacion del Mesías que se esperaba, y del establecimiento, gloria y majestad de la Iglesia.

Del cap. LXI. Anuncia el Profeta, hablando en persona de Cristo, la mision divina de este deseado Redentor, la fundacion y propagacion de la Iglesia, la dignidad de sus ministros, el esplendor de las virtudes de sus hijos, y su extraordinario gozo y reconocimiento por tanto bien.

Del cap. LXII. Clamor incesante del Profe-

ta por la venida del Salvador. Exhortacion á los demás Profetas y justos para que no cesen en el mismo clamor. Anuncio de su venida, y de la felicidad que traerá á Jerusalem en su restauracion; en la cual está figurado el establecimiento y propagacion de la Iglesia con admiracion y aplauso de todos los pueblos.

Del cap. LXIII. Diálogo del Profeta con Cristo, viéndolo venir victorioso y triunfante de sus enemigos: grata memoria y reconocimiento de las grandes misericordias del Señor: confesion de la ingratitud de su pueblo: recuerdo de los antiguos prodigios hechos en su favor; y humilde deprecacion implorando su auxilio contra los enemigos que lo afligen.

Del cap. LXIV. Clamores por la pronta venida del Mesías, y porque viniendo haga conocer al mundo su poder. Bienes y felicidad que traerá á los justos que con ansia lo esperan. Estado de corrupcion general en que hallará á los hombres, y deprecacion porque los mire con piedad, especialmente á su pueblo escogido, por la desolacion y ruina total en que se halla.

Del cap. LXV. Hablando como suele en persona del Señor el Profeta, anuncia la vocacion de los gentiles, y la reprobacion de los judios; reservando de estos sin embargo por su misericordia algunos, y salvándolos como siemiente escogida para que no se perdiese del todo la casa de Jacob. Compara la felicidad de los unos con la infelicidad y desventura de los otros, y describe la paz y union admirable de que se gozará en la nueva Jerusalem, que es la Iglesia.

Del cap. LXVI. Reprobacion de la Sinagoga, y abolicion de los sacrificios y ceremonias legales, que por sí solas no podian agradar al Señor; pero mucho menos estando acompañadas de la idolatría y de los vicios, á que se habia dado aquel pueblo. Vocacion de los gentiles para la formacion de un nuevo pueblo, compuesto de todas las naciones: delicias y felicidad constante que en él se gozarian; y terrible castigo de las prevaricaciones del antiguo. —*De la profecia de Isaias.*—*Tomás José Gonzalez Carbajal.*

ARMAS.—Entre las espirituales, ninguna

mas poderosa que la sagrada comunión.—
Ven. Fr. Luis de Granada.

ARMAS Y BLASONES.—Ponen los soberbios en lo alto, donde se vean, y no acaban de entender que todo es viento y humo. La muerte declara cuán poco valen al alma.—*El Incógnito.*

ARREBATAMIENTO.—La diferencia, que hay de arrobamiento á arrebatamiento, es que el arrobamiento vá poco á poco muriéndose á estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos, y viviendo á Dios. El arrebatamiento viene con sola una noticia, que su Majestad dá en lo muy íntimo del alma, con una velocidad, que parece que le arrebatara lo superior de ella: á su parecer se le vá del cuerpo; y así es menester ánimo á los principios, para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve donde quisiere. Porque hasta que su Majestad la pone en paz á donde quiere llevarla, digo llevarla, que entienda cosas altas, cierto es menester á los principios estar bien determinada á morir por él; porque la pobre alma no sabe que ha de ser aquello.

Á los principios quedan las virtudes, á mi

parecer, de esto mas fuertes; porque déjase mas, y dásese mas á entender el poder de este gran Dios, para temerle y amarle; pues así, sin ser en nuestra mano, arrebatada el alma, bien como Señor de ella, y queda con grande arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de cómo osó ofender á tan gran Majestad, y grandísima ánsia porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos grandísimos de que se salven las almas, y de ser alguna parte para ello, y para que este Dios sea alabado como merece.—*Santa Teresa de Jesús.*

ARROBAMIENTOS.—En estos es donde ordinariamente el Señor manifiesta y descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza; porque entonces es llevada á la region celestial y de vida, donde reside el Rey de la majestad, y donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene sér. Allí están los elementos puros, los mineros de las aguas vivas, allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Con la cual region, si comparamos

aqueste nuestro destierro, no será mas que comparar las tinieblas con la luz purísima, la turbacion y el desasosiego, con la paz y descanso eterno. Pues en esta nueva region entra el alma por medio de estos nuevos arrobamientos; donde ¿quién podrá decir lo que vé, sino es quien lo hubiere visto? — *Fr. Diego de Yepes.*

Á LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Himnos de honor las puertas eternas

Resuenan: el empíreo « gloria » clama:

« Gloria » el inmenso espacio reverbera.

Los giros celestiales

Deja, luciente sol: mas pura llama

Que la que crece en tu inmortal hoguera

Los cielos dora: el Redentor glorioso

Asciende vencedor esclarecido:

Su nombre aplaude el pueblo redimido

En cántico gozoso.

« Elevad, canta, príncipes celestes,

Las puertas elevad: los átrios de oro

Abrid á vuestro rey: al rey triunfante

Abrid, aladas huestes.»

Y « ¿quién es nuestro rey? » el santo coro

Entona en las almenas de diamante.

»El fuerte, el grande, el Dios de la victoria:

Abre, ó cielo, tu alcázar refulgente,

De las virtudes el señor potente

Es el rey de la gloria.»

Ya, ya la puerta del empíreo gira

Sobre el áureo quicial, y del Inmenso

Descubro la mansion. ¿Voces mortales

La dirán? tú me inspira,

Querub, y cantaré. Fulgor intenso

Circula por las gradas eternas:

El Padre Dios la inaccesible cima,

Velado de su sér, augusto mora:

Brota á sus piés la llama engendradora,

Que cielo y tierra anima.

El hijo de María entra glorioso,

De angélicas escuadras aclamado,

Formándole su grey noble corona:

Y el hombre venturoso,

En la mansion celeste ya heredado,

El himno alegre de victoria entona.

« ¿Quién sube del Eterno al sólio santo?

El varon de inocencia , el justo, el fuerte:
El que bajó , triunfando de la muerte,
Al reino del quebranto.»

Enamora los cielos su mirada ;
Y cual la luz de la naciente aurora
Vence el sol del cenit, su frente brilla
De triunfo coronada.

Postrado el ángel su beldad adora ,
Y el abrasado serafin se humilla :
Del Eterno á la gloria merecida
Sobre cielos de cielos se levanta ,
Y el trono huella con sublime planta
Del padre de la vida.

«Padre , dice (y los orbes enmudecen
Para escuchar su voz) vencí : la tierra
Liberté ya de su enemigo eterno.

No en ella se enfierecen
Ya los querubes pérfidos , que encierra ,
Ligados por mi diestra , el hondo averno.
En los torrentes de mi sangre yace

Su maldad extinguida y tu venganza :
Y el mortal abatido á la esperanza
Y á la virtud renace.»

Libres vienen , mi triunfo acompañando ,

Los siervos de la antigua tiranía.
Tu inmutable decreto ya he cumplido.
Ora el supremo mando,
La gloria, el esplendor, la gloria mia,
La que me diste ante los tiempos pido.
Yo te ensalcé en la tierra: la criatura
Por mí tu augusto nombre allí bendice.»
Habló el Hijo eternal; y así le dice
El Padre de la altura:

«Ven, Hijo de mi sér, triunfa y domina:
Yo ví tu humillacion, tu triunfo ahora
Cielo y tierra verán. El mónstruo impío
De tu planta divina
Será vil escabel. Pide, y la aurora
Y el ocaso serán tu señorío.»
Dijo: de nuevo el cielo se alborozó
En himnos; y en su seno reclinado
El gran Jehová recibe al Hijo amado,
Y eterno en él se goza.

Alberto Lista.

EN LA ASCENSION DEL SEÑOR.

¡Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro!

¿Los antes bien-hadados
Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De tí desposeidos,
Á dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos,
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
Estando tú encubierto
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
Ay! nube envidiosa

Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?

¿Do vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!

¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay! nos dejas!

Fr. Luis de Leon.

ASILO.—La filosofía de los incrédulos, es el asilo de los vicios.—*Evangelio en triunfo.*—
Pablo de Olavide.

DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

La que en el campo del sér

À su contrario feroz

Venció con armas templadas

En la potencia de Dios;

La inmaculada Judit,

Que la cerviz quebrantó

De aquel antiguo Holofernes,

Capitan de maldicion;

De aquesta insigne victoria

El triunfo consigue hoy,

Que el gozar del triunfo es

El premio del vencedor.

La Jerusalem triunfante
La recibe, que es razon
Que pise triunfando el cielo
La que en la tierra venció.

En vez de laurel, justicia
Ciñe su frente, que no
Hay lauro que iguale al ser
Justa por preservacion.

En vez de palma gloriosa,
Por su inefable valor
Sube triunfando esta Reina
Sobre las palmas de Dios.

A sus piés vá el enemigo,
Aunque en la ciudad no entró,
Que no puede entrar villano
En la celestial Sion.

Como es el triunfo de luz,
Entra en carroza de sol,
De quien tiran serafines
Por esa empírea region.

Dióle su Esposo los brazos,
Que por mas excelso honor
Sirvieron de arcos triunfales,
Por donde la Reina entró.

Al pasar la echaron flores,
Y estas bellas flores son
Mil espíritus alados,
Que con sus plantas pisó.

La música de la entrada
Fué aquella universal voz
Que la llama Santa, Santa
Como Santo, Santo á Dios.

Bendita entre las mujeres
La llaman, porque nos dió
Fruto bendito que fué
La universal redencion.

Subiéronla al capitolio,
Que es su trono y resplandor,
Silla de inmortalidad,
Y luz de resurreccion.

Es su corona tiara,
Porque en semejante don
Lucen de Dios uno y trino
El poder, saber y amor.

Que es Madre, Hija y Esposa,
Y es divina proporcion
Ser coronada esta Reina
Por tres Personas y un Dios.

Juróla por reina el cielo ,
Y en canto alegre rompió ,
Pues él no tiene otra herencia
Sino el fruto de esta flor.

Sentóla el Hijo á su diestra
Por darla debido honor ,
Donde estará sublimada
Mientras que Dios fuere Dios.

Alonso de Bonilla.

ATEISTAS.—Estos dicen redondamente que no hay Dios; pero David advierte, que esta expresion no es del juicio, ni del propio sentir, sino solo de la voluntad, que desea no lo haya, porque la asusta el temor de que haya quien condene su desarreglado proceder. *Dixit insipiens in corde suo* (Ps. XIII.) El entendimiento del hombre, por estúpido que sea, no puede dejar de conocer la primera causa, ni puede haber oídos tan sordos, que no oigan las voces del cielo; que están continuamente pregonando su poder; y así los que dicen otra cosa, ó aparentan sentir lo contrario, ó no hablan con sinceridad. Es verdad, que para ello traen sus ar-

gumentos, ¿pero qué argumentos? Unos sofismas despreciables, que ya há mil tiempos, que están desatados por santo Tomás. Este gran doctor dejó reducidos á ceniza todos los sofismas ó argumentillos despreciables de los nuevos filósofos; pues, aunque no vivió en el siglo de la luz, el resplandor de su ciencia es la luz de todos los siglos, y á todos ellos estará siempre dando claridad, para que no nos sorprendan las falacias de estos ó semejantes operarios.

Bien que en el punto presente solo se dejará sorprender el que quiera; porque la existencia de un Dios es tan obvia y tan perspícua, que el contradecirla, ó dudar de ella, es propiamente negar la misma razon natural, que por si misma la afianza. Una leve contemplacion, una ligera vista de las cosas del cielo y de la tierra, basta para conocer el poder y la sabiduría del Hacedor, y no es menester para eso ser católico. Fué pensamiento sábio de Aristóteles, ilustrado y exornado por el gran Tulio, que si un hombre se criase hasta determinada edad en el centro de la tierra, y luego de repente lo

pusieran sobre la superficie habitada por nosotros, al volver los ojos acá y allá, y ver esta hermosa máquina del mundo, el mar, la tierra, el cielo, al observar la belleza y magnitud del sol, la sucesion nunca interrumpida de dias y noches, ocasionada de su ausencia y de su presencia, la claridad de las estrellas, así errantes como fijas, las mutaciones de la luna en sus crecientes y menguantes, la diversidad de los astros, unos mayores y otros menores, la fuerza admirable de los vientos, y en fin, los perennes y constantes giros de los orbes; sin duda este nuevo habitador del mundo quedaría espantado de la novedad, y al ver cosas tan portentosas, sin titubear ni deliberar un punto, se iría derecho al Hacedor de todo, considerando con su razon natural, que tanto orden, tanta belleza y tanta brillantez no podia existir sin un principio altísimo que le hubiese dado el sér y la perfeccion. Tal es el modo de pensar de estos dos gentiles, y tal es tambien el de los Escritores sagrados; pues en los mismos términos se explican así el hijo de Sirac, como el Apóstol de las gentes, diciendo el primero:

que la alteza del autor se reconoce por la grandeza de su hechura (Sap. cap. XIII.); y el segundo: Que lo invisible de Dios se ve por lo que exteriormente quiso hacer (Rom. cap. I.) Y á la verdad, hermanos míos, ¿qué espejo mas claro puede darse para registrar los atributos y perfecciones del Sér Supremo, que esta turba hermosa de criaturas que produjo, donde cuanto mas se mire y se remire, cuanto mas se ahonde y reflexione, como haya una razon despejada y no preocupada, tanto mas se hallará que ver y que reconocer, admirando siempre la belleza y soberanía del Autor?—*Saludable medicina para las dolencias del siglo.*—Francisco Alejandro Bocanegra.

ATENCION DIVINA Á LAS ORACIONES DE LOS JUSTOS.—El Evangelista San Juan cuando vió á los ángeles presentar en el rostro del Altísimo las oraciones de los justos y amigos del Señor, simbolizados en el suavísimo olor de las pastas aromáticas (Apoc. VIII, 3, 4); dice que el cielo todo quedó en un profundo silencio. En la casa de Dios en donde resonarán eternamente las alabanzas del Cordero (Ps. LXXXIII), en

donde llenas del espíritu de Dios las celestiales gerarquías conocen sus adorables perfecciones, y las engrandecen en armoniosos cánticos, se impone por el Altísimo un silencio universal; á la manera que dando un fuerte golpe en un huerto á la hora de la mañana, cuando las avejillas saludan al sol con sus gorgeos, todas enmudecen repentinamente. Manda el Señor que callen sus ángeles para dar toda su atención á la oracion de los suyos. No quiere que se oiga en la celestial morada otro eco que el de sus ruegos. Consolaos, justos afligidos, no temais que se malogren ni pierdan vuestros ruegos: los ángeles del Señor andan en torno de vosotros, para formar de vuestras palabras ramilletes de fragancia singular que recrean al Altísimo; á la manera que los criados de un rico aficionado á flores olorosas discurren todos los dias por los jardines de su casa para llevarle las mas deliciosas y escogidas. ¡Con qué cuidado y amorosa diligencia espera el Eterno Padre el presente de tan deleitables flores! Con mayor complacencia parece que oye vuestros clamores, que los festivos cánti-

cos de sus espíritus celestiales. Tan dulce y sonora es para Dios vuestra oracion como las palabras de Job (XXIX, 9), en cuya presencia cerraban sus bocas los mejores sábios. Oid, dijo el Profeta rey (Ps. CI, 20), una cosa digna de esculpirse en láminas de bronce, para que sea la admiracion de todas las generaciones, y alaben á Dios todas las criaturas: Dios desde el trono de su gloria tiene fijos sus ojos en la tierra, á la manera de quien espera un objeto de grande interés ó complacencia: *Deus prospexit de excelso sancto suo: Dominus de caelo in terram aspexit.* ¿Qué mirais, Señor, ni qué pensais encontrar en una tierra maldita, corrompida, en donde no hay sino mentiras, robos, injusticias, (Osee. IV, 4)... Miro, nos dice, y me roban la atencion los gemidos de los atribulados: *Ut audiret gemitus compeditorum:* los ruegos de los que le invocan son para este Dios de misericordia un objeto de inexplicable dulzura y complacencia: los espera y desea con inquietud. Prefiere á ellos toda la música armoniosa de su celestial morada. Orad, cristianos afligidos; Dios espera vuestros clamores, y extien-

de hácia vosotros con amorosa solicitud sus oídos paternos. Los ángeles del cielo os escuchan para llevar luego á su Criador las flores que hacen sus delicias: *Quæ habitas in hortis, amici auscultant te, fac me audire vocem tuam* (Cant. VIII. 13). — *Discursos predicables.* — Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

ATRIBUCIONES DEL SACERDOCIO CATÓLICO. — Es ministerio de la predicacion para recordar sin cesar la moral que se altera, para inculcar los deberes que se olvidán, para despertar la conciencia que se adormece, para combatir los vicios que se propagan, y oponerse á los desórdenes que se derraman como un torrente. Institucion admirable de que la religion sola nos ha dado el ejemplo.

Ministerio de santificacion por medio de los sacramentos; que consagra las personas por signos augustos; que nos sigue en las diferentes edades de la vida, desde la infancia que rodea de saludables preservativos hasta la última hora que rodea de los mas dulces consue- los; que establece un tribunal severo para las reparaciones, las restituciones y reconciliacio-

nes ; que dá al matrimonio una sancion y una dignidad que la ley sola no podria dar , y que poniendo el sello mas inviolable al vínculo mas necesario, se hace uno de los mas seguros garantes de la felicidad de los esposos , de la felicidad de los hijos , de la paz de las familias y un beneficio nacional que no se podrá reconocer bastante.

Ministerio de caridad para sostener todo lo que es débil, para consolar todo lo que está afligido, y para socorrer todo lo que está enfermo. De aquí estas asociaciones consagradas al servicio de la humanidad, creaciones exclusivas de la religion católica, y de aquí esta multitud de vírgenes cristianas, honor de la naturaleza y gloria de su sexo.

Ministerio de enseñanza y de autoridad para fijar las dudas por sus decisiones ; para reunir todos los entendimientos bajo una misma fé, é impedir que fluctúen á todo viento de doctrina ; para prevenir los cismas y las divisiones religiosas, origen ordinario de las discordias civiles ; para detener las herejías turbulentas, y reprimir estos novadores inquietos, verdaderos

flujos del Estado así como de la Iglesia. Por este medio se afirma la paz doméstica en la gran comunión de los Santos, y se cumple esta palabra del Apóstol: «Sed todos de un mismo corazón, de una misma alma y de unos mismos sentimientos,» y esta otra: «Un solo cuerpo, un solo espíritu, un solo Señor, una sola fé y un solo bautismo.» ¿Quién no vé que esta unidad de cuerpo, de espíritu, de Señor, de fé, y de bautismo es uno de los mas fuertes vínculos para unir la sociedad política bajo una misma ley, bajo un mismo Soberano, en una misma patria; que no hay nada mas propio para alimentar la unidad de afecto y de caridad, que la unidad de la misma creencia y el acuerdo de la misma fé, que previniendo las herejías y los cismas, se previenen los ódios y las enemistades, y en fin, que la fraternidad católica es uno de los mas poderosos medios de la fraternidad civil y de la armonía social? Esta es la verdadera gloria de la Iglesia católica, tener en su seno este cuerpo de Pastores docentes, depositarios de los oráculos sagrados, representantes de la autoridad de Dios mismo,

y no menos infalibles que el Espíritu Santo que les envia y dirige ; tener el único hilo que nos puede conducir en el dédalo de las opiniones humanas ; haber extinguido el espíritu particular hijo de la herejía y del orgullo , padre de la anarquía y de la confusion , con el cual ningun orden y ningun reposo puede existir sobre la tierra , y ninguna verdad quedará fija é intacta entre los hombres. Este es el ministerio de la Iglesia , columna y firmamento de la verdad.— *Catecismo de la regla católica.*—
Luis Gutierrez.

LA AURORA DE LA GRACIA.

Luchó toda la noche el esforzado
Jacob con el espíritu valiente,
Mas la lucha cesó cuando el rosado
Rostro el alba mostró por el oriente.
Miserias en la noche del pecado
Luchaban con el hombre inobediente
Hasta que el mundo vió tu aurora bella,
Que está el oriente de la gracia en ella.
Los dos primeros padres eran soles,

Pero eclipsados por la culpa oscura
Perdieron los divinos arreboles
De aquella luz de la inocencia pura ;
Mas porque sus defectos acrisoles,
Y restaures su luz con tu hermosura,
Naciste , Aurora bella , arrebolada
Con la luz de inocencia no eclipsada.

Si el alba matutina reverbera
Con sus mejillas de arreboles rojos ,
Es porque el sol de la voluble esfera
Le rinde sus reflejos por despojos ;
Y así porque tu Aurora verdadera ,
Siempre agradase á los divinos ojos ,
Te vistió de los rayos de su lumbre
El sol que habita en la paterna cumbre.

Son de la Iglesia montes superiores
Los justos en la gracia quilatados ,
Y mares los contritos pecadores
De lágrimas que al fin lavan pecados :
Y como de tu Aurora resplandores
Lucen en todos géneros de estados ,
Con áureas luces tu beldad quilata
Oro en los montes y en los mares plata.

Es antepuesto el tiempo deleitoso

Del alba á todos á quien tanto excede,
Que al pecho mas inquieto y cuidadoso
Entre sueño vital quietud concede;
Y el de la tuya fué tan poderoso
Para con Dios, que (si decirse puede)
Por ser tan dulce y regalada hora
Dió á su justo rigor sueño tu Aurora.

Es el nacer el alba en el oriente
Una excelencia que, si bien se mira,
Se proporciona peregrinamente
Con tu beldad que al universo admira;
Pues no nació tu Aurora refulgente,
En quien el Sol eterno se remira,
Al occidente de la culpa oscura,
Sino al oriente de la gracia pura.

De este visible sol, bello gigante,
Es la aurora bellissimo regazo,
Cuyo lecho rosado y rutilante
Es de su luz indisoluble lazo.
Y así pudo decir quien vió al Infante
Sol en Belen gozar tu dulce abrazo,
Que en los brazos del alba de Maria
Estaba el Sol recién nacido un dia.

El deseado alivio del doliente

Es la presencia de la bella aurora,
Y es oro peregrino y refulgente
Que los defectos de la noche dora;
Y así como á tu Aurora vió presente
Naturaleza enferma se mejora,
Pues trajo el dia tu inmortal tesoro,
Que lo mismo es aurora que hora de oro.

El rocío materno deseando

Las plantas y las flores semiabiertas,
Están la aurora cándida esperando
Porque les abra sus rosadas puertas;
Y las plantas de Adan, casi espirando,
Esperaban marchitas y desiertas
Que les diese tu Aurora soberana
El rocío de Dios en carne humana.

Quiso con la mortal naturaleza

Dios desposarse, de su amor herido,
Y á tu Aurora bajó, cuya belleza
Quiso elegir por tálamo florido:
Fué el sér humano en tu inmortal pureza
Inseparablemente á Dios unido;
Que el Esposo es un sol, y así ha quedado
En tálamo de aurora desposado.

La ley mosaica fué dura y pesada,

Y así en las piedras Dios la dejó escrita ;
Mas la de gracia , en tierno amor fundada ,
En tiernos corazones deposita :
Aquella en truenos y en horror fué dada ,
Esta en tu Aurora , que pavores quita ;
En dar la escrita se mostró guerrero ;
Y en la de gracia amante verdadero .

Pártese el cielo en dos jurisdicciones
Que es la de la justicia y la clemencia ,
Y aunque ambas son de Dios , pues divisiones
No hay en el reino de su eterna esencia ;
Como es tu Aurora mar de intercesiones ,
Dios adjudica al sol de su potencia
Su natural justicia , y á tu Aurora
La infinita clemencia que atesora .

Dicen que del océano se encumbra
El alba , mas la luz de tu belleza
Nació del mar de gracia que deslumbra
Los ojos de la angélica pureza ;
Y como al Sol que por esencia alumbraba
Amor puso en mortal naturaleza ,
Para convalecer de amor herido ,
En tu Aurora encontró lecho florido .

Si dispone la aurora á los vivientes

El trato, el gusto, el cómodo, el sustento;
La tuya concedió á todas las gentes
Los bienes todos con mayor aumento:
Por tí son los lascivos continentes,
Acomoda al falido el avariento,
El transgresor injusto observa leyes;
Y á todos das manjar del Rey de reyes.

Y si el alba tambien tiene lucero,
De su venida precursor hermoso;
De la tuya lo fué mas verdadero
La luz de un vaticinio misterioso:
Pues Isaías anunció primero
Que sin intervencion de humano esposo,
En puro y virginal gremio materno
Concebiria un alba al Sol eterno.

Despues que de la aurora, al mundo amable
Procede el sol, y dél queda vestida,
Queda en su resplandor mas admirable
Porque en el mismo sol es convertida;
Y así despues que el Sol inconmutable
De tu aurora salió con mortal vida,
De perfeccion luz tanta en tí se estampa,
Que quedaste de Dios hecha una estampa.

Y si es la aurora la piadosa madre

De aquellos que al jornal son conducidos,
Forzoso es que á tu piedad le cuadre
Ser materno confugio de afligidos;
Pues Dios humano, de familias padre,
Dió en su viña jornales nunca oídos
Después que con tu aurora de alegría
Amaneció del Evangelio el día.

Con la presencia de la aurora clara
Se impiden latrocinios, huyen fieras:
Alégranse de ver su hermosa cara
Ejércitos de flores lisonjeras:
Tu Aurora impide á la serpiente avara
Horribles hurtos de almas prisioneras,
Vida á las flores dá de los mortales
Y en fuga pone á fieras infernales.

El Sol de sempiternos resplandores,
Antes que por tu Aurora descendiera,
Talaba los inmundos pecadores
Con duros rayos de tonante esfera:
Mas templando tu Aurora sus rigores,
No arroja ya su condicion severa
Rayos de ardiente fuego que confunden,
Sino rayos de luz que vida infunden.

Para dar luz al hombre (extraño caso)

Bajó aquel Sol de la infinita cumbre,
Y fué tu Aurora el peregrino paso
De su inefable y poderosa lumbre :
Y así quien pretendiere un solo paso
Dar para que la luz de Dios columbre,
Por tu Aurora ha de ser que es el camino
Por donde busca al hombre el Sol divino.

De la aurora la nítida blancura
Se encumbra y mira á la celeste parte,
Y del color purpúreo la hermosura
Á la tierra se inclina y se reparte:
Es de la tuya símbolo y figura,
Pues Dios los dos imperios quiso darte
Que obedeciesen tu glorioso nombre,
Las dos naturalezas, ángel y hombre.

Es de fé que cualquier naturaleza,
Planta, bruto, ángel, hombre, pece ó ave,
Nace del sol de la inmortal grandeza,
Á donde todo lo infinito cabe:
Mas de tu Aurora sacra (cuya alteza
No hay criatura que dignamente alabe)
Nació aquel Sol, de cuyas luces puras
Nacen infinidades de criaturas.

Dicen muchos científicos autores,

Cuyos ingenios Dios ilustra y dora,
Que dió tu nacimiento resplandores
Al mismo punto que los dá la aurora ;
Y pues naciste para dar favores
En el fin de la noche, nadie ignora
Que en tu Aurora acabó la noche larga
Que al mundo vino por la culpa amarga.

 Sale con sus auríferas vislumbres
Bordando nubes y esmaltando prados
El alba pura; y en tus bellas lumbres
Viven tales efectos retratados ;
Pues bordas con tus gracias muchedumbres
De almas que eclipsan nubes de pecados,
Y esmaltas de floridas perfecciones
Atribulados, yermos corazones.

Nombres y atributos de María Santísima.—
Alonso de Bonilla.

AUTORIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA.—Pregunto.
¿Cuál es la mayor autoridad sobre la tierra ?

 Respondo. Se ha visto que antes de Jesucristo era la tradicion general, cuyo origen descendia de Dios mismo, y por otra parte el juicio comun pesa mas que el juicio particular,

aun en las cosas puramente humanas. Despues de Jesucristo la mayor autoridad para el hombre es la Iglesia Católica, heredera de la revelacion primitiva hecha á Adan, de la revelacion mosáica y de la que le hizo su divino Fundador. Hé aquí esta Iglesia, héla aquí, un niño la distinguirá: brilla en medio del universo, como el sol en medio del día, con no recibir por sus beneficios sino persecuciones, cruces y martirios. ¿Quién le disputará su autoridad? ¿Serán las religiones idolátricas? No pueden, porque no tienen tribunal. ¿Será el mahometismo? No puede, porque no es sino una especie de deismo, una rama cortada del Cristianismo y el judaismo. ¿Será el protestantismo? Tampoco puede, porque no hay en él ninguna autoridad, cada uno cree lo que quiere, y con la Biblia en la mano puede igualmente creer en Dios un protestante ó negarle, obedecer al Evangelio ó al Alcorán.

Todas las comuniones cismáticas, griegas ó protestantes se hallan en un estado de naturaleza, sin gobierno, sin ley, sin tribunal y sin policía, porque no reconocen poder espiritual.

Solo se halla en la Iglesia Católica un verdadero poder, el derecho de mandar en nombre de la verdad eterna á los entendimientos y voluntades. Sociedad una, porque este poder es uno; sociedad general, porque este poder se extiende á todos los tiempos y á todos los lugares; sociedad inmutable, porque no está sometida ni á las voluntades ni á los pensamientos de los hombres, y que en sus dogmas y en sus preceptos es la eterna ley de las inteligencias, puesto que ella es la expresion sensible de la razon infinita; y variando y alterándose todo alrededor de ella, y pasando todo, ella solo permanece inmóvil é inmortal bajo el sol.

Hé aquí esta Iglesia: quien la niega y cree en Dios, es un insensato: quien no cree en Dios, es una indefinible monstruosidad de la especie humana. Leed su historia, la historia de esa Iglesia tan acosada, es la historia del reino de la verdad. «El mundo, dice Bossuet, la ha amenazado, ha permanecido inmóvil; ha usado de rodeos, sutilezas y herejías, se ha mantenido derecha. Los herejes la han embrollado, se ha mantenido pura. Los cismas

» la han desgarrado ; pero la verdad se ha man-
» tenido entera en ella. Muchos han sido se-
» ducidos , los débiles se han turbado , los fuer-
» tes se han conmovido : un Orígenes , un Ter-
» tuliano , tantos otros que parecian el apoyo
» de la Iglesia , han caido con grande escándalo ;
» la verdad se ha conservado siempre firme en los
» dogmas y en los mismos preceptos. » *Quod ubique , quod semper , quod ab omnibus* , etc.

« Lo que se os ha confiado , decia el Lirinen-
» se ya citado , explicando las palabras de San
» Pablo á Timoteo (*Depositum custodi*) es una
» doctrina que se os ha enseñado , no es un
» bien que proceda de vosotros , es una tradi-
» cion que se os ha comunicado. Vosotros no sois
» ni el autor ni el inventor , sino solamente el
» depositario y el defensor. Vosotros no sois ni
» el maestro ni el guia , vosotros sois discípulos
» y debéis dejaros conducir. Guardad lo que ha-
» beis recibido , y no deis sino lo que habeis
» recibido : habeis recibido oro , dad oro y no
» plomo ó estaño : no enseñeis sino lo que ha-
» beis aprendido , y enseñando de una manera

» nueva, no enseñeis nada nuevo con relacion á
» la doctrina.»

«¿Pues qué, se objeta el mismo Lirinense,
» no es permitido hacer progresos en la doctri-
» na de la religion? Si es permitido, responde;
» pero solamente para ilustrarla y afirmarla, y
» no mudarla. No debe haber tiempo ni siglo,
» continúa, en que la inteligencia, la ciencia,
» el gusto de las verdades divinas no crezca;
» pero en medio de todos estos progresos la
» misma fé se enseña, el mismo sentido de las
» palabras sin alteracion alguna. Se deben huir
» las novedades, es decir, estas opiniones que
» no es posible aprobar, sin destruir en todo ó
» en parte la fé de los Santos Padres, estas opi-
» niones que pretenden que los fieles de todos
» los tiempos, que todos los Santos, los hom-
» bres mas castos y los mas irrepreensibles, las
» vírgenes, los clérigos, los diáconos, los sacer-
» dotes, los obispos, la multitud innumerable
» de confesores, de mártires que nos han pre-
» cedido, todos se han engañado, sosteniendo
» que tantas ciudades, tantos reinos y nacio-
» nes, tantos reyes y grandes hombres, en una

»palabra, que el universo entero ha vivido en
»el error.»

«La palabra del siglo tercero, *nihil innovetur*, añade el mismo Lirinense, es una palabra de todos los siglos, que tiene en su favor el convencimiento de todos los obispos, de todos los tiempos, de todos los fieles. No ha sido permitido nunca, no lo es, no lo será enseñar ó creer una doctrina diferente de la de los primeros tiempos, y al contrario, ha sido necesario siempre, lo es y lo será decir anátima á los que prediquen doctrinas contrarias á las que hemos recibido por una tradicion constante.» *Quod semper*, etc.

P. Cómo se distingue esta Iglesia de las demás Iglesias del mundo?

R. Como se distingue un reino de otro reino, y una provincia fiel de otra rebelde. Suponed las córtes divididas, unas en Madrid, unidas al Soberano, y otras en Toledo en abierta oposicion al Monarca y sus adherentes, ¿cuáles son las Córtes legítimas? El instinto de la conciencia pronunciará sin dudar que donde hay una cabeza, nada bueno, nada legítimo puede ha-

cerse sin ella, y que desde el punto que las Córtes se separan del Monarca, se hacen facciosas, porque su poder, su validez, su existencia moral y legislativa caducan desde el momento de su rebelion. Pues como cada uno vé con sus ojos la nacion á que pertenece, así distingue la Iglesia de que forma parte, y á cualquiera punto del globo que vaya un católico, le señalarán con el dedo donde está, y cuál es su Iglesia. En el Oriente puede decir á las Iglesias nestorianas y eutiquianas: « Vosotras » no sois mi Iglesia, » del mismo modo que en Europa dice á las sectas disidentes: « Vosotras » estais cortadas del árbol místico á que yo pertenezco. » « Yo, les dice la Iglesia Católica, » era antes que vuestros jefes vinieran, tengo » los títulos primordiales de la verdad, porque » soy la heredera de los Apóstoles y Profetas. »

Subamos mas arriba. Que Jesucristo y sus Apóstoles sean los fundadores de la religion, es un hecho universalmente reconocido, y de que deponen todos nuestros usos religiosos. El nombre de Jesús invocado en todas partes, el de cristiano dado á los que creen en él, las

oraciones, la profesion de fé, las instrucciones, las fiestas y las ceremonias son otros tantos testimonios evidentes de que Jesucristo ha fundado nuestra religion por la predicacion de los Apóstoles. Toda la Iglesia mira el símbolo como el compendio. Todo es mas público que el que Recaredo fundó la Monarquía Católica en España.

La resurreccion y ascension de Jesucristo no las hubieran creído los Apóstoles, si sus pruebas no fueran irresistibles. Esta doctrina ha llegado á nosotros por los mismos medios de que un ignorante es en el dia testigo ocular por la enseñanza de los Pastores, por las prácticas religiosas y por la tradicion que pasa de una generacion á otra. Un ignorante vé con sus ojos perpetuarse esta cadena de Pastores: vé que cuando uno muere, otro es puesto en su lugar. Pues como un cura sucede á otro cura; un obispo sucede á otro obispo, con las mismas facultades, hasta entroncar con los Apóstoles, y por este medio está asegurado que los obispos son los sucesores de aquellos, como lo está de que Gregorio XVI es sucesor

de San Pedro. Un niño desde que entiende los términos del catecismo, sabe lo que quiere decir: *Yo creo la Santa Iglesia Católica*. Es como si dijera: Yo creo por verdadera Iglesia de Jesucristo la que me dá por señal de la verdad, la conformidad en la creencia con todas las iglesias, la antigüedad y la inmutabilidad de su fé. *Quod semper*, etc. Cree que lo que le enseña esta Iglesia es infalible, porque los obispos son los sucesores de los Apóstoles, y su mision divina como lo fué la de estos. *Sicut missit me vivens Pater*, etc. Cree que la Escritura es la palabra de Dios, porque la Iglesia lo asegura mas formalmente que España asegura que las Partidas son el libro de las leyes de Alfonso el sábio. Sabe que la Iglesia es la depositaria é intérprete de las voluntades de Jesucristo, tanto de las escritas como de las tradicionales, como los magistrados son los intérpretes de las leyes y costumbres del reino.

¡Quién no admira esta Iglesia Católicoromana, que une lo presente á lo pasado hasta llegar á Adán y recoger la palabra que le reveló Dios, que no tiene límites ni en el tiempo

ni en el espacio, que abraza los siglos y las naciones, que en medio de las tempestades ha levantado siempre su cabeza gloriosa, que ha sobrevivido y sobrevivirá á la ruina de los reinos y las dinastías, de las leyes y de las costumbres! Ninguna otra sociedad se halla constituida como ella, ella sola no ha variado, ella sola es la que era. *Quod semper*, etc.

Digamos otra vez, y digámoslo con toda la autoridad y elocuencia de Bossuet y Fenelon. «¡Qué grande es esta Iglesia romana, decia el primero, llena de la autoridad de San Pedro, de todos los Apóstoles y de todos los Concilios!» «¡Ó Iglesia romana, exclamaba el segundo con el mismo sentimiento que el primero, querida y comun patria de todos los verdaderos cristianos! Todos son ciudadanos de Roma, y todo verdadero católico es romano.» «¿Qué título, dice el católico al protestante, qué título teneis vosotros para someter nuestros juicios comunes á vuestro espíritu particular? ¡Qué insoportable insolencia pretender tener siempre razon, y razon solos contra todo el mundo!» Á este discurso ó reconvencion, dice Rousseau én sus

cartas escritas de la Montaña, no vé que tuviera nada sólido que responder. ¡Qué diferencia por otra parte de la Iglesia católica á las Comuniones separadas! Todo lo que es bueno, todo lo que es honesto, todo lo que es grande, todo lo que pueda animar á la virtud, contribuir al amor de Dios y los hombres, todos los fieles, pertenecen á ella. Entrad en nuestros templos, fijad los ojos en los altares; á un lado están representados los mártires, á otro los confesores, aquí las vírgenes, allí los pontífices, aprisionados y desterrados en soledades horrendas, aquí los obispos y sacerdotes entregados á las fieras, ó dados en espectáculo en el circo para ser presa de los leones, y enfrente de estos cuadros de compasion y horror se ven los retratos de los Cirilos, de los Basilios, de los Ambrosios, de los Agustinos, de los Crisóstomos, de los Leones, de los Gregorios. ¡Qué placer tan dulce verse unido á la religion de génios tan sublimes y hombres tan virtuosos! ¿Y á esta magnífica Iglesia se nos viene á oponer el cuadro tan asqueroso de las que se dicen comuniones cristianas por no tener valor

para llamarse eismáticas? Son reuniones que preside Ahriman, que es cabeza de los que no tienen cabeza. Ningun orden, ninguna virtud se conoce allí en el pueblo, ningun sentimiento moral; buscar allí religion, es buscar perlas en el lodo. Pasad al templo de los filósofos, que así llaman ellos sus reuniones. Voltaire abre este parlamento, recomendando á sus amigos que opriman al infame (J. C.) Diderot contesta que es preciso deshacerse de los reyes y sacerdotes, y un incógnito dice á los pueblos: Demoled los templos, y el hacha cae sobre ellos; desterrad á Dios de la tierra, y sereis dichosos.—*Catecismo de la regla católica.*—*Luis Gutierrez.*

AUTORIDAD DEL NOMBRE DE JESÚS.—La autoridad y fuerza de este nombre es tan maravillosa que le obedecen sin réplica las criaturas mas rebeldes, y huyen á solo pronunciarle las enfermedades mas inveteradas. Un parálitico de nacimiento es repentinamente sano apenas se pronuncia sobre él el nombre de Jesús (Act. III, 6). *En el nombre de Jesús Nazareno levántate y anda*, le dice San Pedro; y luego sin

dilacion se levanta, se pasea con libertad y dá saltos de contento. La obstinada calentura, la ceguedad de nacimiento, la opresion del demonio, todo cede y se sujeta á la invencible fuerza de este nombre. Las fieras, el mar, la tierra y todas las criaturas insensibles oyen el nombre de Jesús con rendida y pronta obediencia. El infierno no puede resistir á su poder. El demonio que se gloria de que su potestad excede á todas las de la tierra (Job. XLI, 24), cuyo corazon está obstinado y empedernido en el mal; se humilla, enfrenado su orgullo y decantada soberbia, al oír este majestuoso nombre. Admirados de tan maravillosa virtud los discípulos de este Salvador divino, decian: ¡Qué prodigiosa, Señor, es la eficacia de vuestro nombre! Hasta los demonios se nos rinden al pronunciarle (Luc. X, 17.) Este fué el invencible escudo con que armó el Señor á sus Apóstoles y discípulos, cuando los envió á predicar su divina ley. Para tan grande empresa, que les ponía en la necesidad de trastornar los imperios, sufrir el furor de los príncipes, y combatir con los antiguos y groseros

errores de la preocupada gentilidad, no les dió otras armas que su divino nombre. «En mi nombre, les dice, arrojareis los demonios, hablareis nuevas lenguas, evitareis las serpientes, obrareis innumerables prodigios: ningún poder podrá resistir al vuestro, todo lo venceréis: las naciones se humillarán en vuestra presencia, y sobre sus despojos levantareis trofeos de inmortal gloria.»—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

AUTORIDAD DEL PAPA.—Tiene dos aspectos; ó el bien de la Iglesia universal, de la cual es el centro, la base, la piedra visible sobre la cual Jesucristo la fundó, ó el remedio de los males de las iglesias particulares, en virtud de haber sido autorizado por Jesucristo para confirmar á sus hermanos, es decir, para suplir sus defectos y corregir sus excesos. Y aunque una y otra debe emplear para cumplir la obligación que se le impuso de apacentar tanto los corderos, esto es, los fieles como las ovejas, esto es, los pastores, pero de muy diversa manera. La primera puede llamarse absolu-

ta, porque es de todos los tiempos y lugares, puesto que en ningun tiempo, ni respecto de algun lugar de la cristiandad, por remoto que sea, puede el Supremo Pastor dejar de cuidar del bien general de la Iglesia, principalmente de su unidad de fé y de obediencia, y de cuanto tienda á conservarla y afirmarla. Su accion, así como nunca puede faltar, pues por ella hace sentir en todas partes el principio de unidad que es de una vital influencia en todo el cuerpo de la Iglesia, así tambien por no ser continua ni muy frecuente, pues solo se despliega en grandes é importantes ocasiones, es siempre posible al Papa á cualquier distancia, á menos de ser impedida por la negligencia ó malicia de los hombres. Para ponerla en uso bastan los medios de comunicacion conocidos y practicados en todos los siglos de la Iglesia, á saber, las legaciones del Papa á los pueblos y naciones, ó de estas al Papa, cuya ruptura se miró casi siempre como el signo del cisma ó de la rebelion. Á esta especie de autoridad se reducen, como es fácil de percibirlo, la convocacion de los concilios ecuménicos; la

proscripcion de los errores que atacan la fé ó la moral; la conversion de los infieles y disidentes; la ereccion, circunscripcion, union ó division de los obispados y de las metrópolis ó provincias eclesiásticas; la institucion, traslacion y destitucion de los obispos, y cualquiera otra que á estas sea semejante ó aneja.—La segunda especie de autoridad del Papa, que mira á suplir los defectos ó corregir los excesos y abusos de los otros pastores, de donde proceden las apelaciones y avocaciones de las causas á Roma, y todas las restricciones hechas á la jurisdiccion ordinaria y propia de los obispos, conocidas con el nombre de reservas, puede llamarse hipotética, puesto que ella presupone el mal de las Iglesias particulares, es decir, el exceso ó el defecto de sus pastores que sea necesario corregir ó suplir. De donde se infiere, que aunque esta autoridad, no menos que la otra, está inherente al primado, mas 1.º su accion puede faltar ó estar suspensa en los tiempos en que nada de importancia haya que suplir ó corregir á los obispos; 2.º puede hacérsele imposible al Papa por la dis-

tancia: porque recayendo sobre muchos actos de la administracion diocesana que en vez de los obispos ejerce el Papa supliendo sus defectos ó corrigiendo sus excesos, cuya ocurrencia es casi continúa, ó á lo menos muy frecuente en cada iglesia particular, resulta necesariamente que á cierta distancia el recurso al Papa mismo padece obstáculos física ó moralmente insuperables; por donde vendrá á ser preciso que el Sumo Pontífice ceda ó encomiende su ejercicio á prelados inferiores, que están mas á la mano.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

AUTORIDAD INFALIBLE DE LA IGLESIA.—Varios son los argumentos por donde puede probarse la existencia de una autoridad infalible en la Iglesia para decidir acerca de la Fé y las costumbres; expondremos los principales con toda brevedad. 1.º Jesucristo era sábio y pródigo legislador; luego debió instituir su Iglesia sábia y ordenadamente. En toda sociedad así constituida hay autoridades de tal naturaleza que puedan dirimir las contiendas, que en ellas se susciten, y velar por la conservacion de la

misma sociedad: luego en la Iglesia debe haber una autoridad que pueda velar por la Fé y las costumbres, sin las cuales ella no existe, y dirimir las disputas que acerca de estos objetos puedan suscitar la ignorancia ó la malicia.

Ahora bien: una autoridad falible no basta para decidir acerca de lo que debemos creer y obrar: luego la que en la Iglesia decida de estas cosas debe ser infalible: de lo contrario diríamos que Jesucristo no proveyó sábiamente á las necesidades de su Iglesia, lo cual es un absurdo.

Luego en la Iglesia hay una autoridad infalible que decida acerca de la Fé y las costumbres.

2.º Jesucristo mandó obedecer á la Iglesia y escuchar su voz cuando nos enseña (Matth. XVIII, 17); si en la Iglesia no hubiese una autoridad infalible que nos enseñase con toda seguridad lo que debemos creer y obrar, Jesucristo, que es la suma verdad, nos mandaria creer el error y obrar lo que no fuese lícito: esto no puede decirse sin blasfemar.

Luego en la Iglesia hay una autoridad que decide infaliblemente acerca de la Fé y las costumbres.

3.º La Fé es una, invariable, y no debe estar expuesta á error, ni á la duda siquiera: ahora bien, si la autoridad encargada de velar por la Fé, y decidir las cuestiones que acerca de ella se suscitan, fuese falible, su juicio seria variable, y la Fé de la Iglesia correría la misma suerte que entre los protestantes, cuyas profesiones de Fé son varias y comprenden hoy los artículos que desecharon ayer, habiéndose visto por esto precisados por último á establecer una autoridad que obligue á creer para sujetar algún tanto la veleidad de sus adeptos y su poca fijeza en la Fé.

Luego para que esta sea una y estable, debe haber en la Iglesia una autoridad infalible que tenga el derecho de sujetar con su infalibilidad la inquietud del entendimiento humano.

4.º Últimamente, Jesucristo, cuyas palabras son infalibles, y cuyas promesas se cumplieron exactamente, ofreció á sus Apóstoles y á los sucesores de estos que el espíritu de verdad estaría siempre con ellos hasta la consumacion de los siglos. *Id*, dijo á los Apóstoles, *id pues é instruid á todas las naciones... enseñándolas á*

observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos. (Matth., XXVIII., 19 y 20.)

Celebrando con sus Apóstoles la última cena, les dijo: *Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros eternamente, á saber: el espíritu de verdad... y él os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. (Joan., XIV., 16, 17 y 26.)*

Luego Jesucristo ofreció á su Iglesia el espíritu de verdad para que el poder del infierno no prevaleciese contra ella. (Matth., XVI. v. 48.), y por esta razon San Pablo la llama *columna y apoyo de la verdad. (I. Timot. III. 15.)*

Conclusion: Luego en la Iglesia hay una autoridad que decide infaliblemente acerca de la Fé y de las costumbres: la naturaleza de la Fé, lo inmutable de las leyes que rigen la moral, la constitucion de la Iglesia y sobre todo las promesas de Jesucristo nos confirman esta verdad, de tanto consuelo para el cristiano, que puede abandonarse en los brazos de la Iglesia, buscando en su seno aquella luz que ilumina á

todo hombre acerca de lo que debe creer, de lo que debe esperar y de lo que debe amar, si quiere ser feliz por toda la eternidad.—*Lecciones elementales de los fundamentos de la religion.*—José Escolano y Fenoy.

AVARICIA.—Lo que hace al rico digno del ódio de Dios y de su desprecio eterno es la avaricia: La avaricia, aquel vicio horrible á quien llamó el Apóstol raiz y origen de todos los pecados. (I. Tim. VI. v. 10.) «La avaricia, que es, segun San Agustin, madre de la usura, origen de la simonía, fomento de la culpa, camino á las eternas penas, abismo insaciable que nunca dijo *basta*; la avaricia, vicio que jamás envejece como los demás, sino que se renueva y renace con los años.» Vicio que no produce en el hombre, dice San Basilio, sino una dureza brutal á los clamores del pobre, un abandono de las leyes de la humanidad y de la religion, el olvido de Dios, y la esclavitud mas miserable y vergonzosa: vicio abominable que es la peste y desolacion de la república.—*Sermones predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

B

BAILES. — Son una de las diversiones mas opuestas al espíritu de Jesucristo. Los bailes son, segun San Juan Crisóstomo, una invencion del diablo, de la cual se vale para coger almas para el infierno. San Agustin no repara en afirmar que los cristianos que van al baile no volverán cristianos sino gentiles. San Efrén dice que en los bailes hay las tinieblas de los hombres, la perdicion de las mujeres, la tristeza de los ángeles y la alegría de los demonios. Y efectivamente ¿cuántos pecados no se cometen en los bailes? ¿Cuántas almas no hace suyas el demonio? ¿Cómo podrá en ellos conservarse intacta la cándida azucena de la virginidad? Si el Espíritu Santo nos amonesta que apartemos los ojos de la mujer adornada, pues la hermosura de la mujer fué causa de la perdicion de muchos, que no pongamos los ojos en

la doncella porque no tropecemos en su belleza, si el mismo divino Espíritu nos dice que las mujeres hacen apostatar á los sábios, cómo podrán librarse de cometer un sin número de pecados casi todos los que asisten á esos bailes, en los cuales el adorno es una parte integrante, el cual tanto mas llamará la atención de la concurrencia cuanto sea mas provocativo, á esos bailes en donde no solo no se apartan los ojos de la hermosura, segun el consejo del Espíritu Santo, sino que se contempla detenidamente. ¿Y tales cristianos podremos decir que miran con mucho interés el negocio de su salvacion?—*Escritos religiosos.*
—*P. Pedro Salgado.*

BAUTISMO.—Es un sacramento divino, en que Jesucristo por medio de señales visibles y exteriores infunde en el alma del que le recibe una santidad interior é invisible.—*Evangelio en triunfo.*—*Pablo de Olavide.*

BAUTISMO.—¡Contemplemos el bautismo, por el cual venimos á ser hijos de Dios, y en el cual Jesucristo rompe nuestras cadenas, nos libera del imperio de las tinieblas, y por el infini-

to valor de sus méritos nos trasporta á la luz que es la alegría de los santos! El bautismo en que aquel á quien los serafines contemplan con temblor quiere ser nuestro padre: nos exige que le llamemos así, nos ofrece toda la ternura de tal, y muda en obligacion nuestro reconocimiento filial; el bautismo en que el regenerador no hace con nosotros sino un solo cuerpo, del cual es cabeza, y nosotros los miembros, con quienes él se reunirá un dia en su reino; el bautismo en que los inefables atributos del Criador se identifican, por decirlo así, con los atributos de las criaturas por las secretas efusiones de su misericordia, y por las inspiraciones persuasivas de su gracia, á la manera que el oro en el crisol cuando la llama lo penetra y lo funde, no es ya sino un rio de fuego. ¡Gloria al cristianismo, que de un niño recién nacido hace un sér sagrado! Sí: el bautismo salva mas niños que la guerra destruye hombres. Inútilmente la ignorancia filosófica querria que en el bautismo no viésemos sino una vana supersticion; esta institucion, mirada únicamente bajo de las relaciones políticas, seria todavía una

maravillosa prevision. Los gobiernos de la tierra tienen una marca para distinguir sus infantes; ¿por qué el gobierno del cielo no la ha de tener para distinguir los suyos?—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.*—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

BAUTISMO.—El sacramento del bautismo es la puerta de la religion cristiana y de la vida eterna, y el primero de los sacramentos de la ley de gracia que Jesucristo instituyó; por manera que sin el bautismo no hay salvacion. *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei* (Joan III. 5.); y el sagrado concilio definió: *Si quis dixerit Baptismum liberum esse, hoc est, non necessarium ad salutem, anathema sit.* (Conc. Trid. ses. VII, can. 5.) Por lo tanto se debe recibir sin tardanza, y con mucho cuidado y grande devocion.

En este sacramento hay cosas que son de derecho divino y de *necessitate sacramenti*, como son la materia, forma y ministro; y otras hay que son de *necessitate præcepti*, que miran á la solemnidad, como son los ritos y ceremo-

nias, que nunca se deben omitir, á no ser en algun caso de necesidad.

La materia del bautismo es el agua natural en caso de necesidad; y siempre que se administre con solemnidad ha de ser con agua bendita en el sábado de Pascua de Resurreccion ó de Pentecostés, cuya agua se tendrá bien custodiada, á fin de que se conserve pura y limpia en la pila bautismal; pero si antes de llegar á uno de estos dos sábados se corrompiere el agua, ó se acabare, se limpiará bien la pila, se pondrá agua limpia, y se bendecirá de nuevo segun el Ritual.

Si el agua en invierno se pone muy fria, se podrá calentar agua natural sin que sea bendita; con el vaso ó conchita de bautizar se tomará de la pila agua bendita, y sobre esta se echará un poco de agua caliente, para templar la bendita con que se ha de bautizar, á fin de no dañar al niño con el agua fria. El agua significa y causa la gracia bautismal. El agua naturalmente lava, refresca y fertiliza, y el sacramento del bautismo causa la gracia, que nos lava de toda mancha de pecado original y

personal, refresca el calor de las pasiones, y hace fértil al alma de buenas obras, si se coopera á los auxilios y gracias que dá, á las virtudes que infunde, y á los dones del Espíritu Santo con que enriquece el alma.

La forma del bautismo son estas palabras: *Ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Todas estas palabras se han de decir, sin añadir, quitar ni variar; y se han de pronunciar al mismo tiempo que se echa el agua. El sacerdote las ha de decir en latin, pero otra persona las podrá decir en idioma vulgar.

Cuando en caso de necesidad fuere bautizada una criatura, y despues se duda si fué válido dicho bautismo, se bautizará bajo condicion de esta manera: *Si non es baptizatus, ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*.

El ministro del bautismo solemne es el párroco en su parroquia, ú otro sacerdote con licencia del mismo párroco ó del prelado; pero en el bautismo no solemne, y en caso de necesidad, puede bautizar cualquier hombre ó

mujer que lo sepa hacer. De lo que se infiere que todos deben saber el modo de bautizar por lo que pueda ocurrir, y el sacerdote lo dirá y enseñará públicamente cómo han de bautizar en caso de necesidad ; y consiste en echar agua natural en la cabeza ó en la parte mas principal de la criatura ; y entre tanto decir estas palabras : *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Y tener intencion de hacer lo que hace la Iglesia. Todos lo deben saber, pero singularmente los que por oficio asisten á los partos. Además enseñará el cura párroco que los padres y madres tengan intencion de que sus hijos reciban el santo bautismo, pues que los deseos de los padres valen mucho delante de Dios. Y les exhortará á que tan pronto como sea posible manden á bautizar á sus hijos recién nacidos.

El lugar en que se ha de administrar el bautismo solemne ha de ser la Iglesia, en donde está la pila bautismal: el bautismo privado ó de necesidad se puede administrar en cualquier parte y en cualquier hora.

El sacerdote antes de bautizar se enterará de

los que quieren ser padrinos ; han de ser uno ó dos á lo mas , y en tal caso han de ser hombre y mujer ; deben ser católicos y de buena conducta , pues que mal podrian enseñar á sus ahijados las verdades de nuestra santa religion si no fueran católicos ; ni podrian inculcar las buenas costumbres , si ellos las tuviesen malas. San Carlos Borromeo queria y exigia que para ser padrinos tuviesen catorce años , que fuesen confirmados , y que supiesen la doctrina. Y á dichos padrinos les dirá como por el bautismo se contrae parentesco espiritual en primer grado con el bautizado ó ahijado , y en segundo grado con los padres del mismo bautizado , de modo que sin dispensa no se puede celebrar matrimonio con ninguno de ellos. Les recordará que delante de Dios y de la sociedad han salido fiadores y responsables de sus creencias y de sus costumbres ; les han de instruir en la doctrina cristiana , y les han de exhortar á que observen la ley de Dios , frecuenten los sacramentos , guarden castidad , y se ejerciten en la justicia y caridad.

Los padrinos para cumplir con ese sagrado

encargo recordarán á sus ahijados las ceremonias del bautismo, les harán comprender como antes del bautismo no podian entrar en la Iglesia porque eran esclavos del diablo, eran como leprosos, y por lo mismo estaban obligados á permanecer fuera. Se les puso nombre de algun Santo, á fin de que le tuviesen por patrono é imitasen sus virtudes; y así no saben lo que hacen aquellos que al bautizando quieren poner nombres profanos, que de ningun modo se pueden admitir. El poner nombre tambien significa la sujecion al dominio que en Dios reconocen, á la manera que Adan puso nombre á todos los animales para que reconocieran el dominio que tenia sobre ellos.

La sal significa que la gracia del bautismo preserva de la corrupcion del pecado, y sazona todas las virtudes, y dá la verdadera sabiduria que consiste en temer á Dios, en apartarse de lo malo y practicar el bien. Cuando al entrar en la Iglesia rezan el Credo, significa la fé que profesarán en adelante; porque de nada les serviria el bautismo sin la fé práctica. Como dijo Jesucristo: *Qui crediderit, et baptizatus fuerit,*

salvus erit; qui vèro non crediderit, condemna-
bitur. (Mare. XVI, 16.)

Tambien rezan el Padre nuestro, para que sepan que por medio de la oracion alcanzarán todo lo que han menester, tanto para el cuerpo como para el alma.

Jesucristo con saliva de su santísima boca tocó los oidos y lengua del sordo y mudo, y dijo: *Ephpheta*, y al momento oyó y habló. El sacerdote bautizante, con saliva toca los oidos y narices de los bautizandos, para que oigan la palabra, y distingan con el buen olor la doctrina buena de la mala, y se aparten de ella, y de los malos maestros que los quieran pervertir y corromper.

Los padrinos en nombre de los bautizandos renuncian tres cosas, á saber: á *Satanás*, á *todas sus obras*, y á *todas sus pompas*, y dan palabra de creer *en el Padre, en el Hijo, y en el Espiritu Santo*, y de seguir á Jesucristo y hacer frente á los enemigos, y por esto, como gladiadores, son ungidos con el santo óleo de catecúmenos en el pecho y en las espaldas.

El bautismo recibe la virtud y fuerza de la

pasion, muerte, sepultura y resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo. Y así se echa el agua en cada uno, haciendo tres cruces, ya sea como una accion ó derrame continuado, ó ya sea con tres derrames (*ter fundit*), como dice el Ritual de Paulo V, (se practicará lo que diga el Ritual de la diócesis) y significa los tres dias que Jesucristo estuvo muerto y sepultado, y al tercer dia resucitó. Al instante se unge al bautizado *in summitate capitis* con el santo crisma, para que entienda que es cristiano, y unguido con los méritos de Jesucristo, y miembro del cuerpo cuya cabeza es Cristo, y restaurado por toda la Santísima Trinidad.

Cuando Dios crió al hombre, dijo: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*; y así fué, pero por el pecado la imágen se borró, y la semejanza que es la gracia, desapareció; por el bautismo se restaura la imágen y aparece de nuevo la semejanza, por la gracia que causa dicho sacramento, que nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, y templos vivos del Espiritu Santo y herederos del cielo.

Las tres divinas Personas criaron el alma del hombre á su imágen, como se ha dicho; y por el pecado se borró, y por el bautismo las tres divinas Personas la restauran, á la manera que cuando se ha impreso una imágen en cera, si despues se borra, el mejor modo de restaurarla es volver á aplicar el sello que la imprimió; y por esto el bautismo se administra *en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo*. Tambien se ha dicho que con los santos óleos se hacen tres cruces, y significan la unción y gracia de las tres divinas Personas: la unción de la cabeza significa al Padre, y la gracia que le dá para que piense en él, y le invoque, y le diga con frecuencia y devocion: *Padre nuestro que estás en los cielos*: la cruz de las espaldas significa á Jesucristo, y le dá la gracia para llevar su cruz con alegría, y seguirle; y la cruz del pecho significa el Espiritu Santo, y el amor que le comunica para amar á Dios con todo su corazon, con toda su alma, con todo su entendimiento y con todas sus fuerzas, y al prójimo como á si mismo.

El capillo ó vestido blanco significa el traje

de resurreccion, es el vestido de ángel, como los que aparecieron en el sepulcro, y recuerda los vestidos limpios y virtuosos que deben guardar los bautizados, á fin de que un día, con vestidos blancos y palmas en las manos, se vean en la gloria del cielo. La vela que se pone en la mano de todos los bautizados significa la luz del buen ejemplo que deben dar, como decia Jesucristo. Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, y así viendo vuestras obras buenas, sea glorificado vuestro Padre que está en los cielos. La vela encendida tambien significa las virtudes teologales: la luz significa la fé; así como en lo corpóreo sin luz nada se vé, en lo sobrenatural sin fé nada se vé, pero con la fé todo, y aun mas claro que lo que se vé con los ojos, porque los sentidos nos pueden engañar, pero la fé no: lo recto de la vela y de la llama hácia arriba significa la esperanza que han de tener los bautizados de conseguir la gloria del cielo, é infaliblemente la conseguirán si no se pierde por su culpa; el calor que dá la vela cuando arde significa el calor de la caridad con que han de amar á Dios y al prójimo.

Esta vela ardiendo, ó luz, significa á Dios que es la luz increada, como dice la Escritura; tambien significa á Jesucristo, que es la luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: y además significa que aquellos recién bautizados son hijos de la luz. La luz de la vela es como poner el sello á todo lo que se ha dicho y hecho en el santo bautismo que se acaba de administrar; es como si la Santísima Trinidad diera la última mano á su grande obra, como hace un dorador sobre la escultura y pintura en una imágen: y así, por modo de comparacion decimos que el bautismo, que es lo esencial, es como la escultura de la imágen; la uncion de los santos óleos es como la pintura de la misma imágen, y, finalmente, la luz de la vela es como el brillo de dicha imágen.

En la luz tenemos una figura del misterio de la Santísima Trinidad, que es *Una en esencia y Trina en personas*. La luz se divide fácilmente en sus colores componentes trasmitiéndola á través de un vidrio prismático (lo mismo se vé en el arco iris, por pasar la luz por los globulillos del agua de la lluvia), y en el cual se

resuelve en tres colores primitivos y esenciales, que son *rojo*, *amarillo*, *azul* (siendo los demás producidos por la proximidad y mezcla de dos colores primitivos adyacentes; así el naranjado se encuentra entre el *rojo* y el *amarillo*, el verde entre el *amarillo* y el *azul*.) Cada uno de estos tres colores tiene sus propiedades y atributos distintos de los demás: así, el *rojo* es el principio calorífico; el *amarillo* el principio luminoso; mientras que en los rayos *azules* se encuentra el principio del actinismo, ó sea la acción química. Ahora bien: esta trinidad del *rojo*, *amarillo*, *azul* constituyen, por medio de su combinación, la unidad de la luz combinada ordinaria. Cuando se separan, esta unidad de la luz se divide en la trinidad de colores. Aunque una y la misma luz, ninguno de dichos colores puede existir sin la esencial que contiene los otros dos: de modo que los tres colores son una luz, y esa luz una, es trina en colores. Así tenemos la unidad en la trinidad y una trinidad en la unidad, de las cuales nos dá ejemplo la misma luz.

Las plantas vivirán y crecerán lozanas bajo

el influjo de los rayos *rojos* y *amarillos*; pero por mucho que prometa su aspecto, muere la flor, y ningun fruto puede producirse sin el poder vivificador de los rayos *azules*. Cuando falta esta invisible accion, la trinidad en la unidad es incompleta, y la vida es estéril hasta que los tres, formando uno solo lo traen todo á la perfeccion. Así pues cada miembro de la trinidad en la unidad de la luz tiene su papel esencial que desempeñar, y se halla en constante operacion por medio de un solo poder. Aun mucho mas allá del rayo violado del espectro prismático prevalece el espíritu del actinismo; pudiendo probarse que su influjo químico se extiende mas allá de los límites de nuestra vision. Así pues hay en la luz una accion invisible siempre activa, y mientras mas se investiga la materia, mas sorprendente es la analogía que existe entre el espíritu de Dios manifestado y las maravillosas propiedades de la luz, descubiertas por las investigaciones del hombre.

No solo de la luz se valdrán los padrinos para instruir á sus ahijados en el grande mis-

terio de la Santísima Trinidad y del bautismo, sino también de todas las demás cosas que se ven por medio de la luz, que, como dice la Santa Escritura, de todas las cosas criadas y dispuestas por Dios en *número, peso y medida*, son otra figura de la Santísima Trinidad. De modo que la luz criada es un representante de la luz increada; el hombre es una imagen de este mismo Dios, y las demás cosas, *per modum vestigii*, representan á este Dios uno y trino.

Los padrinos cuidarán de que los ahijados tengan notado el día de su bautismo para renovar en cada año sus renunciaciones y promesas bautismales.

El sacerdote tendrá prevenidas las cosas siguientes para administrar el santo bautismo siempre que lo pidan ó sea menester:

- 1.º Los santos óleos, el de catecúmenos y el crisma, en unos vasitos para el uso diario.
- 2.º Un vasito con sal bendecida al efecto.
- 3.º Una concha de plata, ó un vaso en forma de cuchara para echar el agua, la que no podrá servir para otra cosa.

4.º Una bandeja u otro vaso equivalente para coger el agua que se cae de la cabeza del bautizado, á no ser que hubiese un conducto por donde dicha agua se fuese al sumidero al caerse del bautizado.

5.º Un poco de algodón para limpiar los lugares despues que se han ungido.

6.º Una tohalla para enjugar la cabeza del bautizado.

7.º Dos estolas, una morada y otra blanca.

8.º Un capillo para poner al bautizado.

9.º Una vela de cera blanca que ha de arder durante el bautismo.

10. Un cuaderno en que apuntará, mientras desnudarán la cabeza del bautizando, los nombres de la criatura, de sus padres y abuelos, y los nombres de los padrinos, y despues en el mismo dia con reposo y sosiego, pondrá en el libro de bautismos la partida en limpio.

Finalmente, llegada la hora de administrar el sacramento, se lavará las manos, se pondrá la sobrepelliz y estola morada, con el Ritual en la mano, se hincará de rodillas delante del sagrario donde está el Santísimo Sacramento,

orará brevemente pero con fervor, teniendo la intencion de hacer lo que hace la Iglesia, se levantará é irá á bautizar.

Se irá á los piés de la iglesia con mucha gravedad y devocion, acompañado á lo menos de un clérigo ó monacillo vestido con sotana y sobrepelliz, y los dos se pondrán entre el cancel y la puerta de la calle.

Los padrinos tomarán en brazos la criatura, y puestos frente al sacerdote, les preguntará (á no ser que ya lo sepa) si es de aquella parroquia, si ha sido bautizado en caso de necesidad, si es varon ó hembra, y qué nombres le quieren poner. Hay diócesis en que el padrino pone un nombre, la madrina pone otro, y el sacerdote bautizante pone otro, y así son los tres nombres que se permite poner.

Es muy de desear que alguno de los tres sea el nombre del santo patron de la parroquia. Tambien se ha de procurar que, anejo al primer nombre, esté el nombre dulcísimo de María: v. gr., si quiere que se llame José, poner José María. Dispuestas así todas las cosas, se empieza el interrogatorio. *N., quid petis ab*

Ecclesia Dei? Y practicará todo lo demás como está en el Ritual.—*El colegial ó seminarista teórica y prácticamente instruido.*—Antonio María Claret.

BELLEZA DEL ALMA JUSTA. — Ninguna lengua basta para declarar la hermosura de una ánima justificada, sino solo aquel espíritu divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas las gracias naturales y todas las virtudes adquisitas, con la hermosura y riqueza de esta ánima, todas parecerán oscurísimas y vilísimas en presencia de ella. Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales; para las cuales basta el concurso general de Dios: mas para estotra es menester concurso especial y sobre-

natural: y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad; ni tampoco del todo finitas, pues son merecedoras de Dios, en cuyos ojos son tan preciosas y de tanto valor, que lo enamoran de su hermosura. Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espíritu Santo, con los cuales no solo la esencia del ánima, pero todas sus potencias quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

BENEFICENCIA SIN CARIDAD.—¡Desgraciados los que no reciben el socorro de sus necesidades sino por medio de la administracion civil, sin intervencion de la caridad cristiana! En las relaciones que se darán al público, la filantropía exagerará los cuidados que prodiga al infortunio, pero en la realidad las cosas pasarán de otra manera. El amor de nuestros hermanos, sino está fundado en principios religiosos, es tan abundante de palabras como escaso de obras. La vista del pobre, del enfermo, del anciano desvalido, es demasiado desagradable para que

podamos soportarla por mucho tiempo, cuando no nos obligan á ello motivos muy poderosos. ¿Cuánto menos se puede esperar que los cuidados penosos, humillantes, de todas horas que reclama el socorro de esos infelices, puedan ser sostenidos cual conviene por un vago sentimiento de humanidad? No: donde falta la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de parte de los asalariados para servir, si el establecimiento está sujeto á una buena administracion; pero faltará una cosa que con nada se suple, que no se paga, el amor.—*El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.*—*Jaime Balmes.*

BENEFICIOS.—Son innumerables los que de Dios hemos recibido y recibimos á cada momento. La creacion, la conservacion, la redencion, son palabras cuyo sentido no se podria explicar sino en volúmenes; porque cada una de ellas entraña como un mundo de prodigios, obrados por Dios en favor nuestro. Por falta de reflexiones sobre estas palabras, nosotros las oimos y pronunciamos friamente y hasta con

una especie de estupidez, muy semejante á la del salvaje que huella las plantas útiles sin conocer sus virtudes, ó arroja el oro y las piedras preciosas como objetos despreciables.—

Mes eucarístico.—*José Antonio Ortiz Urruela.*

BENEFICIOS.—Son prisiones del corazón.—
Ven. Fr. Luis de Granada.

BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO.—¡El cristianismo antisocial! ¡Cierto que hallásteis la palabra! Aun, aun no lo sabe el universo. Porque ¿hay virtud que no enderece, ciencia que no perfeccione, arte que no ilustre, y relacion entre hombre y hombre que no ennoblezca? Héroes del cristianismo, ¿qué fué vuestra vida sino benéfica milicia sobre la tierra, caridad sobrehumana y aventajados servicios al hombre? El anacoreta descuaja los páramos, el monge transmite la literatura, San Francisco Javier civiliza gentes muy bárbaras, San Juan de Dios ceba los hospitales, San Camilo de Lélis asiste al hombre en su postrimera hora de ánsia y angustia, San José de Calasanz y San Ignacio de Loyola instruyen á niños hasta en letras humanas, el monge de San Bernardo domicilia y

aclimata la hospitalidad entre las nieves de los Alpes, la hija y la hermana de la caridad luchan contra el cáncer, el gas pútrido y la fiebre amarilla, San Anton ataca á la lepra, el hijo de San Pedro Nolasco y el de San Juan de Mata rescatan cautivos herrados en África y Asia, el predicador cuando no alza la voz en defensa de la libertad de bárbaros, disciplina las cárceles y endulza los patíbulos, el cartujo y el trapense hospedan y labran, los misioneros civilizan, el caballero del Orden Teutónico, el de Malta, el del Temple, el de Calatrava, despejan los caminos de malhechores, al mar de corsarios, alientan el comercio y hacen la guerra á la barbárie. ¿Vióse filósofos ni académicos fundar hospitales, cuidar de dolientes, enemigos suyos quizás, recoger expósitos, hospedar peregrinos, domesticar bárbaros, ir á Argel á redimir cautivos y enjugar por instituto las lágrimas de viudas, huérfanos y miserables con obras de fervorosa caridad y sacrificio de sus bienes, gustos, salud y vida? ¿Vino del peripato ó de la academia la benéfica enseñanza de las obras de misericordia? ¿Predicóse en el

areópago el sermón de las bienaventuranzas? ¿Enseñó á los hombres la caridad el Júpiter hospitalero de los paganos, ó el Allah de los islamitas? El buen Pastor ¿no es todo cristiano? ¿Qué hay semejante en el mundo al hospital *Urbis et Orbis* de Zaragoza? ¡Ó caridad, caridad, virtud divina, mas esforzada que el hombre, como la fé constante, como la esperanza consoladora, benéfica como la verdad, ingeniosa como el amor! ¡Qué de escuelas, colegios, hospicios, refugios, hospitales, casas de misericordia, pósitos, montes-pios, hermandades y cofradías en el cristianismo! ¡Cuántos ejemplos de muy paciente caridad, que asombran á Juliano apóstata! Ni siquiera hay una orden religiosa, que no esté provechosamente enderezada hácia el bien de la sociedad, ni una virtud cristiana que descuide del hombre, ni fé sin obras. Alabemos los trabajos de Pallas, de Levaillant, de Merk, de Camper, de Shaw, de otros naturalistas, que hacen viages penosos y visitan las soledades para describir fósiles, animales y plantas: hé aquí sábios. Gentil y Chape, el uno en California y el otro

en las Indias, observan el paso del planeta Vénus sobre el disco del sol: hé aquí astrónomos, que en 1769 calculan cuánto dista el sol de la tierra y cuánto es mas grande. Empero volvamos los ojos á esos jesuitas españoles en el Paraguay, pobres, oscuros, sin deseos de nombre, sin esperanza de un sueño dulce, sin historiador, ni testigos ni admiradores, inciertos de ruta y mapa, lejos de su patria, parientes y amigos, por habla ademanes, el breviario en una mano, en la otra la cruz, casi ciertos de una muerte sañosa, que por entre cocodrilos y víboras de cascabel atraviesan lagunas el agua á medio cuerpo, trepan por breñas y traspasan bosques aquejados del hambre, del sol y las nieguas. ¿Y adónde van? ¿Buscan filones de oro y plata? ¡Oh! no: la caridad necesita peligros que correr, desgraciados que aliviar, y oscuridad por recompensa. No, que van tras hordas de hombres autónomos, ó ellos mismos ley, estúpidos, feroces, armados de carcax y flechas, que á semejanza de pájaros viven en ramas de árboles. ¡Oh qué fatigas! ¿Y acaso, acaso para esclavizarlos y venderlos en países remotos?

Digámoslo ya; para disciplinarlos y atraerlos á las dulzuras de la vida civil y á los sabores de la virtud: hé aqui héroes. ¡Ó caridad, palanca de los ánimos, una siempre y grande bajo un sin número de voces y formas! Dijo madama de Staél: «La felicidad de los otros no es el objeto de la moral de los antiguos: es el del cristianismo. Los consejos de los filósofos no tienden á servir á nuestros semejantes, sino á hacernos independientes de ellos;» y dijo una verdad. El mundo, que no conoce ni imita los ejemplos de las órdenes regulares, que ansía exterminarlas, dirá beodo de orgullo: ¿Y qué les enseñan á esos bárbaros? «¿Qué? Nada, segun el mundo, casi nada: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.» (Chateaubriand). Que antes vayan allá los académicos con sus bellos instrumentos y sus máquinas ingeniosísimas: ya veremos qué les enseñan, cómo los civilizan y cuándo los restituyen al sér de hombres.

Nuestros héroes, añadió D. Cayo, están en todas partes, y nunca fuera del orden social. San Luis y San Fernando hacen el bien sobre

los tronos; San Martín y San Jorge van á la guerra; y mil otros sirven á su Dios, á su rey y país en la magistratura, en las academias, en las artes y oficios públicos. Si no los obispos ¿quién instituyó la gran monarquía de Francia «como las abejas hacen el panal,» al decir de Gibbon, uno de los insidiosos antagonistas del cristianismo? Y la de España no menos grande y maravillosa, ¿quién sino los obispos? Ella es una suntuosa pirámide, que por su forma reposa en una base solidísima, y por grados intermedios se eleva hasta la cúspide. Cuanto han trabajado los obispos ya desde los primeros Concilios de Toledo para el vigor de la autoridad monárquica, el buen uso del poder, la equidad de las leyes y el espanto de las revoluciones, déjolo á la cuenta de la historia. Esta lo diga, y voy á los esclavos. ¿Qué no está escrito acerca de ellos? El cristianismo los eleva á la dignidad de hijos de Dios, y apenas se asienta con el gran Constantino en el trono de los Césares vuelve hácia ellos sus ojos de amor y benevolencia. ¿Y no más? Todavía más: Alejandro III declara en un Concilio en ley ecumé-

nica el derecho de los cristianos á ser hombres libres. Citadme, sí, citadme otro legislador, otro filósofo, otro sábio que antes hiciera tanto en favor de los siervos. ¡Bien era menester una manumision sobrenatural, pues donde no hay cristianos hay aun siervos, ó sucumbe el gobierno á las voluntades! Por manera que sin el cristianismo ni hay soberanía, ni libertad, ni perfeccion política, ni moral verdadera. Un tiempo vino el sistema de vasallos, de feudos é investiduras: ¡qué campo para las ironías de Voltaire! Los eclesiásticos pierden el pleito; pero que apelen para ante la historia, que se haga un parangon entre ellos y los señores legos, hombres de mundo y de pasiones, y se verá á buena luz lo que influye el cristianismo en suavizar la condicion miserable en época de costumbres guerreras, y en que la política de los vencedores aun era mas generosa de lo que les convenia. Cuando hay abusos, calamidades, injusticias, sangre y cadáveres, aparece la falsa política y el cristianismo está muy lejos: todo lo reprueba, todo, y ¡con qué voces de amargo dolor y amenaza terribilísima! Ce-

ñiréme á menos palabras: la humanidad no gime sino bajo las demasías de la política anticristiana, de la pseudo-filosofía, de la codicia, de la ánsia del nombre, del siglo y de la pompa.— *Defensa del cristianismo.*— *Rafael José de Crespo.*

BERNARDO (SAN).—No cabe mas sublime personificación de la Iglesia combatiendo con los herejes de su tiempo, que el ilustre abad de Claraval, luchando con todos los novadores, y llevando, por decirlo así, la palabra en nombre de la fé católica. No cabe encontrar mas digno representante de las ideas, de los sentimientos que la Iglesia procuraba inspirar y difundir, ni expresion mas fiel del curso que el catolicismo hubiera hecho seguir al espíritu humano. Parémonos un momento á la vista de esa columna gigantesca, que se levanta á una inmensa altura sobre todos los monumentos de su siglo; de ese hombre extraordinario que llena el mundo con su nombre, que le levanta con su palabra, le domina con su ascendiente; que le alumbra en la oscuridad, que sirve como de misterioso eslabon para unir dos épocas

tan distantes como son la de San Gerónimo y San Agustín, y la de Bossuet y Bourdaloue. La relajación y la corrupción le rodean, y él se abroquela contra sus ataques con la observancia más rígida, con la más delicada pureza de costumbres; la ignorancia ha cundido en todas las clases, él estudia día y noche para ilustrar su entendimiento; un saber falso y postizo se empeña en ocupar el puesto de la verdadera sabiduría, él le conoce, le desdeña, le desprecia y con su vista de águila descubre á la primera ojeada que el astro de la verdad marcha á una distancia inmensa de ese mentido resplandor, de ese farrago informe de sutilezas é ineptias, que los hombres de su tiempo llamaban filosofía. Si en alguna parte podía á la sazón encontrarse una ciencia útil, era en la Biblia, en los escritos de los Santos Padres; y San Bernardo se abandona sin reserva á su estudio. Lejos de consultar á los frívolos habladores que cavilaban y declamaban en las escuelas, él pide sus inspiraciones al silencio del claustro y á la augusta majestad de los templos; y si quiere salirse de allí, contempla en

el gran libro de la naturaleza estudiando las verdades eternas en la soledad del desierto; ó como él mismo nos dice: en medio de los bosques de hayas. Así este grande hombre elevándose sobre las preocupaciones de su tiempo, logró evitar el daño producido en los demás por el método á la sazón dominante; cual era, apagar la imaginacion y el sentimiento, falsear el juicio, aguzar excesivamente el ingenio, y confundir y embrollar las doctrinas. Leed las obras del santo abad de Claraval, y notareis desde luego que todas las facultades marchan, por decirlo así, hermanadas y de frente. ¿Buscáis imaginacion? allí encontrareis hermosísimos cuadros, retratos fieles, magníficas pinturas: ¿buscáis efectos? oiréisle insinuándose sagazmente en el corazón, hechizarle, sojuzgarle, dirigirle; ora amedrentá con saludable terror al pecador obstinado, trazando con enérgica pincelada lo formidable de la justicia de Dios y de su venganza perdurable; ora consuela y alienta al hombre abatido por las adversidades del mundo, por los ataques de sus pasiones, por los recuerdos de sus extravíos,

por un temor inmoderado de la justicia divina; ¿quereis ternura? escuchadle en sus coloquios con Jesús, con María; escuchadle hablando de la Santísima Virgen con dulzura tan embelesante, que parece agotar todo cuanto sugerir pueden de mas hermoso y delicado, la esperanza y el amor; ¿quereis fuego, quereis vehemencia, quereis aquel impetu irresistible que allana cuanto se le opone, que exalta el ánimo, que le saca fuera de sí, que le inflama con entusiasmo ardiente, que le arrebatara por los mas difíciles senderos, y le lleva á las empresas mas heróicas? Vedle enardeciendo con su palabra de fuego á los pueblos, á los señores y á los reyes, sacarlos de sus habitaciones, armarlos, reunirlos en numerosos ejércitos, y arrojarlos sobre el Asia para vengar el Santo Sepulcro. Este hombre extraordinario se halla en todos lugares, se le oye por todas partes: exento de ambicion, tiene sin embargo la principal influencia en los grandes negocios de Europa; amante de la soledad y del retiro, se vé forzado á cada instante á salir de la oscuridad del claustro para asistir á los consejos de los

principes y de los papas; nunca adula, nunca lisongea; jamás hace traición á la verdad, jamás disimula el sacro ardor que hierve en su corazón; y no obstante es escuchado por doquiera con profundo respeto, y hace resonar su voz severa en la choza del pobre como en el palacio del monarca; amonesta con terrible austeridad al monje más oscuro como al soberano pontífice. A pesar de tanto calor, de tanto movimiento, nada pierde su espíritu en claridad ni precisión; si explica un punto de doctrina, se distingue por su desembarazo y lucidez; si demuestra, lo hace con vigoroso rigor; si arguye, es con una lógica que estrecha, que acosa á su adversario, sin dejarle salida; y si se defiende, lo ejecuta con suma agilidad y destreza. Sus respuestas son limpias y exactas, sus réplicas vivas y penetrantes; y sin que se haya formado con las sutilezas de la escuela, deslinda primorosamente la verdad del error, la razón sólida de la engañosa falacia. Hé aquí un hombre entera y exclusivamente formado por la influencia católica; hé aquí un hombre que ni se apartó jamás del gremio de la Igle-

sia, ni pensó en sacudir de su entendimiento el yugo de la autoridad; y que sin embargo se levanta como pirámide colosal sobre todos los hombres de su tiempo. — *El protestantismo comparado con el catolicismo.* — *Jaime Balmes.*

BIBLIA. — Es un libro que encerrando en breve cuadro el extenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del mas lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del universo; un libro que tegiendo la historia particular de un pueblo escogido, abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentra al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas, ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sábio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor; un libro donde un profeta señoreado por el espíritu divino, truena contra la corrupcion y ex-

travío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios de Sinaí, llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastacion y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobó, en que al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilár ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó mas bien, un conjunto de libros, donde reinan todos los estilos y campean los mas variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la majestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narracion histórica y la rapidez y viveza del drama; un conjunto de libros escritos en diferentes épocas y paises, en varias lenguas, en circunstancias las mas singulares y extraordinarias.—*El Protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

BIEN AGENO. — Motivo de alegría para los hombres justos.—*El Incógnito.*

BIENAVENTURANZA.—Hay dos maneras de bienaventuranza, una perfecta, que está reservada para la otra vida; y otra comenzada, de que gozan no todos, sino los especiales amigos de Dios: los cuales en premio de haber despreciado por él todos los gustos y deleites del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Espíritu Santo, y con aquel «espiritual gozo» que San Pablo cuenta entre los frutos de este Divino Espíritu.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

BIENAVENTURANZA.—Dice San Agustín: «Segun yo pienso, no se puede llamar bienaventurado el que no alcanzó lo que ama, de cualquier condicion que sea lo amado. Ni tampoco es bienaventurado el que no ama lo que posee, aunque sea muy bueno lo poseido: porque el que desea lo que no puede alcanzar, padece tormento; y el que alcanza lo que no merecia ser deseado, padece engaño; y el que no desea lo que merece ser deseado, está enfermo.» De donde se infiere, que en sola la posesion y amor del Sumo Bien está nuestra bienaventuranza; y fuera de eso no puede es-

tar. De suerte, que estas tres cosas juntas, posesion, amor y sumo bien, hacen al hombre bienaventurado: fuera de las cuales nadie lo puede ser, por mucho que posea.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

BIENES DE ALTIVOS.—Perdicion de sus dueños.
El Incógnito.

BIENES DE FORTUNA.—Son carga pesada, y ocasion de muchos peligros.—*Evangelio en triunfo.—Pablo de Olavide.*

BIENES QUE NACEN DE LA APARENTE OSCURIDAD DEL TRATO SOBRENATURAL CON DIOS.—El haber dejado Dios este caso asi dificultoso de parte de los jueces, como de parte de la misma persona que padece las tales revelaciones, y conocimiento extraordinario sobrenatural, es por grande bien de la propia alma que lo padece, recibe y tiene: porque si con facilidad se conociera, la alabanza y gloria exterior, era cierto habia de disminuir el premio interior; y como Dios es tan amigo de nuestro aprovechamiento y que no se nos deshagan entre las manos los bienes que recibimos; sino que antes por todas partes se aumenten, gusta que con aquella du-

da é incertidumbre que tienen los hombres del tal Espíritu, la mortifiquen y penen. Obra maravillosa, que sin culpa de nadie salga aquella alma aprovechada y mortificada. Lo segundo digo, que estas dudas en los que juzgan el tal Espíritu, causan otro grande bien que le hacen: esconden los secretos del Rey; porque viendo que no los conocen y dan lejos del hito, no sacan á vender sus agujas á quien tan mal zurce y cose, sino procura como otro David esconder en lo secreto del corazon los coloquios, conversaciones y tratos de Dios. ¿Qué de veces un alma despues de haber andado buscando quien la enseñe y quien la desengañe, quedándose mas incierta y dudosa, despues de todos los consejos de los hombres, se vuelve á Dios su verdadero Maestro y le dice: Bien haya, Señor, quien me entiende? Vos, Señor, sois mi verdadero Maestro, el què de veras desengañais y certificais de la verdad de vuestro Espíritu: con vos solo quiero tratar; pues puedo decir que me sirve de castigo irme á mendigar consejos á los hijos de los hombres, que todos son mentirosos en sus pesos; que por ser

hijos de hombres y de carne, no saben pesar cosas tan delicadas como vos adentro y en secreto y escondido comunicais á quien quereis, y os dá gusto. Lo tercero digo, que deja Dios esta dificultad y duda en esta alma para que con ella pruebe la cortedad de los hombres, lo que á un alma cuando trata con Dios le es mas claro que el sol; lo que es verdad apurada y conclusion discernida, se lo deja despues hecho cuestion ambigua para que la proponga á los hombres, y eche de ver qué lejos caminan los que mas saben de los que menos aprenden en la casa de Dios. Sanson con su problema, que propuso cuando preguntó la declaracion de aquel enigma: *De comedenti exhibit cibus*, hizo burla de todos los sábios de los filisteos: de suerte que ellos quedasen desengañados de su poco saber, y él conociese á lo poco que se extendian; y así hace Dios con una cuestion de estas, que deja á las almas, que resalta; persuade á los sábios de la tierra cuán ignorantes son; pues cuestiones que propone el que menos sabe en su casa, no las saben resolver. De aquí tambien le nace á esta tal alma un hacer

burla, y despreciar todo lo de acá abajo en comparacion de lo que Dios enseña. No quiero decir que burla de los consejos, que siempre los siervos de Dios los estiman y tienen sobre sus cabezas, los reciben y obran; sino que después de este rendimiento que han tenido al consejo errado, conociendo en Dios la verdad y certidumbre de sus dudas, conociendo la corteza del ingenio humano, lo desprecian todo lo de acá, y proponen solo en Dios buscar su consuelo; pues de las casas de los hombres salen con mas dudas y penas. Lo cuarto: con estas dudas y dificultades hace Dios mas doctos y sábios á los hombres en materia tan dificultosa. Lo quinto: asegura Dios mas el tesoro que va escondido en aquella alma mientras hay menos que lo conocen; y así queda mas guardado de ladrones. Lo sexto: si con facilidad este Espiritu se conociera, todos quisieran Espiritu extraordinario á la golosina del bien y regalo que en él se conocia; y habiendo muchos merchants, pudiera el demonio vender sus engaños y falsos conocimientos; y así como no conocen lo que es, ni la grandeza que en sí en-

cierra; vánse por su camino ordinario, que es lo ordinario; y de revelaciones cuando Dios lo diere, se ha de estimar y agradecer; pero no se ha de procurar, sino caminar por donde Dios guiare y quisiere.

La dificultad de este Espíritu en la propia persona, le es también causa de muchos bienes. Lo primero, de humildad, porque aquel temor que le nace de su duda, engendra en la tal alma un espíritu rendido, blando, amoroso, compuesto y humilde. Diránme, ó pondrán una dificultad: cuando esta alma está con Dios, en él conoce aquellas verdades, y tiene cierto seguro de que va bien y camina bien: no teniendo esa duda, de que nace el temor que engendra la humildad en esta alma, ¿será humilde, rendida y compuesta...? Respondo que cuando á esta alma se le pasó aquel rato en que recibía aquella merced de la presencia de Dios, quedó necesitada por aquella baja, que hizo del báculo que la sustentase, y tuviese en la humildad que tenía en el primer estado, causada de la presencia de Dios. Por este ejemplo se entenderá: un hombre cojo cuando va á

caballo, no há menester muletas, pero cuando baja y se apea del caballo, es necesario que se las tomen. Un alma de suyo es coja y limitada en cosas de virtud: cuando Dios la eleva y levanta á algun particular conocimiento suyo, no há menester tener muletas; digo, dudas de donde le nazca y se engendre temor que la humille; porque entonces va en piés agenos, y Dios la sustenta y tiene en particular grado de humildad causada de su presencia, y del conocimiento de sus verdades y grandezas; pero en bajando de ahí, es necesario haberse á sus muletas, sus dudas, sus temores, porque estos no le dejan caer en pensamientos de presuncion, soberbia ó vanagloria. Pongamos otro ejemplo: las virtudes en ausencia de Dios fortifican y sustentan un alma; pero en teniendo esta alma á Dios, y en estando en su presencia, que es Señor de las virtudes, no tiene necesidad de otra cosa mas que del mismo Dios que tiene; porque en él tiené todas las cosas. Diránme: luego cuando aquel alma bajó de aquel extraordinario conocimiento que tenia en presencia de Dios, no tiene á Dios en la ce-

sacion del conocimiento extraordinario; pues decimos, es necesario fortificar y sustentar esta alma con estas dudas, de donde nace el temor que engendra la humildad. Digo, que sí tiene, que tiene á Dios como antes lo tenia; pero no lo tiene segun aquella particular comunicacion de sus secretos, y como en el segundo estado no ve esta alma lo que en el primero veía, queda mas libre para conocer cosas propias suyas, de donde suele nacer la vanagloria, lo cual estaba impedido en el primer estado con la elevacion de las potencias á solo el conocimiento de Dios; de suerte que en el primer estado, cuando estaba ocupada esta alma en el tal conocimiento, no habia menester mas seguro del que tenia con la presencia de Dios; pero cuando quedó suelta y libre de estos grillos y cadenas, fué necesario echarle otros que fueron dudas y temores con que quedó atada y ligada para no se desmandar, ni volar por alguna presuncion y vanidad.—*Obras del Beato Juan Bautista de la Concepcion.*

BIENES TEMPORALES.—Rios raudos, que con ímpetu pasan, y avisan á voces de su mu-

danza á quien los considera.—*El Incógnito.*

Bienes y Regalos Mundanos.—Camino por donde los pecadores van al infierno.—*El Incógnito.*

BONDAD DEL SEÑOR AL INSTITUIR LA SAGRADA EUCARISTÍA.—Queriendo el Señor que estuviese siempre viva la memoria de su muerte y pasión, por cuyo medio se obró nuestra redención, instituyó este divino Sacramento no como afrentosa y dolorosa señal, cual lo había sido su pasión, sino poniendo en él un convite lleno de dulzura y suavidad para muestra de su infinita bondad y caridad; pues tomando para sí lo penoso, nos dió á nosotros lo dulce y suave, aplicándonos por este medio el fruto de sus penas; y para enseñarnos el gusto con que padeció los trabajos por nuestro bien. Quiso poner su señal en cosa de tanta suavidad, y en banquete de tanto regocijo, para que con mas gusto nos acordemos de su pasión y la agradezcamos.

También lo hizo para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual había dicho, *que es carga ligera y yugo suave*; y para obligar-

nos con esto á que imitemos las cosas afrentosas y amargas de su pasion, pues quanto mas quiso su Majestad que la memoria de su pasion fuese convite suave, tanto mas nos obliga á que en razon de agradecidos nos acordemos de ella, tomando algunas cosas penosas, como son el ayuno, la penitencia, la mortificacion, etc., conformándonos con Cristo crucificado y menospreciado. — *Meditaciones espirituales.*—Ven. P. Luis de la Puente.

BREVEDAD DE LOS TRABAJOS HUMANOS.—No hay trabajo tan grande que no se acabe con el tiempo: no hay contradiccion tan poderosa, que no venga á rendirse de cansada, ni desgracia tan pertinaz que el sufrimiento no la venza.—El Apóstol Santiago alaba el sufrimiento de Job, en un muladar asqueroso, roido de gusanos. Entendida teneis la paciencia de todas maneras trabajada de aquel estóico cristiano que nos cuenta la Escritura. ¿Qué pensais que fué aquel hombre con su teja en la mano para raer la lepra; sino una estatua de oro que levantó Dios á la paciencia, para que se consuelen con ella los hombres, y sepan esperar que darán

vuelta los trabajos? Parecióle á Job que habia soltado Dios los cordeles y arrojado de las manos las medidas, cuando le fatigaba, y que habian llovido sobre él tribulaciones mayores que todo orden y concierto. Hánme embestido de tropel los males como á ciudad saqueada, que la entra el enemigo á puerta abierta y á muro róto. Y si volvemos los ojos al principio de su historia, hallaremos á Dios recatando al demonio la licencia de atormentarle por minutos, y pesando las penas por adarmes. La primera vez le dice: no le toques en la persona, conténtate con la hacienda; y despues, ya que le has de fatigar en la salud, quiero que le dejes la vida en salvo. ¿Esto llamais entrar de trabajos á muro róto? Yo lo llamo pasar por aduana; pues al cabo, al cabo, no se os ha dado azote, de que Dios no haya hecho balanza con vuestra resistencia...—*El Gobernador Cristiano.*—*Fr. Juan Marquez.*

BUENOS PROPÓSITOS.—Renuevos del alma devota.—*El Incógnito.*

C

CADUCIDAD Y MUERTE. — Todo pasa... todo se acaba... todo espera un término mas ó menos inmediato. Sobre toda criatura está escrita una irrevocable sentencia de muerte. El universo es un morir continuo, un morir de cuanto nace; yerbas, flores, árboles, producciones de toda especie, plantas de toda clase, obras de la mano del hombre, el hombre mismo, el género humano está incesantemente pereciendo, y si aun subsiste naturaleza, y si aun hay habitantes sobre la faz de la tierra es porque á los difuntos hace Dios que sucedan otros que están de viaje para la eternidad. ¿Qué somos todos nosotros sino unos caminantes que vamos á la tumba, ignorando el dia de nuestra llegada? Las tribulaciones son las piedras que lastiman nuestras delicadas plantas en el sendero de la vida. Mas como el movimiento en que estamos es in-

cesante y cada minuto arrebatada al sepulcro una porcion del tiempo que se nos ha dado para respirar trabajosamente el aire de este mundo que huye, al fin llegará el último momento de nuestra peregrinacion que tambien será el último para los acerbos disgustos que nos rodean, para todos los dolores que atormentan nuestros huesos y para todas las aflicciones que angustian nuestra alma. Para quien vive en este valle de lágrimas como en cruel destierro y en duro cautiverio la muerte es el mas dulce bálsamo que apetece un corazon mortalmente herido, es la suprema esperanza, es el remedio radical: En la noche de la melancolía á veces no se divisa mas aurora que la muerte... Sí. ¡La muerte! ¡La muerte!... El pensamiento de la muerte es un ópio excelente que adormece, mitiga y calma toda clase de dolores. ¡Ah! ¿Qué le importa á quien piensa en que ha de morir, qué le importa ser rico ó pobre? ¿Qué le importa tener aduladores ó ser menospreciado? ¿Qué le importan las honras, los empleos, el mando y el poder que tan pronto han de acabarse? ¿Qué le importa el que se le agravie y

ofenda si el ofensor y el agraviado no han de tardar en desaparecer y ha de acabarse hasta la memoria de uno y otro? El descenso del hombre al sepulcro es la roca en que se estrellan todos sus perseguidores. Acabad de clavar ese puñal en mi pecho, y en adelante ya no podreis hacerme daño alguno.

Pero al salir de este mundo el alma inmortal tiembla porque va á lanzarse en otro en que hay dos extremos, uno de eterna dicha y otro de inmenso y sempiterno infortunio. Además, si la muerte es un ángel de paz que liberta de todos los males, que cura todas las llagas y serena todas las tempestades, tambien es un tirano formidable que viene á arrebatarnos todas las dulzuras de que gozamos aquí, inocente recreo, antiguas aficiones, agradables paseos, joviales conversaciones, amable trato de amigos y parientes, honores, riquezas, comodidades, lisongeras esperanzas, todo, todo de un solo golpe nos lo quita la muerte. Y viene con aspecto feroz y con ojos de ira y con el brazo levantado para despedazar á su víctima. Y viene rodeada de dolores y acompañada del espan-

to y del temblor y de la agonía. ¡Ay! Viene, viene infaliblemente, y no es posible huir, y hay que entregar el cuello á su inexorable guadaña que no perdona á los reyes ni á las hermosas. Viene, y viene á llevarnos al tribunal de la eternidad. Contra sus garras no vale arma alguna, ni al caer bajo su dominio vale consuelo humano. Tan solo el crucifijo, solo el Dios-Salvador es consuelo, esperanza, tesoro, escudo, salud y vida cuando el dardo de la muerte destroza las entrañas del que el mundo abandona. Siempre se teme y se ha temido trance tan espantoso; plaga que siempre amenaza, tremenda sentencia que sin cesar se pregonaba, inminente peligro que se corre en todos los instantes de la vida. ¡Oh cuán acerbo sería su recuerdo sin la pasión y muerte de Jesús redentor!... Por eso es tan dulce contemplarle y oírle cuando estaba mas cerca de la tumba en que venció á la muerte. En tal período de su historia todo es consuelo para el atribulado, para el pecador arrepentido, para el cristiano moribundo. ¿Quién no gime bajo el peso de alguna tribulación? ¿Quién no tiene que llorar algun

pecado? ¿Quién no está cerca de la incierta hora de su muerte? Nadie. Así es que á todos conviene oír y ver al Héroe de nuestro amor en los postreros dias de su existencia. Todo en ellos respira lugubre sentimiento, suave caridad, amor prodigioso, valor invencible, y heroísmo de inmolation magnánima. — *Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.* — *Juan Manuel de Berriozabal.*

CALAMIDADES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA. — La nacion española se preci6 siempre de ser cat6lica; sus reyes profesaban la mas exacta obediencia á la Santa Sede en lo espiritual, aunque en lo político discordasen á veces del príncipe que la ocupaba; siempre respetaron las inmunidades eclesiásticas como leyes impuestas por su madre la Iglesia: y cuando era preciso corregir algun abuso 6 subvenir á una necesidad pública, nada disponian por sí solos sin ocurrir antes á la Cabeza de la Iglesia. Se puede preguntar pues, ¿cómo y desde cuándo comenzó el gobierno español á alterar esta conducta pacífica tan racional y justa? ¿Por qué se introdujo el prurito, que ya vemos tan adelantado

en el ministerio de Urquijo, de apropiarse la supremacía en los negocios de la Iglesia, de legislar y disponer de las personas y cosas sagradas, y de innovar ó, como se decia, reformar la disciplina eclesiástica establecida sin noticia ni intervencion del jefe del estado? Y finalmente, ¿cuáles han sido los deplorables efectos de todo esto en la religion y en los desastres políticos que en estos últimos tiempos ha sufrido la nacion? Algunos han pensado que la causa de la ruina de esta debe buscarse en el desconcierto del reinado de Carlos IV y de Godoy; pero esto es andarse por las ramas. Lo que entonces sucedió debia suceder; porque el que siembra recoge, y el que planta tiene frutos á su tiempo. En el reinado de Carlos III se plantó el árbol de la ineredulidad, discordias y trastornos; en el de Carlos IV echó raíces y frutos; y estos, ciertamente amarguísimos, han tenido que comer los españoles en los reinados siguientes hasta el presente.—Los que habian logrado la confianza y favor de Carlos III, los Arandas, los Campomanes, los Moñinos, los Galvez y otros jurisconsultos que ocupaban las

plazas mas importantes de la córte, se entregaron con ánsia á la lectura de los nuevos publicistas protestantes, Grocio, Puffendorf, Barbeyrac, Heineccio, etc., que desconociendo absolutamente la autoridad de la Iglesia conforme á la profesion de sus sectas, atribuian al príncipe el *jus in sacra*, ó el poder de reglar y reformar el culto externo y la disciplina de sus iglesias. Pagáronse de sus argumentos y razones; y aunque sabian muy bien que la doctrina de tales publicistas era incompatible con los principios católicos, segun los cuales la autoridad eclesiástica es la única que debe conocer y pronunciar no solo sobre el dogma y la moral sino tambien sobre el régimen y disciplina de la Iglesia, trataron de hacerla pasar en España cubriéndola con varias sutilezas, y se avanzaron á dar al rey católico sobre las iglesias de su monarquía casi el mismo poder que ejercen los príncipes protestantes en las de sus estados, bien que disfrazado con los nombres especiosos de real proteccion, de regalías, de alta policia eclesiástica, etc. Soplabá al mismo tiempo por parte de los Pirineos el viento

abrasador de las doctrinas filosóficas; la Enciclopedia y otras obras semejantes del tiempo se leían con gusto y admiración; y al contagio del espíritu filosófico, enemigo nato de la religión y de toda autoridad espiritual, se juntaba el jansenismo introducido por muchas obras igualmente aplaudidas, cuyo oficio ha sido servir de auxiliar al filosofismo bajo de ciertas formas teológicas y canónicas, y hablar con igual desprecio, y todavía con mas acrimonia, de la autoridad del Papa y de las inmunidades eclesiásticas. Los jesuitas eran el único obstáculo para unos y para otros. Pues fuera jesuitas, y el campo les quedó libre.—De aquí emanaron tantas leyes que hicieron firmar al bueno de Carlos III, sin saber este lo que hacia, entregado ciegamente á unos ministros y consejeros que estaban muy ajenos de su fé y de su piedad, y que lo engañaban fácilmente cubriendo sus miras con el velo del celo de la autoridad real, reforma de los abusos y bien de sus vasallos: leyes que tiraban á hacer al rey dueño de innovar por sí la disciplina, de echar por tierra las inmunidades, y de trastor-

nar el régimen eclesiástico en las iglesias de España; leyes que por otra parte cuidaban bien los ministros de hacer ejecutar en todas partes con el mayor rigor y exactitud. — Admiró la España estas innovaciones nunca vistas. El cuerpo episcopal, reducido al estado degradante de ser un simple ejecutor de las leyes y órdenes ministeriales, enmudeció aterrado bajo el despotismo de unos ministros que se habían adquirido un ascendiente tan absoluto en el ánimo del rey, y que victoreaban sus invenciones como frutos de la nueva ilustracion contra las preocupaciones inveteradas de los españoles. Un solo prelado, el virtuoso y por todos títulos respetable D. Isidro Carvajal y Lancaster, obispo de Cuenca, lleno de un santo celo por la Iglesia y su libertad, se atrevió el año de 1766 á indicar al rey por un medio reservado (el de su confesor) la ofensa de los derechos de la Iglesia, y que la verdad no llegaba á sus oídos en ciertos asuntos que tocaban al bien de la religion y del estado; y reclamaba la celebracion de los Concilios en España, como un medio propio y competente de discernir la

verdad del error en las materias eclesiásticas. Este fué como un trueno que de pronto asustó á la córte. Los argonautas de aquel fatal reinado temieron, y con razon, ser sumergidos por la tempestad que ellos mismos habian levantado. Mas presto se serenaron contando con la incapacidad del rey para juzgar por sí en la materia, y con la ciega deferencia que tenia á sus ministros y consejeros. En vano fué que Carlos III protestase (escribiendo al obispo de Cuenca) «su mucha afliccion por haberle dicho este que en sus católicos dominios padecia persecucion la Iglesia; que se preciaba de hijo primogénito de tan santa y buena madre; que de ningun timbre hacia mas gloria que del de católico; y que estaba pronto á derramar la sangre de sus venas para mantenerlo.» Todas estas fueron palabras que se llevó el aire. Su majestad comisionó esta delicada é importantísima causa á los mismos que eran reos de ella; sus ministros y consejeros: ya se deja ver cuál debió ser la sentencia.

Ellos en su indignación se dijeron entre sí: ¡qué desvergüenza, qué maldad! ¡Atreverse

un obispo á ilustrar la conciencia del rey contra las empresas de sus áulicos! Es menester hacer un escarmiento aunque sea tocando á sediccion, forjando una causa de ruido. Manos á la obra. El ministro de arriba y los fiscales de abajo, y el presidente por el medio, ellos la supieron hilar perfectamente hasta sacar criminal al obispo, mortificarlo y humillarlo en sumo grado, jactándose sin embargo de una grande indulgencia para con él, y haciéndose un mérito extraordinario de no haber hecho sufrir mucho mas á la inocencia, celo y virtud.

El pobre obispo habia pedido Concilios. ¡Buena hora era para que se quisieran Concilios! arrinconar y aislar á todo el mundo, y echar la maza sobre quien chiste: estos han sido y serán siempre los cánones del despotismo ministerial. Uno de los famosos fiscales que tuvo tanta parte en la persecucion contra aquel prelado (el conde de Campomanes) se dejó decir en su virulenta respuesta sobre aquel expediente, publicada en el Memorial ajustado, etc., «que no era tiempo de Concilios hasta que se difundiesen mas las luces y el clero estuviese mas ilus-

trado.» ¡Sentencia memorable! ¡Estupenda doctrina! Antes de que llegase el tiempo de la ilustracion de que se preciaba aquel fiscal, ya por muchos siglos se habian celebrado Concilios generales y particulares para el régimen de las iglesias y arreglo de la disciplina, sin que tuviesen necesidad de las luces pocas ó muchas del siglo en que se celebraron bajo de la asistencia del Espíritu divino que les está prometido, y sin mas guias que las infalibles de las santas Escrituras, tradicion y doctrina constante de la Iglesia. Pero el fiscal no queria nada de esto, y quizá lo miraba como efecto de la preocupacion. Pudiera, pues, haber dicho tambien que no hubiese obispos tampoco hasta que fuesen iluminados, hasta que todos estuviesen moldeados por las luces de la filosofía anticristiana que desde París, Berlin y de otras partes alumbraba al directorio español de aquel tiempo. Así debia ser para afirmar entre ellos mismos el consistorio eclesiástico á usanza de los reformados y protestantes, que llevase el timon de la nave de la Iglesia, y redujese á los obispos á ser unos autómatas, que solo se

moviesen por la impulsión de sus órdenes.

Es extraño que, imitándose en todo lo malo á la Francia por el gobierno de aquel tiempo, solo se resistiese á seguir el buen ejemplo que aquella les daba, donde el clero todo celebraba sus asambleas frecuentes y periódicas. Todavía le quedaba á aquella nacion este medio de salud que se negaba á la española. La desgracia fué que el gobierno francés no hubiese sabido aprovecharse de él. Ojalá que los clamores de la asamblea del clero, tantas veces y tan enérgicamente expuestos á sus últimos reyes, hubieran sido atendidos; el pueblo francés se hubiera salvado del naufragio. Pero aquellos monarcas infelices estaban sitiados por ministros adeptos de la nueva filosofía. Todos los que se opongan á nuestras ideas (dijeron ellos, y lo mismo repitieron los de España) son turbulentos y sediciosos; los que intenten desengañar al rey son traidores; los que quieran mantener las columnas del estado que queremos derribar, facciosos y fanáticos. ¡Órdenes y decretos contra ellos!—Los de España se jactaban de que la ilustracion y las ciencias iban á amanecer en la

nacion. Universidades, colegios, iglesias, regulares, militares, cada dia es señalado con una orden para la reforma de todo esto. ¿Y qué sucedió? Jamás peores estudios, mas decadencia y desprecio de las ciencias, establecimientos mas corrompidos, mas insubordinaciones en todos los órdenes, mas relajacion en los tribunales, mayor ruina de costumbres: en fin, cuanto se ha visto desde entonces acá en la desgraciada Península. Hubo sí, luces y talentos, mejoraron ciertos ramos comerciales y económicos con los de lujo y bellas artes, de todo lo que lisongea el gusto y los sentidos. Pero se miraron con desden los principales, que son las que perfeccionan el espíritu y sostienen la sociedad, ó lo que es peor, quisieron fundirlas de nuevo en el molde de la filosofía. Túvose á menos ser religioso por parecer político. Todo vino á tierra. Malográronse tantos ingenios y tantas fatigas, y se vió verificado el oráculo divino, que el que no edifica sobre el cimiento de la religion funda torres en el aire.—Así fué como el gobierno ministerial en el reinado de Carlos III abrió las primeras brechas para la

ruina de la nacion española. Á la sombra de las voces pomposas de proteccion, de regalía y de alta policia eclesiástica se juzgó habilitado para entrometerse en el gobierno de una y otra autoridad; y con estos juegos de palabras quiso tergiversar los innumerables y expresos oráculos del Evangelio, donde exclusivamente es dada la intendencia y gobierno de las cosas espirituales y que miran á la religion, á los pastores del rebaño de Jesucristo. Adelantóse este espíritu en el reinado de Carlos IV, como se vé por los decretos del catastro Urquijo, y por otros documentos, creciendo en la misma proporeion la licencia, la relajacion y corrupcion de costumbres. Estalló la revolueion como consecuencia de tantos desconciertos, y entonces se trabajó mucho mas en corromper los espíritus y en extraviar la opinion hasta un punto que quedaba poco que hacer para establecer entre los españoles la supremacia anglicana.

Los escritos de aquel tiempo conducian á esto, y otros conspiraban á mas, que es á borrar de los mismos españoles todo sentimiento de religion, y á mofar toda autoridad de ella. ¿Qué

mucho que recogiesen frutos abundantes, si encontraban el campo tan cultivado desde mucho tiempo atrás, y tan débiles los resortes que debian ligar los corazones á esta divina autoridad? Pues en esta materia la debilidad produce la indiferencia, la indiferencia el desprecio, y el desprecio un sacudimiento absoluto de toda subordinacion. Tales debian ser las consecuencias de la insensata manía de hacer insensible y nula la autoridad de los pastores, y de usurparla los magistrados políticos. Porque es imposible que deje de cundir el espíritu funesto de tolerancia, de licencia y finalmente de desprecio hácia los objetos del órden religioso cuando se ven tratar y juzgar por manos legas como un juguete de la política. Á la irreligion de una parte de la nacion es necesariamente consiguiente la insubordinacion á la autoridad política, la falta de verdadero patriotismo, ó la indiferencia para con el gobierno legítimo, la divergencia de opiniones, la discordia y enemistad de los ciudadanos entre sí, en suma, la confusion y caos en todas las cosas, durante el cual con nada de útil se atina y todo camina.

rápídamente á su ruina. Por todos estos males indecibles ha pasado la nacion española en nuestros dias.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

CAMINO. (Nombre de Cristo.)—Llámase también camino Cristo en la Sagrada Escritura. El mismo se llama así en San Juan XIV, 6. Yo, dice, soy camino, verdad y vida. Y puede pertenecer á esto mismo lo que dice Isaías. XXXV. 8. Habrá entonces senda y camino, y será llamado camino santo, y será para vosotros camino derecho. Y no es ageno de ello lo del salmo XV. 14. Hiciste que me sean manifiestos los caminos de vida. Y mucho menos lo del salmo LXVI. 5. Para que conozcan en la tierra tu camino: y declara luego qué camino: En todas las gentes tu salud, que es el nombre de Jesús.—*Nombres de Cristo.*—*Fr. Luis de Leon.*

CAMINO PARA EL CIELO.—Esta es la consideracion que debe hacer el cristiano que se vé afligido. Qué me importa ser despreciado ó perseguido, padecer enfermedades ó trabajos, si estas amarguras me conducen seguramente al

descanso eterno, á la felicidad infinita, á una gloria inmortal? Vengan sobre mí trabajos: yo sé que este es el único y recto camino de la feliz bienaventuranza á que aspiro con todos mis deseos. El cautivo que para restituirse á su amada patria y gozar de su preciosa libertad no tiene otro camino que el de ásperas montañas, valles profundos, malezas asperísimas; con qué ardor desea emprenderle? con qué alegría le comienza? con qué dolor le pierde? con qué dulce consuelo le recobra? Sí, el mismo Jesuero nos lo ha dicho: yo padecí para tomar posesion de mi gloria (Luc. XXIV, 26.); el que haya de acompañarme en ella debe negarse á sí mismo; tomar sobre sí mi dura cruz (Matth. XVI. 24.), y seguir mis dolorosas huellas. Sus discípulos penetrados de esta verdad, dijeron: *Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei* (Act. XIV. 21.)... No podemos entrar en el reino de Dios sino por medio de muchas tribulaciones... Seguros de que este era el único y cierto camino de tan gran felicidad andaban solícitos en busca de los trabajos mas que los mundanos en busca de los placeres

de la vida. Se llenaban de dolor y de tristeza cuando en la calma de sus pasiones, y en la paz de sus enemigos, no gustaban la amargura y el dolor. Gloriábanse en las tribulaciones como en su mayor tesoro. San Andrés apóstol pendiente de la cruz, no pudiendo contener el celoso empeño del pueblo para librarle de ella; volvió sus ojos al Señor, y con tiernos afectos le rogó se dignase continuar en él hasta su perfeccion la gracia del martirio, *Ne permittas Domine de cruce solvi.*—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

CAMINOS DIVERSOS PARA UN MISMO TÉRMINO.—
Todas las criaturas nacen destinadas á un mismo fin, si bien no todas son encaminadas á él por los mismos medios. La mano creadora que imprime á su obra por excelencia el sello de su semejanza, y le comunica una inspiracion de su misma divinidad, segun el lenguaje bíblico, tan luego como sale á la luz de este mundo dotada de un alma espiritual, le señala por término de su carrera la inmortalidad. Pero aunque no es mas que uno en la esencia, el camino que se dirige á este término feliz, á saber, la vir-

tud; son muchos en las formas por la diversidad de estados en que puede constituirse la humanidad. De aquí es, que á unos les conduce la Providencia por las vías de la abnegacion y de la humildad, á otros por las de la prosperidad y de la gloria, á estos les infunde instintos de retiro y soledad, á aquellos les inspira ideas de sociabilidad y comunicacion. Sea empero cual fuere la condicion, estado ó posicion social del hombre, su objeto primordial debe ser siempre Dios: de él salió, y á él debe tornar, porque la virtud no es patrimonio exclusivo de unos pocos, pertenece á todos indistintamente, y el que la busca la hallará donde quiera, y con ella todos los elementos de dicha y bienandanza para lo presente y para el porvenir.

Estas reflexiones, inspiradas por la filosofia cristiana, las vemos evidenciadas á cada instante por la diaria experiencia: pero mas que todo comprueba nuestro aserto esa multitud de almas santas que la Iglesia ofrece á nuestra admiracion y á nuestro culto, al contemplar los idénticos pensamientos de virtud producidos en ellas por la doctrina católica, siendo tan dife-

rentes entre sí por las circunstancias especiales de su vida. ¡Tan cierto es que todas las clases y condiciones están llamadas á formar la corona del catolicismo, y á levantar en el mundo monumentos imperecederos á su esencial y característica divinidad!—*Glorias y triunfos de la Iglesia de España.*—*Juan Troncoso.*

CANANÉA.—Iba la Cananéa en pos del Redentor, lloraba, llamábale, pedíale misericordia para una hija que tenia: la necesidad era grande, sus lágrimas muchas, su fé extremada, su trabajo digno de compasion; y con todo eso dice el Evangelio, que no le respondió palabra. ¡Oh cosa nunca vista! ¡Oh caso jamás esperado de Dios! Que le ruegue una mujer, que le suplique, que le importune, que llore su causa, que cuente su pasion, y acreciente la tragedia con llantos; y ¡que el amador de los hombres no le responda! que calle la palabra! que esté cerrada la fuente! que el médico detenga las medicinas! ¿Qué es esto, espejo de los santos, resplandor de la gloria? Qué novedad es esta, ó guarda de los hombres? Vos ¿no provocais á otros á que os sigan? ¿y á esta miserable mu-

jer que os sigue, la desechais? ¿Qué esperanza me queda, ó Padre del cielo, á mí tibio, si á tanta fé cerrais la puerta? ¿Á dónde está lo de llamad y os abriré? Vos, Señor, en naciendo trajisteis de Oriente los reyes; y resucitando mandásteis á vuestros discípulos que vayan por el mundo á convertir gentes; y ahora que viene esta desdichada mujer á rogaros por su hija, llorando su desventura, ¿no respondeis? Al Centurion, que os rogó por su page, le dijisteis: Yo iré y le curaré. Á un ladron, por una palabra, dais el cielo: al paralitico, sin pedirlo, le mandais que se levante sano: á Lázaro le volveis de allá del sepulcro. Vos que curais los leprosos, resucitais los muertos, alumbrais los ciegos, salvais los ladrones, perdonais las rameras ¿no respondeis á esta desventurada? Era porque se holgaba del sufrimiento y paciencia de la Cananéa, y por acrecentarla en la fé, y porque la mas alta alabanza que damos á Dios, es tener siempre grandes esperanzas en su misericordia... Así en nuestro propósito, si se hace rogar algunas veces, no es por no concedernos la merced que le pedimos, siendo justa;

mas por el contento que recibe de que le roguemos.—*Fr. Pedro Malón de Chaide.*

CANTOR DE LAS BELLEZAS DE LA RELIGIÓN (EL).— El ateismo anegaba la Francia en un piélago de sangre y de lágrimas; y un hombre desconocido atraviesa en silencio los mares: mientras el soplo de la tempestad despedaza las velas de su navío, él escucha absorto el bramar del huracán, y contempla abismado la majestad del firmamento. Extraviado por las soledades de América, pregunta á las maravillas de la creación el nombre de su Autor, y el trueno le contesta en el confin del desierto, y la bella naturaleza le responde con cánticos de amor y de armonía. Embriagado con los grandes sentimientos que le ha inspirado el espectáculo de la naturaleza, pisa de nuevo el suelo de su patria; y encontrando por todas partes la huella sangrienta del ateismo, recordando la majestad de los antiguos templos á la sazón devorados por el fuego ó desplomados á los golpes de bárbaro martillo, vagando su mente por en medio de los sepulcros, cuya lobreguez ofreciera poco antes un asilo al cristiano persegui-

do; al ver que la religion descendia de nuevo sobre la Francia como el soplo de vida para reanimar un cadáver, oye por todas partes un concierto de célica armonía; y enagenado y estático canta con lengua de fuego las grandes bellezas de la religion, revela las íntimas y secretas relaciones que tiene con la naturaleza, y hablando un lenguaje superior y divino, muestra á los hombres asombrados la misteriosa cadena de oro que une el cielo con la tierra. Si: antes de Chateaubriand, se habian conocido tambien las bellezas de la religion, pero nadie como él habia notado sus relaciones de armonía con cuanto existe de bello, de tierno, de grande y de sublime: nadie como él habia hecho sentir el inmenso raudal de beneficios con que esa hija del cielo inunda esta tierra de infortunio; nadie como él se habia dirigido á la vez, al entendimiento, á la fantasía y sobre todo al corazon, dejando en el fondo del alma, al par de robustas convicciones, sentimientos elevados y profundos. — *Escritos póstumos.* — *Jaime Balmes.*

CARÁCTER Y TENDENCIAS DE LOS ERRORES DEL SI-

GLO XIX. — Entre los errores contemporáneos no hay ninguno que no se resuelva en una herejía; y entre las herejías contemporáneas, no hay ninguna que no se resuelva en otra, condenada de antiguo por la Iglesia. En los errores pasados, la Iglesia ha condenado los errores presentes y los errores futuros. Idénticos entre sí, cuando se les considera bajo el punto de vista de su naturaleza y de su origen, los errores ofrecen sin embargo el espectáculo de una variedad portentosa, cuando se les considera bajo el punto de vista de sus aplicaciones. Mi propósito hoy es considerarlos mas bien por el lado de sus aplicaciones, que por el de su naturaleza y origen; mas bien por lo que tienen de político y social, que por lo que tienen de puramente religioso; mas bien por lo que tienen de vario, que por lo que tienen de idéntico; mas bien por lo que tienen de mudable, que por lo que tienen de absoluto.

Dos poderosas consideraciones, de las cuales la una está tomada de mis circunstancias personales, y la otra de la índole propia del siglo en que vivimos, me han inclinado á echar por

este camino. Por lo que hace á mí, he creído que mi calidad de lego y de hombre público me imponía la obligación de recusar yo mismo mi propia competencia para resolver las temerosas cuestiones que versan sobre los puntos de nuestra fé, y sobre las materias del dogma. Por lo que hace al siglo en que estamos, no hay sino mirarle, para conocer que lo que le hace tristemente famoso entre todos los siglos, no es precisamente la arrogancia en proclamar teóricamente sus herejías y sus errores, sino mas bien la audacia satánica que pone en la aplicacion á la sociedad presente, de las herejías y de los errores en que cayeron los siglos pasados.

Hubo un tiempo en que la razon humana, complaciéndose en locas especulaciones, se mostraba satisfecha de sí cuando habia logrado oponer una negacion á una afirmacion, en las esferas intelectuales; un error á una verdad, en las ideas metafísicas; una herejía á un dogma, en las esferas religiosas. Hoy dia esa misma razon no queda satisfecha sino desciende á las esferas políticas y sociales, para

conturbarlo todo, haciendo salir, como por encanto, de cada error un conflicto, de cada herejía una revolucion, y una catástrofe gigantesca de cada una de sus soberbias negaciones.

El árbol del error parece llegado hoy á su madurez providencial: plantado por la primera generacion de audaces heresiarcas, regado despues por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está delante de nosotros y al alcance de nuestra mano, cargado de frutos. Sus frutos deben ser malditos con una maldicion especial, como lo fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo, y los hombres que le plantaron.

No quiero decir con esto que lo que ha sido condenado una vez, no deba serlo nuevamente; quiero decir tan solo que una condenacion *especial*, análoga á la *especial* transformacion por la que van pasando á nuestra vista los antiguos errores en el siglo presente, me parece de

todo punto necesaria; y que en todo caso, este punto de vista de la cuestion es el único para el que reconozco en mí cierto genero de competencia.

Descartadas así las cuestiones puramente teológicas, he puesto mi atencion en aquellas otras que, siendo teológicas en su origen y en su esencia, han venido á convertirse sin embargo, en virtud de transformaciones lentas y sucesivas, en cuestiones políticas y sociales. Aun entre estas mismas, me he visto en la necesidad de descartar, por sobra de ocupaciones y falta de tiempo, las que me han parecido de menos grave trascendencia, si bien he creido de mi deber tocar algunos puntos sobre los que no he sido consultado.

Por los mismos motivos de ocupaciones y de premura, me he visto en la imposibilidad de volver á leer los libros de los heresiarcas modernos, para señalar en ellos las proposiciones que deben ser combatidas ó condenadas. Meditando atentamente, sin embargo, sobre este particular, he llegado á convencerme de que en los tiempos pasados era esto mas necesario

que en los presentes; habiendo entre ellos, si bien se mira, esta diferencia notable: que en los pasados, de tal manera estaban en los libros los errores, que no buscándolos en los libros, no podían encontrarse en parte ninguna: mientras que en los tiempos que alcanzamos, el error está en ellos y fuera de ellos, porque está en ellos y en todas partes: está en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. Apremiado por el tiempo he preguntado á lo que está mas cerca de mí, y me ha respondido la atmósfera.

Los errores contemporáneos son infinitos: pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van á morir en dos negaciones supremas; una relativa á Dios, y otra relativa al hombre. La sociedad niega, de Dios, que tenga cuidado de sus criaturas; y del hombre, que sea concebido en pecado. Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las ha creído; que no tiene lunar, y que no nece-

sita de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por eso le vemos engreído con su poder, y enamorado de su hermosura.

Supuesta la negacion del pecado, se niegan, entre otras muchas, las cosas siguientes:— Que la vida temporal sea una vida de expiacion, y que el mundo en que se pasa esta vida, deba ser un valle de lágrimas:—que la luz de la razon sea flaca y vacilante:—que la voluntad del hombre esté enferma:—que el placer nos haya sido dado en calidad de tentacion, para que nos libremos de su atractivo:—que el dolor sea un bien, aceptado por un motivo sobrenatural, con una aceptacion voluntaria:—que el tiempo nos haya sido dado para nuestra santificacion:—que el hombre necesite ser santificado.

Supuestas estas negaciones, se afirman, entre otras muchas, las cosas siguientes:—que la vida temporal nos ha sido dada para elevarnos, por nuestros propios esfuerzos, y por medio de un progreso indefinido, á las mas altas perfecciones:—que el lugar en que esta vida se pasa, puede y debe ser radicalmente trans-

formado por el hombre:—que siendo sana la razon del hombre, no hay verdad ninguna á que no pueda alcanzar; y que no es verdad aquella á que su razon no alcanza:—que no hay otro mal sino aquel que la razon entiende que es mal, ni otro pecado que aquel que la razon nos dice que es pecado; es decir, que no hay otro mal ni otro pecado, sino el mal y el pecado filosófico:—que siendo recta de suyo, no necesita ser rectificada la voluntad del hombre:—que debemos huir el dolor y buscar el placer:—que el tiempo nos ha sido dado para gozar del tiempo;—y que el hombre es bueno y sano de suyo.

Estas negaciones y estas afirmaciones con respecto al hombre, conducen á otras negaciones y á otras afirmaciones análogas con respecto á Dios.—En la suposicion de que el hombre no ha caído, procede negar, y se niega, que el hombre haya sido restaurado.—En la suposicion de que el hombre no haya sido restaurado, procede negar, y se niega, el Misterio de la Redencion y el de la Encarnacion, el Dogma de la personalidad exterior del Verbo, y el Ver-

bo mismo.—Supuesta la integridad natural de la voluntad humana, por una parte; y no reconociendo, por otra, la existencia de otro mal y de otro pecado, sino del mal y del pecado filosófico, procede negar, y se niega, la acción santificadora de Dios sobre el hombre, y con ella el dogma de la personalidad del Espíritu-Santo.—De todas estas negaciones resulta la negación del dogma soberano de la Santísima Trinidad, piedra angular de nuestra fé, y fundamento de todos los dogmas católicos.

De aquí nace, y aquí tiene su origen un vasto sistema de naturalismo, que es la contradicción radical, universal, absoluta de todas nuestras creencias. Los católicos creemos y profesamos que el hombre pecador está perpétuamente necesitado de socorro, y que Dios le otorga ese socorro perpétuamente por medio de una asistencia sobrenatural, obra maravillosa de su infinito amor y de su misericordia infinita. Para nosotros, lo sobrenatural es la atmósfera de lo natural; es decir, aquello que, sin hacerse sentir, lo envuelve á un mismo tiempo, y lo sustenta.

Entre Dios y el hombre habia un abismo insondable: el Hijo de Dios se hizo hombre; y juntas en Él ambas naturalezas, el abismo fué colmado. Entre el Verbo Divino, Dios y hombre á un mismo tiempo, y el hombre pecador, habia todavía una inmensa distancia: para acortar esa distancia inmensa, Dios puso entre su Hijo y su criatura á la Madre de su Hijo, á la Santísima Virgen, á la mujer sin pecado. Entre la mujer sin pecado y el hombre pecador, la distancia era todavía grande; y Dios, en su misericordia infinita, puso entre la Virgen Santísima, y el hombre pecador á los santos pecadores.

¡Quién no admirará tan grande y tan soberano, y tan maravilloso y tan perfecto artificio! El mas grande pecador no necesita de mas sino de alargar su mano pecadora para encontrar quien le ayude á remontarse de escalon en escalon hasta las cumbres del cielo, desde el abismo de su pecado.

Y todo esto no es otra cosa sino la forma visible y exterior, y como exterior y visible, hasta cierto punto imperfecta, de los efectos ma-

ravillosos de aquel socorro sobrenatural con que Dios acude al hombre, para que transite con pié firme por el áspero sendero de la vida. Para formarse una idea de este sobrenaturalismo maravilloso, es necesario penetrar con los ojos de la fé en mas altas y mas recónditas regiones: es menester poner los ojos en la Iglesia, movida perpétuamente por la accion secretísima del Espíritu Santo: es menester penetrar en el secretísimo santuario de las almas, y ver allí cómo la gracia de Dios las solicita y las busca, y cómo el alma del hombre cierra ó abre su oído á aquel divino reclamo, y de qué manera se entabla y se prosigue continuamente entre la criatura y su Criador un callado coloquio: es menester ver, por otro lado, lo que hace allí, y lo que dice allí, y lo que allí busca el espíritu de las tinieblas; y cómo el alma del hombre va y viene, y se agita y se afana entre dos eternidades, para abismarse al fin, segun el espíritu á quien sigue, en las regiones de la luz ó en las regiones tenebrosas. Es menester mirar y ver á nuestro lado al Ángel de nuestra guarda, y cómo va ojeando con un sople sutil

para que no nos molesten los pensamientos importunos, y cómo pone sus manos debajo de nuestros piés para que no tropecemos. Es menester poner los ojos en la historia, y ver la maravillosa manera con que Dios dispone los acontecimientos humanos, para su gloria propia y para el bien de sus elegidos, sin que porque Él sea dueño de los acontecimientos, el hombre deje de serlo de sus acciones. Es menester ver cómo suscita en tiempo oportuno los conquistadores y las conquistas, los capitanes y las guerras; y cómo lo restaura y lo apacigua todo en un punto, derribando á los guerreros y domando el orgullo de los conquistadores: cómo permite que se levanten tiranos contra un pueblo pecador; y cómo consiente que los pueblos rebeldes sean alguna vez el azote de los tiranos: cómo reúne las tribus, y separa las castas, ó dispersa las gentes: cómo dá y quita á su antojo los imperios de la tierra, cómo los derriba por el suelo, y cómo los levanta hasta las nubes. Es menester ver, por último, cómo los hombres andan perdidos y ciegos por este laberinto de la historia, que van construyendo

las generaciones humanas, sin que ninguna sepa decir, ni cuál es su estructura, ni dónde está su entrada, ni cuál es su salida.

Todo este vasto y espléndido sistema de sobrenaturalismo, clave universal y universal explicacion de las cosas humanas, está negado, implícita ó explícitamente, por los que afirman la concepcion immaculada del hombre: y los que esto afirman hoy, no son algunos filósofos solamente; son los gobernadores de los pueblos, las clases influyentes de la sociedad, y aun la sociedad misma, envenenada con el veneno de esta herejía perturbadora.

Aquí está la explicacion de todo lo que vemos y de todo lo que tocamos; á cuyo estado hemos venido á parar por esta série de argumentos. Si la luz de nuestra razon no ha sido oscurecida, esa luz es bastante, sin el auxilio de la fé, para descubrir la verdad. Si la fé no es necesaria, la razon es soberana é independiente. Los progresos de la verdad dependen de los progresos de la razon: los progresos de la razon dependen de su ejercicio: su ejercicio consiste en la discusion: por eso la discusion

es la verdadera ley fundamental de las sociedades modernas, y el único crisol en donde se separan, despues de fundidas, las verdades de los errores. En este principio tienen su origen la libertad de la imprenta, la inviolabilidad de la tribuna, y la soberanía real de las asambleas deliberantes. Si la voluntad del hombre no está enferma, le basta el atractivo del bien para seguir el bien, sin el auxilio sobrenatural de la gracia: si el hombre no necesita de ese auxilio, tampoco necesita de los sacramentos que se lo dan, ni de las oraciones que se lo procuran; si la oracion no es necesaria es ociosa; si es ociosa, es ociosa é inutil la vida contemplativa: si la vida contemplativa es ociosa é inútil, lo son la mayor parte de las comunidades religiosas. Esto sirve para explicar por qué en donde quiera, que han penetrado estas ideas, han sido extinguidas aquellas Comunidades. Si el hombre no necesita de sacramentos, no necesita tampoco de quien se los administre: y si no necesita de Dios, tampoco necesita de mediadores. De aquí el desprecio ó la proseripcion del sacerdocio, en donde esas ideas han echado raíz.

ces. El desprecio del sacerdocio se resuelve en todas partes en el desprecio de la Iglesia, y el desprecio de la Iglesia es igual al desprecio de Dios en todas partes.

Negada la accion de Dios sobre el hombre y abierto otra vez (en cuanto está es posible) entre el Criador y su criatura un abismo insondable, luego al punto la sociedad se aparta instintivamente de la Iglesia á esa misma distancia: por eso, allí donde Dios está relegado en el cielo, la Iglesia está relegada en el santuario: y al revés, allí donde el hombre vive sujeto al dominio de Dios, se sujeta tambien natural é instintivamente al dominio de su Iglesia. Los siglos todos atestiguan esta verdad, y lo mismo la dá testimonio el presente que los pasados.

Descartado así todo lo que es sobrenatural, y convertida la religion en un vago deismo, el hombre, que no necesita de la Iglesia, escondida en su santuario, ni de Dios, atado á su cielo, como Encélado á su roca, convierte sus ojos hácia la tierra y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Es-

ta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos, y de las impacencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa, es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpétuamente en la memoria de los hombres. Para conjurarlas se reúnen en consejo los prudentes y los hábiles: el huracán, que viene rebramando, pone en súbita dispersion á su consejo, y se los lleva juntamente con sus conjuros.

Consiste esto en que es imposible de toda imposibilidad impedir la invasion de las revoluciones y el advenimiento de las tiranías, cuyo advenimiento y cuya invasion son una misma cosa; como que ambas se resuelven en la dominacion de la fuerza, cuando se ha relegado á la Iglesia en el santuario y á Dios en el cielo. El intento de llenar el gran vacío que en la sociedad deja su ausencia con cierta manera de distribucion artificial y equilibrada de los poderes públicos, es loca presuncion é intento

vano; semejante al de aquel que en la ausencia de los espíritus vitales, quisiera reproducir á fuerza de industria, y por medios puramente mecánicos, los fenómenos de la vida. Por lo mismo que ni la Iglesia ni Dios son una forma, no hay forma ninguna que pueda ocupar el gran vacío que dejan, cuando se retiran de las sociedades humanas. Y al revés, no hay ninguna manera de gobernacion que sea esencialmente peligrosa cuando Dios y su Iglesia se mueven libremente, si por otro lado la son amigas las costumbres, y favorables los tiempos.

No hay acusacion ninguna mas singular y mas extraña que la que consiste en afirmar, por una parte, con ciertas escuelas que el catolicismo es favorable al gobierno de las muchedumbres, y por otra, con otros sectarios, que impide el advenimiento de la libertad, que favorece la expansion de las grandes tiranías. ¿Dónde hay absurdo mayor que acusar de lo primero al catolicismo, ocupado perpétuamente en condenar las rebeldías y en santificar la obediencia como la obligacion comun á todos los hombres? ¿Dónde hay absurdo mayor que

acusar de lo segundo á la única religion de la tierra que ha enseñado á las gentes que ningun hombre tiene derecho sobre el hombre, porque toda autoridad viene de Dios; que ninguno que no sea pequeño á sus propios ojos, será grande; que las potestades son instituidas para el bien; que mandar es servir, y que el principado es un ministerio, y por consiguiente un sacrificio? Estos principios, revelados por Dios y mantenidos en toda su integridad por su Santísima Iglesia, constituyen el derecho público de todas las naciones cristianas. Ese derecho público es la afirmacion perpétua de la verdadera libertad, porque es la perpétua negacion, la condenacion perpétua, por un lado, del derecho en los pueblos de dejar la obediencia por la rebelion, y por otro, del derecho en los príncipes de convertir su potestad en tiranía. La libertad consiste precisamente en la negacion de esos derechos: y de tal manera consiste en esa negacion, que con ella la libertad es inevitable, y que sin ella la libertad es imposible. La afirmacion de la libertad, y la negacion de esos derechos, son, si bien se

mira, una misma cosa, expresada en términos diferentes, y de diferente manera. De donde se sigue, no solo que el catolicismo no es amigo de las tiranías ni de las revoluciones, sino que solo él las ha negado; no solo que no es enemigo de la libertad, sino que solo él ha descubierto en esa misma negacion la índole propia de la libertad verdadera.

No es menos absurdo suponer, como suponen algunos, que la religion santa que profesamos, y la Iglesia que la contiene y la predica, ó detienen ó miran con desvío la libre expansion de la riqueza pública, la buena solucion de las cuestiones económicas, y el crecimiento de los intereses materiales: porque si bien es cierto que la religion no se propone hacer á los pueblos potentes sino dichosos, ni hacer á los hombres ricos sino santos, no lo es menos que una de sus nobles y grandes enseñanzas consiste en haber revelado al hombre su encargo providencial de transformar la naturaleza toda, y de ponerla á su servicio por medio de su trabajo. Lo que la Iglesia busca, es un cierto equilibrio entre los intereses materiales y

los morales y religiosos: lo que en ese equilibrio busca, es que cada cosa esté en su lugar, y que haya lugar para todas las cosas: lo que busca, por último, es que el primer lugar sea ocupado por los intereses morales y religiosos, y que los materiales vengan despues. Y esto, no solo porque así lo exigen las nociones mas elementales del órden, sino tambien porque la razon nos dice y la historia nos enseña, que esa preponderancia, condicion necesaria de aquel equilibrio, es la única que puede conjurar y que conjura ciertamente las grandes catástrofes prontas siempre á surgir allí donde la preponderancia y el crecimiento exclusivo de los intereses materiales pone en fermentacion las grandes concupiscencias.

Otros hay que persuadidos, por un lado, de la necesidad en que está el mundo, para no perecer, del auxilio de nuestra santa religion y de nuestra Iglesia santa, pero pesarosos, por otro lado, de someterse á su yugo, que si es suave para la humildad, es gravísimo para el orgullo humano, buscan su salida en una transaccion, aceptando de la religion y de la Igle-

sia ciertas cosas, y desechando otras que estiman exageradas. Estos tales son tanto mas peligrosos, cuanto que toman cierto semblante de imparcialidad propio para engañar y seducir á las gentes: con esto se hacen jueces del campo, obligan á comparecer delante de sí al error y á la verdad, y con falsa moderacion, buscan entre los dos no sé qué medio imposible. La verdad, esto es cierto, suele encontrarse y se encuentra en medio de los errores: pero entre la verdad y el error no hay medio ninguno: entre esos dos polos contrarios no hay nada, nada, sino un inmenso vacío: tan lejos está de la verdad el que se pone en el vacío, como el que se pone en el error: en la verdad no está sino el que se abraza con ella.

Estos son los principales errores de los hombres y de las clases á quienes ha cabido en estos tiempos el triste privilegio de la gobernacion de las naciones. Volviendo los ojos á otro lado, y poniéndolos en los que se adelantan reclamando la grande herencia de la gobernacion, la razon se turba y la imaginacion se confunde al hallarse en presencia de errores toda-

vía mas perniciosos y abominables: Es una cosa digna de observarse, sin embargo, que estos errores, perniciosísimos y abominabilísimos como son, no son mas que las consecuencias lógicas, y como lógicas, inevitables de los errores arriba mencionados.

Supuesta la inmaculada concepcion del hombre, y con ella la belleza integral de la naturaleza humana, algunos se han preguntado á sí propios: ¿por qué si nuestra razon es luminosa y nuestra voluntad recta y excelente, nuestras pasiones, que están en nosotros como nuestra voluntad y nuestra razon, no han de ser excellentísimas? Otros se preguntan: ¿por qué si la discusion es buena como medio de llegar á la verdad, ha de haber cosas sustraídas á su jurisdiccion soberana? Otros no atinan con la razon de por qué, en los anteriores supuestos, la libertad de pensar, de querer y de obrar no ha de ser absoluta. Los dados á las controversias religiosas se proponen la cuestion que consiste en averiguar por qué si Dios no es bueno en la sociedad, se le consiente en el cielo, y por qué si la Iglesia no sirve para nada, se la ha de

consentir en el Santuario. Otros se preguntan porqué, siendo indefinido el progreso hácia el bien, no se ha de acometer la hazaña de levantar los goces á la altura de las concupiscencias, y de trocar este valle lacrimoso en un jardin de deleites. Los filántropos se muestran escandalizados al encontrar un pobre por las calles, no acertando á comprender cómo un pobre, siendo tan feo, puede ser hombre, ni cómo el hombre, siendo tan hermoso, puede ser pobre. En lo que convienen todos, sin que discrepe ninguno, es en la necesidad imperiosa de subvertir la sociedad, de suprimir los gobiernos, de trasegar las riquezas, y de acabar de un golpe con todas las instituciones humanas y divinas.

Hay todavía, aunque la cosa parezca imposible, un error que, no siendo ni con mucho tan detestable, considerado en sí, es, sin embargo, mas trascendental por sus consecuencias que todos estos: el error de los que creen que estos no nacen necesaria é inevitablemente de los otros. Si la sociedad no sale prontamente de este error, y si saliendo de él, no condena á los unos como consecuencias y á los otros

como premisas, con una condenacion radical y soberana, la sociedad, humanamente hablando, está perdida.

El que lea el imperfectísimo catálogo que acabo de hacer de esos errores atroces, observará que de ellos unos van á parar á una confusion absoluta y á una absoluta anarquía; mientras que otros hacen necesario para su realizacion un despotismo de proporciones inauditas y gigantescas: corresponden á la primera categoría los que se refieren á la exaltacion de la libertad individual, y á la violentísima destruccion de todas las instituciones: corresponden á la segunda aquellos otros que suponen una ambicion organizadora. En el dialecto de la escuela se llaman socialistas en general los sectarios que difunden los primeros, y comunistas los que difunden los segundos: lo que aquellos buscan sobre todo, es la expansion indeterminada de la libertad individual, á expensas de la autoridad pública suprimida: y al revés, á lo que se dirigen los segundos, es á la completa supresion de la libertad humana, y á la expansion gigantesca de la autoridad del Estado. La

fórmula mas completa de la primera de estas doctrinas se halla en los escritos de Mr. Girardin, y en el último libro de Mr. Proudhon. El primero ha descubierto la fuerza centrífuga, y el segundo la fuerza centrípeta de la sociedad futura, gobernada por las ideas socialistas: la cual obedecerá á dos contrarios movimientos; á uno de repulsion, producido por la libertad absoluta, y á otro de atraccion producido por un torbellino de contratos. La esencia del comunismo consiste en la confiscacion de todas las libertades y de todas las cosas en provecho del Estado.

Lo estupendo y monstruoso de todos estos errores sociales proviene de lo estupendo de los errores religiosos en que tienen su explicacion y su origen. Los socialistas no se contentan con relegar á Dios en el cielo, sino que pasando mas allá, hacen profesion pública de ateismo, y le niegan en todas partes. Supuesta la negacion de Dios, fuente y origen de toda autoridad, la lógica exige la negacion de la autoridad misma, con una negacion absoluta: la negacion de la paternidad universal lleva

consigo la negacion de la paternidad doméstica; la negacion de la autoridad religiosa lleva consigo la negacion de la autoridad política. Cuando el hombre se queda sin Dios, luego al punto el súbdito se queda sin Rey, y el hijo se queda sin padre.

Por lo que hace al comunismo, me parece evidente su procedencia de las herejías panteístas, y de todas las otras con ellas emparentadas. Cuando todo es Dios y Dios es todo, Dios es; sobre todo, democracia y muchedumbre: los individuos, átomos divinos y nada mas, salen del todo que perpétuamente los engendra, para volver al todo que perpétuamente los absorbe. En este sistema, lo que no es el todo, no es Dios aunque participe de la divinidad; y lo que no es Dios, no es nada, porque nada hay fuera de Dios, que es todo. De aquí ese soberbio desprecio de los comunistas por el hombre, y esa negacion insolente de la libertad humana. De aquí esas aspiraciones inmensas á una dominacion universal por medio de la futura demagogia, que ha de extenderse por todos los continentes, y ha de tocar á los últi-

mos confines de la tierra. De aquí esa furia insensata con que se propone confundir y triturar todas las familias, todas las clases, todos los pueblos, todas las razas de las gentes, en el gran mortero de las trituraciones. De ese oseurísimo y sangrientísimo caos debe salir un día el Dios único, vencedor de todo lo que es vário; el Dios universal, vencedor de todo lo que es particular; el Dios Eterno sin principio ni fin, vencedor de todo lo que nace y pasa: ese Dios es la demagogia, la anunciada por los últimos profetas, el único sol del futuro firmamento; la que ha de venir traída por la tempestad, coronada de rayos, y servida por los huracanes. Ese es el verdadero todo, Dios verdadero armado con un solo atributo, la omnipotencia; y vencedor de las tres grandes debilidades del Dios católico, la bondad, el amor, y la misericordia. ¿Quién no reconocerá en ese Dios á Luzbel, Dios del orgullo?

Cuando se consideran atentamente estas abominables doctrinas, es imposible no echar de ver en ellas el signo misterioso pero visible que los errores han de llevar en los tiempos apocaa-

lípticos. Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogía la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre de pecado.—*Juan Donoso Cortés.*

CARIDAD.—Donde no hay esta virtud, no hay gracia; y donde no hay gracia, no hay gloria.—*Ven. Granada.*

CARIDAD.—Es el fin de todos los mandamientos divinos, á quien se ordenan y sirven todas las Escrituras y todo lo criado.—*Ven. Granada.*

CARIDAD.—Es en el corazón lo que la raíz en el árbol, el alma en el cuerpo y el sol en el mundo.—*Ven. Granada.*

CARIDAD.—Virtud que forma la esencia del cristianismo, la sustancia del verdadero discípulo de Jesucristo, y la médula de la santidad y perfección.—*Antonio María Claret.*

CARIDAD.—Dios es el mismo amor, Dios es caridad; esta virtud es la mayor de las virtu-

des, es mas que la fé y que la esperanza; es como el sol entre los astros, y como el oro entre los metales; ella dá vida á todas las virtudes, y sin ella ninguna accion tiene valor ni merece para el cielo, aunque sean las obras mas heróicas.—*Antonio María Claret.*

CARIDAD.—Riquezas con que se compra la gloria.—*El Incógnito.*

CARIDAD.—Toda la economía de la religion católica está basada sobre el robusto cimiento de la caridad. Cuanto hay de grande y sublime en esa creacion divina emana como de su fuente del amor. Él es el principio de las ideas mas elevadas, de los pensamientos mas puros, de las concepciones mas gigantescas, del heroismo mas acendrado, es, en una palabra, el complemento de toda la ley, el término de todas las profecías, el vínculo de la perfeccion, el precepto nuevo, el mandamiento característico de los discípulos del Evangelio, el único de quien el Verbo humanado ha dicho explícitamente ser suyo por excelencia. Cuando quiso fundar definitivamente el Cristianismo, llamado á representar en el mundo el verdadero tipo de uni-

dad, igualdad, y fraternidad, dijo á los suyos: «Un mandamiento nuevo os doy: que os ameis los unos á los otros. En esto conocerán que pertenecéis á mí, si tuviéreis caridad entre vosotros.» (Joan. XIII, 34 y 35). Y para dar mayor fuerza á esta idea que debía dominar sobre todas las demás, y ser la expresion viva del culto del Calvario, insiste en ella una y otra vez diciendo: «Este es mi precepto: que os ameis mutuamente como yo os he amado.» (Ib. XV. 12.) Y de hecho, el principio del amor fraternal era un mandamiento nuevo: no porque ya no se hubiera dado á los hombres en las Tablas de la Ley, sino porque las pasiones de la humanidad lo habian borrado enteramente del corazon, y ya no existia mas que en la piedra donde lo grabára el dedo del Eterno. Debia ser el distintivo de los hijos del Evangelio; puesto que ni los discipulos de Sócrates y Platon, ni los sábios de Grecia y de Roma lo practicaban, aun cuando tal vez en la especulacion le conocieran, y solo el egoismo, la intolerancia, la fuerza bruta dominaban ya en un mundo que casi habia olvidado los primeros princi-

pios de la ley natural. Era en fin el precepto propio y exclusivo del Hombre Dios. ¿Quién antes que él lo había enseñado? Los antiguos cuando mas llegaron á decir: «Haz bien á tus amigos:» empero al mismo tiempo excluian de esta ley al enemigo, y no le reservaban mas que odio irreconciliable, y persecucion y muerte. Solo Jesucristo fué capaz de rectificar esta idea, gérmen funesto de excision y ruina para las sociedades, y llevó el heroismo de la caridad hasta el punto de estrechar en un lazo comun al amigo y al enemigo, al perseguidor y al perseguido, al que ama y al que aborrece, diciendo: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian y sereis hijos dignos del Padre celestial.» (Matth. V. 44 y 45.)

Nada mas que esto era menester para vencer al mundo de que solo en el cristianismo se encuentra el principio del verdadero amor, y que él ha sido, es y será siempre el origen de la positiva fraternidad, y de la beneficencia digna de este nombre.—*Glorias y triunfos de la Iglesia de España.*—Juan Troncoso.

CARIDAD.—Tú eres la reina de las virtudes, la fuente de la vida, el espíritu del cristiano, el alma de la religion y el cumplimiento de la ley y de los profetas. De tí pende la salud eterna; tú eres el camino para la patria, la introductora al reino de los cielos, la madre de la paz, la esposa querida de Dios y el carácter de los predestinados. Todo es hueco y vacío si tú no lo llenas. La paciencia es infructuosa, la castidad nada vale, la abstinencia no tiene mérito, la esperanza desfallece, la misma fé está muerta si falta la caridad que lo vivifica todo, que lo anima todo, que lo hermosea todo, que lo valora todo. Don precioso comunicado á los mortales; el mas rico presente que ha hecho Dios á los hombres; pues es una participacion de su divina naturaleza y una cadena de oro que une la criatura con el Criador, la tierra con el cielo, la carne con el espíritu, lo limitado con lo infinito, y la bajeza del hombre con la Majestad del Altísimo. Esta excelente virtud que mira á Dios directamente como á su objeto primario, que todo lo ordena á Dios, que todo lo hace por Dios, mira en segundo lugar al

prójimo, que es una imagen de Dios, una hechura de Dios, una copia y retrato del mismo Dios. De modo que la caridad perfecta no solo es lazo que une á los hombres con Dios, sino tambien entre sí mismos como miembros de un mismo cuerpo, como hijos de un mismo padre y como partes integrales que componen un mismo todo.—*Coleccion de panegiricos originales.*—*Fr. Vicente Hernandez.*

CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.—La caridad en la Escritura en muchas partes es comparada al agua: entre todos los licores el que mas corre, se vierte y derrama, es el agua; veremos una fuente, que se está desentrañando á sí propia, y dando cuanta agua tiene, parece se queda ella vacía, por solo derramarse y correr por los prados y sembrados. ¡Oh qué celestial naturaleza! que no es codiciosa la fuente, ni temiendo que le ha de faltar el agua la guarda, conserva y detiene en sí, toda la envía y derrama, y espera que para ella, y las demás tierras venga otra agua, que para todo eso es poderoso Dios, que tal sér y propiedad le dió. ¡Oh si los hombres entendiesen que la caridad tiene

esta propiedad, que en quien de veras se halla, se hace en él, dice Cristo, una fuente que está saltando y sube á la vida eterna: si fuente, derramarse ha por otros lugares, y extenderse ha á sus prójimos y hermanos; si fuente, no ha de guardar la caridad para sí solo, que si es fuente, á la prisa que se derramare y comunicare, le vendrá mas agua, que para todo es Dios poderoso. — *Obras del B. Juan Bautista de la Concepcion.*

CARMELO. — Fué tenido siempre como una montaña santa, y venerada del mismo modo que el Sinai y el Horeb. Se levanta, cual elevado promontorio, entre Tiro y Cesarea, se extiende como cinco leguas hácia el Oriente, se eleva en su parte mas alta dos mil piés, y se abate variando de formas y aun de nombre durante la larga continuacion de su carrera. En la division hecha de la tierra prometida cayó en suerte á la tribu de Aser, que se acampó al Septentrion, á Zabulon, que plantó sus tiendas al Oriente, y á Issachar, que tomó posesion del Mediodia. El mar baña su base occidental, que en forma de punta elevadísima se introduce hasta muy aden-

tro de las ondas, para anunciar al peregrino que viene desde América ó Australia, que ha arribado á la tierra de sus deseos, y terminado su penoso viaje. Chateaubriand pinta con viveza la impresion que causa la primera vista de este monte, donde tantos acontecimientos bíblicos y tantas tradiciones venerables descansan agrupados en rededor de sus colinas y á la sombra de sus terebintos y palmeras. «Me
»dispertó, dice, una confusa gritería, y abriendo los ojos vi á los peregrinos mirando con
»ánsia á la proa del navío. Todos se apresuraban á señalarme el Carmelo, que no tardé yo
»tambien en divisarlo como una figura redonda debajo de los rayos del sol; y entonces me
»arrodillé segun el uso de los latinos. No sentí
»en mí aquella especie de inquietud que tuve
»cuando descubrí las costas de la Grecia; pero
»al ver el pais originario de los israelitas, y la patria de los cristianos, me sentí penetrado de temor y de respeto. Iba á desembarcar
»en la tierra de los milagros, donde tuvo su origen la poesía mas sublime, y donde aun
»hablando humanamente, se realizó el suceso

»mas admirable de cuantos mudaron la faz del
»universo, cual fué la venida del Mesías; iba á
»tocar aquellas costas que recorrieron, como
»yo, Gofredo de Bullon, Raimundo de Saint-
»Gilles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte,
»Ricardo Corazon de León, y aquel San Luis,
»cuyas virtudes fueron admiradas por los mis-
»mos infieles. Siendo yo un peregrino descono-
»cido ¿cómo me atreveré á pisar aquella mis-
»ma tierra, ennoblecida por tan ilustres pere-
»grinos?» El Carmelo fué la habitacion favori-
ta de los profetas; y los mas grandes sucesos
de Elías, el patriarca de todos, allí se encuen-
tran consignados: aquel dejó á Eliseo con su
manto la gruta del Carmelo, y despues de este
sus discípulos la conservaron hasta la predica-
cion del Evangelio. Los monjes sucedieron á
los profetas, y las grutas habitadas por justos
que esperaban á Cristo, lo fueron desde luego
por los que profesaron vivir segun su doctri-
na. La santa montaña vió elevarse monas-
terios sobre sus colinas, y la gruta de Elías
fué convertida en templo por los fervorosos ce-
nobitas. Las incursiones del Occidente en el

Oriente que por desgracia sucumbieron bajo la espada musulmana, transformaron la silenciosa montaña en fortificaciones militares, y el estampido del cañon retumbó en las grutas de los solitarios, que no escuchaban hasta entonces más que los gemidos de la penitencia. Los monjes abrieron sus puertas á los franceses heridos bajo los muros de San Juan de Acre; y cuando Napoleon se retiró de enfrente de la plaza, aquellos fueron perseguidos, y su monasterio abrasado por las llamas. Un religioso salió de Roma (el hermano Juan Bautista) para reparar sus ruinas; y el pachá Abdalah, para desvanecer hasta la sombra de esperanza que pudiera abrigar de realizar su empresa, hizo minar los muros y saltar las piedras de los cimientos. Mas no por eso renunció aquel á su designio: fué á Constantinopla; y mediante las recomendaciones de la Francia obtuvo un firman que permitia la reconstruccion del arrasado monasterio, que no tardó en aparecer levantado por las generosas oblacones de todo el catolicismo. Este edificio, que puede llamarse magnífico en toda la ex-

tension de la palabra, tiene en su centro una bella Iglesia consagrada al culto de la Madre de Dios: bajo del altar mayor se vé la gruta del profeta Elías, desde donde asegura la tradicion haber contemplado este la pequeña nube que subió del mar, y bañó luego toda la tierra con la abundancia de sus aguas, símbolo verdadero de la Virgen María, á quien se dedicó tambien esta cueva convertida en oratorio. Quince cenobitas de la reforma de Santa Teresa moran en el convento, en cuyos alrededores no se encuentra habitante alguno, siendo así la representacion mas perfecta que puede darse de la vida solitaria de los antiguos monjes. ¡Qué sentimientos tan profundos despertaba en mi alma el sonido imponente de la campana de media noche, resonando en medio del silencio eternal de aquel desierto! Pero ¡cuánto mas profundos todavía los que le inspiraban el grave y sublime canto de los sacerdotes, que de entre todas las privaciones de que se compone su vida austera, alzan su voz convidando al universo á regocijarse en el Señor! Estas impresiones son desconocidas para los que desconociendo tam-

bien el espíritu de los institutos monásticos preguntan con extrañeza: «¿Qué hacen esos monjes en su desierto?» Lamartine dedica unas pocas páginas de su viaje á estos fervorosos cenobitas. «He visto, dice, á uno de los padres »del Carmelo que ha pasado cuarenta años en »una casita dando hospitalidad á los pobres: »dos veces al dia subia y bajaba la montaña »para ir á orar con sus hermanos. La dulce »expresion de serenidad de alma y alegría de »corazon que brillaba en sus maneras me »asombró.» Este mismo contento que admiraba Lamartine en uno de los religiosos, yo lo encontré en todos ellos sin que me asombrase, porque el regocijo es resultado de la virtud del corazon. — *El catolicismo en presencia de sus disidentes.* — José Ignacio Victor Eyzaguirre.

CARNE DE JESUCRISTO. — Fué como un velo, bajo del cual se mostró la luz divina al hombre. — *Evangelio en triunfo.* — Pablo de Olavide.

CASTIDAD. — Hay en la castidad un perfume tan suave y delicioso que no puede ser comparado con ninguno de los inciensos ofrecidos al Señor; hay el triunfo mas glorioso del espíritu

sobre la materia corrompida ; hay una abnegacion evangélica la mas profunda ; hay una absorcion la mas deliciosa en Dios ; una anticipacion de la vida eterna ; un gérmen, en fin, fecundísimo de virtudes. Sin la castidad no vive el espíritu, el pensamiento no se eleva, la fé no brilla, la caridad no alienta, y la esperanza no persevera. Quitese la castidad de un hijo de Dios, y su mente se verá rodeada de tinieblas, su corazon de aridez, y toda su alma de cadenas infernales y de muerte. Con la castidad andan en dulce consorcio todas las virtudes, y hacen del alma un cielo hermoso digno de hospedar en ella al mismo Dios ; pero sin ella quedamos hechos un monton de basura, un lodazal inmundo de vicios horrendos, una confusion indefinible y un verdadero infierno. La castidad es el manto brillante que hace tan hermosa á la Esposa de Jesús ; es la librea de los cortesanos del cielo, la que pone á los hombres en disposicion de alternar con los ángeles, y el escudo de la fé, de la esperanza y de la caridad. Sin ella el mundo seria una Sodoma impura, un Egipto abominable, una Babilonia adúltera, en que to-

do se halla confundido y degradado: no hay sin ella paz en las familias, orden en la sociedad, ni dignidad en el hombre. No es un grado de perfeccion reservado á algunas almas privilegiadas, sino que es un deber comun á todos los estados y condiciones de la vida ordenado por Dios para bien de la carne misma á quien reprime. Quitad este freno al hombre, y lo vereis convertido en bruto.—*Flores de Mayo.*—*Fr. Atilano Melquizó.*

CASTIGOS CONDIGNOS.—El vicio debe siempre encontrar su castigo, la adulacion su desprecio, la calumnia su indignacion, y todo el rigor de la sancion de las leyes.—*Filosofia moral.*—*Miguel Martel.*

CATOLICISMO.—Al catolicismo es debida la clara idea, el vivo sentimiento del orden moral en toda su grandeza y hermosura; es debido lo que se llama conciencia propiamente tal; es debido el que el hombre se crea con un destino inmenso, cuyo negocio le es enteramente propio, y destino que está puesto en manos de su libre albedrío; es debido el verdadero conocimiento del hombre, el aprecio de su dignidad, la es-

timacion, el respeto que se le dispensa por el mero título de hombre. El catolicismo ha desenvuelto en nuestra alma los gérmenes de los sentimientos mas nobles y generosos, puesto que ha levantado la mente con los mas altos conceptos, y ha ensanchado y elevado nuestro corazon, asegurándole una libertad que nadie le puede arrebatár, brindándole con un galardón de eternal ventura, pero dejando en su mano la vida y la muerte, haciéndole en cierto modo árbitro de su destino.—*El Protestantismo comparado con el Catolicismo*—*Jaime Balmes.*

CATOLICISMO.—Es un sistema de civilizacion completo: tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre.—*Juan Donoso Cortés.*

CATOLICISMO.—No consiste solo en la uniformidad de creencia y de culto con Roma, sino tambien en la de subordinacion y obediencia prestada con hechos al primer Pastor, que desde la silla de Roma en que está sentado por disposicion divina, debe regir toda la Iglesia, y servirle como de anillo para unir entre sí por este

medio todas sus partes sin excepcion alguna. Si la Iglesia es un solo é indivisible rebaño, *unum ovile*, porque en ella es una la fé, uno el bautismo, como dice el Apóstol, *una fides, unum baptisma* (Efes. IV, 5.), no lo es menos, segun el mismo Jesucristo, por razon de su uniforme y constante adhesion á un solo Pastor visible, *Unum Pastor* (San Juan X. 16.)—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

CATOLICISMO.—Es el catolicismo depósito de toda verdad, luz de todos los misterios, archivo de todos los arcanos; para el que los ignora todo es ignorancia; y para el que lo sabe todo es sabiduría. El catolicismo tiene palabras de vida para todos: él es salud para los dolientes, refrigerio para los fatigados, manantial perenne de aguas claras para los que tienen sed, hartura para los que padecen hambre, ciencia para los que ignoran, luz para los ciegos, puerto para los que navegan, esfuerzo de los que combaten, corona de los que triunfan.—*Juan Donoso Cortés.*

CAUSAS POR QUÉ DIOS PERMITE LAS HEREJÍAS.—

Sin las herejías tan antiguas como la Iglesia, los incrédulos sostendrían todavía con mas obstinacion, que todos nuestros santos libros son otros tantos romances; que todos los hechos que refiere el Evangelio son fábulas, y que los primeros cristianos eran falsarios. Pero no pueden apelar á esta acusacion, puesto que los primeros herejes jamás apelaron á ella.

Eran precisas contradicciones para que se demostrára que los Apóstoles no han sido creídos sobre su palabra, y que hubieran sido confundidos, si hubieran tratado de engañar.

Eran necesarios los incrédulos antiguos para refutar á los modernos, cuando pretenden que no tenemos para contestar los hechos sino testigos de nuestro partido. Los verdaderos Apóstoles eran simples testigos: *Eritis mihi testes. Nos testes fuimus*; los falsos eran filósofos que deliraban; no era posible engañarse sobre el carácter de unos y otros.

Era preciso que la Iglesia estuviera en una continua agitacion para que se pudiera sentir la sabiduría y solidez del plan, sobre el cual Jesucristo habia fundado la certidumbre de sus

promesas y la perpetuidad de su doctrina. Si el edificio no hubiera sido combatido, no se hubiera admirado la mano que lo sostenia.

Una religion revelada debe perpetuarse por la tradicion; pero esta hubiera sido menos conocida, sino hubiera sido continuamente atacada. «¿Qué necesidad teníamos de esta multitud de monumentos que no se han librado sino por un prodigio de las injurias del tiempo y de las revoluciones de nuestro hemisferio, si nadie contestára la perpetuidad de nuestra fé?» Es una reflexion de San Agustin contra los Maniqueos.

Es preciso que haya herejías para que los que *son probados en la fé, sean manifestos y conocidos de todos*, como dice San Pablo. Es preciso que haya herejías, es preciso que la luz de la fé sea continuamente agitada para que pueda extender sus rayos cada vez mas brillantes. La Iglesia se eleva hácia el cielo en medio de las tempestades, y crece bajo la espada, y la fé se enciende y propaga en la fragua de las tribulaciones. La Iglesia está en el mundo en un estado de prueba, y la cruz es su

herencia. No hay un solo instante en que Dios no manifieste su proteccion sobre ella, y aun se puede decir que la lleva como en triunfo al seno de la eternidad, que debe ser su recompensa.

Dios sin duda hubiera podido impedir las herejías; pero hubiera impedido el mérito de la fé, porque sin tentacion no hay combate, sin combate no hay victoria, y sin victoria no hay corona.

Cuando la viña tiene sarmientos secos y estériles, el agricultor celestial los corta y los arroja. Cuando el buen grano se halla mezclado con el malo, el padre de familias toma la criba, le separa, junta el grano y quema la paja. Así, cuando la religion no es mas que exterior, y el celo no se distingue del interés, porque el uno y el otro producen el mismo efecto en apariencia, entonces Dios permite que una gran tribulacion sobrevenga en la Iglesia, para que se revelen todas las profundidades y se pongan de manifiesto los probados en la fé.

Es preciso que haya herejías. «No se han tratado perfectamente, dice San Agustin (Sal.

»54. n. 22.) de la Trinidad antes de los clamores de los arrianos, ni de la penitencia antes que los novacianos se levantáran contra ella, ni de la eficacia del bautismo antes de nuestros reformadores... Así, dice él, lejos de que los errores hayan dañado á la Iglesia, los herejes la han afirmado, y los que pensaban mal han hecho conocer á los que pensaban bien. »Se ha entendido lo que se creía con piedad; y la verdad se ha declarado mas y mas.»—*Catecismo de la regla Católica.*—*Luis Gutierrez.*

CEGUEDADES DEL MUNDO.—Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hombres, y tan poco de Dios? Tener tanta cuenta con las leyes del mundo, y tan poca con las de Dios? Trabajar tanto por este cuerpo, que es una bestia bruta, y tan poco por el ánima, que es imágen de la Majestad divina? Atesorar tanto para esta vida, que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para la otra, que para siempre ha de durar? Hacerse pedazos por los intereses de la tierra, y no dar un paso por los bienes del cielo? Qué mayor ceguedad que (sabiendo tan cierto que habemos de morir, y que en

aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser de nuestra vida) vivamos tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué menos hacen los malos habiendo de morir mañana, que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad, que por la golosina de un apetito perder el mayorazgo del cielo? Tener tanta cuenta con la hacienda, y tan poca con la conciencia? Querer que todas tus cosas sean buenas, y no querer que tu propia vida lo sea? De estas ceguedades hallarás tantas en el mundo, que te parecerá estar los hombres como encantados y enhechizados: de tal manera, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos, no oyen.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

CELIBATO DEL CLERO.—Échase de ver á la primera ojeada, que es el celibato un sacrificio en las aras de la religion y de la salud de sus semejantes, emblema sublime del desprendimiento que debe acompañar al ministerio eclesiástico, pues que encierra nada menos que la rigurosa obligacion de una virtud, cuya práctica no fué prescrita en el Evangelio mas que por

vía de consejo, y de la que hablando la sagrada Escritura nos la pinta como uno de los rasgos característicos de la vida angélica.

Aquella completa abstraccion de los placeres sensuales, aquella ilimitada renuncia de sentimientos tan gratos al corazon humano, cuales son los que resultan de la formacion de una familia y de la esperanza de sobrevivir en la posteridad, desligan en cierto modo de las cosas terrenas, y consagran á las celestiales el hombre entero. No se albergan entonces en el ánimo la solicitud y los cuidados que consigo trae el ser cabeza de familia; y en cambio hállase el espíritu mas libre, mas expedito para ocupar sus pensamientos y deseos en objetos de mayor importancia, de un interés mas trascendental, y para acometer empresas que arredren por sus peligros, ó desalienten con la exigencia de sacrificios dilatados y penosos.

¿Cómo se hubieran podido verificar los prodigios de las misiones católicas, si aquellos apostólicos varones se halláran embarazados con el cuidado de mujeres é hijos? ¿Cómo fuera posible que llegáran á la sublime abnegacion,

que nada reserva al hombre, que en nada repara, que por nada se detiene, y que sufre con igualdad de ánimo la pobreza, las privaciones de toda clase, las mas insoportables fatigas, los tormentos mas exquisitos, la muerte mas horrorosa? ¿Eleváronse jamás á tanta altura los misioneros protestantes? ¿Mostraron jamás tan heroico desprendimiento? ¿No es su primer cuidado al llegar al punto de su destino, el proporcionar á sus esposas y familia una habitacion decente y cómoda, y el no olvidar su propia fortuna en medio de sus predicaciones evangélicas? ¿Cuándo recavaron de sus neófitos la admiracion y entusiasmo, la sumision y obediencia, que alcanzaron nuestros misioneros, que sin oro para distribuir, sin poderosas escuadras para protegerlos, sin numerosos ejércitos para sostenerlos y hacerlos respetar, se presentan á los fieles no llevando otras riquezas que su breviario, ni mas armas que su cayado, ni otros medios de persuasion que el ardor de su celosa palabra y el ejemplo de sus virtudes, y el escudo de su infatigable paciencia?

Por lo mismo que el hombre no pertenece entonces á ninguna familia, es por decirlo así el padre de todas; y viviendo en medio del mundo, solo y aislado como peregrino en tierra extranjera, representa mejor á Jesucristo, quien proponiéndose enseñarnos que el hombre debe anteponer las cosas del cielo á todas las consideraciones de familia, dijo: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y que extendiendo la mano sobre sus Discípulos, continuó: «Hé aquí mi madre y mis hermanos, »pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi »Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.» (Matth. c. 15).

Á un hombre que no está ligado con una mujer se le abren con menos dificultad los arcanos del corazón; y el fiel que lleva oculto en su pecho una aflicción angustiosa, que quizás no osára revelar á sus mas íntimos allegados, deposítala sin el menor recelo en el ánimo del sacerdote, seguro de que no hará traición á la confianza quien no tiene mas vínculos sobre la tierra, que los impuestos por la ley de la cari-

dad. ¿Cuántos secretos no se lleva al sepulcro el sacerdote que ha ejercido por algun tiempo las funciones de su ministerio en el sacramento de la penitencia? Y aun fuera de él, ¿cuántos son los delicados y espinosos asuntos, que no salen del círculo de una familia, sino para pedir consejo al ministro de Dios, ó para constituirle medianero en circunstancias críticas? Los mismos que menos adictos se muestran á la religion, los mismos que quizás se desatan en mas acerbos injurias contra el clero, no reparan, y esto lo enseña la experiencia de cada dia, no reparan repetimos, en confiar á un eclesiástico los mas hondos secretos, sobre todo si son estos de tal naturaleza que demanden un depositario discreto y caritativo, á propósito para buscar remedios ó proporcionar consuelos. Se nos habla á veces de la dulzura de los sentimientos paternales, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el carácter; pero no se advierte que los sentimientos que han de obrar en el corazon del ministro de Dios, no es necesario ni tampoco conveniente, que tengan aquella sensual ternura, que si bien es

muy á propósito para cumplir en el recinto de la familia los fines destinados por el Autor de la naturaleza, no se adaptan sin embargo á la elevacion y austeridad de las funciones en que se ha de ocupar el sacerdote. La caridad es tierna, afectuosa, mas no débil ni liviana; descendida del cielo, tiene por objeto al mismo Dios; y cuando reside en el alma, no tiene su morada en la region de los sentimientos terrenos, sino en la voluntad superior, en lo mas elevado del espíritu. Se alegra con los que se alegran, pero su alegría es en el Señor; llora con los que lloran, pero sus lágrimas las ofrece al Señor; quiere el bien de todos los hombres, los estrecha á todos en sus brazos, los socorre en sus necesidades, los alivia en sus penas, pero todo para llevarlos á la eterna bienaventuranza, todo para purificarlos en esta vida, y hacerlos dignos de sumirse en la otra en un piélago infinito de luz y de amor.

Estos deben ser los sentimientos del sacerdote: hijos de la caridad, animados por la caridad, guiados por la caridad; que nada ofrezcan de mundano, de sensual, que en nada se

asemejen á los que se fundan en motivos puramente humanos, y que aun en medio de su condescendencia, dejen entrever el cumplimiento de aquellas palabras del Apóstol: «todo para todos para ganarlos á todos.»

Suponed que se llama para consolar á la esposa que acaba de perder el apoyo de su debilidad y el objeto de su ternura conyugal, al padre á quien una muerte prematura arrebató el orgullo de su juventud y la esperanza de su vejez. ¿Cuál es en estos casos el papel que en la triste escena le corresponde al ministro del santuario? ¿Llorando con los que lloran, deberá hacerlo de tal suerte que tambien muestre participar de aquel abatimiento que desalienta y postra, imitando á las personas á quienes se propone consolar? ¿Asentaríale bien por ventura, que al través de la tristeza pintada en su semblante, se trasluciesen sentimientos puramente humanos con la debilidad y desfallecimiento que en tales casos los acompaña? No por cierto: en aquella ocasion solemne no va á consolar dando rienda suelta al dolor y aliviando la pena con solo compartirla; sino

que va á confortar con los grandes pensamientos que en el seno de la religion se ligan con la muerte. Dios, sus secretos designios, la necesidad de conformarse á ellos, lo breve de la separacion que tanto aflige, las probabilidades de que el finado disfruta ya mejor vida, la próxima reunion de todos que en el seno del Dios viviente se ha de verificar en los abismos de la eternidad; hé aquí los puntos sobre que han de girar las palabras del sacerdote, hé aquí los pensamientos cardinales de donde ha de hacer brotar las consideraciones adaptadas al caso que le ocupa, hé aquí donde debe buscar los consuelos que intenta proporcionar á la desolada familia.

Para ejercer dignamente estas elevadas funciones, no es necesario que el sacerdote haya experimentado en toda su viveza las afecciones conyugales ó del amor paternal; bástale un corazon sensible, en que de algun modo vibren las mismas cuerdas que en los de los afligidos; y la misma diferencia que resulta de no estar su corazon ejercitado en aquel género de emociones, contribuirá á conservar á su alma un

temple mas fuerte, que se acomodará muy bien con la santa resignacion que deben respirar las palabras y las acciones de quien habla en nombre del cielo...

— Estaba reservado á la Iglesia católica enseñada por el mismo Dios, el presentar en esto un tipo sublime, elevando á precepto para un considerable número de hombres lo que en el Evangelio solo se propone como un consejo, y el realzar de esta manera la dignidad del sacerdocio, obligándole á una privación que á los ojos de la humana sabiduría solo pareciera posible para el heróico desprendimiento de algunos varones privilegiados. ¿Quién no conoce, mejor diremos, quién no siente cuánto mayor es la elevacion, cuánta mas la dignidad y majestad del ministro del santuario, á quien al postrarse en el altar orando por los pecados del pueblo, ú ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio de propiciacion, se le contempla como un ángel que sin lazos que le vinculen con ninguno de los objetos que hechizan á los demás hombres, ofrece al Dios de *Sabaot* un incienso puro, que sube al cielo mezclado con los afec-

tos y las súplicas de un corazón sin mancha? Si apartándonos del ara sacrosanta, miramos al sacerdote en sus relaciones directas con los fieles, ora enseñando, ora reprendiendo, ora amonestando, ora comunicando las gracias celestiales por el conducto de los sacramentos, ¿no es su autoridad inmensamente mayor, no inspira mayor respeto, mayor confianza y veneración, si en la mente de los fieles no pueden encontrarse juntas las dos ideas de un ministerio tan augusto y la del símbolo de la hermosura, pero también del capricho y de la flaqueza? ¿Quereis representaros al vivo la influencia que tendría el matrimonio del clero en disminuir su ascendiente, en debilitar su influjo, en rebajar la veneración que á los fieles inspira? Tomad por ejemplo un gran Santo. Imaginaos que veis á San Francisco de Sales, asiduo y fervoroso en la oración, arrobado en el acto de ofrecer el augusto sacrificio, incansable en la administración del sacramento de la penitencia, desvelándose sin cesar para atraer al redil de la Iglesia almas descarriadas por el cisma protestante, socorriendo á los pobres, conso-

lando á los afligidos, instruyendo á los ignorantes, consumiendo su vida entera en la tarea de la salvacion de sus prójimos, y en el ejercicio de las mas austeras virtudes, y ofreciéndose á Dios como un holocausto en las llamas de purísimo amor; decidme cuando contemplais ese ángel de paz, esa lumbrera del mundo, esa víctima de la caridad, ese apóstol que se hace todo para todos para ganarlos á todos, cuando llenos de entusiasmo le tributais los homenajes de vuestra admiracion, decidme, repito, ¿quisiéraisle casado? «¡Oh! no: ciertamente que no; ni quisiéramos, direis, que se hubiera pronunciado este nombre, que así disipa de un golpe la celestial vision en que estábamos embargados.» El santo Obispo de Ginebra al lado de una mujer no fuera ya un ángel, no fuera un sér privilegiado que aparece sobre la tierra para consuelo y alivio de la humanidad; sino un hombre como los demás, y á quien sospecháramos tal vez juguete de la debilidad ó del capricho. Estas no son razones teológicas, no son argumentos de escuela; es una inspiracion que arranca de lo mas íntimo de nuestra alma,

no, es solo la voz de la religion, es el grito de la naturaleza misma.—*Jaime Balmes.*

CÉLIBE.—El hombre no ha nacido tan solo para procrear, no es solo una rueda colocada en su puesto para funcionar en la gran máquina del mundo. Es un sér á imágen y semejanza de Dios, un sér que tiene su destino propio, un destino superior á cuanto le rodea sobre la tierra. No rebajeis su altura, no inclineis al suelo su frente inspirándole tan solo pensamientos terrenos; no estrecheis su corazon privándole de sentimientos virtuosos y elevados, no dejándole otro gusto que el de los goces materiales. Si sus pensamientos religiosos le llevan á una vida austera, si se apodera de su alma el generoso empeño de sacrificar en las aras de su Dios los placeres de esta vida: ¿por qué se lo habeis de impedir? ¿Con qué derecho le insultais despreciando un sentimiento, que exige por cierto mas alto temple de alma que el entregarse livianamente al goce de los placeres?—*El protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

CEMENTERIOS.—Ideas elevadas, sentimientos

profundos, surgen en nuestra inteligencia y en nuestro corazón cuando penetramos en la sombría mansión de los muertos. El orgulloso magnate á cuya sola presencia temblaban multitud de infelices, y el miserable plebeyo que gemía acosado por el infortunio, véanse allí reducidos á polvo; la altiva señora que era el ornamento de los círculos aristocráticos, y la desgraciada doncella que con toscos harapos cubría apenas sus carnes, no han dejado otra señal de su existencia, que una horrible y descarnada armazón de huesos. Pasaron las glorias terrenas, las dichas y alegrías desaparecieron para no volver jamás; la inflexible realidad vino á deshacer el mundo de ilusiones, que se formára el mortal en sus momentos de placer. Al bullicioso aparato de los anchurosos salones ha sucedido el lúgubre silencio de una estrecha sepultura, los excesivos manjares de un espléndido banquete, han sido reemplazados por un hervidero de hediondos gusanos, en vez de alegres cánticos y bajas adulaciones con que se recreaban los oídos, no se escucha ahora sino la humilde plegaria con que algún piadoso viviente

demanda misericordia para el alma que ha desaparecido de la escena del mundo. La religion divina de Jesucristo que embellece la cuna del niño rodeándola de todos los atractivos de la inocencia, ha revestido tambien el mármol del sepulcro de un aspecto tan grave é imponente, que á su vista renuévase aun á pesar nuestro el sentimiento de la inmortalidad, y sobrecojidos de pavor, escuchamos una muda pero elocuente voz, que saliendo del fondo de la tumba viene á herir nuestro corazon con estas penetrantes palabras: «hoy vives alegre y satisfecho, mañana, quizá habrás dejado de existir, y aquí tendrás tu habitacion; ¿qué será entonces de tu alma, qué suerte le has preparado en las regiones de la verdad?—*Escritos religiosos.*—*P. Pedro Salgado.*

CENA DE JESÚS.—Si los grandes y admirables beneficios que hoy derrama el Señor en el corazon humano, desahogando todos los generosos esfuerzos de su amor, de tal modo llenaron de este amor al Príncipe de los Apóstoles, que anegado en un profundo mar de confusion parece salir de sí, y es necesario que el mismo

Jesucristo para sosegar su inquietud le promete su divino espíritu para que le instruya ¿cómo podremos nosotros, llenos de tibieza y de ignorancia, comprenderlos ni menos explicarlos si no nos asiste este mismo espíritu con la plenitud de su gracia? Hoy pone el Esposo á los piés de los suyos aquellas manos llenas de oro y de jacintos, en las que se habian depositado las infinitas riquezas del cielo y de la tierra. Hoy se arroja toda la majestad de Dios á los piés de los hombres, en protestacion de que es su verdadero siervo. Hoy se deposita en el pecho del hombre aquella misma fuente y manantial fecundísimo de todos los bienes que tiene en sí el Eterno Padre, majestad, poder, sabiduría, grandeza y gloria. Hoy se dá el manjar á los hombres para que incorporándolo consigo, él se haga una misma cosa con ellos, ordenándolos sacerdotes con tan prodigioso poder, que con sola su palabra obren este misterio tan soberano, que excede á la creacion de los cielos y de la tierra, y aun á la de los mismos espíritus celestiales; dejando ya de este modo en manos de los hombres la potestad de

ofrecer aquel mismo sacrificio, que habia de ofrecer Jesucristo en el santo madero de la cruz. De este modo ensalza los hombres á tan alta dignidad, que los mismos serafines se gloriarían de poderlos ministrar en ella. Hoy admite á los hombres á su mas estrecha amistad, haciéndolos grandes en presencia de aquel gran Dios, ante quien tiemblan las mayores potestades del cielo. Hoy desahoga su amor á los hombres, llamándolos con inefable ternura, hijos de su corazón, queridos de su alma, prometiéndoles el Espíritu consolador que los habia de llenar de inefables dones, y les habia de dar incontestables derechos de gracia, para ser reyes en la gloria. Hoy finalmente pretende agotarse á sí y todos sus bienes, vaciándolos en el hombre, cuyos piés lava, y para quien instituye el adorable sacramento de su cuerpo.

—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

CIENCIA DE LOS SANTOS.—Es ser despreciado y hallar deleite en el desprecio; perseguido y amar al perseguidor, y alegrarse con las aflicciones y calumnias. ¡Oh gran fuerza de la filoso-

fía cristiana! Parece muda la naturaleza de las cosas: convierte la tribulacion en alegría, y cuanto son mas graves los males que afligen tanto mayores manda que sean los gustos que se gozan, con esperanza de ser colmados los premios en la gloria, al paso que fuere mayor la semejanza é imitacion de Cristo, que inocente padeció tanto por nuestro amor. Porque, como dice San Gerónimo: « los Estandartes de la Cruz son las delicias de los cristianos: los trofeos de los justos no son las pompas, sino las miserias; y en esta santa milicia los oprobios se tienen por ventajas, porque no solo se estima creer en Cristo, sino padecer por Cristo. —*Ven. Granada.*

CISMA DEL ORIENTE.—Al pisar la tierra clásica del cristianismo, en vano buscaríamos la fortaleza jamás vencida de Atanasio, ni la elocuencia siempre triunfante de Crisóstomo, ni la ciencia profunda de Basilio, ó del memorable teólogo de Nacianzo. Todo cuanto contribuyó para dar celebridad á los paises orientales en la primera edad del cristianismo ha desaparecido, y una série de calamidades, con que la

providencia castiga su doble delito de herejía y rebelion, no permite ver sino vicios é ignorancia, allí donde brillaron las virtudes y las letras. Quien recuerde esa série de hombres eminentes que presidieron los primeros patriarcados, hermo세ando al cristianismo con los rasgos más bellos de santidad, y dejándole al pasar la herencia inapreciable de sus profundos conocimientos consignados en preciosos libros, y encuentre hoy la simonía, la ignorancia y otros vicios que nos repugna nombrar encaramados en el lugar que ellos dejaron, comprenderá bien la magnitud del crimen que merece castigo tan formidable. Nadie podrá fijar todavía el tiempo de la duracion de este, porque si la mano de Dios corrige la soberbia con la humillacion, y el cisma con la disolucion de los miembros sublevados, deja el azote tan presto como estos vuelven á humillarse. ¡Ojalá den este paso los disidentes orientales con la presteza que pide la gravedad de su mal!

La Iglesia de Occidente ha seguido inalterable su marcha primitiva; sus Santos y sus

sábios no dejaron de ser un solo día el faro luminoso, á cuya luz todas las naciones estudiaron las virtudes y las ciencias. Mortificada sin cesar por plagas de toda especie, abandonada del poder humano, y entregada á sus propias fuerzas, tan lejos de sucumbir bajo los golpes de sus enemigos, no ha perdido ni un ápice de su brío, ni empañado el mas ligero rayo de su esplendor. No así la desgraciada Iglesia de Oriente: trabajada por sus propias miserias antes que por la persecucion, y entregada á los enemigos del cristianismo á consecuencia de intestinas divisiones, no es ya mas que un esqueleto cubierto de ropaje ignominioso. No pretendo desenvolver los pliegues de su vestido, ni presentar las miserias que bajo de ellos se ocultan. ¿Para quién será agradable recorrer las hojas del proceso, donde figuran vicios que arrastraron al malhechor hasta el cadalso? Que la reflexion sobre sus faltas pueda abrir sus ojos alguna vez, é inspirarle compasion de sí mismo, será el único voto noble y generoso que podrá abrigarse en favor del delincuente, y

este es el que nosotros hacemos con la catolicidad entera por la Iglesia cismática de Oriente.

La division que introdujo el cisma de Focio, no se conservó largo tiempo sin pulular nuevas excisiones. Hoy son dos las que separan principalmente á los cristianos en Oriente; y como dos ramos cortados del árbol de la Iglesia católica, hace brotar cada uno otras mil sectas. Aquellas son la Iglesia griega ó el cisma primitivo de Focio, y la armenia que nacida de este en su origen, pero abjurando la division y la herejía muchas veces para volver otras tantas á caer, no tiene mas puntos de contacto con su madre que los errores comunes á las dos. Ambas son rivales y se profesan tenaz enemistad.

Los defensores del cisma oriental, que pretendieron hacernos ver brillando la unidad donde nada se encuentra fuera del cisma y division, han simulado olvidar los tristes sucesos de que el mundo todo es testigo, y manifiestan á todas luces hasta dónde llega el espíritu que separa entre sí á las desgraciadas co-

muniones del Oriente. Todas pretenden tener sus derechos para permanecer separadas de las demás, todas se llaman depositarias de la doctrina de Cristo y tradiciones apostólicas, y todas quieren justificar con razones que no existen su proceder, por contrario que sea al espíritu del Salvador. Estas pretensiones y aquella rivalidad mas de una vez han provocado sérios conflictos entre sus miembros; y así en Grecia como en Armenia, en Siria como en Palestina, en momentos de excitacion se han librado á la suerte de las armas derechos que el Evangelio prohíbe defender de otra manera que con la paciencia y la caridad.—*El catolicismo en presencia de sus disidentes.*—José Ignacio Victor Eyzaguirre.

CIUDADES (LAS DOS).—*Olvida tu pueblo y la casa de tu padre.* Para cuya declaracion es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos ó ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos; las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diver-

sidad de afecciones: porque segun dice San Agustin, *dos amores hicieron dos ciudades*. El amor de sí mismo, hasta despreciar á Dios, hizo á la ciudad *Terrenal*. El amor de Dios, hasta despreciar á si mismo, hizo la ciudad *Celestial*. La primera ensálzase en sí misma. La segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres. La segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra. La segunda dice á Dios: Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza. La primera es deseosa de mandar y señorear. En la segunda sírvense unos á otros por caridad. Los mayores aprovechan á los menores, y sus menores obedeciendo á sus mayores. La primera atribuye la fortaleza á sus fuerzas, y gloríase en ellas. La segunda dice: *Ámete yo, Señor, fortaleza mia*. En la primera los sábios de ella buscan los bienes criados, ó si conocieron al Criador no le honraron como á tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo, somos sábios, tornáronse necios: mas en la segunda ninguna otra

sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los Santos, hombres y ángeles, para que sea Dios todas las cosas en todos. De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores. De la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden (sacando el Hijo de Dios y á su bendita Madre) son pecadores, desde que fueron engendrados; por tanto todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos ciudadanos de la suya. Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman á sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella: llámase Egipto, que quiere decir, *tinieblas ó angustia*, porque los que en esta ciudad viven, ó no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fé, ó si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénela muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan (I. Joan. IV. 8), *que el que no ama á Dios, no conoce á Dios,*

porque Dios es amor, quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar; y así viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza; porque segun dice Tobías (V. 12), *¿qué gozo puedo yo tener, pues no veó la lumbré del cielo?* Llámase tambien Babilonia, que quiere decir *confusion*, el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre, que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez: y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo; *mas impidió su locura el Señor de esta manera*, que les confundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos á otros: de lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacia el otro burla de él, diciendo uno, y respondiendo otro; y así el fin de la soberbia fué *confusion y rencilla y division*. Muy propiamente compete este nombre á la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados, y no quieren huir los castigos

de Dios evitando de ofenderle; mas si pudiesen por fuerza, ó por maña pecar, y no ser castigados, lo intentarían: son soberbios, y todo su fin es que su nombre suene en la tierra, y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos, los cuales destruye Dios. — *Obras del Ven. Maestro Juan de Ávila.*

CIVILIZACION CRISTIANA.—Solo ella abarca á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; solo ella atraviesa las mas profundas revoluciones, sin perecer; solo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las mas variadas formas políticas; solo ella se enlaza amigablemente con todo linage de instituciones, mientras pueda circular por su corazon cual fecundante sávia, produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad.— *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*— *Jaime Balmes.*

CLAMOR UNIVERSAL DE LAS CRIATURAS.—Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame; y en cada una de ellas veo una lengua, que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de

los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, las verduras de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron. ¡Ó Dios de mi corazón, y esposo de mi alma! me dicen que te ame. Todo cuanto veo me convida con tu amor, y me reprende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría; ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad; porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quien eres. Todas las cosas criadas primero enseñan el amor del Criador, que el don. La Escritura dice, hablando de la creación del mundo, que el Espíritu Santo andaba sobre las aguas (Gen. I. 2.) como está la voluntad tan amorosa del artifice sobre la masa de oro, para sacar las imágenes acabadas y perfectas; porque entendamos, que sobre todas las cosas andaba nadando el divino amor, el cual con ley suave las sustenta y gobierna. Todo nace de fuente viva de amor, y todo lo que tiene sér, viene esmaltado de

amor, y de manera que si la vista de nuestra alma no estuviese ciega de la vileza y polvo de su propia pasion y amor, lo primero que veria en todo lo criado, seria el amor del Criador. De aquí es, que tus amigos, Señor, con mayor ingenio y mas sutil arte, que aquel famoso filósofo llamado Tirodas, el cual enseñó á sacar fuego del pedernal, de cada criatura, aunque pequeña, hacen saltar centellas de fuego de amor. Pues si la tierra me sustenta, y sirve con sus frutos, el buen hortelano solícito, es el santo amor, el cual una vez se lo mandó cuando la crió. Si el aire me refresca y dá vida, el amor se lo mandó, que él por sí, como sea causa segunda, nada podria. Si el agua nos sirve y dá sus peces, y corre con grande ímpetu para el mar de donde salió, todo es para cumplir el mandamiento del amor. Finalmente, si el fuego dá calor, si el cielo dá luz é influencia, criando diversos metales en la tierra, todo es para mi servicio y para regalo de un solo amigo, que aquel amor infinito, nuestro Dios, en esta tierra crió. ¿Qué son, Señor, sino brasas encendidas los elementos,

aves, animales, cielos y planetas, con que pudiese fuego á mi helado corazón, para lo disponer á amar á quien tantos dones le envía, por hacerlo diestro amador? ¿Qué son el sol y la luna, cielos y tierra, sino joyas de tu mano, para nos intimar tu grande voluntad y amor? Cada mañana hallarás, ánima mía, á la puerta de tu casa á todo el universo, las aves, animales, campos y cielos que te esperan para servirte, para que tú pagues por todos el servicio de amor libre, que tú sola, en lugar de todos, debes á tu Criador y suyo. Todas las cosas te despiertan al amor de tu Dios; y todas como un procurador de su señor te ponen demanda de amor. Convidante á su amor el clamor grande de todas sus criaturas, así superiores como inferiores, las cuales con voces manifiestas te declaran su majestad, su hermosura y su grandeza (Ps. XVIII.). Los cielos cuentan, Señor, tu gloria, y el firmamento denuncia las obras de tus manos; y no hay habla ni lenguaje donde no sean oídas sus voces; y tanto, que son inexcusables todos los hombres (Rom. I. 20.). Callando manifiestan, Se-

ñor, los cielos tu gloria, y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver á los ojos de los mortales. ¡Oh cuán rico eres, mi Dios, pues de tan ricas lámparas te sirves! ¿De qué traza pudo salir labor tan prima? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos, sin errar un punto? Con razon pregunta Job, y dice: ¿Quién contará la órden de los cielos, y dirá sus movimientos? (Job. 38.) ¡Ó pesado corazon mio, cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te lleva á aquellas celestiales moradas! ¡Oh cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su habitacion! Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas que tú criaste. Todo lo que mis ojos ven, me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mí mismo, aquí hallo mayor causa para te amar, pues todo lo sobredicho criaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oidos oiré al Salmista, que me dice: en mí conozco tu admirable ciencia (Ps. CXXXVIII.). Del conoci-

miento de mí mismo vine en el conocimiento de tu muy alta sabiduría. Por amor de esto dijo tu Profeta Isaías á los pecadores: volved, prevaricadores, al corazón. En vosotros mismos vereis quién es vuestro Dios (Isaías XLVI.— *Meditaciones devotísimas del amor de Dios.*—Fr. Diego de Estella.

COVADONGA (IMÁGEN DE NUESTRA SEÑORA DE).— Sabida cosa es de todos, como vulgar en los historiadores de España, que el Infante D. Pelayo se retiró á las montañas ó de Cantabria, de que dicen era Señor, ó de Asturias, después de la infeliz batalla y pérdida de D. Rodrigo su tío, en los campos y riberas de Guadalete. Los pocos cristianos, que estaban refugiados de la tiranía de los moros en las asperezas de los montes, trataron de poner algún remedio á su trabajo; y aunque la empresa era difícil y arriesgada, quisieron antes morir con honra, que vivir en sujeción tan infame. Para hacer frente y resistencia á los bárbaros, era preciso alzar por superior y cabeza que los gobernase alguno de los principales capitanes, y entre todos les pareció elegir á

D. Pelayo, á quien adornaban tales prendas de real sangre, valor y prudencia, que le hacian el mas digno de aquel difícil empleo. Estaba este Príncipe entonces en las Asturias, ó ya por haberse retirado á ellas con Urbano, Prelado de Toledo, que quiso con su persona librar tambien del furor de los moros las Reliquias de los Santos y los libros, así canónicos como otros de singular estimacion compuestos por los ilustres Isidoro, Ildefonso, Juliano y otros; ó ya porque de Cantabria habia venido á las Asturias, no se sabe si de su voluntad ó llamado. Lograron esta ocasion los afligidos españoles, y levantaron por capitan y gobernador suyo al Infante, el cual, luego que se vió erigido cabeza de las reliquias de los Godos, trató de buscar ocasion de sacudir el infame yugo que los oprimia, y aunque al principio le pareció prudencia disimular y contemplar á Munuza, gobernador de Gijon por los moros, á quienes se habia unido, abandonando feamente el nombre cristiano; despues, con motivo de las tiranías de este hombre bárbaro, y de haberse desposado por fuerza con una se-

ñora hermana suya, quiso poner en ejecución sus generosos intentos; y por no dejar en poder de Munuza prenda tan querida, quiso comenzar su empresa por la de sacarla de tal opresión y llevarla consigo, como lo ejecutó, retirándose con presteza á lo mas áspero de la montaña para poder resistir con mas facilidad á los moros, que sin duda le acometerian. Escogió por sitio en lo natural mas seguro, y por poner su vida, honra y las de todos los que le seguian, bajo la proteccion de María Santísima, la Cueva, que por su amplitud labrada por la naturaleza misma se llamaba Covadonga, en donde se veneraba una imágen de esta gran Reina, de quien D. Pelayo tenia ya noticia por el caso siguiente.

Perseguia una vez á cierto hombre, ó ya por alguna injuria particular, que contra la persona de este Príncipe hubiese cometido, ó ya porque reo de algun delito, Munuza, gobernador de Gijon, hubiese dado comision á D. Pelayo, que vivia al principio en la misma villa, de buscarle y prenderle; y por una ó por otra ocasion huia el delincuente y D. Pe-

lajo le seguia, sin que le valiese lo áspero de las montañas, por donde trepaban entrambos, aquel por buscar en ellas asilo, y este llevado del fogoso calor, ó de la justicia ó de la venganza. Sabiendo, pues, el que huia, que no podia ya librarse de las manos de Pelayo, tal era su ardor y valentía, se acogió á una cueva, que no el arte, sino la naturaleza habia labrado en lo mas fragoso del monte Auseva, que los naturales llamaban Covadonga. En ella se reverenciaba una imagen de Nuestra Señora, sin saberse desde qué tiempo, ó por quién, ó por qué causa se hubiese en ella colocado; y solo ha quedado memoria que en este tiempo, de que voy hablando, atendia á su culto y veneracion un venerable varon, que retirado del mundo y de su patria, poseida y sujeta al dominio de los moros, hacia allí vida heremítica con tal fama de hombre espiritual y amigo de Dios, que aun los moros le reverenciaban, y por eso le permitian vivir en paz y quietud en aquel desierto. Este venerable ermitaño recibió al perseguido delincuente con caridad y ternura; y sabedor del caso,

como de que D. Pelayo llegaría ya á la Cueva, en que tenía segura la presa, por no tener otra salida, se puso en la entrada ó puerta, que componían las peñas mismas, y encontrando ya en ella á D. Pelayo, le suplicó que no pasase adelante en prosecucion de su intento, y que reparase, que estando la Cueva dedicada á la Reina de los ángeles, sería temeraria resolución arrebatar de su presencia, y á la vista de su imágen, que la representaba, aquel pobre hombre, que había logrado la fortuna de acogerse á su patrocinio, y ponerse á sus piés, augusto asilo de los delincuentes reconocidos. Causó respeto á D. Pelayo la venerable presencia del ermitaño, y gran veneracion su corto y sencillo razonamiento, cuyas palabras penetraron su corazon y le dejaron tierno y devoto, en obsequio y culto de la Augustísima Reina de los cielos. Respondió, pues, al ermitaño que le valiese en buen hora al reo la proteccion de María, por cuyo respeto le perdonaba y recibía por amigo á quien había perseguido, ó como enemigo suyo, ó como deudor de la vindicta pública; y

que si hasta allí habia llegado, llevado de su dolor, del deseo de la venganza, ó de la obediencia, á quien se lo habia ordenado, entraria ahora á lo interior de la Cueva á rendir adoraciones á María Santísima en su santa imágen, y á pedirle favor y proteccion para las empresas gloriosas, á que se sentia movido con interiores impulsos. Agradeció el devoto ermitaño á D. Pelayo resolucion tan digna de su noble pecho, y le introdujo á la presencia de la santa imágen, ante cuyas aras se postró el generoso Príncipe y le adoró con tiernos afectos, poniéndola por intercesora para la ejecucion feliz de sus altos pensamientos; y aun dicen algunos que el venerable anciano, con espíritu profético, le predijo que en premio de la noble accion que obraba en reverencia de María, esta Señora seria su protectora, y que presto vendria á habitar aquella Cueva y la necesaria para asilo y refugio contra las iras de sus enemigos, á quienes venceria con triunfo glorioso.

Á esta misma Cueva, pues, se acogió Don Pelayo con la gente que se le iba agregando:

lo cual sabido por Munuza, de cuyas manos y poder se habia librado, no sin especial providencia del cielo, le pareció dar cuenta al capitán Tarif, que se hallaba en la Andalucía; y este, juntando un tan poderoso ejército, que se dice llegaba, por lo menos, á cien mil hombres y creado por capitán general de tantas tropas á un moro principal llamado Alman, trató de que marchase la vuelta de las Asturias. Entretanto que se juntaba y aperci-bia tan poderoso ejército, y que marchaba á jornadas pequeñas como pedia tan vasto cuerpo, D. Pelayo, sin desanimarse por las noticias que le llegaban de los intentos y prevenciones de los mahometanos, procuraba atraer á su partido los mas cristianos que podia, los cuales, sin pretension alguna de su generoso ánimo, le eligieron, como apunté, desde luego por capitán general, príncipe y superior de todos; y sobre un escudo, que era el trono mas proporcionado á la grandeza á que subia, le levantaron en alto y á grandes voces, cuyos ecos resonaban por los cóncavos de la montaña, le aclamaban todos diciendo: viva el Príncipe:

viva D. Pelayo. Aceptó el Infante la soberanía y mandó de las pocas tropas que estaban juntas; y luego para hacer actos de la profesión de su gobierno, lo primero se postró con su gente á los piés de la Santa Imágen de Nuestra Señora, á quien estaba consagrada la Cueva, y la hizo capitana y directora de sus empresas; y porque no faltase á su prudencia motivo alguno de alabanza, enarboló estandartes, nombró capitanes, y distribuyó en convenientes sitios su pequeño ejército, con el cual, para ejercitarle y adiestrarle en el arte de pelear, bajaba de la Cueva y hacia entradas en las vecinas tierras de los moros, siempre con buenos sucesos y despojos que traian sus soldados. Estos pequeños adelantamientos de los cristianos pusieron espuelas á Alcaman, para llegar cuanto antes á las Asturias; y luego que D. Pelayo supo la vecindad de tan poderoso ejército, no le pareció prudencia esperar en campo abierto tan pocos como eran los suyos á la multitud de los bárbaros, y así dispuso fortificarse lo mejor que pudiese en la Cueva y sus vecindades, en donde la fragosidad era fa-

vorable á sus soldados , pues ayudados de los despeñaderos y estrechos pasos que habia , para vencer la montaña , cada uno pelearia por muchos , y así podrian impedir la subida á los africanos.

Serian como mil hombres los que componian el ejército de los cristianos ; parte , de los que se habian acogido á las Asturias ; y parte , que vinieron de la Guipuzcoa , Vizcaya y demás provincias , que componian la Cantabria : de estos , una porcion considerable puso D. Pelayo en la Santa Cueva de la Virgen para defender su entrada , y la demás gente distribuyó en lo mas empinado del monte , desde cuyo eminente lugar pudiesen ofender con las armas , dardos , troncos y piedras que arrojasen sobre los moros , al tiempo que quisiesen escalar aquella natural espesura. Hallábase ya Alcaman con todo su ejército á las faldas de la montaña , y registrando por sí mismo las escabrosas subidas , que daban dificultoso paso á dominar lo mas alto del monte , en que estaba la mayor parte de la gente de D. Pelayo , quiso antes probar , si atemorizado este Príncipe con la vis-

ta de tan poderoso ejército como el suyo, se rendia, sin querer llegar á medir las armas. Venia acompañando á Alcaman aquel infeliz y traidor Prelado D. Oppas, cuyos infames intentos y resoluciones estarán siempre abominadas en nuestras historias, como padron vil de un ánimo transfuga de la nacion; y lo que es mas, del nombre cristiano; y valiéndose el capitán moro de tan proporcionado instrumento, para lo que intentaba, le envió con salvo conducto á D. Pelayo, á quien habló y quiso persuadir, que se rindiese á la necesidad, al poder y á las victoriosas armas de los moros, pues era el único medio de quedar con vida, la que perderian infaliblemente él y todos los suyos, si proseguia en tan temeraria resolucion, como querer hacer resistencia unos pocos y desarmados soldados, al bravo, numeroso y victorioso ejército de Alcaman. Valióse el Infante Pelayo de la ocasion para dar en rostro á D. Oppas con su fea traicion y villano proceder; el cual, si hubiera sido indigno en persona seglar, qué seria y cómo se llamaria en sujeto dedicado á los altares y que por la sagrada y alta dignidad con

que el cielo le habia sublimado, estaba con mayor obligacion de cuidar de que no fuese ultrajado el nombre cristiano, los altares profanados, las imágenes y las reliquias de los Santos deshechas, destruidas y abrasadas; haciéndole saber, que él y los suyos estaban resueltos á morir antes que imitarle á él en la traicion y total abandono de su honor, ley y profesion de cristianos. Con tal resolucion respondió el católico y valeroso Príncipe al traidor y desleal Don Oppas, el cual volvió á decir al moro, capitan general del ejército, el ánimo en que estaban Pelayo y sus pocos soldados; de que enojado y rabioso el bárbaro Alcaman, pareciéndole que era injuria de su nombre y fama, que tan corto número de gente sin disciplina militar, intentase solo oponerse á un ejército de tan numerosas y veteranas tropas, dispuso sin dilacion asaltarlos en su alojamiento. Pelayo, viendo la resolucion del enemigo, volvió el corazon y los ojos á la devota imagen de Maria, que en la Cueva tenia presente, y cobrando su valor nuevos alientos, se dispuso á rebatir el coraje y denuedo de los africanos. Esta fué la

primera batalla y primera victoria, con que respiró el valor español, despues de la opresion de los mahometanos, la cual se debe á la intercesion de María, en su sagrada imágen de Covadonga, de que son abonados testigos los milagros que sucedieron. Arrojabán los soldados desde la Cueva muchas saetas, con que intentaban embarazar la subida á los moros: ayudaban los que desde la eminencia dejaban caer grandes piedras, y robustos troncos de árboles, que con el ímpetu que tomaban en el precipicio desbarataban algunos de sus escuadrones; pero nada era bastante para que no fuesen subiendo los mahometanos, ocupando otros de nuevo el lugar de los que caian ó muertos, ó heridos, ó despeñados. Pusiéronse en fin en donde podían ofender á los nuestros, que estaban en la entrada de la Cueva, y á su frente el valeroso D. Pelayo, y desde allí comenzaron á arrojar un espeso granizo de dardos, lanzas y saetas; y aquí fué donde compadecida María del trabajo y riesgo de sus devotos, dió principio á los prodigios, disponiendo que las armas arrojadas, que disparaban los bárbaros, en lugar de

ofender á los cristianos, á cuyos pechos se vibraban, volviesen atrás, y regidas de mano invisible y amiga, enderezasen sus puntas contra los mismos que las disparaban; y por el mismo caso que eran tantas, era tambien grande el estrago que hacian en sus mismos dueños. Vieron y sintieron á un mismo tiempo tan singular caso los cristianos y los moros; unos y otros se admiraban del suceso: aquellos con extraordinario júbilo de sus almas, y estos con raro pavor y desaliento de sus corazones, que desfalleciendo con las repetidas experiencias del milagro, comenzaron á dejar el campo que habian ocupado, y á huir sin orden ni concierto.

No pudo esconderse esta resolucion, y precipitada fuga de los moros, á Pelayo; y animando con breves palabras á sus soldados, apellidando á Nuestra Señora de Covadonga, salió de la Cueva siguiendo el alcance de los enemigos, de los cuales muchos eran despojo de sus aceros, y entre ellos fué muerto el capitán general Alcaman, con cuya pérdida acabaron los moros de desalentarse, ¿y qué mucho, si

peleaba contra ellos María Santísima? Pero no se contentó esta piadosa y poderosa Reina con lo que hasta aquí queda referido, sino que añadió prodigios á prodigios en socorro de los cristianos. La mayor parte del ejército de los moros, pues segun refieren algunos autores llegaba á sesenta mil combatientes, quiso buscar su seguridad en las mismas asperezas, de que procuraba echar á los cristianos; y subiendo con gran dificultad lo mas escabroso del monte Auseva y hallándose ya en lo mas encumbrado gran porcion de tropas, y las demás que iban subiendo por el lado que parten jurisdiccion las Asturias de Oviedo, de las de Santillana, obedeciendo el monte al imperio de María, se desmembró y separó del vasto cuerpo de la montaña aquella porcion de peñascos, que sustentaba encima de sí á los fugitivos moros, y cayendo precipitada al valle trajo consigo y envolvió en el mismo precipicio toda la multitud de los bárbaros, quedando todos muertos y sepultados en las ruinas de la misma montaña: verificándose en tan admirable providencia el que á la vista y mandato de

María se moviese la tierra; y los montes, como cera, se abriesen y liquidasen en beneficio y ayuda de los que la habian elegido por capitana de la empresa; á la manera que á la vista del Señor cantó David; *Montes sicut cera fluxerunt á facie Domini*. Noticioso D. Pelayo de este nuevo favor de María, añadido al que habian experimentado los que estaban en la Cueva, lo primero que ejecutó despues de la victoria y total exterminio del ejército de los moros, fué venir á tributar adoraciones y agradecimientos á Nuestra Señora de Covadonga, haciendo que todos sus soldados ejecutasen lo mismo, pues todos habian sido partícipes del beneficio. ¡Qué voces! ¡Qué lágrimas! ¡Qué júbilos! Qué gracias dieron capitán y soldados á la Reina del cielo en su Santa Imágen de Covadonga; mas se debe suponer que referir con palabras; y será razon que todos los españoles imitemos á nuestros antepasados en las expresiones de amoroso afecto para con esta Señora, de quien y por quien amaneció en España la aurora lucida de la libertad, de que la habia privado la oscura noche de maldades y

pecados.—*Compendio histórico de los mas célebres santuarios de España.*—*P. Juan Villafañe.*

CODICIA.—Sed de oro que todo lo invade y marchita.—*Jaime Balmes.*

COLUMNA DE FUEGO, QUE GUIABA AL PUEBLO DE DIOS.—¿Puede imaginarse un prodigio mas bello ni mas poético que el de una columna de fuego, que capitanea cuarenta años en la lobreguez de la noche y en desierto silencioso á una peregrina nacion? Figurémonos tendido un denso manto de tinieblas sobre la inmensidad del universo, y luego volvamos los ojos á un resplandor gigantesco, á una pirámide de fuego, cuya cabeza se esconde en las nubes del firmamento. Aunque supongamos que no se mueve y que no guia á un pueblo perseguido y conquistador, es bella, es altamente grandiosa esta imágen. ¿Pues qué será si la ponemos en majestuoso movimiento, si consideramos que marcha y se detiene, que avanza y retrocede á vista del peligro con la prudencia y estrategia del general mas consumado en el arte de la guerra; que va al frente

de doce tribus, cuyo campamento ocupa el espacio de diez millas; que semejante á una madre que lleva de la mano á sus pequeñuelas criaturas va midiendo sus pasos y jornadas por el cansancio y debilidad de los niños que en pos de ella caminan; sino olvidamos que va dentro de ella un ángel, príncipe de los cielos, á manera de uno de aquellos reyes de la antigüedad que corriendo á las lides delante de sus tropas, montaba en el mas excelso castillo de elefantes magníficamente iluminado de noche; si por último recordamos que esa columna de brillo tan apacible es la misma, que revestida del espíritu de la tempestad rompió y arremolinó con ímpetu y fragor borrascoso al ejército y los carros de Faraon en terrible torbellino de rayos?

¡Y cuán parecida no es la brillante columna al pueblo que conduce! En las tinieblas de la noche es ella el único punto luminoso; él, en medio de las sombras con que la idolatría y la mas estúpida ignorancia tienen envuelto el mundo de la inteligencia, es de la gran familia de los hombres la única rama, en cuya frente

resplandece la luz de la verdadera religion; solo él es el depositario y el conservador de los inefables secretos de la Divinidad, y el manantial, cuyos raudales beberán en la edad venidera los filósofos de la Grecia y los de todo el Oriente para hacerse admirar cuando los manifiesten, aunque mezclados con sus turbias aguas y ocultando de dónde los tomaron. ¡Cuán misterioso y sublimemente poético no es ver esa espléndida antorcha en un desierto! ¡La verdadera civilizacion en un desierto! ¡En un desierto el foco de celestial sabiduría! ¡En un desierto el inestimable tesoro de las tradiciones antidiluvianas! ¡En un desierto la clave de toda historia antigua, la única explicacion del universo! Y esto cuando la mentira y la ignorancia tienen levantado sobre todo el orbe su trono de oscuridad. ¿No parece que este glorioso desierto figuraba la augusta soledad de los ilustres monasterios, en que las ciencias y las virtudes fulguraban, creciendo y robusteciéndose para despues lanzarse á disipar el negrísimo caos de aquellos siglos de la triunfante barbárie?—*Observaciones sobre las bellezas*

de la Biblia.—*Juan Manuel de Berrioizabal.*

COMUNICACIONES DIVINAS.—No aprietan y fatigan el alma; mas la ensanchan, deleitan, enriquecen y clarifican.—*San Juan de la Cruz.*

COMUNION.—Quien se acerca á comulgar, ha de hacer cuenta que llega á poner la boca en la llaga del costado de Cristo.—*Ven. Granada.*

CONCEPCION DE MARÍA SANTÍSIMA.—Dios te salve, suavísima Virgen María, á quien Dios escogió por Madre ante todos los siglos, y como á tal preservó de toda mancha y fealdad de pecado original en tu limpísima Concepcion. ¡Ó puerta del cielo y puerto de este siglo tempestuoso, medianera piadosa entre Dios y los hombres, adornada de todas las virtudes y gracias, hermosa mas que la luna, escogida más que el sol y sobre todas las estrellas resplandeciente! ¿Quién podrá, ó Madre y Virgen purísima, entender la abundancia de gracias que hoy recibiste cuando en las entrañas de tu bienaventurada madre Santa Ana fuiste concebida, y tu santísima ánima se juntó con tu delicadísimo cuerpo? Hija eres de Adán; mas exenta de la culpa de Adán, porque nunca

el Señor te miró como á pecadora y enemiga suya, sino como á la que habia de ser Madre y templo suyo, esposa del Padre Eterno, y sagrario del Espíritu Santo, destruidora del pecado, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal. Porque si el cielo empíreo es de otra mas noble sustancia y casi espiritual, porque en él se ejercita una accion tan noble como es ver á Dios, ¿cuál convenia que fueses tú, Señora, en la cual mas perfectamente que en el cielo empíreo habia de morar Dios, y de la cual habia de tomar nuestra sustancia? Las abejas embarran primero el coreho que han de labrar y henchir de miel, y el Señor te preservó á ti de culpa, y te llenó y enriqueció de dones, porque nos habias de fabricar aquel panal de miel que es la dulzura del mundo. El armiño se deja antes tomar y morir que entrar en la cueva donde se haya de ensuciar; y tu Hijo, mas limpio que el armiño, y mas blanco que la nieve, y mas puro que la luz no quiso morar en casa que algun tiempo hubiese sido contaminada.

Bendito sea tal Hijo que así honró y sublimó

á tal Madre, porque no faltándole poder para hacerlo, no era justo que le faltase la voluntad; pues como la gloria del Hijo es gloria de la Madre, así la honra de la Madre es honra del Hijo, y es justo que el Hijo dé á la Madre toda la honra y excelencia que le puede dar, y que tu dulcísimo y benditísimo Hijo, que es todo tuyo, y mas tuyo que ningun otro hijo lo fué de su madre, te honrase y guardase la ley que él nos dió, y mirase por tu dignidad, no dejándote caer para levantarte, sino teniéndote y dándote la mano para que no cayeses. Porque aquel es mas excelente médico que preserva al enfermo, que no el que le sana; y mas perfecto redentor el que no deja cautivar, que el que rescata al cautivo; y mas debe el deudor al que paga su deuda antes que por ella le echen en la cárcel, que el que libra despues de preso por ella; y mas está obligado al Señor el inocente que no cayó por haber sido guardado de su poderosa mano, que el que despues de haber caido, por su gracia se levanta. Y pues tu Hijo precioso y bendito es Redentor, no igualmente de todos, (porque al-

guños gozan y otros por su culpa no gozan de este beneficio) y hay diversos grados en nuestra redencion, ¿quién duda, Señora, sino que siendo tú la mas conjunta con tu Hijo, habias de gozar mas perfectamente que todos los otros hijos de Adan, y por una manera singular, de la gracia de nuestra redencion?

Tu sola, escogida y bendita entre todas las mujeres por singular privilegio y gracia de tu Hijo (que es fuente de la misma gracia, y por su naturaleza no pudo pecar) fuiste exenta de todo pecado actual y original, y prevenida con la bendicion y dulzura de aquel benditísimo fruto de tu vientre que te llenó de gracia y siempre estuvo contigo. Porque no era decente que guardando tu cuerpo de corrupcion, y no permitiéndolo que fuese manjar de gusanos, tu ánima santísima hubiese sido pasto de aquel gusano roedor é infernal que tu habias de pisar y quebrantar. Alámente, Señora, los ángeles, y los cielos, y la tierra y todas las criaturas por esta merced que te hizo é hizo al mundo por tí. Porque tú eres aquella tierra virgen y pura, de la cual el verdadero Padre de

nuestra vida y nuestro segundo Adan fué formado; tierra bendita y sin sospecha alguna de maldición, tierra limpia y amasada singularmente con las manos de Dios. Tú eres aquel paraíso de deleites plantado por el Señor hácia el verdadero Oriente, que es Cristo, el cual nunca te se oscureció ni te se escondió. Tú aquella tierra sacerdotal, que en tanta carestía de gracia, siendo toda Egipto tributaria, sola fué libre de pecho y libertada de pecado. Tú eres aquella mujer hebrea, madre de Moisés, que aunque estuvo en Egipto, nunca fué cautiva debajo de Faraon, sino exenta y libre para criar á su hijo y pasar el mar Bermejo con él. Tú aquella zarza espinosa, que en el desierto con nuevo milagro ardiendo no se quema, porque abrasando las llamas del pecado original á los demás, á tí sola guardó el Señor. Tú aquella arca del testamento fabricada de madera incorruptible, en la cual se habia de conservar no el maná incorruptible sino el pan vivo y celestial. Tú aquella nube ligera del dia, sobre la cual el Señor habia de bajar á Egipto, porque aunque naciste de la tierra, fuiste

levantada al cielo sin peso ni graveza de pecado: nube verdaderamente del dia, porque nunca fuiste oscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad. Tú aquella tierra de promision que mana y nos produce leche y miel, leche de la humanidad, y miel de la divinidad de tu precioso Hijo. Tú trono glorioso del pacífico Salomon, y vara lisa y derecha de la raiz de Jesé, que nunca tuvo nudo ni torcimiento alguno de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo nuestro Redentor. Tú Belen, ciudad de pan vivo; Sion Santa, alcázar del Rey David; ciudad de Dios, de la cual se predicán tantas maravillas y alabanzas; lienzo limpísimo y delicadísimo sin arruga ni mancha, y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de tu Hijo. Lirio entre las espinas, vergel cercado, puerta de Oriente cerrada, por la cual solo Dios pudo entrar, fuente sellada, de la cual la antigua serpiente en ningun tiempo pudo beber. Tú, Señora, eres mas blanca que la azucena, mas hermosa que la rosa, mas suave

que el bálsamo, y mas dulce que la miel. Tú fuente del paraiso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolacion. Tú gloria del linage humano, ornamento del cielo, y singular hermosura de todo lo criado.—*Manual de Oraciones.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

CONCIENCIA.—Es el conocimiento que tiene cada cual de sus propios actos.—Es el juicio que formamos de nuestras acciones, en cuanto son buenas ó malas.—*Jaime Balmes.*

CONCIENCIA.—Es el dictámen de la razon que nos dice: esto es bueno, aquello es malo.—*Ética.*—*Jaime Balmes.*

CONCIENCIA.—La conciencia es una luz interior, que nos muestra lo malo que hemos obrado, y lo bueno que hemos dejado de hacer; y bajo este punto de vista, supuesto que toda luz ha de referirse á la mente, resulta que al menos en cierto modo, conciencia y entendimiento vienen á ser sinónimos. Considerado pues el talento ó el entendimiento como conciencia, es un tribunal recto, incorruptible, inexorable; es un delegado de Dios para pre-

miar á la voluntad aplaudiéndola cuando obra el bien, y para castigarla reprendiéndola cuando infringe las leyes que le toca obedecer. Y á la verdad que no puede darse cosa mas sublime y augusta que este continuo ministerio del entendimiento. Pero en tal juicio hay sus grados segun la copia de luces, que el Hacedor ha comunicado á sus criaturas racionales. La accion de la conciencia se ejerce con mas amplitud, con mas energía, con mejores datos y con voz mas imponente cuanto es mayor ó mas instruido el talento ó sea esa interior luz juzgadora y reprobadora. Así en los hombres de mente privilegiada, la conciencia es un tribunal mucho mas temible y formidable, y su grito se hace oír en lo íntimo del alma con una eficacia punzante, capaz de despedazar las entrañas. Para evitar este atroz y recóndito suplicio, los que se precian de subido talento debieran poner doble cuidado para abstenerse de culpa. Si se contaminan pecando ¡ay de ellos en esta vida! ¡Ay de ellos en su agonía! ¡Ay de ellos en la eternidad con el gigantesco verdugo de su conciencia!... — *El Talento bajo todos sus as-*

pectos y relaciones.—*Juan Manuel de Berriozabal.*

CONCIENCIA LIMPIA.—Lecho de flores, do con gusto viene á descansar el Esposo de las almas.—*El Incógnito.*

CONCIENCIA PÚBLICA.—Es el juicio que forma sobre las acciones la generalidad de los hombres.—*Jaime Balmes.*

CONCORDATOS.—¿Qué vienen á ser los Concordatos de la Silla Apostólica con los Príncipes y gobiernos católicos? En rigor no son unos pactos bilaterales que produzcan iguales obligaciones y derechos entre los dos contrayentes, sino mas bien meras concesiones, indultos y privilegios en favor de los reyes ó gobiernos católicos con respecto á las iglesias y eclesiásticos de sus reinos ó territorios, en que desde luego ha convenido la Silla Apostólica bajo de ciertas calidades expresas en el Concordato. Y aunque es verdad que mientras se observen estas calidades de parte de los príncipes y gobiernos es obligada la Silla Apostólica á guardarles de la suya los privilegios que ella misma les ha concedido, bajo de cuyo único aspecto

puede considerarse el Concordato como un pacto recíproco, mas en él está embebida la condicion que lleva toda gracia, indulto ó privilegio, de que aquel á quien se otorga no lo haya arrancado con violencia, ó ganado con engaño ó por sorpresa; y además, que no se haga indigno de tal privilegio, ó ponga obstáculo á su goce.

Un Concordato no es como cualquiera de los otros tratados que un Príncipe ó gobierno temporal celebra con otro, puesto que ambos son independientes é iguales entre sí, mientras que el Papa en los Concordatos no obra como soberano temporal de sus Estados, sino como jefe de la Iglesia; y en el órden espiritual, á que se refiere todo Concordato, es indudablemente superior á todos los reyes y gobiernos de la tierra. La materia de los tratados se conmensura al poder natural de ambos contrayentes, de suerte que el uno no dá al otro la capacidad de ejercer los derechos que este adquiere, y son de cosas que antes de los tratados podia exigir el uno del otro á lo menos por derecho imperfecto, ó por los motivos generales de humani-

dad y beneficencia, como lo explica Heineccio, despues de Grocio y Puffendorf, en su tratado del derecho de gentes. Al contrario, los príncipes y gobiernos temporales necesitan la habilitación del Papa para ejercer los derechos del Concordato, que son todos espirituales, pues de no, por sí son incompetentes para ejercerlos, y ruedan dichos Concordatos sobre cosas, que saliendo de la esfera propia de los príncipes y gobiernos temporales, no tienen estos derecho ni aun imperfecto para exigirlos de la Santa Sede. Por último, en los tratados de potencia á potencia sobre las cosas de este mundo el interés personal puede subordinarse á las leyes invariables de un contrato; en los Concordatos la salud eterna de las almas, que puede peligrar en el ejercicio que mediante ellos han adquirido los príncipes y gobiernos temporales, prevalece siempre, y debe prevalecer sobre todas las leyes comunes de los convenios y contratos, y pone por consiguiente á los Concordatos en la clase única y singular de ser rescindibles y anulables, no á juicio ni de consentimiento de los príncipes y gobiernos

seculares, sino de la Cabeza de la Iglesia, á cuyo cargo está exclusivamente conocer y cuidar de la salud espiritual de las almas en toda la extension del orbe cristiano.

Un convenio, pues, en que una de las partes es superior á la otra, y que sin recibir nada de esta ni estarle obligada aun imperfectamente la habilita para ejercer ciertos derechos mientras que los ejerza sin peligro de la salud de las almas, ¿qué otra cosa es ni puede ser sino una mera concesion, un indulto, un privilegio? Esta es una consecuencia necesaria de los caractéres esenciales que distinguen á los Concordatos de los otros tratados y pactos; y estos caractéres no necesitan de mas prueba que la evidencia que consigo llevan.

Mas como nuestros adversarios pretenden dar á los príncipes y gobiernos seculares con independencia de los Concordatos, entre otros derechos mencionados en estos, el de la eleccion y presentacion de los obispos y persuadir que los Papas han recibido por virtud de dichos Concordatos el de la confirmacion de los mismos obispos, creemos que es el único punto que

merece que nos detengamos para probar que es todo lo contrario de lo que ellos sin el menor fundamento avanzan, y hagamos ver que todo Concordato con la Silla Apostólica es un convenio, por el cual sola la parte de los príncipes y gobiernos temporales adquiere realmente derechos que antes no tenia, y que debe únicamente á la voluntad de la otra en virtud del poder que esta tiene sobre las cosas y personas que hacen la materia del Concordato, mientras que el Papa, que es la otra parte contrayente, no recibe ningun derecho que sea nuevo, sino que solo se le reconoce y se le deja gozar en paz el que siempre tuvo y es inherente á su dignidad y oficio é independiente de toda voluntad humana. De donde, sin perder de vista los otros caracteres expresados antes, resultará plenamente demostrado que el Concordato no es un pacto rigurosamente bilateral ó sinalagmático, productivo de nuevos derechos y obligaciones de ambas partes, sino puramente gratuito, ó una gracia, en cuyo ejercicio entra la una de consentimiento expreso de la otra.—*Ensayo sobre la su-*

premacia del Papa.—*José Ignacio Moreno.*

CONFESION GENERAL.—¡Oh bendita confesion general! ¿Quién no se determinará á hacerla con fidelidad, para enriquecerse de tantos bienes como trae? Ella revalida las confesiones pasadas que se hicieron sin las debidas disposiciones, excita al alma con mayor eficacia á la contricion de los pecados cometidos, arranca del corazon todos los vicios y apegos pecaminosos, inclina la divina misericordia á concedernos un perdon general de todas nuestras maldades, y finalmente, consuela al alma penitente, y la vuelve pura como cuando salió de la pila del santo Bautismo, y además la dispone para recibir nuevas gracias y favores en esta vida, y la gloria eterna en la otra.—*Ejercicios de San Ignacio.*—*Antonio María Claret.*

CONFESION HUMILDE Y ENTERA.—Prenda para conseguir el reino del cielo.—*El Incógnito.*

CONFESOR.—Mucho vale un buen confesor. Solo los que saben apreciar su valor, le aprecian como merece. El poco aprecio que el mundo hace del buen confesor, nace de lo poco que estiman los hombres sus almas, el cielo y la eter-

nidad. Pues no menos que el alma, el cielo, y la eterna felicidad pende tal vez del acierto en la eleccion de un buen confesor. Se puede tener por cierto que uno de los medios mas principales, con que la soberana Providencia dispone nuestra predestinacion, es prepararnos un buen confesor.—*Fr. Antonio de San José.*—*En las notas á las Obras de Santa Teresa de Jesús.*

CONFIANZA EN DIOS.—Especial conservadora de la paz del alma.—*Ven. Granada.*

CONFIANZA EN LA ORACION.—Jesucristo nuestro Maestro soberano dió principio á su oracion diciendo *Abba, Pater*. Palabras misteriosas, y que significando en diversos idiomas una misma cosa, nos enseñan el modo de llamar al Señor en la oracion, mas propio para inclinar á nosotros su misericordia. Desde este feliz momento ya puede el cristiano usar de esta palabra llena de dulcísimos consuelos, cuando dirige sus ruegos al cielo. *Pater noster*: Padre mio. ¡Oh! ¡Cuánta confianza debe despertar en nuestros corazones tibios y pusilánimes esta palabra Padre! Pides tu remedio á un Dios que le tiene en su mano, y que es tu Padre.

¿Cuándo temió un hijo no ser oído ni socorrido de su padre, aunque hayan sido grandes sus ingratitudes? ¿Pues cuánta mayor deberá ser la confianza con que el cristiano ruegue á su Padre celestial, infinitamente mas abrasado en el amor de sus hijos que todos los padres de la tierra? *Quanto magis Pater vester de caelo dabit spiritum bonum petentibus se?* (Luc. XI, 13). Él es un padre lleno de bondad, y que posee riquezas infinitas: no desea sino que acudan á él sus hijos para derramar sobre ellos con liberal magnificencia sus tesoros. Tres son, dice el Padre San Bernardo, los defectos que corrompen y hacen infructuosas nuestras oraciones: tibieza, temeridad y temor. La oracion tibia es la que se hace con poco espíritu y menos deseos, caida el alma, distraida la atencion, mal compuesto el cuerpo, sin fervor ni devocion; de manera que las palabras salen muertas de la boca. Esta oracion no puede subir al cielo, como no sube la saeta despedida de un arco flojamente flechado, y manejado sin vigor: *Tepida oratio in ascensu languescit, et deficit, eo quod non habeat vigorem.* «Ora fuer-

« temente, decia San Agustin al conde Bonifa-
» eio, y di á tu Dios lo que te enseña el Salmo
» de David: *Libradme, Señor, de mis iniquida-*
» *des*: No implorés con flojedad el auxilio del
cielo: » *Fortiter ora*. David dice que abrió su
boca para atraer el espíritu: esto es, que ha-
bló con vivo afecto y vigorosa fuerza, y así
mereció la atencion del Altísimo: *Os meum*
aperui, et attraxi Spiritum. (Ps. CXVIII,
151). La oracion temeraria es la de aquellos,
que teniendo su corazon lleno de pecados, osan
presentarse al Señor y pedirle mercedes. La
tímida, finalmente, es la que se hace con poca
ó ninguna confianza. « Esta, dice el Santo, no
» penetra el cielo; porque la cobardía y temor
» inmoderado de tal manera oprime el alma
» que no solamente la impide llevar al cielo sus
» votos, sino tambien que den un paso fuera
» del corazon. » — *Discursos predicables*. — *Ven.*
Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

CONFIANZA EN LOS MÉRITOS DEL SALVADOR. — No
tengais por ira lo que es verdadero amor: que
así como la malquerencia suele halagar, así
tambien el amor reñir y castigar; y mejores

son, dice la Escritura, las heridas dadas por el que ama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprende en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habeis olvidado que la sangre de Jesucristo dá voces pidiendo para vos misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabeis que si nuestros pecados quedasen vivos muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte seria de poco valor, pues no los podia matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios aprecia en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (cuanto es de su parte) de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovechar-

se de la paga por medio de la fé y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazon, que el negocio de nuestro remedio, Cristo lo tomó á su cargo, como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo: *Longé salute mea*; y pidió perdon de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que á él se quisiesen llegar fuesen amados, como si para él lo pidiera: y como lo pidió lo alcanzó; porque, segun ordenanza de Dios, somos tan uno él y nosotros, que ó hemos de ser él y nosotros amados, ó él y nosotros aborrecidos; y pues él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros si estamos incorporados en él con la fé y amor; antes por ser él amado, lo somos nosotros, y con justa causa. Pues ¿qué mas pesa él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que él sea aborrecido? Y mas ama el Padre á su Hijo, que aborrece á los pecadores; y como el muy amado dijo á su Padre: «Quiero, Padre, que donde yo estuviere estén los míos; porque yo me ofrezco por el

»perdon de sus pecados, y porque sean incor-
»porados en mí.» Venció el mayor amor al me-
nor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviese con demasiados temores congojada, pensando que Dios la habia olvidado, provee el Señor el consuelo, diciendo en el profeta Isaías de esta manera: «¿Por ventura puédesse olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de tí, porque en mis manos te tengo escrito.» ¡Ó escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia sangre; y la sentencia de la letra dice: «Con amor perpétuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí!» Tal, pues, escritura como esta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales de perpétuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto, no os es-

candaliceis ni turbeis por cosas de estas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz.—*Obras del Ven. Maestro Juan de Avila.*

CONFIRMACION. — El sacramento de la confirmacion lo administra el Obispo y no el que solo es sacerdote; no obstante, este puede y debe preparar y exhortar á los fieles para que lo reciban cuanto antes y le reciban bien. Les hará entender que cuando el Obispo administra dicho sacramento, además de las oraciones que reza, les hace una cruz en la frente con el Santo Crisma, que es la materia de este sacramento con la imposicion de manos; y la forma son juntamente las palabras que dice: *Signo te signo crucis, et confirmo te chrismate salutis. In nomine Patris ✠ et Filii ✠ et Spiritus Sancti ✠ Amen.*

De modo que el Eterno Padre signa al que recibe este sacramento, el Hijo le confirma, y el Espíritu Santo se le comunica y entrega, y le llena de sus dones y gracias, como sucedió á los Apóstoles en el dia de Pentecostés. ¡Qué

cambio tan grande causó en ellos! Antes eran tímidos y miedosos, y despues ¡qué valientes y sufridos! Por manera que andaban muy contentos cuando tenian la dicha de sufrir algo por amor de Jesucristo; y no sabian gloriarse en otra cosa que en la cruz de Jesucristo.

Es muy grande la diferencia que va del bautismo á la confirmacion, porque por el bautismo nacemos, y somos niños; mas por la confirmacion crecemos á la altura y robustez de un varon perfecto, y quedamos armados como soldados bizarros y valientes para hacer frente á los enemigos de la religion y de nuestra alma, que son mundo, demonio y carne.

Los enemigos para hacer guerra al cristiano y vencerlo, se valen de las armas *del terror y del ridículo*; para aterrorizar se han valido de expoliaciones, cárceles, cadenas, dardos, azotes, tenazas, garfios, espadas, lanzas, parrillas sobre braseros encendidos, toros de bronce recalentados, cruces, tormentos, y muerte dolorosa y prolongada. Y para ridiculizar le burlan, le desprecian, le ponen apodos, le dicen que es un santurrón, hipócrita, faná-

tico, iluso, preocupado, atrasado, mentecato, etc. etc.

Mas el cristiano debe saber que por medio del sacramento de la confirmacion con la gracia sacramental se le dan dos grandes virtudes, que son *paciencia* y *mansedumbre*; con la *paciencia* vence el *terror*, y con la *mansedumbre* el *ridiculo*. La *paciencia* y la *mansedumbre* son los dos filos de una espada mas poderosa que aquella de oro que el Profeta Jeremias dió al capitan de los Macabeos y le dijo: *Toma esta espada santa como un don de Dios, y con ella vencerás á los enemigos* (II Mach. XV. 16.), y como decia Tertuliano: estas son las armas de nuestra milicia, *no matar, sino sufrir la muerte* (*hæc sunt arma militiæ nostræ, occidi, non occidere*); y sabemos que hay mas valor en sufrir que en conquistar ciudades. Jesucristo nuestro capitan venció con la *paciencia* y *mansedumbre*, y quiere que aprendamos de él estas virtudes, que nos enseñó de palabra y con el ejemplo. Y San Pablo nos hace entender que todos los que quieran vivir piamente en Cristo Jesús

padecerán persecucion. Jesucristo nos dice que á este mundo ha traído la guerra; y á la manera que un general que alista gente para la guerra les dá armas, así lo hace Jesucristo: dá armas, por medio del sacramento de la confirmacion, á todos los que de veras le quieran seguir.

De aquí nace la necesidad que hay de este sacramento, no absoluta para salvarse, pero sí indispensable para pelear y entrar en el estado clerical y en religion. San Vicente Ferrer dice que los adultos que no estén confirmados, todos apostatarán en la lucha del Anticristo. Y Benedicto XIV dice que peca mortalmente el cristiano que teniendo oportunidad de recibir este sacramento, no lo hace; porque además de exponerse á ser vencido de los enemigos, se priva de la especial gloria que tienen en el cielo los que han recibido este sacramento; y era tan solícito en administrarlo, que cuando era obispo de Bolonia tenia encargado que si alguno estuviese en peligro de muerte, y se hallase sin este sacramento, que le avisasen, que al momento iria á administrarle.

No hay para qué referir hechos particulares; basta leer los *Hechos Apostólicos* y la historia eclesiástica para conocer la estima en que los Apóstoles y todos los obispos, que son los sucesores de aquellos, le han tenido, y el celo que han desplegado en la administracion de este grande sacramento de la confirmacion: y en el dia, que tanto se han aumentado los enemigos, que con tanta audacia y atrevimiento, y que tanto uso hacen de las armas del terror y del ridículo, es euando mas que nunca los fieles necesitan de este grande sacramento de la confirmacion.

Además de la uncion, el señor Obispo hace la accion con los dedos, como si diera una bofetada; para que entienda el confirmado que ha de estar dispuesto á sufrir con paciencia y mansedumbre todos los dolores y oprobios que le puedan sobrevenir.

La gracia que se concede al confirmado es como una espada dentro de la vaina, que siempre llevará colgada del cinto, y á su tiempo la podrá sacar, y recordará que sus dos filos son paciencia y mansedumbre, como hemos dicho.

Para este sacramento se dá un padrino, si es varon el confirmado, y madrina si es hembra: contraen parentesco, y tienen las obligaciones que hemos dicho en el bautismo.

Finalmente el cura párroco cuidará de escribir la partida de la confirmacion para poder dar testimonio cuando se le pida.—*El colegial ó seminarista teórica y prácticamente instruido.*
—*Antonio Maria Claret.*

CONFIRMACION DE LOS OBISPOS.—Si hablamos ahora de la confirmacion hecha por los metropolitanos, esta disciplina, que durante la turbacion y persecucion de la Iglesia fué necesaria por la dificultad de comunicarse con la Silla Apostólica, no pudo menos de producir felices efectos en los primeros siglos siguientes, mientras que el Metropolitano, de acuerdo con todos sus sufragáneos en Concilio provincial, era como confirmaba y consagraba al electo por el clero y pueblo de la Iglesia vacante: porque en este orden de cosas el Metropolitano al examinar la idoneidad del electo y la forma de la eleccion, tenia que sujetarse al juicio de la mayor parte del Concilio; y además nada tenia

que temer ni respeto alguno que guardar cuando conforme á dicho juicio de la mayoria, rechazaba la eleccion y mandaba como superior al clero y al pueblo proceder á otra mas acertada y canónica. Así, ni era árbitro absoluto de la confirmacion, ni estaba falto de libertad para negarla cuando lo resistia el bien comun de la Iglesia.

Pero despues que por la dificultad y rareza de los Concilios provinciales fué solo el Metropolitano el que deliberaba sobre la admision del electo y despachaba la confirmacion, obligado únicamente á asociarse por pura ceremonia á dos ó tres de los sufragáneos para su consagracion; luego que andando el tiempo fué devuelto el derecho de elegir á los cabildos de las catedrales, en los que, como acabamos de ver, eran los príncipes los árbitros de la eleccion; y mucho mas cuando en virtud de los Concordatos fueron los mismos príncipes los que por sí ejercian el derecho de eleccion ó nominacion de los obispos, ya fué otra cosa muy diversa. El Metropolitano de una parte quedó expuesto á seguir en la apro-

bacion ó reprobacion del electo sus preocupaciones, sus pasiones y caprichos; y de otra, súbdito como era de los príncipes, que ó por medio de los cabildos ó por sí elegian, y que siempre han tenido levantada la vara para atemorizar con la ocupacion de las temporalidades y extrañamiento de sus reinos á los prelados que resistieran á su voluntad, quedó por consiguiente atado á confirmar al que su príncipe ó el ministro de este hacia proponer ó le proponia, cualquiera que fuese. El exámen que debe preceder á la confirmacion, fué desde entonces nulo ó inútil, y la confirmacion misma no fué otra cosa que la obediencia pasiva á la voluntad del príncipe ó de su ministro. No es posible ponderar la grandeza de los males, que de esto solo provinieron á la Iglesia de Dios. El episcopado en los siglos de la edad media hasta el XIII se vió deshonrado por muchos de aquellos á quienes se confió, y la fatal influencia de este desórden capital produjo la relajacion de la disciplina y del clero inferior. Fué preciso, pues, poner la segur en la raiz del mal, que eran las malas elecciones y las peo-

res confirmaciones reducidas al mas duro y perjudicial cautiverio. Reservóselas ambas el Soberano Pontífice. Él lo podia, pues que en esto no hacia mas que reasumir las facultades de su primacía, que mientras lo exigió el buen orden y utilidad de la Iglesia consintió en partirlas con las autoridades subalternas creadas con esta mira. Él lo debia, pues que él solo libre é independiente del dominio y prepotencia de los reyes por una providencia especial del cielo, que lo habia elevado al trono y puesto al nivel de los otros soberanos, podia ya desempeñar dignamente esas facultades, oponiéndose con firmeza á la arbitrariedad de las córtes, y al torrente de males que arrastraba el método hasta entonces seguido de proveer los obispos. Por el bien de la paz vióse luego precisado á ceder la eleccion ó nominacion á los príncipes católicos, ó á algunos cabildos por intercesion de estos; mas quedóse con el derecho exclusivo de la confirmacion, que es propriamente la llave para abrir ó cerrar las puertas al episcopado.

¿Y qué cosa mas justa y mas neces-

ria, especialmente en estos últimos tiempos? Justa aun á la luz de la razon, siempre que esta no se halle extraviada de la fé; porque teniendo el Soberano Pontífice una potestad verdadera en toda la cristiandad, y estándole encargado especialmente, como á Vicario de Dios en la tierra, el cuidado de la Iglesia, no debe haber Obispo en parte alguna del mundo, por remota que sea, que cuando no sea elegido por él mismo reciba el gobierno de una Diócesis sin su consentimiento y autorizacion. Esta calidad la exige imperiosamente el cargo en que le constituye la primacía que recibió de Jesucristo, y el carácter de unidad de la misma Iglesia, cuyo centro está en la cátedra de Roma; y el beneplácito de esta es como la puerta por donde cada Pastor debe entrar á encomendarse del rebaño que se le confia, como parte integrante del todo sobre que debe velar el Sucesor de San Pedro. ¿Cómo podrá este responder á Dios y á la Iglesia de la doctrina ni de las operaciones de un Pastor que él no puso, ó que fué puesto sin su noticia y consentimiento?

¿Cómo podrá el Pastor que empezó á regir una Iglesia, segregándose del centro de la unidad por una abierta desobediencia á sus decretos reservativos de la confirmacion de los Obispos, cuya observancia general por todas las otras iglesias ha llegado á ser hoy como un signo ó una caucion de su uniformidad y concordia con la de Roma, ¿cómo, digo, estará dispuesto á sujetarse en otros puntos del régimen general de la Iglesia á la autoridad del Sumo Pontífice? ¿Ni qué garantía podrá dar de que no romperá en adelante con igual denuedo los otros lazos de la unidad?

«Cada iglesia, se ha dicho por algunos, puede reproducirse á sí misma creando nuevos Pastores.» Esto es lo mismo que si dijera: Cada miembro del cuerpo puede reproducirse á sí mismo creando un brazo ó una pierna. No es así como procede la naturaleza. El cuerpo entero unido á la cabeza, sin el cual seria mónstruo, es el que se reproduce por la generacion. La Iglesia es un cuerpo segun la doctrina del Apóstol: una sola parte aislada del todo no puede reproducirse á sí

misma, porque desde entonces es muerta. La Iglesia, pues, no se reproduce en cada una de sus partes sino por la fecundidad del todo; y este todo reúne todas las partes entre sí por su unión inseparable á la cabeza. Este es, lo repetiremos, el plan de Jesucristo. *Unum ovile, et unus Pastor*. Cuando la cabeza, pues, obra de acuerdo con todas las partes del cuerpo, obra con la fecundidad del todo. Hé aquí por qué una iglesia particular no puede reproducirse creando su Obispo por sí sola: ella debe crearlo como toda la Iglesia quiere y toda la Iglesia unida á su cabeza ha querido que no se cree hoy de otra suerte que por el que es su cabeza. El Obispo, pues, á quien nombra ó á quien á lo menos autoriza la cabeza, que es el Pontífice Romano, lo nombra y autoriza la Iglesia; y con la fecundidad que á toda ella y no á una sola parte le fué prometida por el profeta cuando dijo: *pro patribus tuis nati sunt tibi filii, constitues eos principes super omnem terram*, es como la cabeza en unidad de voluntad y de espíritu con el cuerpo reproduce y perpetúa las iglesias

particulares, de que resulta la universal.

Se ha dicho tambien «que un Estado independiente de reyes en lo político debe estarlo tambien del Papa en lo eclesiástico.» Esto es predicar abiertamente la division y el cisma. La organizacion política de los Estados es obra de los hombres y puede variarse á su arbitrio; la de la Iglesia es obra de Dios, que debe ser inmutable, y durará por todos los siglos. Ningun rey es llamado á poseer toda la tierra; sus dominios pueden dividirse, hacerse independientes y gobernarse por sí mismos. Mas la Iglesia es una é indivisible, y el Sucesor de San Pedro es señalado por la autoridad divina para regirla toda entera; ninguna de sus partes puede negarle la obediencia sin ser excluida del todo y perecer en el orden de la religion.

El comun de los fieles y de los pastores inferiores que constituyen una iglesia, obedece inmediatamente á su Obispo; cada Obispo con su Iglesia está sujeto al Soberano Pontífice; hé aquí el enlace que hace de todas las iglesias una sola Iglesia por la dependencia gradual

hasta llegar á un centro comun. Esta es la estructura que Jesucristo dió á su Iglesia; nada hay ni puede haber de semejante en los gobiernos humanos. Los bienes que se propone la sociedad civil pueden encontrarse mejor en la division de los grandes Estados ó monarquías; las espirituales á que aspira la sociedad cristiana, solo en la mas estrecha union, que hace de todas sus partes un solo cuerpo con una sola cabeza: romper los lazos, allá puede ser un principio de vida, acá es un golpe de muerte. Uno solo es el reino espiritual de Jesucristo, cuyas veces hace en la tierra el Pontífice de Roma, y la nacion que de este se separa no participará de las promesas de aquel.

Se ha dicho en fin, «que sin romper la unidad cada Iglesia en los primeros siglos recibia su Obispo de los Metropolitanos.» Es verdad, pero no sin el Papa: este consentia por entonces con la Iglesia en esta materia de constituir Obispos, así como hoy la Iglesia consiente con el Papa en que este sea solo el que los constituya. En ningun tiempo ha podido darse válida ni licitamente

Obispo á una diócesis sino en espíritu de unidad con el cuerpo, que es la Iglesia con su cabeza, porque, como dijimos antes, ninguna iglesia puede reproducirse, sino por la fecundidad de todo el cuerpo. De donde se sigue, que ninguna iglesia puede hoy darse á sí misma Obispo sin consentimiento del Papa, porque no se lo daría así en espíritu de unidad con toda la Iglesia.

Además, salvo siempre el consentimiento del Papa y de la Iglesia, que autorizaba á los Metropolitanos á constituir Obispos, esta disciplina en los primeros siglos no tenia los inconvenientes que hoy tendria, ni exponia tanto la unidad como ahora la expondria. Y por eso he dicho que la variacion de disciplina en este punto no fué solo justa, sino tambien necesaria. En aquella primera edad, aun recibiendo cada Obispo la mision inmediatamente del Metropolitano, estaba mas viva y eficaz la union y conexion de todos ellos con la Santa Sede, no solo por el primitivo fervor y santidad de los primeros Obispos, sino tambien principalmente porque la autoridad de la Santa

Sede gozaba de la integridad é independencia que en el órden de la religion le corresponde, ejerciéndola sin obstáculo de las potestades seculares que eran las primeras, despues de su conversion al cristianismo; en dar el ejemplo de sumision reverente á los decretos y providencias del Sumo Pontífice.

Pero se preparaban tiempos en que cismas y turbaciones destrozarian la Iglesia; en que herejías inundarian y abrasarian la Europa, protegidas de los mismos príncipes; en que sectas solapadas procurarian minar el edificio de la Iglesia; en que la relajacion de la doctrina penetraria hasta el santuario; y en que el infierno suscitaria la guerra y persecucion de la impiedad filosófica contra la Iglesia entera, para derrocarla por sus cimientos. Y para tales tiempos, ¿qué cosa mas conveniente y oportuna como el que la institucion de los primeros Pastores pendiese exclusivamente del Soberano Pontífice? Por qué cuanto mayor peligro corre la Iglesia de dividirse, tanto mayor debe ser el cuidado de reatar sus partes con el centro, para que queden

siempre unidas entre sí, y de impedir que se introduzcan tantas sectas y diferencias de Pastores cuantas fueran las manos particulares que los instalasen. ¿Quién no reconoce aquí la Providencia de Dios, que segun las vicisitudes de las cosas humanas dicta las medidas mas convenientes para el gobierno de la Iglesia?

Ha sido, pues, justa y necesaria la variacion de disciplina sobre el modo de instituir los Obispos y muy digna de la sabiduria de la Iglesia, la cual, guiada por la asistencia indefectible del Espíritu divino, atempera y ha atemperado siempre su régimen á las necesidades de los tiempos. «Tratar estas reservas de abusos y usurpaciones es, dice Pey, sabio cronista francés, no solo insultar á la Santa Silla, á quienes ellas pertenecen, sino tambien insultar á la Iglesia universal, que siendo asistida del Espíritu Santo, ora juzgue de la doctrina, ora disponga de su gobierno, no puede jamás sancionar leyes injustas y abusivas; es en fin, preparar los caminos para un cisma, que pronto se verificaria.» — *Ensayo sobre la supremacia del Papa.* — José Ignacio Moreno.

En las librerías en que se vende esta obra se hallan las siguientes:

Explicacion metódica de los Salmos, para enseñanza de la vida espiritual y conocimiento de Dios y del mundo, escrita en italiano por el P. Fernando Zucconi, de la Compañía de Jesús.

Los Salmos, cuya explicacion hizo el P. Zucconi, además de ser modelos divinos de oracion y meditacion, encierran una copiosísima luz que ilumina toda clase de verdades, singularmente las eternas; y hé aquí por qué, participando de esta misma eternidad, resuenan desde hace tres mil años esos cantos desprendidos de la lira del rey profeta, sin que haya día ni region alguna de la tierra en que no se oigan bajo la bóveda de algun templo católico sus inspirados acentos. Solo que la profunda sabiduria é inteligencia del Salterio están como escondidas á los ojos del lector, y es preciso que una mano amiga nos abra este rico tesoro, ofreciéndonos bajo una forma metódica sus altísimas enseñanzas. El P. Zucconi puede ser mirado como este sábio y piadosísimo amigo, en cuya mano brilla la antorcha divina que nos dejó el santo profeta, con la que se iluminan de un modo maravilloso los caminos que debe recorrer el alma celosa de su salvacion. Gracias á las

meditaciones de este ilustre autor y al orden de sus discursos, sacados siempre de los Salmos, tenemos en su obra una como suma de la sabiduría cristiana. Instrucciones acerca de la oracion; luz para conocer el mundo y las vicisitudes humanas; doctrina elevadísima acerca de las perfecciones de Dios y de su santa ley; trazas admirables del gobierno de la Providencia sobre los reinos de la naturaleza, de la gracia y de la gloria eterna; y en fin, la descripción de la ciudad de Dios y de la del mundo, la mixtura de dolor y placer que los moradores de una y otra ciudad beben en el cáliz de la vida presente, todo se halla expuesto en estas magníficas lecciones bajo una forma que conmueve y al mismo tiempo embellesa los ánimos, y los instruye en las verdades esenciales de la virtud y sabiduría cristiana, uniendo siempre á la solidez y pureza de su doctrina los encantos de un estilo y de una dición que parecen dictados con la delicada mira de embellecer y suavizar las ásperas sendas que conducen al cielo.

Dos tomos en 8.^o, su precio 14 rs.

Idea de los primeros dias de la Iglesia, ó lecciones sobre los hechos de los Apóstoles, que escribió en italiano el P. Fernando Zucconi, de la Compañía de Jesús.

Bajo este titulo ofrecemos al público otra excelente obra del autor de la *Explicacion metódica de los*

Salmos: contiene la historia razonada de los años que corrieron desde que el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles hasta que la Cátedra de la verdad quedó afirmada en Roma. En este cuadro magnífico, trazado por un maestro consumado en la ciencia y en la virtud, se describe el establecimiento del reino de Dios; se explican los Sacramentos que dejó á la Iglesia su divino Fundador y los ritos y misteriosas ceremonias que le son propias; se ponen de relieve el heroísmo y la santidad de los primeros fieles; se pinta con sencilla elocuencia cómo triunfaba nuestra santa Religion de las persecuciones de la Sinagoga y del paganismo, y se demuestra su divinidad de un modo tan claro como bello y convincente, con galano estilo y erudicion selecta.

Consta de dos tomos en 8.º, su precio 14 rs.

El aliento del alma devota, por el Sacerdote D. José Frassinetti, Prior de Santa Sabina de Génova, con un apéndice del mismo, sobre el santo temor de Dios.—Tercera edicion.

Obrita dirigida á facilitar la perfeccion cristiana y animar á las almas timidas. Traducida del italiano.

El objeto de este libro es en gran parte el desvanecer las dificultades que suelen hallarse en el camino de la virtud, manifestando que su práctica no es tan difícil como parece. Es un antídoto contra los

escrúpulos, y una exposicion sencilla y luminosa de lo que se requiere para agradar á Dios, sustituyendo el temor filial á las aprensiones de las conciencias infundadamente asustadizas. El autor apoya su doctrina en la de los mas esclarecidos Santos; y sus principales dotes son la claridad, el método, la concision y solidez de los razonamientos.

Su precio 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, franco de porte.

El Consejero de las Casadas, correspondencia epistolar del Doctor Gregorio Cantueso con varias señoras.

En esta obrita se pintan los diversos caractéres de las mujeres, y se ofrecen á la vista del lector algunas situaciones interesantes. El autor se propone que con sus avisos logren las señoras granjearse el afecto de sus maridos y ser felices en su matrimonio.

Un tomo en 8.^o, su precio 4 rs. en rústica.

Coleccion de poesías festivas, escogidas por el viejo.

Esta obra, dividida en tres tomos, contiene doscientas treinta y siete composiciones graciosas de los mejores poetas españoles que escribieron en este genero, ó que en medio de mas sérias tareas se entretuvieron alguna vez en mostrar que tambien eran hombres de buen humor. Así figuran en la colec-

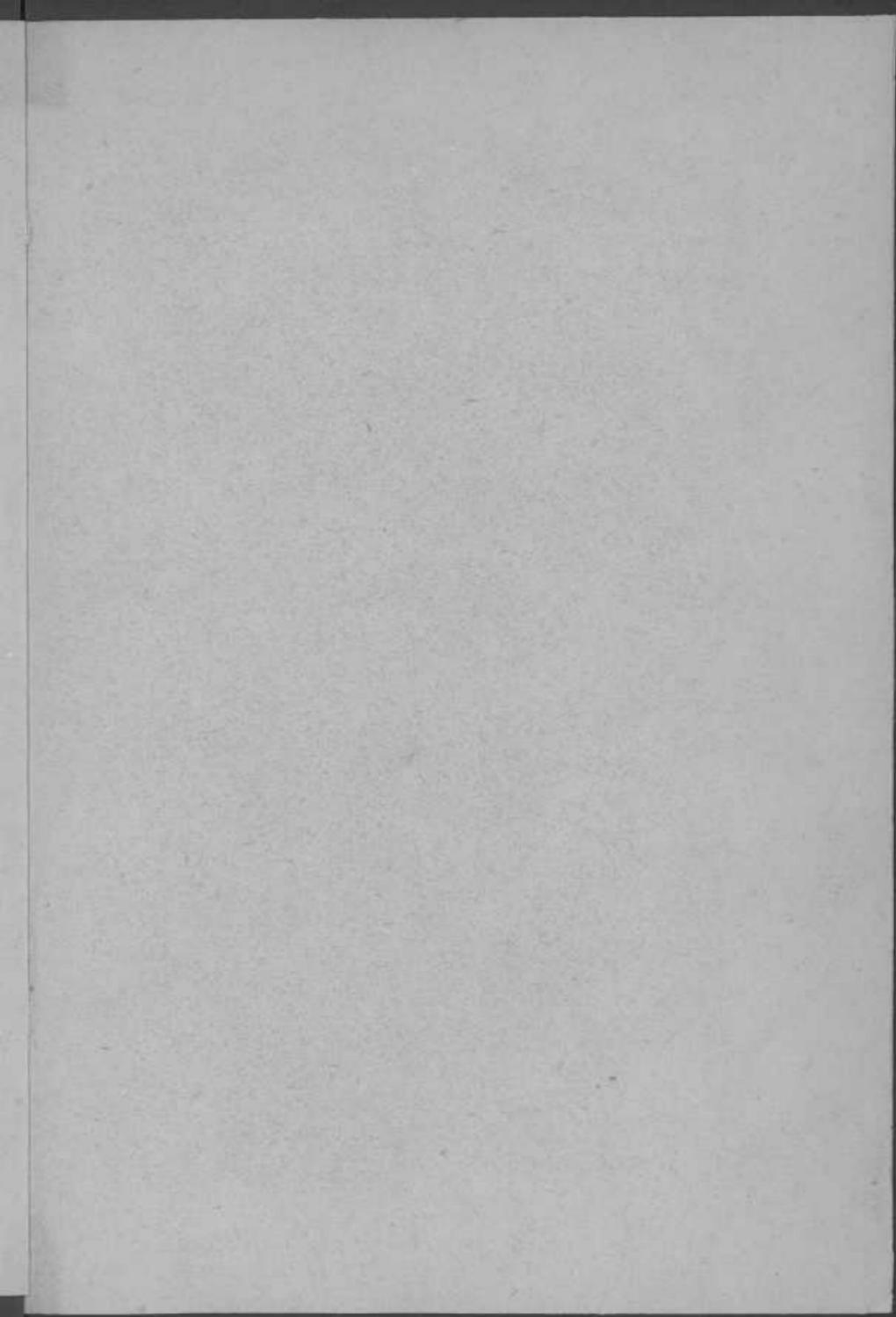
cion repetidas veces los nombres de Polo de Medina, Castillejo, Quevedo, Burguillos, Hurtado de Mendoza, Alcazar, Góngora, Iglesias, Calderon de la Barca, Lope de Vega, Cervantes, Encina, Gonzalez, Rufo, Espinosa, Francia y Acosta, Rebolledo, Jáuregui, Moreto, el Conde de Noroña, Arroyal, Valvidares, Salas, Moratin, Mármol, el Loco de Estremadura y otros que seria prolijo enumerar. En el tercer tomito se lee la *Mosquea* de Villaviciosa reducida á lo mas esencial de aquel largo poema, cuyas bellezas se han conservado, descartándole de todo lo que por su demasiada extension lo hacia algo pesado.

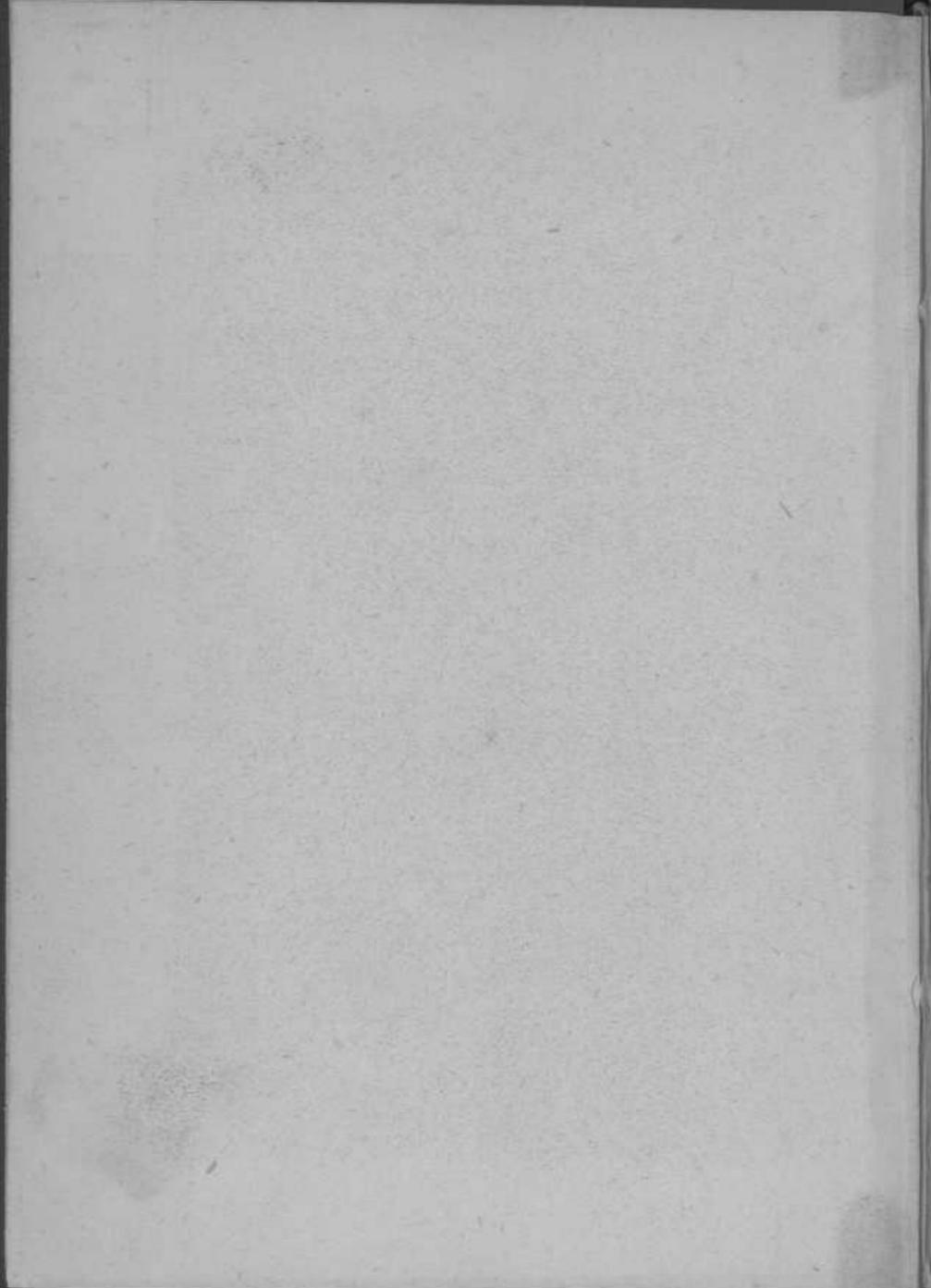
El precio de los tres tomos es 15 rs. en Madrid y 16 en Provincias, franco de porte.

Historia de la milagrosa conversion de Mr. Ratisbone.—Tercera edicion.—Su precio 6 rs.

1870
The first of the year
was a very dry one
and the crops were
very poor. The
winter was also
very cold and
the snow was
very deep. The
spring was also
very dry and
the crops were
very poor. The
summer was also
very dry and
the crops were
very poor. The
autumn was also
very dry and
the crops were
very poor. The
winter was also
very cold and
the snow was
very deep.

The first of the year
was a very dry one
and the crops were
very poor. The
winter was also
very cold and
the snow was
very deep.





114
15

3

12

117

15

FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAH

I

15.826